This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

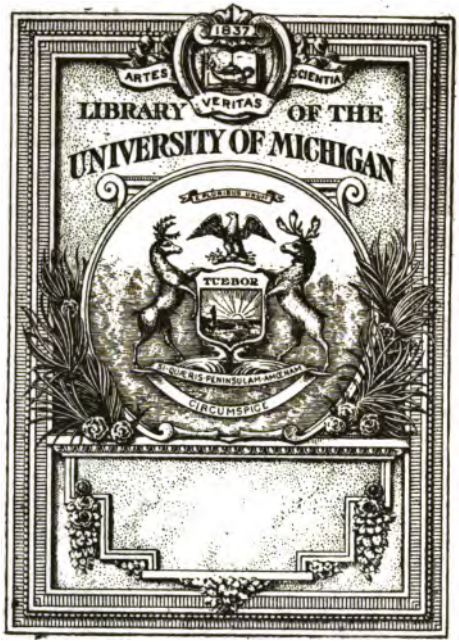
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

BUHR A

[redacted]

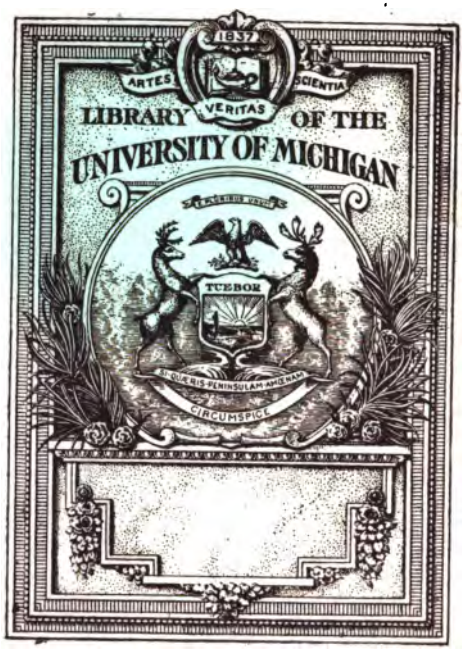
a39015 01813789 6b



BUILDING
USE ONLY

BUILDING
USE ONLY

BUILDING
USE ONLY



BUILDING
USE ONLY

BUILDING
USE ONLY

BUILDING
USE ONLY

COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS

OBRAS

DE

D. PEDRO A. DE ALARCÓN

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DIARIO DE UN TESTIGO

DE LA

GUERRA DE ÁFRICA

CUARTA EDICIÓN

TOMO II

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

Impresores de la Real Casa

Paseo de San Vicente, 20

1898

DIARIO DE UN TESTIGO

DE LA

GUERRA DE ÁFRICA

Esta obra es propiedad del autor. — Quedan hechos los depósitos que marca la ley.

DIARIO DE UN TESTIGO

DE LA

GUERRA DE ÁFRICA

POR

(D.) PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

SOLDADO VOLUNTARIO DURANTE LA CAMPAÑA

CUARTA EDICIÓN

TOMO II

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

Impresores de la Real Casa

Paseo de San Vicente, 20

1898

DT
324
.A32
1898
V.2

I.

Batalla de Tetuán.

Del Campamento enemigo, á 4 de febrero de 1860.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
cayó vencido el reino lusitano
y se acabó su generosa historia,
no estés alegre y de ufanía llena
porque tu temerosa y flaca mano
alcanzó tal victoria,
indina de memoria;
que si el justo dolor mueve á venganza
alguna vez el español coraje,
despedazada con aguda lanza
compensarás muriendo el hecho ultraje,
y Luco amedrentado, al mar inmenso
pagará de africana sangre el censo.

(HERRERA.)

VICTORIA! ¡victoria! ¡Dios ha combatido con nosotros! ¡*Tetuán* será nuestro dentro de algunas horas!

¡Echad las campanas á vuelo! ¡vestíos de gala! ¡corred á los templos y alzad himnos de gratitud al Dios de las misericordias! ¡Regocijaos, Españoles! ¡Pasead en triunfo, por ciudades y aldeas, por campos y montañas, el pabellón morado de Castilla! ¡Empavesad los barcos! Prended de los balcones vistosas colgaduras; recorred las calles con músicas y danzas; visitad los sepulcros de nuestros mayores; despertad de su sueño eterno á los once Alfonsos, á los Sanchos y Fernandos, á Isabel la Católica y á Cisneros, al Cid y á D. Juan de Austria; encomendad al padre Tajo que lleve la fausta nueva

321900

á nuestro hermano el Portugal; repique gozosamente la Campana de la Vela; cubrid de negros paños el alcázar de Sevilla y la Alhambra; sembrad de flores las llanuras del Salado, de las Navas y Clavijo; resuenen desde Irún á Trafalgar y desde Reus á Finisterre salvas y aplausos, vítores y serenatas; canten los poetas; entonen un *Tedéum* los sacerdotes; enjuguen su llanto las madres, las huérfanas y las viudas que han perdido en esta guerra las más queridas prendas de su alma, y sea la tierra leve, y gloriosa la resurrección, á los ínclitos héroes que han muerto á nuestro lado!

Pero dejemos ya la poesía de las palabras y vengamos á la poesía de los hechos.—La mera fecha de este capítulo lo dice todo... ¡Hemos vencido una vez más! ¡Hemos vencido una vez para siempre! ¡Hemos coronado nuestra larga obra!—Estamos á las puertas de *Tetuán*: los Campamentos enemigos han caído en nuestro poder; los Ejércitos marroquíes huyen deshechos y atribulados por esas montañas. ¡Sus cañones, sus tiendas, sus equipajes, sus víveres, todo lo han dejado en nuestras manos!—Escribo en la tienda del Príncipe y General Muley-Ahmed. Nuestros más humildes soldados dormirán esta noche sobre las alfombras y bajo las tiendas de los vencidos Jefes del Imperio. ¡El pabellón de España ondea sobre la *Torre de Jelelí*, sobre la tienda de Muley-Abbas, sobre cien quintas y caseríos!—Los himnos que tocan en este instante nuestras músicas son repetidos por los ecos de las murallas de *Tetuán*. Nuestros cañones, puestos ya en batería, amenazan á la ciudad infiel, y sólo la clemencia y el respeto á la desgracia nos impiden reducirla á escombros...—¡Qué triunfo tan rápido, tan completo, tan maravilloso!

Anoche á estas horas (bien lo recordaréis) nos hallábamos á dos leguas de aquí, en la arenosa playa, agitados por mil ocultos temores.—Hoy... ya está todo terminado. La misma guerra acaso ha concluído. El sitio de la plaza será de todo punto innecesario...

¿Qué puede hacer sino rendirse?—¡Se acabó, pues, la sangre! ¡Terminó el largo martirio de nuestras tropas!—¡Oh, qué dichosa será España dentro de algunos momentos!—¡Patria del corazón! ¡Cómo nos gozamos desde ahora en tu alegría!

Pero demos tregua por un instante á tan noble entusiasmo. Recordemos el día de hoy; retrocedamos á nuestro antiguo Campamento; describamos la portentosa batalla, antes de que nuevas impresiones borren ó empalidezcan sus vivísimas imágenes; hagamos, en fin, que vuelva á aparecer en Oriente el fausto sol que acaba de ocultarse, y alumbre otra vez su bendecida llama este venturoso 4 DE FEBRERO, que vivirá eternamente en las páginas de la Historia.

Toda la noche de ayer sopló un helado viento del Norte, que por vez primera nos hizo probar este año el riguroso frío del invierno. Antes del día nevó un poco, después de lo cual mudóse el viento en manso Levante, que dulcificó la temperatura y convirtió la nieve en ligera llovizna. Por último, al amanecer de hoy observamos que todos los buques surtos en la rada se hallaban ya en franquía, dispuestos á abandonarnos si arreciaba el viento; en cuya virtud, y visto el cariz que presentaba la atmósfera, revocóse la orden de decampar y se mandó á todo el Ejército esperar armado y con los equipajes corrientes hasta recibir nuevo aviso.—¡Figuraos nuestra desesperación!...

Pero, dichosamente, á eso de las ocho y media quiso Dios que se cambiara de pronto el Levante en Poniente seco y apacible: despejóse inmediatamente el cielo; salió el sol, y los vapores apagaron en el acto sus calderas...

Dióse, pues, resueltamente la orden de marcha, y la más dulce alegría volvió á todos los corazones.

Un momento después no había otras tiendas á las orillas del Martín que las del CUERPO DE RESERVA, el cual debía permanecer allí defendiendo los fuer-

tes últimamente construídos y protegiendo nuestra retaguardia.—Las demás tiendas desaparecieron como por encanto, y una larga hilera de acémilas empezó á desfilar río arriba con dirección á *Tetuán*.—Es decir, que jugábamos el todo por el todo.

Entretanto, la tropa había tomado un ligero rancho y se formaba ya por Batallones en el lugar que antes ocupaban sus tiendas. El General en Jefe y su Cuartel General recorrían la llanura en observación del enemigo, y los Oficiales de Estado Mayor iban de un lado á otro, á todo escape, transmitiendo órdenes y organizando la expedición.

En el Campamento moro notábase también alguna novedad. El número de sus tiendas se había aumentado, y muchas habían cambiado de lugar durante la noche, ocupando ahora las crestas de las montañas, cual si se hubiesen puesto también *en franquia*...—Indudablemente, los Moros sabían que les atacábamos hoy.

Dada la señal de partir, las tropas atravesaron el río Alcántara por cuatro puentes que el Cuerpo de Ingenieros había echado anoche al amparo de las tinieblas, y á los pocos minutos de marcha aparecían formadas á la vista del enemigo, en el mismo orden que debían conservar durante toda la refriega.

Este orden era el siguiente:

El Segundo Cuerpo, al mando del General Prim, marchaba por la derecha, con dos Brigadas escalonadas por Batallones, y las otras dos, á retaguardia, en Columnas cerradas.—Entre unas y otras iban dos Baterías de Montaña y dos del Segundo Regimiento Montado.

El Tercer Cuerpo, mandado por el General Ros, caminaba á la izquierda en la misma forma, llevando en su centro tres Escuadrones del Regimiento de Artillería de á caballo.

Entre ambos Cuerpos de Ejército iba el Regimiento de *Artillería de Reserva*, precedido de los *Ingenieros*.

Y detrás de éstos extendíase toda nuestra CABALLERÍA en dos líneas, como cerrando la marcha y escoltando á las masas de Batallones.

En cuanto al CUERPO DE RESERVA, á las órdenes del General D. Diego de los Ríos, ya dejo indicado que debía avanzar independientemente, por nuestro flanco derecho, hasta la altura del *Reducto de la Estrella*, en donde permanecería amenazando de continuo la extrema izquierda del Campamento moro; pero sin empeñar Acción, á menos que el enemigo cayese sobre él ó intentase atacar nuestra retaguardia.

Quedaban con este Cuarto Cuerpo dos Baterías, una de ellas de Montaña, y la otra del Quinto Regimiento Montado (1).

Cerca de una hora pasaría aún sin escucharse ni un solo tiro. El SEGUNDO y el TERCER CUERPO adelantaban lentamente por el Llano, con el arma al hombro y en la más correcta formación. Un silencio imponente y majestuoso reinaba en las filas, interrumpido tan sólo por el acompasado andar de las masas sobre la hierba y por el áspero crujir de las ruedas de los cañones.

A eso de las diez se saludaron al fin los dos Ejércitos. Una de las *lanchas cañoneras* que subían por el Martín protegiendo nuestro flanco izquierdo contra el daño que á mansalva hubiera podido hacérsenos desde el lado allá del río, avistó algunos Moros que venían por aquel lado y les hizo fuego. —Este primer cañonazo bastó para alejarlos; pero, como si aquélla hubiese sido una señal aguardada con impaciencia, á nuestro disparo respondieron inmediatamente los cañones de las trincheras moras, y dióse por principiada la batalla.

Los gruesos proyectiles que nos lanzaba el enemigo alcanzaban á nuestros Batallones, si bien no les cau-

(1) Recordaréis que el PRIMER CUERPO de Ejército, mandado por el General Echagüe, se quedó guarneciendo el *Serrallo* cuando emprendimos nuestra marcha el 1.º de enero.—Por eso no he vuelto á hablar de él.

saban gran daño. Los artilleros marroquíes tiraban por elevación, y las balas caían en los claros de nuestras filas.—Seguimos, pues, caminando, sin atender á aquel mal dirigido fuego ni contestarle por entonces.

Así llegamos á situarnos á unos mil setecientos metros de las Baterías contrarias.—Su cañoneo era cada vez más vivo; la *Torre de Jelelí* había unido sus disparos á los de la llanura; los globos de plomo pasaban zumbando sobre nuestra frente, como aerolitos atraídos por la Tierra; las columnas de aire que conmovían azotaban á veces nuestro rostro, y el golpe brusco y ahogado que daban al sepultarse en el suelo se parecía al último resoplido del toro cuando fenece ó de la locomotora cuando se pára.

Los Moros entretanto, viendo que nuestro movimiento era siempre de frente y con dirección al extremo Sur de sus trincheras, comprendieron en parte nuestro plan; y, dejando á sus cañones y á sus infantes el cuidado de defender los amenazados Campamentos, avanzaron por nuestro flanco derecho en número de cuatro ó cinco mil jinetes, con el visible propósito de interponerse entre nosotros y el terreno que acabábamos de abandonar, y atacarnos por retaguardia cuando más empeñados estuviésemos por el frente.

Pero al General O'Donnell no le inquietó aquella maniobra. Lo admirable de su plan era haber adivinado y prevenido todo lo que los Mahometanos habían de intentar hoy. El CUARTO CUERPO, que permanecía inmóvil y sobre las armas en el *Reducto de la Estrella*, tenía precisamente otro encargo que evitar: el que los Moros nos envolviesen de la manera que ya procuraban hacerlo. Dejó, pues, el Conde de Lucena al General Ríos el cuidado de entenderse con la Caballería marroquí, y continuó marchando hacia el Campamento de Muley-el-Abbas.

Llegamos, en fin, á encontrarnos á un kilómetro de las baterías enemigas, y sólo entonces se mandó hacer alto á nuestras masas y avanzar á la *Artillería*

de Reserva.—Diez y seis cañones ocuparon instantáneamente la vanguardia, y rompieron vivísimo fuego contra la posición enemiga. Densa cortina de humo nos robó un instante la vista del Campamento moro; largo trueno ensordeció el espacio, y la salvaje soledad de los montes circunvecinos se estremeció hondamente con el fragor de la descomunal batalla...—¡Magnífica, soberbia sinfonía; digno prólogo de la espantosa tragedia que se preparaba!

Ya en adelante, la ruidosa tempestad fué aumentando en rápido *crescendo*. A la *Artillería de Reserva*, que empezó á ganar terreno, marchando por Baterías, unió pronto sus bárbaros estampidos la *Artillería Rayada* de á cuatro, de la que un Regimiento entero salió al galope por nuestra izquierda, principiando á batir el flanco derecho de los atrincheramientos marroquíes.

Aflojó, en su consecuencia, un poco el fuego de las piezas enemigas. El nuestro, en cambio, se duplicó en breves instantes. Dos nuevos Regimientos de Artillería entraron juntos en fuego, vomitando granadas encendidas, mientras que dos Baterías más, del Segundo Regimiento Montado, cañoneaban el extremo Norte del Campamento moro y rechazaban las fuerzas de infantería y caballería que bajaban á apoyar á los seis mil jinetes agrupados en torno de las posiciones del General Ríos.

Por lo que allí pudiera acontecer, mandó entonces el Conde de Lucena al Brigadier Villate que se corriese por aquel lado con sus Escuadrones de Lanceros, y obrase en combinación con el CUERPO DE RESERVA si los Moros insistían en atacar nuestra retaguardia; dispuesto lo cual, nosotros continuamos marchando por nuestra parte en el seno de una verdadera tormenta.

Aun no se había disparado un tiro de fusil ó de espingarda.—Sólo el cañón tronaba reciamente en la llanura.—Así llegamos á unos seiscientos metros de las fortificaciones enemigas.

En este momento se presentaron por nuestra izquierda, siguiendo el curso del Guad-el-Jelú, algunos Moros de á pie y de á caballo; pero el General Mackenna se adelantó á su encuentro con dos Batallones, y el fuego de nuestras guerrillas bastó para rechazar á los Agarenos hacia la Plaza. Sin embargo, el bravo General (ya protegido por la *Brigada de Lanceros*, que mandaba en persona el General Galiano) permaneció hasta el fin del combate en aquella comprometida posición, interpuesto entre la ciudad y el Campo de batalla.

En el ínterin, el TERCER CUERPO se adelantaba al SEGUNDO, que había vuelto á hacer alto; seguía un recodo del Martín; rebasaba denodadamente el ángulo de la trinchera enemiga; hacía un cambio de frente sobre la derecha, y amenazaba el flanco izquierdo de los Moros, á cuatrocientos metros de distancia de sus cañones...

A igual altura se puso por el frente el SEGUNDO CUERPO.—Es decir, que el Campamento de Muley-Ahmed estaba medio envuelto.—¡Acercábase, por tanto, el momento de la suprema embestida!... Nuestras Columnas se pararon por tercera vez.

Tratábase de apagar los fuegos de la Artillería enemiga antes de emprender la lucha de unos infantes contra otros. Pero las trincheras de los Musulmanes, construídas con tierra y arregladas á los adelantos del arte, no permitían á nuestras piezas desmontar las suyas. Causaban, sí, grandes destrozos en las fortificaciones; introducían la muerte y el espanto en los que las custodiaban; hacían callar á veces á todas sus bocas de fuego..., mas al poco rato volvían éstas á bramar sedientas de matanza, mientras que desde la *Torre de Jelelí*, desde la Alcazaba de *Tetuán* y desde las artilladas puertas de la misma plaza nos enviaban una incesante lluvia de sólidos proyectiles...

Nuestros bizarros Artilleros no desisten, sin embargo, de su propósito; y, adelantados á todo el Ejército, á pecho descubierto (y no detrás de espesas

murallas como los Marroquíes), colocan en batería cuarenta piezas, y rompen un cañoneo horroroso, cerrado, incesante, contra los fuertes enemigos.—¡Nunca faltan del aire diez ó doce granadas!—¡Nunca se interrumpe el prolongado trueno de los bronces!

En esto principian á alzarse nubes de polvo revueltas con el humo de las Baterías contrarias.—¡Es la trinchera que se derrumba!—Además, muchas granadas entran en el Campo contrario y revientan á nuestra vista, incendiando las tiendas y destrozando á los hombres, cuyos cuerpos vemos volar en pedazos...—¡Todo inútil, sin embargo! ¡Nada quebranta hoy el desesperado valor de los Agarenos!

De pronto, elévase una anchísima, densa y aplomada columna de humo, que, arrancando de entre las tiendas islamitas, sube á nublar el infinito cielo; y un estruendo nunca oído, superior al estampido de mil truenos, resuena al mismo tiempo en aquel lugar, haciendo estremecerse hasta el húmedo suelo que pisamos...—¡Oh ventura! ¡Es que una granada nuestra ha caído en un repuesto de pólvora y lo ha volado!—¡Qué regocijo en nuestras filas! ¡Cómo se adivinan los estragos que habrá producido esta catástrofe en el Ejército enemigo!

Y nuestra Artillería avanza siempre, corriendo y disparando, estrechando cada vez más en un círculo de bronce el codiciado Campamento...—Las *Baterías de á caballo* se baten en guerrilla... Hay una, la del capitán Alcalá, que gallardea vistosamente delante de los cañones marroquíes... En pos de ellas avanzan las restantes con pasmosa serenidad. Y por los claros de las piezas adelántanse también los Batallones, *paso á paso*, porque así lo mandan los Jefes; pero agitados, impacientes, fogosos, enardecidos hasta el frenesí por el olor de la pólvora, por el estallido de los cañones, por la proximidad de la presa...

—*¿Cuándo? ¿Cuándo?*—parece que dicen nuestros soldados, nuestros bizarrísimos infantes, requiriendo sus bayonetas...

—*¿Cuándo? ¿Cuándo?*—parece que preguntan Ros de Olano y Prim, refrenando sus impacientes bridones, á la cabeza de las ordenadas tropas...

—*¿Cuándo? ¿Cuándo?*—exclama todo el mundo, viendo caer deshechos á algunos de nuestros soldados bajo las ponderosas balas de los cañones enemigos...

—*¡Ahora!—¡Ya!—¡Viva la Reina! ¡A la bayoneta! ¡A ellos!*—grita de pronto el General O'Donnell, cuando calcula que nuestra Infantería puede llegar de un solo aliento, de una sola carrera, á las trincheras moras, y saltarlas, y penetrar en los Campamentos...

—*¡A la bayoneta! ¡A ellos!*—contestan veinte mil voces.

Y todas las músicas, todas las cornetas, todos los tambores, repiten la señal de *ataque;* y los treinta y dos Batallones, y la Caballería, y el Cuartel General, y la Artillería, y los Ingenieros, ¡todos, en fin! acometen furiosamente á las posiciones enemigas, como impulsados por un solo y mágico resorte, como un pantano que rompe su dique, como la mar, cuando la vuelca sobre la playa un terremoto.

¡Oh momento!—¡Yo no sé describirlo! Su mero recuerdo inflama mis sentidos y agolpa á mis ojos lágrimas de entusiasmo...—¡Qué embriaguez! ¡qué vértigo! ¡qué locura aquélla!—¡La alegría, el furor, la soberbia española, el miedo de que los Moros tuvieran tiempo de rehacerse y nuestros soldados para cansarse; la súbita aparición de la Patria, regocijada por tan hermoso triunfo; la admiración y la gratitud que los unos sentíamos hacia los otros; la curiosidad de conocer el Campamento árabe: todo nos enardecía, todo nos arrebataba á tal punto, que jóvenes y viejos, próceres y reclutas, nos saludábamos y hablábamos sin conocernos, como para transmitirnos tanta felicidad!

¡Y, sin embargo, aquel momento era horrible, mortal, desastroso! Corriendo, como íbamos, entre músicas y aclamaciones, entre *vivas* y jubilosa fiesta, mil

y mil tiros nos recibían á boca de jarro.—¡Treinta mil enemigos guarnecían las dilatadas trincheras! ¡Treinta mil espingardas nos apuntaban al corazón!

Y ¡cómo caían nuestros Jefes, nuestros Oficiales, nuestros soldados! ¡Cuántos, cuántos, Dios mío!—Fueron treinta minutos de lucha, treinta minutos solamente..., ¡y más de mil españoles se bañaban ya en su sangre generosa!

Pero ¿qué importaba?—Ni ¿quién reparó en ello?—¿Qué importaba, si nuestras tropas habían acometido de frente y de flanco, escalado el muro de tierra con manos y pies, derribado á las numerosas huestes que lo guardaban, tomado los cañones á la bayoneta (después de recibir sus últimos y mortíferos disparos á quema ropa), invadido el Campamento como una inundación luchado cuerpo á cuerpo fuera y dentro de las tiendas, sembrado de muertos su triunfal camino, y puesto en vergonzosa fuga á todo el Ejército mahometano?

¿Y he de decir yo quién mereció más, quién penetró el primero, quién derramó más sangre enemiga?—¡Todos fueron iguales! ¡Todos eran uno solo! ¡Todos acometieron con igual brío! ¡Nadie pensó en sí propio, sino en el resto del Ejército! ¡Nadie deseó triunfar por sí mismo, sino que triunfase España! ¡Nadie trató de llegar al término de aquella carrera, sino de que llegase el Estandarte Nacional!

. . . . . .

Y, con todo, ¿cómo pasar en silencio los más culminantes episodios de la jornada? ¿Cómo callar los hechos inmortales que he tenido la felicidad de ver?

Diré, pues, en primer lugar, el arrojo y bravura del General en Jefe, de D. Leopoldo O'Donnell, del héroe de la Batalla...—Desde el día de los *Castillejos*, nadie le había vuelto á ver convertido de ordenador de la lid en instrumento de ella, de Jefe supremo en batallador, de caudillo en soldado...—¡Hoy, sí! Hoy volvió el entusiasmo á su alma, el fuego bélico á sus venas, la ardiente poesía del combate á su corazón.—

¡Hoy, como nunca, inflamado, vehemente, impetuoso, dominaba con su talla marcial y arrogante las masas de Infantería y Caballería; hoy, como en sus heroicos tiempos de Coronel, de Brigadier y de Mariscal de campo, lanzábase á las balas con el acero desnudo, buscando al enemigo, arengando á las tropas, lleno de actividad y fuerza, resplandeciente el rostro de júbilo y ternura, con el llanto del amor patrio en los ojos!

—*En avant! En avant!* (¡adelante! ¡adelante!) *¡Viva la Reina!*—gritaba, saltando la trinchera, metiendo su caballo en lo más recio de la lid, y penetrando de los primeros en el Campamento enemigo.

—*¡Soldados! ¡Viva España!*—exclamaba otras veces, dirigiéndose á los que luchaban y á los que morían.

—*¡Viva la Infantería española!*—añadía, por último, volviéndose hacia el Cuartel General, también entusiasmado al ver la violencia irresistible de nuestros Batallones.

Y la voz, el gesto, la actitud del noble Capitán nos arrebataban á todos; nos subyugaban materialmente; nos hubieran hecho despreciar mil vidas que tuviéramos.

—*¡Viva O'Donnell!*—gritaban Generales y soldados...

—*¡Viva la Reina!*—gritaba el General en Jefe.

—¡VIVA EL DUQUE DE TETUÁN!—se oyó por primera vez en las filas de no sé qué Regimiento.

—¡VIVA EL DUQUE DE TETUÁN!—repitieron mil y mil voces, saludando espontánea y cariñosamente al antiguo vencedor de Lucena, al actual vencedor del Moro.

Y los acordes de la Marcha Real, confundidos con el *toque de ataque* que resonaba en una extensión de legua y media, solemnizaban aquella augusta aclamación; la más verdadera, la más legítima y soberana de cuantas he presenciado en toda mi vida.

. . . . . .

Diré también de los *Voluntarios Catalanes* la singular hazaña con que en un solo día han levantado su nombre á la altura de merecimiento de que ya gozaban los más afortunados héroes de toda esta guerra.

Según solicitaron ayer, los nobles hijos del Principado iban de vanguardia, capitaneados por el General Prim; pero en el instante crítico de la carrera y del ataque, cuando ya les faltaban veinte pasos para llegar á la artillada trinchera, viéronse cortados por una zanja pantanosa, que altas hierbas acuáticas disimulaban completamente.

Caen, pues, dentro las primeras filas de *Voluntarios Catalanes*, y no bien lo notan los Moros (que contaban con semejante accidente), pónense de pie sobre sus parapetos y fusilan sin piedad á nuestros hermanos. ¡Pero éstos no retroceden! ¡Sobre los primeros que se han hundido pasan otros, y los muertos y heridos sirven como de puente á sus camaradas!...

¡Vano empeño! ¡Inútil heroísmo!—Los Moros siguen cazándolos á mansalva, y ya no apuntan sino á aquellos que penosamente logran salvar el pantano y pasar á la otra orilla... ¡Así van cayendo, uno detrás de otro, aquellos bravos!...

Y, á pesar de esto, no desisten... Aunque la zanja está llena de muertos y heridos, han logrado juntarse al otro lado unos cien *Catalanes*... Intentan, pues, avanzar hacia la próxima trinchera; pero los Moros, que han crecido en número por aquella parte, los aniquilan con descargas cerradas...—¿Qué partido tomar?—Los *Voluntarios* se paran, como preguntándose si deben morir todos inútilmente en lucha tan desigual y bárbara, ó si les será lícito retroceder...

El General Prim, que estaba á retaguardia de los *Catalanes*, alentándolos para que ninguno dejase de pasar el tremendo foso, ve aquella perplejidad y oscilación de los que ya han saltado á la otra orilla, y corre á ellos, á todo escape de su caballo moro; pónese á su frente, sin cuidarse de las balas, y, con voz mágica, tremenda, irresistible,

—*¡Adelante, Catalanes!* (grítales en su lengua). *¡No hay tiempo que perder!... ¡Acordaos de lo que me habéis prometido!*

¡No fué menester más! Los *Voluntarios* bajan la cabeza y acometen como ciegos toros á la formidable trinchera.

Prim va delante, como el día de los Castillejos... Llega; ve un portillo en el muro, y mete por él su caballo, cayendo como una exhalación en el Campo enemigo...

Espántanse los Moros ante aquella aparición... Algunos retroceden... Uno, más osado, llega blandiendo su gumía á dar muerte á nuestro bizarro General...

Este se convierte en soldado; blande su corvo acero, y derriba á sus pies al insolente Moro.

¡Simultáneamente, los *Voluntarios* se encaramaban como gatos por la muralla de tierra; penetraban por las troneras de los cañones; ensangrentaban sus bayonetas hasta el cubo; vengaban, en fin, á sus compañeros, asesinados poco antes á mansalva!

¡Brava gente! La tierra que los ha criado puede envanecerse de ellos. La primera vez que han entrado en fuego han perdido la cuarta parte de su fuerza. ¡Su Jefe, el Comandante Sugrañés, ha muerto como bueno á las veinte horas de desembarcar en Africa, cumpliendo al general Prim la palabra empeñada de dar su vida por el honor de Cataluña!—¡Honor á él y á sus valientes soldados! ¡Gloria á la tierra de Roger de Flor! ¡Vítores sin cuento á la madre España!

. . . . . .

Mientras así se portaban los *Catalanes*, los Batallones de *León* y *Saboya* hacían iguales prodigios por su lado.

Saboya acometió de frente á un cañón..., al último que pudieron cargar los Moros... Ya le tocaba con la mano, cuando el formidable monstruo vomitó un torrente de metralla sobre la Compañía de Granaderos; y ¡ay! ¡la mitad de ella fué barrida, deshecha, bárbaramente mutilada!—Un Teniente (D. Miguel

Castelo), todos los sargentos y treinta y cinco soldados, cayeron muertos ó espantosamente heridos...—El Teniente murió en el acto.

Mandaba la Compañía el Capitán D. José Bernad y Tabuenca.—*Mi General* (había dicho éste á Prim pocos momentos antes), *¡quíteme usted de delante esa guerrilla!*—Y, una vez despejado su frente, entró en columna por la tronera, perdiendo la mitad de su tropa del modo que he dicho.—¡Pero la primera persona que Bernad encontró en el Campamento moro fué al mismo General Prim, quien le tendió la mano, felicitándole ardorosamente!

Proezas semejantes realizaban en otros puntos del parapeto el Regimiento de *León*, los Cazadores de *Alba de Tormes*, el primer Batallón de la *Princesa* y los dos de *Córdoba*.—¡Todos iban penetrando en los reales enemigos bajo el más espantoso fuego, ora disparando sus carabinas, ora empleándolas como mazas, ora acometiendo á la bayoneta!—¡Prim estaba henchido de gratitud y de entusiasmo al verse á la cabeza de tales hombres!

. . . . . .

Al mismo tiempo que se tomaba de este modo el frente de la trinchera, el Cuerpo de Ejército del General Ros de Olano, con el cual iba el General O'Donnell, penetraba como un torbellino por el flanco izquierdo...—¡También allí encontramos fosos, acequias y parapetos; también allí el aire estaba cuajado de balas, y la muerte se cernía sobre todas las cabezas; también allí cada paso costaba una preciosa vida, y cada grito de *¡España! ¡España!* celebrada prodigios de valor, arranques de heroísmo!

El Regimiento de *Albuera*, mandado por el intrépido Alaminos; *Ciudad-Rodrigo*, mi ilustre Batallón; el de *Zamora* y uno de *Asturias*, entran los primeros en aquel teatro de gloria y de matanza... Cada tienda mora, cada árbol en flor, cada cañaveral, cada seto, presencia un desafío, un lance personal, una lucha cuerpo á cuerpo, Los Jefes ensan-

grientan sus espadas; los Oficiales responden á pistoletazos á las espingardas marroquíes. El fuego es á quema ropa... El arma blanca y la de fuego se emplean á igual distancia. Los gritos de triunfo y los de agonía resuenan en discordante confusión. La Muerte, ciega ya y fatigada, no escoge sus víctimas, sino que blande su segur á diestro y siniestro, y así derriba á Moros como á Cristianos, y acaso muchas veces una misma bala hiere al adversario y al amigo, ó un Moro mata á otro, ó un Español derrama sin querer la sangre de su hermano...

¡Horror! ¡Horror!—Una escena semejante no podía durar mucho tiempo sin acabar con una y otra hueste...—¡No duró!—Fué, según he dicho, una tempestad de treinta minutos... ¡Treinta minutos en que más de tres mil hombres quedaron fuera de combate!

. . . . . .

Llegó al cabo un momento en que los Moros se vieron envueltos materialmente. El temerario General García, con algunos Guardias civiles, llegaba *por retaguardia*... El General Mackenna los estrechaba más arriba... Ros de Olano, Turón y Quesada arremetían por toda la extensión de sus posiciones... Prim y Orozco avanzaban de tienda en tienda, siempre de frente y cada vez con mayor brío... Don Enrique O'Donnell subía ya por la derecha, con su División, apoderándose del Campamento de Muley-el-Abbas y encaminándose á la *Torre de Jelelí* Nuestros cañones, en fin, volvían á tronar, lanzando una lluvia de granadas sobre los barrancos en que podían estar escondidos los Musulmanes tratando de rehacerse...—¡Un minuto más de resistencia, y aquel anillo se cerraba y todo su Ejército era nuestro prisionero!...—¡Ceder ó morir! ¡Abandonar su Campo ó entregarse con él!...—A tal alternativa habíamos reducido al enemigo.

Decidióse, pues, por la fuga... Pero ¡de qué modo! ¡Nadie la vió nunca más resuelta, más declarada, más lastimosa!—Alguien debió de dar la voz de «¡*Sálvese*

el que pueda! ¡Estamos envueltos! ¡Estamos cortados!...» Ello es que, repentinamente, aquellos indómitos luchadores que sabían pelear como acosados jabalíes, y que parecían hoy decididos á perder la última gota de sangre antes que abandonar sus Campamentos, depusieron las armas, prorrumpieron en gritos de terror, saltaron de entre los setos y la loma y huyeron por todos lados, levantando las manos al cielo, y volviendo la cabeza para maldecirnos ó para saludar sus amadas tiendas, en que dejaban todo su haber y además su honra y su esperanza...

Este pánico cundió por todas partes. La Caballería mora, tendida por la llanura (y que no había osado rebasar el *Reducto de la Estrella*, temerosa de verse envuelta por los Batallones del General Ríos), salió también á todo el escape de sus corceles, dispersa, desordenada, despavorida, y se amparó de las montañas colindantes, por cuyas crestas desapareció bien pronto.—¡Todos..., todos huyeron!—Y nadie les seguía, y ellos continuaban su cobarde fuga...

Dijérase que los habían abandonado á un mismo tiempo la fe, el valor, la dignidad, el patriotismo, ¡todo!...—*¡Está escrito!*, habrían exclamado probablemente; y corrían, corrían á ocultar su desventura, á reconciliarse con su Dios, á hacer penitencia, á llorar á solas, ó tal vez á matarse los unos á los otros en fratricida contienda, para no ver su mutuo dolor, ó para demostrarse recíprocamente que aún quedaba en sus almas abatidas un resto de ferocidad africana.

¡Y cuán numeroso era el miserable enjambre de los fugitivos! ¡Y cuánto nuestro orgullo al verlos desaparecer atropelladamente!—¡Ya no podrían negarse á sí mismos, ni ocultar á su Emperador, ni disfrazar á los ojos de sus compatriotas, el desastroso vencimiento que había castigado su soberbia! ¡Ya no podrían menos de confesar que siempre los habíamos derrotado; que todas las fuerzas del Imperio eran nada contra nosotros, que su Dios temblaba ante nuestro Dios; que Marruecos debía rendir homenaje á España!

—«¿Qué ha sido de vuestras tiendas, de vuestros cañones, de vuestra pólvora, de vuestras vituallas? (les preguntarán mañana las ciudades en que irán á guarecerse). ¿Por qué tenéis hambre? ¿Por qué pedís pan? ¿Por qué lloráis? ¿Qué habéis hecho de nuestros hermanos y de nuestros hijos?»

Y ellos tendrán que responder:

—«¡Todo, todo ha caído en poder de los Españoles! ¡Dios no quiere que podamos resistir á los Cristianos!»

Pero olvidemos á los Moros por un momento... ¡Volved, amigos míos, volved las miradas á nuestras vencedoras tropas, que recorren los cuatro Campamentos enemigos al són de la Marcha Real!

¡Ah! ¡qué glorioso botín!—¡El Ejército marroquí ha dejado de merecer este nombre! Ochocientas tiendas de campaña de gran tamaño, muchas con adornos de colores, y entre ellas las de los dos Príncipes y las de todos los Jefes, están en nuestro poder. En las de los Muleyes había ricas alfombras, blandos divanes, lujosos muebles y vajillas de mucho precio. Algunas se hallaban atestadas de víveres: las había llenas completamente de naranjas, de harina, de cebada, de galleta, de dátiles y de maíz; en otras encontramos grandes provisiones de pólvora, de balas y de metralla; en todas había mantas, esteras, jaiques, arneses, espingardas, gumías, pistolas, puñales, jarros, morteros de piedra, mil y mil objetos de que se ha incautado al paso nuestra regocijada tropa, como señora y dueña, por derecho de conquista, de lo que ha ganado en buena lid.

Yo me he contentado con una *guzla* estrecha y larga (una especie de bandurria de dos cuerdas), sumamente melódica, construída con madera de olivo y piel de cordero, y en cuyo mástil torneado se ven misteriosas inscripciones.—Pienso conservarla toda mi vida, formando trofeo con mi vieja espada toleda-

na.—¡Será una reliquia que legaré á mis hijos, si Dios me los concede en su gracia!—Y cruzados en humilde panoplia, ambos instrumentos encerrarán toda mi pobre historia de poeta y de soldado, admirador y enemigo de los Moros...

En la trinchera y en la *Torre de Jelelí* hemos tomado nueve cañones. A la puerta de varias tiendas pacían mansamente algunos jumentos enanos y hasta veintiséis camellos, que nos servirán de acémilas. Infinidad de granadas y bombas han sido encontradas en el Campamento del Oeste; y, por último, Nuestra Señora de Atocha ha enriquecido su Museo heroico con dos hermosísimas Banderas, azul la una y la otra amarilla, cogidas en el Real del Príncipe Muley-el-Abbas.

Pero nada de esto es lo que yo quería deciros. Lo que yo quisiera que os imaginarais es la impresión que nos produjo esta tarde el aspecto general de los Campamentos. Desearía, sí, haceros ver el pintoresco cuadro que preesntaban las tiendas entre los floridos árboles; los cañaverales donde estaban atados los asnos y los camellos; las vistosas ropas y raros muebles esparcidos por tierra; las pilas de naranjas y los cajones ingleses llenos de pólvora; la regia hermosura de la tarde, y las flores silvestres que ya decoran algunos parajes de estas antiguas huertas; y desearía además que comprendieseis el encanto que nos causaba el pensar que todo aquello había pertenecido á los Moros hasta pocos minutos antes; que cada objeto acreditaba nuestra victoria, la documentaba, la materializaba, por decirlo así; que podríamos mandar á España aquellos trofeos como testimonio de nuestro completo triunfo; que lo habíamos ganado, en fin, al glorioso juego de las armas, y que nada semejante habían conseguido de nosotros los Africanos cuando atacaban nuestros campamentos del Serrallo, de la Concepción, de Río Azmir y de Guad-el-Jelú.

. . . . . .

Pero ¡ay! aun nos estaba reservada hoy una impre-

sión de tristeza, digna de mención por sus especialísimas circunstancias.

Hallábase parado O'Donnell con su Cuartel General en medio del Campamento de Muley-Ahmed, dictando medidas para guarnecer las posiciones que rodean estas huertas y las muchas casas de labor que se ven por todos lados.

Ya no se oía ni un solo tiro... Todos los individuos y agregados del Cuartel General estábamos en torno del Conde de Lucena, llenos de júbilo y entusiasmo, dándonos el parabién como Españoles antes que como militares.

Allí se encontraban también los periodistas extranjeros, que habían llegado á cumplimentar á O'Donnell; los Corresponsales de la *La Epoca* y de *La Iberia*, Sres. D. Carlos Navarro y Rodrigo y D. Gaspar Núñez de Arce, que nos habían acompañado todo el día y asaltado la trinchera como todo el mundo; el Sr. D. Jorge Díez Martínez, distinguidísimo caballero, que no se ha separado un instante del General en Jefe durante toda la Campaña; el Conde d'Eu; los Oficiales extranjeros; todo el Cuartel General, en fin, —verdadera tertulia amistosa, en que el continuo trato y la comunidad de penas y alegrías han unido con inextinguibles afectos todos los corazones.

De pronto óyese un tiro próximo, y percíbese el silbido de una bala, que pasa por entre nuestras apiñadas cabezas, y al mismo tiempo siéntese un golpe seco, como el de una aldaba, seguido de un ¡ay! entrecortado por la muerte...

Miramos, y vemos á un respetable anciano, Correo de Gabinete, que ha hecho toda la Campaña, doblarse pausadamente sobre la silla... De su cerebro cae un caño de sangre sobre la grupa del caballo, y la barba blanca de la infortunada víctima levántase lentamente, á medida que su cabeza, atravesada de parte á parte, va inclinándose hacia atrás...

—Muerto... Está muerto... (murmura el General O'Donnell).—Quitémonos de aquí.

Y, mientras pronuncia estas palabras, pasa otra bala por en medio de nosotros; pero sin tocar á nadie...—Indudablemente, un Marroquí se había quedado escondido en alguna tienda, decidido á asesinar al General O'Donnell.

En tanto que se le buscaba (y por cierto que no se le encontró) nos alejamos de aquel sitio, tristemente afectados por una desgracia tan estéril y por la consideración de que aquellas balas habían podido matar, después de su gran victoria, al que ya denominábamos todos EL DUQUE DE TETUÁN; bajamos á la trinchera mora, prudentes y egoístas por la primera vez, como si el triunfo hubiese despertado en nuestro corazón cierta codicia de vivir.

En aquel lugar nos aguardaba otro espectáculo mucho más espantoso, pero que no por eso nos conmovió en manera alguna. Veíase allí el efecto producido por nuestra Artillería en el Campamento de Muley-Ahmed.—Tiendas incendiadas, armas rotas, centenares de cadáveres destrozados; aquí una mano, allá una cabeza; en este lado un cuerpo hecho carbón; en el otro charcos de sangre; huellas de pólvora inflamada, jirones de ropas berberiscas, caballos muertos, vituallas y municiones esparcidas al acaso... ¡Oh! Era una cosa horrible; pero era también una patente de gloria y de fortuna para nuestra Artillería. Sobre los parapetos y las trincheras veíanse también los muertos por la bayoneta ó la carabina de nuestros infantes, y muchos heridos que se quejaban lastimosamente.—A éstos se les curó; pero ninguno tenía remedio.

En cuanto á nuestros muertos y heridos, habían sido ya retirados á las casas de campo inmediatas.—No nos amargó, pues, las alegres horas de esta tarde el cuadro de nuestras lamentables pérdidas, que (según acaban de decirme) han consistido en mil ciento quince hombres.

. . . . . .

Voy á concluir.

En este momento son las nueve de la noche.

Nuestras tiendas han sido levantadas entre las de los Moros; pero muchos dormiremos en las de ellos... más por ufanía que por comodidad.

Nuestros caballos están atados con los mismos cordeles y en las mismas estacas que les servían á los Agarenos para amarrar los suyos, y se comen el pienso que tenían preparado para esta noche.

En fin, las reses recién muertas (vacas y ovejas) con que pensaban refocilarse los Marroquíes después de la batalla, han sido condimentadas y consumidas por nuestros soldados...

¡Ah! ¿Qué será entretanto de nuestros desgraciados enemigos? ¿Cómo pasarán la noche? ¿Qué comerán? ¿Dónde encontrarán amparo?

¡Infelices!—¡Allá se fueron, por lo más áspero de esas montañas, desprovistos de todo, solamente cargados de vergüenza y de infortunio!—¡Qué frío pasarán, qué hambre, qué desesperación!

Pero á todo esto no os he dicho lo más importante que está ocurriendo mientras dejo correr la pluma sobre el papel...—¡Admiraos de nuestro valor, y ved si somos ó no somos ya soldados aguerridos!...—¡Es el caso que los cañones de la *Alcazaba de Tetuán* no dejan de lanzar balas rasas á este Campamento! ¡Cuatro horas hace que terminó la lid, y desde entonces, de minuto en minuto caen entre *nuestras* tiendas pesados proyectiles, que afortunadamente no nos han causado todavía daño alguno, pero que bien pudieran más tarde convertir nuestro reposo temporal en sueño eterno!...

Creemos, sin embargo, que estos disparos cesarán muy pronto...—Los habitantes de la ciudad se habrán reunido en consejo al vernos acampados á sus puertas, y no podrán menos de resolver la rendición de la plaza, con lo cual dejará de hostilizarnos la vigilante fortaleza.

. . . . . .

Son las diez de la noche, y los cañones de *Tetuán* siguen haciendo fuego...

Que yo sepa, hasta ahora no nos han causado ninguna baja; pero, moralmente, esos cañonazos nos incomodan mucho, pues nos revelan que los Marroquíes son tan tercos que van á obligarnos á reducir á cenizas, en cuanto amanezca, la ciudad que idolatran tanto...

Yo, sin embargo, espero todavía en su prudencia... —¡Ah! ¡Fuera horrible que entrásemos en *Tetuán* á sangre y fuego!

Y seré franco... No es sólo la piedad ó miedo lo que me mueve á pensar así.—Es curiosidad artística. ¡Yo tiemblo á la idea de que todos sus habitantes tomen el camino de la montaña!—Yo quiero ver la población, las costumbres, los trajes, los ritos, las fisonomías de los Moros. Quiero hablarles; ser amigo de ellos; penetrar el fondo de su alma; sorprender el misterio de su extraña vida.

. . . . . .

¡Las diez y media, y todo sigue lo mismo!

Voy á apagar la luz, no sea que el lienzo de la tienda deje paso á la claridad, y ésta sirva de blanco á los cañones moros...

¡Adiós..., amigos míos; y adiós, *cuatro de Febrero!* ¡Oh! ¡Qué día tan largo! ¡Qué día tan grande!—¡El será eterno en nuestra historia!—A estas horas sabrá ya toda España el triunfo que han alcanzado hoy sus hijos...—¡Quién estuviera ahí! ¡De placer y entusiasmo se me eriza el cabello, cuando me imagino la alegría que va á experimentar nuestra bendita Patria!...

¡Ah, noble madre; viuda de ínclitos reyes y capitanes! ¡Arroja tus crespones de luto; rejuvenécete, y haz alarde de la antigua fiereza! ¡Tenías hijos... y éstos han mirado por tu honra y alegrado tu triste ancianidad!—¡Tenías hijos, y ellos te vuelven á hacer soberana!—¡Gloria á ti, que no á ellos! ¡Gloria á ti, que fuiste el modelo de sus virtudes y de su gloria!

. . . . . .

Vuelvo á encender la luz.—¡El cañón ha dejado de

sonar!—Son las once, y hace ya más de un cuarto de hora que no dispara.

Es cosa hecha: el titán ha muerto... *Tetuán* se rinde... La guerra ha concluído.—Mañana lucirá la paz en Oriente, traída de la mano por la dulce y sonrosada *Aurora*...

II.

Primeros Parlamentarios moros.—Intimación á la Plaza. *Tetuán* capitula.—Los *renegados*.

Día 5 de febrero, antes de amanecer.

¡Qué grato ha sido esta noche el sueño de los que algo hemos dormido!—Diríase que nuestra alma, libre ya de todo recelo acerca de los enemigos que acabábamos de aniquilar, ha aprovechado las horas del reposo para volver á España y tomar parte en su alegría.—Hemos dormido, en fin, como patriarcas, debajo de estas tiendas imperiales, y aún dormiríamos si no nos hubiese despertado el ya extemporáneo *toque de diana*.

Al escuchar sus primeros sones hemos abierto los ojos con cierta pena, creyendo que la total victoria de ayer había sido un sueño, y que los clarines matutinos nos avisaban, como otras veces, la hora del combate; pero, pronto, el mismo júbilo que respira hoy la conocidísima tocata nos ha recordado á todos la brillante realidad de nuestra fortuna, y de aquí el largo aplauso y gozoso vocerío con que saludan en este momento las tropas (ni más ni menos que al principio de la campaña) los madrugadores acentos de tambores, músicas y cornetas.

Por lo demás, aun no lucen en el Oriente señales del amanecer. Son las cinco, y la más densa obscuridad reina en el Campamento. Sólo se ve alguna leve claridad al través del lienzo de tal ó cual tienda, cuyos moradores acaban de encender luz, mientras que

muchos soldados soplan á los mal apagados tizones de las hogueras en que anoche guisaron, á fin de reanimarlos y hacer el café. Cesa, por último, la *diana;* pasa un cuarto de hora, y principia á clarear el día sobre las olas del remoto mar...

Suena entonces una nueva *diana*, que no habíamos oído hasta ahora en los inhospitalarios parajes que hemos habitado.—Hablo del canto de los pájaros.—Ni los montes bravíos ni los estériles arenales son sitios á propósito para que los ruiseñores y las alondras entonen su matutina música; pero en este alegre Campamento, poblado de tantos árboles como tiendas; en este jardín de Marte; en este verdadero oasis, lleno de flores y de verdura, los cantores del aire saludan el primer albor de la mañana, sin sospechar que los guerreros aquí acampados que oyen hoy sus gorjeos no son ya africanos, sino españoles; como á nosotros nos parece oir los mismos suaves conciertos que escuchábamos algún día en las alamedas del país nativo.

Amanece al fin. El cielo está azul y transparente. Ni una nube empaña su lucidez. Torna, por último, á nuestro horizonte el padre Sol, gloria y alegría de los mundos, y con él renace en todos los pechos el ansia de nuevas emociones.

Ni los cañones de la Alcazaba ni los de las puertas de *Tetuán* han vuelto á hacer disparo alguno en toda la noche ni en lo que va de mañana.—Es, pues, seguro que la ciudad se rinde.

Sin embargo, nuestros Artilleros lo disponen todo para un bombardeo inmediato, mientras que en la tienda del General en Jefe se determina alguna cosa de gran importancia que yo necesito averiguar inmediatamente.

. . . . . .

¡Ya lo sé todo! ¡Se trata de enviar á *Tetuán* un mensaje intimando la rendición!

Los Comisionados elegidos son el preceptor de Aníbal Rinaldy, ó sea el cosmopolita Mustafá Abde-

rramán (que, como sabéis, habita en la misma tienda que yo), y un Moro de cierta categoría, hecho prisionero en la batalla de ayer, y llamado *Sidi Mahommad.*—Mustafá Abderramán va vestido á la europea, y usa hoy su primitivo nombre, que es *Pedro Dejean;* lo cual indica que este hombre, hoy universal, fué Francés en sus primeros años.

La intimación á la plaza está redactada de una manera sencilla y solemne, propia del Capitán que la suscribe, de las circunstancias que la ocasionan y del mísero pueblo que ha de leerla.

Dice así:

«Al Gobernador de la plaza de Tetuán.

»Habéis visto á vuestro Ejército (mandado por los hermanos del Emperador) batido, y su Campamento, con la artillería, municiones, tiendas y cuanto contenía, ocupado por el Ejército español, que está á vuestras puertas con todos los medios para destruir esa ciudad en cortas horas.

»No obstante, un sentimiento de humanidad me hace dirigirme á vos.

»Entregad la plaza, para la que obtendréis condiciones razonables, entre las que estarán el respeto á las personas, á vuestras mujeres, á las propiedades y á vuestras leyes y costumbres.

»Debéis conocer los horrores de una plaza bombardeada y tomada por asalto: evitadlos á Tetuán, ó de otro modo, cargad con la responsabilidad de verla convertida en ruinas y desaparecer la población rica y laboriosa que la ocupa.

»Os doy veinticuatro horas para resolver: después de ellas, no esperéis otras condiciones que las que imponen la fuerza y la victoria.

»El Capitán General y en Jefe del Ejército español,

LEOPOLDO O'DONNELL.

»Campamento junto á la plaza, 5 de febrero de 1860.»

Al mismo tiempo se ha leído á nuestras tropas la

siguiente *orden del día*, documento no menos notable que el anterior:

«Soldados: En el día de ayer habéis conseguido una completa victoria, tomando al enemigo sus reductos y atrincheramientos, su artillería y sus cuatro Campamentos con todas sus tiendas y bagajes. Habéis correspondido dignamente á lo que la Reina y la Patria esperaban de vosotros, y habéis elevado á una grande altura la gloria y el nombre del Ejército español.

»Soldados: continuad con la misma constancia con que habéis luchado durante tres meses contra los elementos de un clima duro y en un país inhospitalario, hasta que obliguemos al enemigo á pedir gracia, dando á España satisfacción cumplida de sus agravios é indemnización de los sacrificios que ha hecho.

»Vuestro General en Jefe,

O'DONNELL.»

Volviendo á la *intimación*, habéis de saber que Iriarte y yo hemos resuelto seguir extraoficialmente á nuestros Mensajeros, saliendo antes que ellos por una senda que nos han indicado. Una vez fuera de las avanzadas de nuestro Ejército, nos uniremos á la Embajada, y mi amigo Pedro Dejean nos hará penetrar, con él y con el Moro, en la Ciudad Santa de los Marroquíes...—¡Figuraos, pues, nuestra alegría! ¡En este momento no nos cambiaríamos por ningún monarca de la tierra!

—¡Que lleves tu álbum de dibujo!—le digo yo á Iriarte.

—¡Que lleves tu libro de memorias!—me dice él á mí.

Y apenas nos acordamos de almorzar, ni de que esta expedición nos puede costar la vida.—¡Para el uno como para el otro, lo primero de todo es el Arte; es ver á *Tetuán;* es verlo habitado; es contemplar sus seculares misterios... antes de que los profanen nuestros cañones!

. . . . . .

Son las nueve de la mañana, y Mustafá Abderramán y Sidi Mahommad están ya listos...

Van á pie... ¡Tanto mejor!—Nosotros dejamos también nuestros caballos, y penetramos en unos cañaverales muy intrincados, que no recorreríamos con tanta calma á no respirarse paz y amistad en el ambiente de esta mañana inolvidable.—Sin embargo, vamos armados de *revólvers* por lo que pueda acontecer.

Sidi Mahommad nos ha dicho que los aguardemos donde terminan estos cañaverales.—El General O'Donnell ignora nuestra determinación, para la cual no le hemos pedido permiso, adivinando que nos lo hubiera negado como á todos, pues dicho se está que el Ejército entero querría formar parte de la Embajada.

Acompañan á nuestros Parlamentarios cuatro Guardias civiles, más bien con objeto de evitar que les siga nadie, que como escolta de seguridad contra el enemigo.—Así es que, no bien se encuentran ambos Comisionados fuera de nuestras avanzadas y en la estrecha senda empedrada que conduce á la ciudad, los Guardias hacen alto para contener á los curiosos, mientras que Mustafá y Mahommad siguen, ya solos, por el camino.

Nosotros damos entonces un gran rodeo hacia la izquierda y nos unimos á ellos.

El Moro lleva un pañuelo blanco izado en una baqueta, como señal de Parlamento...

De nuestro Campo á la plaza habrá poco más de un cuarto de legua.—Todo este espacio es un laberinto de árboles, acequias, puentecillos, casas de campo, setos y bardales, vestidos ya de gala por una primavera precoz.

Descubrimos, al fin, completamente á *Tetuán*.—Sobre sus murallas aparecen algunas cabezas adornadas de blancos turbantes, las cuales se ocultan á medida que nos ven avanzar...—Ya percibimos distintamente los cañones, la bandera verde del Profeta

levantada en la Alcazaba, los arcos de herradura de dos puertas de la ciudad, los alicatados de colores que revisten los alminares, las agujas que los coronan, las blancas azoteas á que dan acceso estrechos y bajos postigos; mil y mil accidentes de arquitectura, impregnados del más genuino orientalismo, del más característico gusto árabe...—¡Ah! ¡Nos parece un sueño!

¡Y qué silencio! ¡Qué calma en derredor! ¡Qué mañana tan apacible!—Sólo las flores de los árboles frutales y los pájaros que saludan la vuelta de la estación amorosa, parecen habitar en estas comarcas. Respírase un ambiente cargado de balsámicos aromas. El sol hermosea con sus caricias, piedras, aguas, troncos, praderas, edificios, montañas, cuanto su luz cariñosa alumbra... ¡Y el corazón, con su fiel instinto, late alborozado dentro del pecho, como adivinando largos días de felicidad y reposo, de gloria y bienandanza!...

—¡Escribe!—me dice Iriarte.

—¡Dibuja!—le digo yo á él.

Y, al par que andamos, vamos tomando apuntes de cuanto vemos...

. . . . . .

Mas ¿qué gente es aquella que viene hacia acá por entre unos cañaverales?—¡Forzosamente, ha salido de *Tetuán* al mismo tiempo que nosotros de nuestro Campo!...—¡Ah! ¡traen también *bandera blanca!*...—¡Bendigamos á Dios! ¡La ciudad capitula, anticipándose á nuestra intimación!...—¿Qué otra cosa pudiera significar ese mensaje?

Nuestros Enviados se paran y dejan avanzar á los del enemigo.

Estos son cinco.—De ellos, cuatro vienen á pie, y el otro encaramado, que no montado, en una mula, enjaezada vistosamente.

Tan raro caballero constituye la retaguardia.—A vanguardia camina el de la bandera, que es un tosco morazo, vestido con jaique blanquecino.

De los otros tres, uno viste con lujo y más bien al estilo de Argel que al de Marruecos.—Los dos restantes parecen Moros de Rey, ó sea *soldados regulares.*

Sin embargo, los cinco vienen sin armas.

No bien divisa esta comitiva á la nuestra, los cuatro de á pie empiezan á agitar sus arremangados jaiques y á tremolar la bandera blanca...

—¿Qué significa eso?—preguntamos á Mahommad.

—Significa paz y buena intención—responde el Moro.

Pues guardemos nuestra carta y recibamos la que indudablemente traerán ellos—responde el sabio cosmopolita Pedro Dejean.

Y se mete en el pecho el mensaje de O'Donnell.

Mahommad responde entretanto á las señas de los Marroquíes con otras semejantes; hecho lo cual, nos adelantamos los unos hacia los otros, y se entabla en árabe el siguiente diálogo entre Pedro Dejean y el Moro de la mula.

—¡Alá te guarde!—dice este último.

—¡Él te conserve! (responde nuestro Enviado). ¿Qué mensaje es el tuyo?

—De paz.

—Bien venido seas.

—Busco al *Gran Cristiano...*

(Así designan los Moros al General O'Donnell.)

—¿De parte de quién?

—De parte de los vecinos de *Tetuán.*—¿Quieres llevarme á la tienda de tu Emir?

(Emir significa *General en Jefe.)*

—Vamos andando—responde Dejean.

Y todos nos dirigimos hacia el Cuartel General de O'Donnell.

Los Moros vienen tristes, pálidos, con el sello de un profundo terror en el semblante.—Durante el camino, trábase naturalmente conversación entre ambas Embajadas, y de todo ello, y de mis indagatorias y observaciones, resulta lo que sigue:

El Parlamentario principal de los Moros (el de la mula) es un anciano de severa y trabajada fisonomía, alto, flaco y duro como una palma combatida muchos años por los vientos. Viste ancho calzón azul, media blanca europea, babucha amarilla, jubón de merino negro bordado de seda, largo caftán de paño de color de café, y gran turbante blanco, como la faja redoblada que envuelve su cintura.—Llámase el *Hach-Men-Abet.*

Este ilustre Moro desempeña en el Imperio el cargo de Cónsul de Austria. Ha viajado mucho, y habla algo el español.—Acompáñale un niño de corta edad, que parece ser su hijo, el cual se quedó atrás cuando nos descubrieron, y no ha tardado en agregársenos al ver que también nosotros veníamos de buenas.

De los otros cuatro personajes, el único digno de mención es el que viste á la argelina. (El traje argelino recuerda, más que ningún otro, al Moro tradicional de España, ó sea al que sale todavía en nuestras mascaradas y teatros. Las prendas que lo componen son: calzón anchuroso de color muy vivo, albornoz ondulante, vistoso chaleco, lujosa faja y muchos alamares y bordados en toda la ropa.)—Este Enviado, viejo también, habla el español á las mil maravillas, según nos dice con expresivas señas el de la bandera blanca, y aun paréceme entender que es tan Español como yo, ó, por mejor decir, que *lo ha sido*... —Sin duda se trata de algún ex presidiario andaluz, renegado ó sin renegar.

Entretanto, Dejean habla con el Cónsul de Austria, el cual le cuenta las grandes cosas que ocurren en *Tetuán.*

He aquí la traducción libre de su relato:

—«La ciudad se halla en la mayor tribulación. Muley-el-Abbas y Muley-Ahmed entraron en ella ayer tarde, después de la pérdida de los Campamentos, á todo el escape de sus corceles y seguidos de algunos Jefes principales.

—«¡El Cristiano está á las puertas! (dijo Muley-»Abbas). ¡El que me quiera, el que sea fiel al Empe»rador, que me siga! Nosotros no podemos defender »á *Tetuán*. ¡Dios ha abandonado nuestras huestes! »*Dejemos á Tetuán como una isla* (1). ¡Que el Cris»tiano no encuentre nada en ella!...—Pero el que »quiera quedarse, que se quede.—¡Dios Todopoderoso »lo juzgará en su día!»

»Después de pronunciar estas palabras en medio de la plaza, el Emir entró en casa del Gobernador. Cargáronse de dinero y alhajas hasta treinta mulas; sacó de la cárcel, para que no quedasen impunes, algunos presos políticos, casi todos *alcaides* que habían sido; proveyóse de una tienda y de algunos víveres, y partió por la puerta que da al camino de Tánger. —¡Según su cuenta, anoche mismo debíais dormir dentro de nuestros muros!...

»Muchas familias de *Tetuán* han seguido hoy en su fuga á los Príncipes y Jefes militares del Imperio, sobre todo las mujeres y la gente rica. El camino de Tánger está cubierto por una larga caravana de camellos, caballos, mulas y asnos, cargados de muebles, ropas y víveres. La emigración es espantosa...

»Los Príncipes y los pocos servidores que aún les permanecen fieles, acamparon anoche en otra llanura que hay del lado allá de *Tetuán*.—Con ellos van los susodichos presos...—En cuanto al Ejército derrotado, vivaqueó anoche en la Sierra; pero á las dos de la madrugada el hambre y el frío les hicieron acercarse á *Tetuán*.

»Vieron entonces las feroces y desesperadas kabilas que los Cristianos no ocupaban todavía la ciudad, y acordaron aprovechar la noche saqueando el Barrio de los Judíos...

«Todo lo hemos perdido esta tarde (dijeron); pero »la *Judería* nos ofrece abundante desquite... ¡A la »*Judería!* ¡A la *Judería!*»

(1) Textual.

»Asaltaron, pues, las murallas del Norte, hacia donde cae el Barrio de los Judíos..., ¡y yo no podría explicaros lo que ha pasado allí esta noche! Sólo sé que hemos oído tristes lamentos, confundidos con el golpe del hacha sobre las puertas... Por las azoteas de las casas vagaban doloridas sombras, que elevaban los brazos al cielo... El incendio alumbraba á veces aquel cuadro... ¡La sangre ha debido correr como un desatado torrente! ¡El saqueo y la violencia habrán sido espantosos!—Nosotros, los pacíficos habitantes de *Tetuán*, que no podemos abandonarla porque la amamos demasiado y tenemos en ella grandes intereses, estábamos entretanto reunidos en Consejo...—¡Ah..., ninguno ha dormido!...—¿Qué hacer en tamaña tribulación?—¡Si estuviéramos solos os entregaríamos la plaza; pero las kabilas nos observan; Muley-el-Abbas acecha nuestros movimientos desde la otra llanura, y no bien comprendan que nos rendimos, antes que vosotros hayáis penetrado por una puerta, nuestros cadáveres habrán salido arrastrando por otra!—Al fin, esta mañana nos hemos resuelto los que aquí ves á demandaros consejo y protección...—*Tetuán* quiere entregarse, pero no puede. Nosotros hemos venido sin que nos vea *la gente de guerra;* pero *la gente de paz* lo sabe y nos bendice. Si vosotros nos hicierais el favor de acometer hoy nuevamente á Muley-el-Abbas y á las kabilas, todos se irían mucho más lejos, y la ciudad os abriría sus puertas, porque nosotros sabemos que los Cristianos no queman, ni roban, ni matan al Moro desarmado, ni hacen llorar á las mujeres...—Pero á lo que no nos atrevemos, en el actual estado de las cosas, es á seguir entre dos fuegos...»

. . . . . .

Por aquí va en su discurso el *Hach-Men-Abet* cuando llegamos á nuestras avanzadas.

Por consiguiente, ya no nos es posible entendernos con ellos, ni pensar más que en la propia conservación...

Innumerable multitud de soldados nuestros se apiña al paso de los Marroquíes...

—¡Tetuán se rinde!—gritan mil y mil gozosas voces, al ver la bandera blanca de los enviados de la ciudad.

Y la alegría, la curiosidad, la sorpresa, mil afectos que podéis figuraros, agitan nuestros Campamentos, haciendo salir de sus tiendas á Generales y soldados.

Los Parlamentarios moros miran con terror y admiración esta muchedumbre vencedora, tantos y tantos pabellones de fusiles, tantas largas hileras de Artillería, todo este cúmulo de poder y de fuerza amontonado á las puertas de su ciudad amada...—Cruzan, pues, tristes y pensativos uno y otro Campamento.—¡Las tiendas moras se levantan aún entre las nuestras!...—¡Qué espectáculo para los míseros Islamitas!...

—«Este... (dirán), éste ha sido el teatro de la batalla que ayer ensordecía los vientos... Estos son los vencedores de nuestros Príncipes... Estos son los indomables guerreros de que hemos oído contar tantas hazañas... Estos son los que nuestros *Santones* y *Derviches* nos dieron tantas veces por derrotados... ¡Estos los que luchaban allá abajo con las tormentas, con la epidemia, con el *Levante* y con las privaciones!—¡Y aquí, aquí mismo, han aniquilado hace pocas horas á nuestro soberbio Ejército! Este suelo está húmedo todavía de sangre de nuestros hermanos...—¡Nuestro ha sido cuanto nos rodea!—¡La marea creciente que se desbordó de Ceuta hace dos meses y medio, ha subido hasta el Boquete de Anghera, ha devorado después seis leguas de costa, ha invadido una llanura de dos leguas, penetrado en las huertas de Tetuán, inundado los Campamentos musulmanes, y hoy amenaza tragarse á nuestra ciudad santa, á nuestra ciudad querida!...»

Y sólo ahora comprenderán los Tetuaníes toda la extensión del infortunio que ha militado bajo el estandarte del Profeta y las derrotas sucesivas que ha

experimentado Muley-el-Abbas desde el principio de la guerra.

Pero henos junto á la tienda de O'Donnell.

El General en Jefe no se encuentra en ella.—Dícese que montó á caballo hace una hora, y que recorre todas las posiciones ganadas ayer al enemigo desde la orilla del Guad-el-Jelú á la torre de Jelelí.

Búscasele, pues, por todas partes, á fin de que reciba á los Enviados de la plaza; pero no se le encuentra en ningún lado...

Esta circunstancia da tiempo á que se ordene y solemnice en cierto modo la entrevista de nuestro Caudillo y de los Embajadores africanos.—La gran calle que, como en todos nuestros anteriores Campamentos, trazan las tiendas del Cuartel General del General en Jefe, ha sido despejada y está cubierta por dos filas de Carabineros. A la puerta de la tienda del General O'Donnell hállanse alineados los cinco Parlamentarios, en actitud humilde pero digna. Cerca de ellos forman un grupo todos nuestros Generales. La habitual comitiva de O'Donnell y una infinidad de Jefes y Oficiales de todas armas componen otro grupo más á la derecha; y, á los dos lados de esta explanada, vense oscilar millares de cabezas agitadas por vivísima curiosidad... ¡Son los soldados..., los beneméritos soldados, á quienes interesa tanto ó más que á nadie el resultado de la entrevista que se prepara!

Así pasan algunos minutos de inmovilidad y silencio.—Sólo se escucha de vez en cuando alguna orden para que se busque al General en Jefe por este ó por aquel camino.

Al fin resuenan de pronto las majestuosas armonías de la Marcha Real; los centuplicados centinelas presentan las armas, y el General O'Donnell aparece á caballo por un lado de la extensa vía, seguido de un solo Ayudante.

Apéase el victorioso caudillo delante de su tienda; saluda con grave y cortés ademán á los Enviados, y penetra en ella el primero, indicando al paso á los

Embajadores, con otra acción llena de exquisita superioridad, que pueden penetrar en pos de él.

Hácenlo así los Moros, no sin clavar antes á la puerta de la tienda la *bandera blanca*, y un nuevo silencio que deja adivinar la preocupación de todos, reina en nuestros dilatados Campamentos durante los breves minutos á que se reduce aquella conferencia tan solemne.

Los que estamos más cerca de la tienda percibimos algunas palabras de O'Donnell y de los Parlamentarios.—Todos hablan en español. El General en Jefe se produce con sentido enojo, con severa fortaleza, con cierta mezcla de rigor y lástima. Las palabras *crueldad*, *inhumanidad*, *barbarie*, salen de sus labios. (Alude sin duda á la saña feroz con que los Moros han tratado á nuestros prisioneros, degollándolos despiadadamente.) Luego habla de *generosidad*, de *perdón*, de *tolerancia* con los vencidos, de *Tetuán reducido á escombros*, de *bombardeo*, de *plazo improrrogable*...

Los Marroquíes tartamudean excusas; hablan en voz baja, se quejan, repiten mucho las palabras *cristiano*..., *piedad*..., *protección*..., y protestan de su buena fe, de la verdad de sus palabras, de la lealtad de su mensaje.

Al fin el General en Jefe llama á un Ayudante y le pide el pliego que Dejean y Mahommad se habían encargado de llevar á la plaza.

Vuelve el pliego á poder de O'Donnell, y al cabo de un momento los Marroquíes salen, trayéndolo en la mano.

Es decir, que ellos mismos harán en nuestro nombre la intimación á *Tetuán*.

—Mañana á las diez tiraré el primer cañonazo—dice O'Donnell al Cónsul de Austria, cuando éste le saluda para marcharse.

—Antes de las diez tendrás la contestación... (responde el Moro); pero desde el amanecer debes mirar á la Alcazaba.—¡Si no ves en ella nuestra bandera, es señal de que *Tetuán* se rinde!

—Pues hasta mañana—concluye el General en Jefe.

Parten, finalmente, los Marroquíes escoltados por algunos caballos nuestros, mientras que mil y mil voces preguntan en nuestro Campo:

—¿Qué hay? ¿Qué dicen? ¿Qué se ha resuelto?

Entonces corre de boca en boca el siguiente resumen auténtico de la conferencia:

—La ciudad quiere entregarse, pero no se atreve á hacerlo por miedo á las kabilas. Los Tetuaníes nos ruegan que vayamos á ayudarles contra su mismo Ejército. Nosotros hemos contestado que si mañana á las diez no ha abierto la ciudad sus puertas, á las once será un montón de escombros.—¡Allá arreglen los Marroquíes sus desavenencias domésticas! ¡El Ejército y el vecindario de *Tetuán* verán, pues, lo que más les conviene!—Por nuestra parte, no estamos dispuestos á fiar la vida de un solo soldado á la lealtad y la palabra de cuatro Moros oficiosos...

Reprodúcense, pues, las cavilaciones y las conjeturas.—La rendición de *Tetuán* (pensamos todos), aun dado caso de que se verifique, no traerá forzosamente consigo, como creíamos antes, la terminación de la guerra, puesto que el Ejército marroquí, ó por decir mejor, Muley-el-Abbas, representante del Imperio, protesta contra la entrega de la plaza, lejos de capitular con ella...—Es decir, que quien demanda *paz* no es el enemigo que combatíamos; no es el Emperador; no son sus tropas, sino los habitantes inermes de una ciudad desguarnecida. ¡Es decir, que tantas derrotas no han quebrantado aún el fiero orgullo de nuestros adversarios; los cuales, ó esperan todavía en su valor, ó están resueltos á perecer desde el primero hasta el último, sin confesarse vencidos!...

Ciertamente, nada peor podía sucedernos...—Las guerras de desesperación, ó, por mejor decir, las guerras *á la desesperada* (como la de la *Independencia*, que sostuvimos nosotros contra los Franceses hace cincuenta años), no tienen término ni límite, y si

llegan á concluir es por consunción de los Ejércitos que comienzan triunfando.—Cuando un pueblo se resuelve á no capitular con el invasor, las victorias son vanas quimeras, máxime si se trata de una nación desorganizada, sobria, que carece de industria y de grandes intereses colectivos, como el Imperio de Marruecos.

Aquí, donde casi no existe unidad social; donde cada individuo se rige y sostiene por su propia cuenta; donde apenas se reconocen otras necesidades que el comer, y el comer se limita á tragar un poco de maíz triturado, aquí, digo, casi no tendría *trascendencia nacional* la pérdida de una plaza, de una provincia ó de la mitad del Imperio.—La población, arrojada de sus hogares, se replegaría al Sur, y, provista de pólvora y de balas, volvería todos los días sobre nosotros, y lucharía años y años sin debilitarse, mientras que nosotros empobreceríamos lentamente nuestra Hacienda y aniquilaríamos nuestro Ejército.

Aquí no hay Ejército ni Hacienda: todos son soldados voluntarios, y todos viven de recursos propios... —Para herir, pues, de muerte al Estado tendríamos que extirpar toda la raza; que hacerla desaparecer; que matar diez millones de hombres, y ocupar veinte mil leguas cuadradas de territorio...—¡Yo me estremezco, por consiguiente, á la idea de que el enemigo no se dé ya por dominado; de que no se alarme por la pérdida de *Tetuán;* de que se resuelva, en fin, á hacer la guerra indefinidamente!

Pero ¿adónde vamos á parar?—Volvamos á nuestra relación y esperemos los sucesos.—¡Quién sabe si todas estas reflexiones serán anticipadas y prematuras! ¡Muley-el-Abbas y su hermano el Emperador podrían muy bien abrir los oídos á los consejos de la prudencia!...

. . . . . .

Decía que acaban de marcharse los Parlamentarios de *Tetuán.*

Nosotros, aunque poco satisfechos de su mensaje, no estamos, sin embargo, tan serios y preocupados como pudierais deducir de las precedentes reflexiones; pues lo cierto es que, á lo menos por ahora, se acabó la sangre; que el Ejército enemigo está deshecho; que hemos coronado felizmente la Campaña; que nos hallamos vivos en el momento dichoso de la victoria; que el cólera ha desaparecido casi completamente; que *Tetuán* nos abrirá sus puertas de un modo ó de otro dentro de veinticuatro horas, y que allí nos aguardan curiosísimos espectáculos...—Si más adelante es menester volver á pelear, ¡pelearemos!

Por otra parte, el regocijo que ahora mismo conmoverá á toda España parece que vibra ya en el ambiente que respiramos...—¡Fuera, pues, melancólicos pensamientos! ¡Abandonémonos al placer de nuestra fortuna; bendigamos á Dios, que nos ha sacado salvos y con honra de tan multiplicados peligros, y creamos y esperemos en mayores felicidades!

. . . . . .

A cosa de las doce vienen á visitarnos otros cuatro vecinos de *Tetuán*.—Este segundo Parlamento no tiene ningún carácter oficial ni oficioso, guerrero ni municipal.—La curiosidad solamente trae á nuestras tiendas á los cuatro Africanos.

Dos de ellos son Argelinos, y todos parecen gente pacífica y de mediana posición. Nos agasajan mucho, y ponderan el deseo que tenían de que ganásemos la ciudad. Describen los malos tratos que han recibido de las Autoridades imperiales; nos ponderan la oposición de los Tetuaníes á la continuación de la guerra, y nos hablan de futuras concordias, de alianzas entre Moros y Españoles, del odio que sienten hacia los ingleses y de otra porción de falsedades...

—«¡Los Ingleses nos han engañado! ¡Nos han vendido! (dicen). Primero nos aseguraron que erais muy pocos y muy cobardes; que no teníais cañones ni comida, y que, al cabo de ocho días de penas, os veríais obligados á volver á España, ó quedaríais todos aquí

muertos y prisioneros, como el antiguo Ejército del Rey D. Sebastián. ¡Después nos prometieron ayuda y protección contra vosotros, y ya veis que nos han abandonado!—Español..., bueno y valiente... (concluye uno, que medio habla castellano). Moro... también valiente y bueno. Inglés..., falso, y tú y yo cortar cabeza de Inglés.

En esta segunda diputación viene también un *renegado*, el cual ha tenido la franqueza de confesarnos que lo es.—Llámase *Robles;* fué relojero en Cádiz, y vive en el Imperio hace más de veinte años.—Cualquiera le hubiera tomado por un árabe puro y neto... ¡Tan mora es su fisonomía!

En lo demás, la aparición de cada uno de estos desenterrados ó resucitados que van surgiendo á nuestra vista á medida que turbamos el largo silencio en que ha yacido el Imperio de Marruecos, quiero decir, la contemplación de cada *renegado* que encontramos en estas tierras no pertenecientes al mundo conocido, nos produce una emoción extraordinaria muy digna de análisis.

En efecto, experiméntase no sé qué asombro parecido al que os causaría hallar *vivo*, al tiempo de derribar una casa, á un hombre que hubiese sido *emparedado* muchos años atrás, ó á la impresión que os produciría descubrir repentinamente una ciudad subterránea, ignorada de los geógrafos y arqueólogos, y *habitada* por gentes incomunicadas siglos y siglos con el resto de los humanos.

Digo más: al encontrar en esta inexplorada región semejantes personas, olvidadas del mundo en que se agitaron algún día, muertas civilmente, muertas también para sus parientes y amigos, perdidas en el tiempo como fantasmas disipados en el espacio; y al encontrarlas vivas, con memoria de lo que fueron, hablando la lengua patria con cierto rubor, cual si creyesen ofender el venerable idioma de sus padres (aquel idioma que abandonaron, que procuraron olvidar, que no ha resonado en sus oídos durante tanto

tiempo, pero que dormía en su alma, vívido, inalterable, incorruptible, como un remordimiento en la conciencia); al oir á estos miserables decir: «*yo soy*, ó (más bien) YO ERA *Fulano*»; al oirlos citar su nombre que ya no es su nombre; hablar de su pueblo, que ya no es su pueblo; referirse á una esposa que han reemplazado con varias; aludir á sus hijos ó á sus padres, de los que ignoran (¡viles, inicuos, desalmados como fieras!) *¡hasta si existen todavía!*...; al oir todo esto, digo, acuden á mi mente mil maravillosas escenas ideadas por la fantasía de los vates...

Y ya recuerdo la bajada de Eneas á las regiones plutónicas, y sus encuentros con los pasados Griegos y los *futuros* Romanos; ya el paseo de Dante por los tres Reinos de la Muerte; ya el prodigioso descubrimiento de Pompeya y Herculano; ya la exhumación de las seculares momias egipcias;—ó bien presiento las supremas entrevistas del Valle de Josaphat, el Día de la gran Cita de los Pecadores, y los diálogos que luego tendrán lugar, en la Gloria, en el Infierno ó en el Purgatorio, entre los hijos de todas las Edades...

Pero veo que estoy por demás hablador.—Reservemos para mañana tan felices disposiciones; pues mañana no han de faltarme interesantísimos asuntos en que emplearlas si, como creo, se verifica nuestra entrada en *Tetuán*.

III.

Entrada del Ejército español en *Tetuán*.

TETUÁN, 6 de febrero.

¡Al fin llegamos! ¡Al fin puedo fechar estas cartas en *Tetuán*, después de haberlas fechado en tantos puntos del áspero camino!—*Ceuta*, el *Serrallo*, la *Concepción*, *Castillejos*, *Río Azmir*, *Cabo Negro*, *Guad-el-Felú*, las *tiendas enemigas*..., todos estos nombres, teñidos de sangre, con que he encabezado tantas veces mi DIARIO, me parecen ya ensueños de la

imaginación. Aquellas móviles ciudades de lona han desaparecido como vanas quimeras. Nuestros Campamentos sólo viven ya en la Historia. Tantas noches pasadas bajo la tienda ó al amor de la lumbre, en la cima de las agrias montañas, en ignorados bosques, en solitarias llanuras, á la margen de olvidados ríos; el triste invierno en que hemos vivido á la intemperie, como las fieras, en parajes despoblados y melancólicos; esos dos meses de peregrinación, de lucha con los elementos, de incomodidades y privaciones, ¡todo ha concluído! Mi dura penitencia ha terminado. Mi alejamiento de la sociedad y del mundo entero; mi vida sin hogar; aquella soledad y desamparo en que pasé la Noche Buena, el Año Nuevo, el día de Reyes, el de San Antón, el de la Candelaria, todo queda relegado á la región de los recuerdos inmortales; todo huyó para no volver...—¡Ya me cobija un techo; ya me alberga una ciudad; ya estoy otra vez en el mundo!

Pero ¡en qué mundo!—¡En un mundo no civilizado! ¡en el mundo islamita! ¡en el mundo de los misterios! ¡en una ciudad muslumana!

¡Tetuán!—¡Estoy en Tetuán!—La poética aspiración de toda mi juventud se ha convertido en un hecho, y mi ardiente deseo de toda la campaña, en viva y palpable realidad...—Pero ¿qué importo yo? Ni ¿qué es mi júbilo en comparación del de la madre Patria?

«*¡Tetuán por España!*»—He aquí lo que debemos exclamar todos.—Siglos hace que no han resonado en oídos españoles palabras semejantes. ¡La bandera amarilla y roja ondea sobre una ciudad extranjera! ¡Feliz la generación que asiste á esta vuelta de nuestras antiguas glorias!—El día de hoy, para sumarse ó hallar consonancia, busca otros días análogos en apartados tiempos, y á su vivo fulgor se divisan los muros de Nápoles, de Orán, de Bruselas, de Pavía, de San Quintín, de Méjico, de Roma, de Breda y de otras mil y mil ciudades tomadas por nuestros ilustres antepasados.—¡Venturosos los que presenciamos

esta magnífica resurrección!... Las horas de hoy serán eternamente las más grandes y luminosas de nuestra vida. ¡Nada tan digno y noble tendremos que recordar en los días de nuestra vejez, por larga y gloriosa que Dios haga nuestra existencia! Siempre, siempre diremos, llenos de orgullo y de entusiasmo, y como una prueba de que nuestro destino no se ha deslizado inútil y obscuramente:—«¡Yo fuí uno de los que entraron en *Tetuán!*»

Y ahora séame lícito volver á hablar de mis emociones personales.—¡Qué día el de hoy!—Aun prescindiendo de lo que he gozado en él como Español y como Cristiano, todavía es el más sublime de mi existencia si lo considero por el lado artístico y poético, y atiendo á los maravillosos cuadros que he visto, y á las sorprendentes escenas que han herido mi imaginación!—¡Hoy sí que desconfío de tener fuerzas para describir los múltiples y solemnes espectáculos á que he asistido! ¡Hoy sí que desearía la pluma de Jenofonte, el arpa de Virgilio ó el pincel de Rubens, á fin de poder fijar ciertas impresiones y eternizar ciertos instantes!...—Pero, aunque no sea más que reseñados en mi humilde prosa, paso á referir todos los pormenores y accidentes de nuestra feliz entrada en *Tetuán* y de cuantos objetos extraordinarios llevo vistos en este inolvidable día.

. . . . . .

Cuando al amanecer resonó el toque de diana, casi todo el Ejérciso estaba ya de pie.

Dos razones justificaban tanta diligencia: primeramente, todos ansiábamos ver si ondeaba la bandera marroquí sobre las almenas de la Alcazaba; y en segundo lugar, queríamos tener dispuesto nuestro equipaje para el momento en que el General en Jefe diese la orden de marchar á *Tetuán*.

La mañana se presentó al principio fría y nublada; pero á eso de las siete salió el sol, y sus primeros rayos disiparon la bruma que empañaba la atmósfera...

Todos fijamos los ojos en la Alcazaba de *Tetuán*...

¡Oh dicha!... ¡La bandera mora no estaba izada!—Con anteojos y sin ellos, percibíase claramente el asta, desnuda, lisa, escueta, trazando una delgada línea sobre el azul del cielo...

¡*Tetuán* se rendía, por consiguiente!... ¡Los Emisarios de la plaza no podían tardar!...

Almorzó, pues, rápidamente todo el mundo y dióse prisa á liar su equipaje, mientras que los que ya estábamos libres de estos quehaceres montábamos á caballo y nos dirigíamos á escape á nuestras avanzadas, á fin de ver llegar á la indefectible Diputación mora.

Una vez allí, preguntamos á diferentes Oficiales, que habían pasado la noche en la trinchera, si había ocurrido algo de particular mientras nosotros dormíamos...

—Creo (díjome uno), y lo mismo cree toda mi Compañía, haber escuchado algunos tiros dentro de *Tetuán* y al otro lado de sus muros. También nos ha parecido oir (pero esto puede ser una preocupación, nacida de lo que nos contó ayer mañana el *Hach*) lejanos lamentos y lúgubres ruidos, que turbaban el silencio de la alta noche.—No sé qué había en la atmósfera ó en mi corazón..., pero yo he respirado con dificultad en medio de las tinieblas; he sentido vago terror y secreta angustia; y cuando esta mañana rayó el día y vi á *Tetuán* en su sitio, tan blanco y tan inmóvil como cuando anoche lo perdí de vista, me sorprendió extraordinariamente, pues me habría parecido mucho más natural no encontrar piedra sobre piedra ó hallarme con que la ciudad se había desvanecido como por arte de magia...

—¡Lo de los tiros es seguro, mi Capitán! (exclamó un soldado). Yo estaba de *escucha* allá, bien lejos, y he oído más de veinte en toda la noche.—¡Y debían de ser en las calles de *Tetuán*, pues retumbaban mucho, y los tiros en campo abierto retumban poco!

En esto ya eran las ocho menos cuarto, y empezamos á notar cierta agitación en nuestro Campamento, como si desde alguna altura y con ayuda de

anteojos hubiese visto alguien salir por las puertas de *Tetuán* á la ansiada comitiva.

Entonces nosotros (una docena de curiosos que teníamos libertad para ello) metimos espuelas á los caballos y avanzamos hacia la ciudad...

Pocos pasos habíamos andado, cuando, al revolver de unos cañaverales muy espesos, distinguimos como á medio cuarto de legua un jinete con traje blanco, que avanzaba al trote hacia nuestro Campamento.

—¡Trae bandera blanca!—exclamó uno de mis compañeros de descubierta.

—No viene á caballo... Viene en mula...—añadió otro al cabo de un momento.

—¡No viene solo: le acompaña otro Moro á pie!—dijo un tercero, cuando hubieron pasado algunos instantes.

—¡Es *Robles!* ¡Es el renegado de ayer!—repuso al fin el que primero había divisado al Tetuaní de la mula.

Entretanto, el tal jinete había llegado ya á pocos pasos de nosotros.—En efecto, era Robles.

Respondimos con los pañuelos á las señales que él nos hizo con su bandera blanca, y entonces se acercó sonriendo.

—Buenos días, caballeros—nos dijo en intachable español.

—Buenos días, paisano...—le respondimos.—¿Qué hay de nuevo?

La pregunta era excusada.—El semblante de Robles, pálido y demudado; su jaique manchado de sangre, y su mirada torva y afligida, nos revelaron los horrores que habían ocurrido en *Tetuán* la noche última.

—¡Mucho malo para los Moros! ¡Mucho bueno para España!—respondió Robles con indefinible expresión.

A todo esto íbamos marchando hacia el Cuartel General de O'Donnell, y rodeaba ya al Enviado copiosísima muchedumbre.

—Pero ¡bien! ¿Se entrega la plaza ó no se entrega?—le preguntamos en confianza.

—¡Se entrega!—contestó el renegado en voz baja, llevándose una mano al pecho, como indicando que entre sus ropas traía un importantísimo documento.

¡Figuraos nuestro regocijo!

—Hace bien *Tetuán* en entregarse (observó un soldado de Artillería), pues nuestro General tiene puestos ya en batería doce morteros como doce rosas, con abundante dotación de municiones...

—¡No quiera Dios que hagáis uso de vuestra fuerza contra la infortunada ciudad! (replicó Robles). *Tetuán* es á estas horas un mar de sangre y llanto.—¡Qué noche! Si la de anteayer fué horrible, la de ayer ha sido desastrosa...—Y aun en el momento que os hablo, ahora mismo... ¡Dios sabe lo que estará sucediendo dentro de aquellos muros!... Cuando yo salía por una puerta, las kabilas volvían á la carga por otra... El robo y la matanza de dos noches no les han bastado... Buscan nuevo botín y nuevas víctimas... ¡Están locos de furor!... ¡Ya no son hombres!... ¡Son perros rabiosos!—¡Después de haberse ensañado con los Hebreos, ahora atacan también las casas de los Moros pacíficos!...—¡Ah! ¡Por humanidad solamente, no debéis tardar ni un momento en ocupar á *Tetuán!*

Al llegar á este punto, hizo alto la cabalgata.

Estábamos en el Cuartel General de O'Donnell.

. . . . . .

El General en Jefe, que se paseaba en aquel sitio, entró en su tienda seguido de Robles, quien ya había sacado una carta de su jubón...

La conferencia duró breves instantes.

El Conde de Lucena volvió á aparecer, visiblemente afectado por el espantoso relato que acababa de oir.

—¡A caballo! (dijo). ¡Que formen todas las fuerzas para marchar!

No había acabado de pronunciar estas palabras,

cuando todas las tiendas habían desaparecido...— Y ¡qué júbilo, qué entusiasmo demostraba el Ejército!... «*¡A Tetuán!*» «*¡A Tetuán!*» decían treinta mil soldados.

O'Donnell daba entretanto varias órdenes... — Prim, que estaba acampado en las alturas de *Sierra-Bermeja*, faldearía la montaña con sus Batallones y ocuparía la Alcazaba, situada al Norte de la ciudad, en una altura.—Ríos marcharía por el camino que había traído Robles, y entraría en la plaza por una puerta que *encontraría abierta*, al decir del pobre mensajero.—En pos de él iría el mismo General en Jefe, con el TERCER CUERPO, mandado éste por Ros de Olano.

Emprendióse, pues, el movimiento en tal forma.

Eran las nueve de la mañana.

. . . . . .

—¿Qué dice el pliego que ha traído Robles?—nos preguntábamos unos á otros.

—Lo que ya saben ustedes (respondió uno que se había enterado de todo): que *Tetuán* gime bajo la violencia y el saqueo, y que la escasa población pacífica que allí ha quedado nos pide auxilio con la mayor angustia.—Nosotros, pues, vamos á entrar en la plaza de grado ó por fuerza, es decir, á todo riesgo.—¡Un deber de humanidad nos impone semejante conducta, por imprudente que pueda parecer!

Hablando así, avanzamos lentamente hasta la ciudad.

Yo tenía formado propósito de no separarme del Cuartel General de O'Donnell en tan solemnes momentos. El Conde de Lucena era la representación del Ejército y la personificación de España, y sólo aquellos que entrasen á su lado en la ciudad marroquí presenciarían la verdadera *toma de posesión* y verían los episodios más importantes de tan supremo acto.—Renuncié, pues, al gusto, muy peligroso por otra parte, de ser de los primeros que penetrasen en la plaza, y caminé siempre lo más cerca posible de nuestro afortunado caudillo.

Delante de nosotros iba un Batallón de la Infantería mandada por el General Ríos; y, como las sendas eran muy estrechas, nos veíamos obligados á llevar nuestros caballos muy lentamente y á pararlos á cada instante, detenidos por aquella gente de á pie.

La mañana, aunque fresca, estaba deliciosa. El sol brillaba más alegremente que nunca, y parecía sentirse la palpitación de la tierra, ansiosa de desarrollar los tesoros de flores, de hojas y de frutos, que ya germinaban en su seno...

En cuanto á nosotros..., ¡imaginaos el alborozo que sentiríamos, el placer que inundaría nuestra alma! La misma inquietud, el mismo sobresalto que aún nos agitaban respecto de la sinceridad de los Emisarios moros ó renegados, eran parte á conmover y exaltar todos los corazones, y la febril impaciencia que experimentamos hacía locuaces á los más taciturnos, y convertía en alegres y decidores á los más graves y circunspectos...

¿Cómo olvidar nunca este paseo matinal tan interesante?—¡Yo creo firmemente que será uno de los recuerdos que conservaremos todos en la memoria durante el resto de nuestra vida!

El General O'Donnell, excitado como el que más por tan varios y poderosos afectos, abandonábase á una expansión franca y cordial, y nos refería episodios de la Guerra civil de los Siete años, en que también mandó en Jefe.—La mañana de hoy le recordaba otras semejantes... El lo decía del modo más sencillo, fijándose solamente en la lentitud de nuestra marcha y en la circunstancia de ir detenido el Cuartel General por una columna de Infantería; pero todos los que lo escuchábamos comprendíamos que el General O'Donnell, sin darse cuenta de ello, se veía á sí mismo esta mañana á la fulgente claridad de su propia gloria, y coordinaba instintivamente los más célebres días de su vida de soldado, uniendo por primera vez á sus pasados hechos de armas las gran-

diosas jornadas de esta Guerra, ya coronadas por una brillante y definitiva victoria.

Entretanto, veíamos cómo iban ganando las alturas de la próxima Sierra las tropas del General Prim, con dirección á la *Alcazaba*.—Los Voluntarios Catalanes se distinguían por sus gorros encarnados... ¡Iban en la vanguardia como anteayer, y trepaban y corrían por las escarpadas peñas con la agilidad propia de todos los hijos de montaña!...

En cuanto á los Batallones que nosotros seguíamos, su cabeza debía de encontrarse ya muy cerca de *Tetuán*, y cada vez que se paraba la columna, obligándonos á detener nuestros caballos, experimentábamos cierta emoción de placer, como si aquello nos indicase que habíamos llegado ya al pie de los muros de la ciudad...

Pronto, empero, volvía á moverse dicha columna, y nosotros seguíamos en pos de ella, devorados de curiosidad acerca de lo que sucedería allá delante y de lo que ya verían los que marchaban en la vanguardia...

. . . . . .

Por lo demás, el camino que recorríamos no podía ser más pintoresco. A veces pasábamos bajo bóvedas de naranjos; otras teníamos que ir á la deshilada á lo largo de estrechos y sombríos callejones formados por altos y verdes setos ó espesos y sonantes cañaverales, y en todas partes veíamos, ya recientes fosas, de las que salía un pie, una mano ó la cabeza de un cadáver mal enterrado por los Moros durante la batalla del 4; ya caballos ó camellos muertos; ya instrumentos de labor; ya casas de campo abandonadas; aquí pozos; allá acequias; en un lado prados de flores; en otro crecidos sembrados; ora puentecillos rústicos; ora chozas y cuevas de tan gracioso como miserable aspecto...: ¡mil señales, en fin, de la antigua paz y de la reciente guerra!

Era aquél un espectáculo tan alegre como melancólico, que predispuso nuestro ánimo á la piedad para con los vencidos Musulmanes, por lo mismo que

á todos nos recordaba los alrededores de nuestro pueblo natal...—En cuanto á mí, declaro que hallaba maravilloso parecido entre aquellos lugares y los callejones de Gracia, por donde se entra en Granada yendo del Norte; ó bien creía recorrer, como en tiempos inolvidables, las afueras de aquella otra ciudad morisca en que rodó mi cuna y florecieron todas mis esperanzas...

. . . . . .

Eran las nueve y media cuando salimos al fin de tales laberintos y volvimos á descubrir á *Tetuán*.—Ya sólo distaba de nosotros unos cuatrocientos metros... ¡Su blancura nos deslumbraba enteramente!—En aquel momento habíamos hecho alto para dejar avanzar á los que nos cortaban el paso, y todos mirábamos á los de las Mezquitas y á los muros de la *Alcazaba*, esperando á cada instante ver ondear encima de ellos la nobilísima bandera española...

¡Qué momentos tan largos y tan solemnes! ¡Qué emoción la nuestra! ¡Qué hora para España!... ¡Para España, que nada sabía de lo que estaba sucediéndonos!

Reinaba un silencio religioso.—¡Era el instante crítico!...—¿Habían encontrado nuestras tropas algún obstáculo? ¿Las aguardaba una traición? ¿Ibamos á ver volar la ciudad?...—Nada se oía tampoco en nuestra remota vanguardia... Sólo algún tiro (ó á veces dos ó tres) se escuchaba á grandes intervalos.—Todos aquellos tiros eran de espingarda, según lo ronco de la detonación... Sin embargo, no podían significar *resistencia*, sino protestas aisladas ó emboscadas individuales, como las que siempre abundan en los alrededores de Melilla...—Aquellos disparos nos arrullaban, pues, como lamentos de un enemigo moribundo.

—¡Veo gente en la *Alcazaba!*—exclamó en esto uno de nuestra comitiva.

—¡Son los *Catalanes!*—dijo otro.

—¡Tratan de izar una bandera!...—añadió un tercero.

—¡Sí!...¡Sí!... ¡La *Alcazaba* está en nuestro poder!...

—También se ve gente en las murallas de *Tetuán*... ¡Y otra bandera!... Ved... ¡Es la española!...

—¿Dónde?

—¡Sobre la puerta de la ciudad! ¡Ya *estamos* dentro! ¡*Tetuán* por España!

Era cierto: lejanos vivas y los ecos de la Marcha Real, que allá tocaban músicas, tambores y cornetas, no nos dejaron lugar á duda... ¡Y, para colmo de dicha, un momento después ondeaba ya la misma enseña vencedora sobre el asta bandera de la *Alcazaba*, sobre los muros, sobre las azoteas, sobre las torres de la ciudad!...

Entonces hubo una gran explosión de júbilo en los Batallones que nos precedían, y aun en el Cuartel General...

—¡*Viva España!* ¡*Viva O'Donnell!*—se oyó gritar por todas partes.

Eran las diez.

En tal instante sonó á lo lejos un cañonazo...

Todos nos miramos sorprendidos...

Un sombrío recelo anubló el rostro de O'Donnell...

Cesaron las músicas, y un nuevo cañonazo, y luego otro, y hasta cinco ó seis, resonaron dentro de la ciudad...

¿Qué era aquello?—Mil confusos temores nos asaltaron en tropel...—Sin embargo, nadie hablaba.

—¡Adelante!—gritó, por último, el Conde de Lucena.

Y, poniendo su caballo al galope, se dirigió á *Tetuán*, pasando por medio de la columna de Infantería.

Todos echamos detrás de él.

El trozo de camino que recorrimos á escape era una carretera empedrada, que pasaba luego por una calzada ó puente y terminaba bajo los propios muros de la ciudad. Los caballos producían un estrépito formidable sobre las gruesas y desnudas piedras, y este marcial ruido inflamó de nuevo en el corazón de todos el espíritu bélico, amortiguado hacía ya dos días...

—¡Si se resisten, tanto peor para ellos! (nos dijimos unos á otros). ¡Tendremos drama, y venceremos como siempre!

. . . . . .

Llegamos, por último, á la puerta.

Era ésta un arco de herradura, con dos ajimeces encima, por los que asomaban dos cañones.

El arco formaba el principio de una calle embovedada y retorcida, que nada nos permitía ver del interior de la ciudad.

En el dintel había centinelas españoles y un Oficial de Estado Mayor.

—¿Qué cañonazos son esos?—le preguntó á éste el General O'Donnell.

—Son los Voluntarios Catalanes, que disparan los cañones de la *Alcazaba* contra fuerzas rezagadas del fugitivo Ejército marroquí...

—Pues ¿dónde está ese Ejército?

—Estaba en un nuevo Llano que hay al otro lado de *Tetuán*, y amenazaba entrar de nuevo á saco en la ciudad por la puerta de Tánger. Pero ya han salido á rechazarlo y perseguirlo algunos Batallones nuestros con piezas de montaña...

—¿Dónde está el General Ríos?

—En el *Zoco* ó plaza principal.

—¿Y el Conde de Reus?

—En la *Alcazaba*.—Tengo orden de decir á V. E. que nuestras tropas van recorriendo toda la ciudad sin encontrar resistencia alguna.

Y entonces el Oficial le refirió á O'Donnell, con más pormenores, todo cuanto había sucedido en aquellos minutos, que era lo siguiente:

. . . . . .

Los Generales Ríos y Mackenna llegaron los primeros al pie de las murallas, seguidos de algunos Batallones y acompañados de Robles, el Parlamentario de la ciudad.

Contra lo prometido, la puerta estaba cerrada y no se veía á nadie por ningún lado.

—¿Qué significa esto?—preguntó Ríos al Mensajero, que se hallaba pálido como la muerte.

—Señor..., ¡no sé!—Quizás habrán vuelto los Moros...

—¡Tanto mejor! (replicó Ríos). ¡A ver! ¡Que avancen dos cañones y derriben esa puerta!

En esto se vió aparecer la cabeza de un Moro sobre un cañón de los que guarnecían los altos ajimeces...

Mackenna y Ríos se miraron con asombro.—Aquello tenía todos los aires de la más negra traición.

—Descuida, señor... (dijo Robles). Ese Moro no va á hacerte fuego... Es un amigo mío.

—¡Dile que abra la puerta, ó teme por tu vida!—exclamaron nuestros Generales.

El Moro, montado en el cañón, daba entretanto, en árabe, unas voces que nadie entendía...

—Dice ese Moro (balbuceó Robles) que el Gobernador acaba de huir, llevándose todas las llaves de la ciudad.

—¡Que abra la puerta... ó ponemos fuego á Tetuán!—respondió el General Ríos.

Nuestros artilleros llegaban ya con dos cañones y los cargaban con bala rasa.

Al mismo tiempo se asomaron algunos Judíos por lo alto de las almenas, gritando desaforadamente:

—¡Entrad pronto! ¡Entrad pronto!... ¡Los Moros están penetrando por la otra puerta! ¡Vienen á matarnos!... ¡Viva la Reina de España!

Mientras tenían lugar estas conversaciones, algunos soldados del *Regimiento de Zaragoza* pugnaban por forzar con sus bayonetas y á pedradas la cerradura de la puerta, á lo cual conocieron que les ayudaban por la parte de adentro...

—¿Quién anda ahí?—preguntaban nuestros soldados.

—¡Somos Judíos! ¡Somos amigos!—respondían algunas voces en español, á través de las ferradas tablas.

Y los golpes de adentro y los de fuera se respondían como ecos.

Saltaron, al fin, las cerraduras, y la puerta se abrió de par en par...

Al otro lado de ella no había nadie.—Los Judíos habían desaparecido llenos de miedo.

Pero los de la muralla, más audaces porque tenían asegurada la fuga caso de que nuestras tropas se hubiesen manifestado hostiles, exclamaron con grandes voces:

—¡Tocad la música! ¡Tocad los tambores! ¡Tocad las trompetas, para que huyan los *Morios!*

(Así nombran los Hebreos á los Moros.)

—¡Adelante!—gritó Ríos á sus tropas.

Y las músicas entonaron la Marcha Real; y, acompañado de Mackenna, avanzó resueltamente por las tortuosas calles de la ciudad seguido del *Regimiento de Zaragoza*, que fué el primero á quien cupo la gloria de pisar las calles de la ciudad musulmana.

. . . . . .

Diez minutos habrían transcurrido después de todo esto, cuando nosotros llegamos á la misma puerta.

O'Donnell hizo allí alto.

—Nadie me siga—dijo.

Y, acompañado de un solo Ayudante, pasó bajo el profundo arco ó torcida bóveda de la puerta, y entró en *Tetuán*, sin que nadie pudiera seguirle con la vista por la cautelosa configuración de tal entrada.

Veinte minutos después estaba de vuelta.

Aquello había sido una mera fórmula oficial de *toma de posesión;* y, una vez realizada, tornó el caudillo á colocarse á nuestro frente, pronunciando estas palabras:

—¡Es un espectáculo horrible!—Vamos ahora por aquí...

Y, apeándose del caballo, empezó á subir una empinada cuesta en que se apoya la muralla por aquella parte.—¡Cauto y previsor como siempre, quería, antes de penetrar en la ciudad con nuevas tropas, estudiar la estructura de ésta y las posiciones que la rodeaban.

La cuesta susodicha hallábase cubierta de escombros, de menudos cimientos y de algunas diminutas construcciones...—Todo esto nos hizo creer, á primera vista, que allí había habido un barrio extramuros; pero, considerando aquel paraje más de cerca y con más detenida atención, conocimos que era un antiguo *Cementerio*.

Y en verdad que nadie habrá visto campo santo tan primoroso y alegre como aquél.—Su posición en anfiteatro y vasta extensión sobre la montaña me recordaron el *Enterramiento del Padre La Chaisse* de París, aunque la forma oriental de las sepulturas, sus arcos árabes, sus afiligranados doseletes y todo el ornamento de recintos y panteones, semejantes en cierta manera á grandes muebles góticos, le dan un carácter monumental, religioso, exquisitamente artístico, que no se nota en ningún cementerio de nuestra Europa. Entre los sepulcros, de una blancura deslumbrante, crecen el jazmín y la hiedra, festoneándolos con gracia. Flores silvestres, higueras, pitas, algarrobos y otros árboles sombrean los panteones más lujosos. En cambio, no vimos sobre ninguno de ellos ni un nombre, ni una fecha, ni una inscripción...—La muerte es allí tan muda y elocuente como en la imaginación del hombre...

Por lugar tan sagrado subíamos nosotros, indiferentes y sacrílegos, saltando de tumba en tumba, escalándolas materialmente, y haciendo resonar sobre sus losas el regatón de nuestras espadas.—A este rumor de armas extranjeras, de aceros cristianos, debieron de estremecerse en su eterno lecho las pasadas generaciones tetuaníes, los nobles Moros que nacieron en Granada y vinieron á morir en esta tierra, los antiguos guerreros, los fanáticos Santones, los difuntos Alcaides de esta ciudad hoy conquistada, que nunca imaginaron llegase un día de tanta mengua y tribulación para los descendientes y adoradores del Profeta...

—¡Oh! ¡Si despertaran!... (pensaba yo con cierta mezcla de cruel orgullo y de respeto religioso). ¡Si

levantaran la cabeza y nos viesen, con la cruz al pecho y ociosa al cinto la vencedora espada, cansada ya de triunfos sobre Ejércitos marroquíes!... ¡Si supiesen hasta dónde ha llegado el infortunio de sus hijos!...

Trepamos al fin á la cumbre del cementerio, á lo alto de la montaña...—El vasto panorama que desde allí se descubría nos dejó completamente absortos.—Todo *Tetuán* se desarrollaba á nuestros pies. A un lado veíamos entera la Llanura del Guad-el-Jelú, teatro de los últimos combates, y, como término de ella, el mar. Al opuesto lado de la ciudad se nos presentaba una nueva planicie, no tan ancha, pero más larga que la anterior y muy más verde, graciosa y pintoresca.—Es decir, que la ciudad, engarzada entre las dos montañas que forman el lecho del Martín, es la divisoria de dos Llanos; los domina; se enseñorea sobre ellos, y presenta á los que vienen de Tánger ó de Fez una perspectiva semejante (siquier invertida) á la que nos había ofrecido á nosotros hasta entonces por la parte del Mediterráneo.

Tetuán, contemplado así, á vista de pájaro, era todavía interesantísimo.—Su planta tiene la forma de una estrella. Las calles son tan angostas y el caserío tan apiñado, que toda la población parece componerse de un solo edificio. Una vastísima azotea, dividida en pequeños cuadros, más altos ó más bajos, la cubre por completo. El piso de esta azotea, ó de estas mil azoteas yuxtapuestas, hállase escrupulosamente bañado de cal, y su blancura es tan deslumbradora que daña á los ojos y hace que *Tetuán* parezca revestido de una chapa de plata acabada de cincelar por primoroso artífice.—Nada más monótono que semejante aspecto de ciudad; pero nada tampoco más misterioso y característico. Sólo interrumpen de acá ó allá la uniformidad de aquella enorme colmena de marfil (donde no hay balcones ni casi ventanas) los altos alminares de las Mezquitas, cubiertos por lo regular de alicatados de vivísimos colores. El de la *Mezquita Mayor* es elegante á sumo grado, y recuerda la *Gi-*

ralda de Sevilla. Todos los demás lucen por su esbeltez y artísticas proporciones.

De buena gana me hubiera pasado horas y horas contemplando á *Tetuán* desde aquella altura. Ciertamente, nada habría visto que no hubiese observado á la primera ojeada... Pero ¿era acaso la materialidad de un conjunto de edificios lo que yo consideraba con tal avidez, con tal emoción, con tal recogimiento? —¡Oh..., no! ¡La ciudad que yo miraba no era aquella que se extendía bajo mis pies, sino la ciudad de mis recuerdos, la de mi soñadora fantasía, la de mis amores de poeta! ¡Era la ciudad oriental, la ciudad árabe, cualquiera que ella fuese, llamárase de este ó de aquel modo; era el secreto albergue de una raza apartada del mundo; era el misterio de una olvidada historia; era la Granada del siglo XIV; era Damasco; era Medina; era Ispahan...; era la díscola civilización mahometana, que no va ya nunca á visitarnos á Europa, que quiere pasar por muerta, que vive escondida y solitaria!...—Suelen los vates llamar la *desposada del conquistador* á cualquiera ciudad que abre sus puertas al extranjero...—¡Imagen exactísima! ¡Ella traduce perfectamente lo que he sentido hoy al tocar con la mano la verdad, la presencia, el ser del orientalismo!

En tanto que mi imaginación viajaba de este modo, mis ojos se entretenían en seguir un bando de palomas blancas que revolaba sobre la ciudad. Estrepitosas músicas, *vivas* y otras voces resonaban allá abajo en las invisibles calles; y, espantadas sin duda por tan desusado ruido, las tímidas aves vagaban en el espacio, no sabiendo en dónde guarecerse. Al fin hicieron lo que suelen hacer los humanos en sus grandes tribulaciones; se refugiaron en un templo. El alto alminar de la *Mezquita Mayor* las albergó á todas, y allí, sin recelo de ningún peligro y ajenas al gran tumulto que las había asustado, descansaron de sus temores y de su vuelo.

Al mismo tiempo (y hasta quizás por idéntico mo-

tivo) aparecieron en varias azoteas algunas personas, que así podían ser hombres como mujeres; pues como unos y otras llevan aquí faldas, no era fácil determinar desde tan lejos el sexo de cada figura...—Sólo puedo decir que todas aquellas *personas* vestían jaiques blancos.

Ni una ráfaga de humo empañaba la transparencia del aire azul, donde se destacaba la limpia silueta de los muros que ciñen á *Tetuán* con estrechísimo abrazo. Del lado afuera de ellos veíanse huertas y jardines, cubiertos ya de verdor y de flores. El *Martín* corría á poca distancia de la ciudad por la parte del Sur, poniendo en comunicación los dos Llanos que he dicho. Pasado el río, empezaban á escalonarse, hasta perderse en las altas quiebras de arbusta montaña, mil caseríos medio ocultos en la arboleda, graciosos aduares y algunos sembrados. En fin, la mañana era hermosa; el aire sano y ligero; el sol estaba alegre como nosotros; los campos esperaban vestidos de gala la llegada de la primavera; los montes proyectaban largas sombras que convidaban á la siesta y al placer...—¡Todo, todo sonreía en la comarca, menos sus antiguos moradores!

La mayor parte de éstos huía en tropel por el Llano de Poniente, ó sea hacia el *Camino de Tánger*, cuya descripción he reservado para lo último, por lo mismo que sospecho que es la que esperáis con más curiosidad.

¿Cómo no?—Tetuán, la llanura de Guad-el-Jelú, el Serrallo, el Boquete de Anghera, los Castillejos; todo el terreno que habíamos recorrido hasta hoy, se descubre á lo lejos desde los mares; lo ve todo el que pasa por este litoral; está mirando á Europa; es, por decirlo así, la *fachada pública* del Africa, y todo el mundo sabe que de nada se cuidan menos los Moros que de las fachadas. El aliño de todos sus goces es el misterio; la mejor habitación de sus casas, la más oculta; su mujer más preciada, la que nadie haya visto; su más profunda convicción ó puro sentimiento,

el que nunca manifestaron á nadie.—Yo sabía esto de antemano, y de aquí deducía que la verdadera patria de los Moros debía de empezar allí donde nunca hubieren penetrado miradas *infieles*, ó sea en la llanura que principia *detrás de Tetuán;* llanura que no se descubre desde el Mediterráneo, y donde, por consiguiente, puede ya gozar el Africano de su querida soledad, considerarse libre, y vivir más en contacto con su alma, más cerca de su Dios...

Y, en efecto, aquella comarca aparecía más poblada y mejor cultivada que el Llano de Guad-el-Jelú.—Muchas casas de campo (algunas de ellas vistosísimas), aduares, morabitos y aldeas, veíanse esparcidos en los pliegues de las montañas. El *Martín* serpeaba en medio de huertas y campiñas hasta desaparecer por el Sur en busca de su origen. Una faja amarilla señalaba, en fin, sobre los verdes prados, el ancho camino del *Fondak*, camino que se perdía de vista al Noroeste por entre dos elevados montes...

Marchando en esta dirección, y en confusa y numerosa caravana, alcanzamos á ver, con ayuda de los anteojos, la emigración tetuaní; los restos del Ejército de Muley-el-Abbas; las feroces kabilas enriquecidas por el saqueo; ¡todo aquel mundo que huía espantado ante nosotros!...

Las fuerzas que el General Ríos había enviado en seguimiento de los fugitivos acababan de recibir orden de volver, dejando en paz á aquella infortunada gente, en la cual figuraban casi todos los ancianos, mujeres y niños de la población *mora* de Tetuán...;—y especifico lo de *mora*, porque la población *judía* ha considerado más prudente quedarse con nosotros los vencedores, que marcharse con los vencidos...

¡Ah! ¡Pobres Moros!—¡Cuán interesante y conmovedor era el lejano aspecto de aquel pueblo, reducido de nuevo á la vida nómada que fué su origen!—Las mujeres, con sus pequeñuelos en los brazos; los viejos, llevando de la mano á los niños; los heridos, atados sobre camellos ó mulas; los guerreros, confun-

didos con los paisanos desarmados; los caballos de batalla, cargados de muebles, ropas y dinero, y los Príncipes y los Generales, cabalgando en medio de sus más humildes súbditos, traían á mi imaginación mil recuerdos de escenas semejantes, consagradas por la Historia ó por la Poesía, siendo, de todas ellas, la que más vivamente representada veía allí, el desamparo de Moriscos y Judíos cuando fueron expulsados de España.

No se niegue que hay dignidad y grandeza en este modo de abrazarse á su infortunio. Los Moros han sido vencidos, y saben que somos generosos en la victoria: en nuestra intimación á la plaza les prometíamos respetar su religión, sus costumbres, sus mujeres, sus propiedades..., y, sin embargo, prefieren todo género de trabajos, privaciones y miserias, á la humillación de aceptar su derrota y declararse dominados.—Esto es heroico, antiguo, clásico, propio de la vieja Roma y de la inmortal Esparta.—Hacer ilusorios los triunfos de la fuerza denota gran virtud, de que ya se ven raros ejemplos. Para ello es preciso poseer el temple de alma que aún conservan los Africanos: es necesaria su profunda y sincera fe religiosa y su sencillez de costumbres. – Sólo el pueblo ruso, retirándose hacia el Norte, según avanzaba Napoleón el Grande por aquel dilatado Imperio, y quemando sus ciudades para que el conquistador no dominase sino sobre cenizas, ha dado modernamente en Europa pruebas de un patriotismo tan exaltado, como Sagunto y Numancia las dieron en la antigüedad.

En tanto que yo me entregaba á estas fantasmagorías, el General en Jefe había terminado sus observaciones militares acerca de *Tetuán.*—Bajamos, pues, atravesando de nuevo el cementerio, hasta donde nos esperaban los caballos; montamos con el apresuramiento y el gusto que podéis suponer, y nos dirigimos, por último, á la ciudad, esperando que aún encontraríamos en ella algunos Moros con quienes trabar amistad y adquirir confianza.

IV.

Dentro de *Tetuán*.

Desde que penetramos por la almenada y artillada puerta de *Tetuán*, ofreciéronse á nuestra vista lúgubres señales de los pasados horrores y claros indicios del tremendo espectáculo que nos aguardaba en el *Zoco* ó plaza principal.

La primera calle en que entramos era larga, desigual y sombría. Cubríanla espesos emparrados y zarzos de cañas, que impedían que el sol bajase á ella, y estaba muda y solitaria como uno de aquellos barrios malditos de nuestras ciudades del siglo XIV, en que no habitaba nadie por miedo á duendes ó á los demonios.

Era evidente que aquella calle había sido asiento del Comercio, á juzgar por los miles de armarios, escaparates y cajones destrozados que se veían por el suelo, entre destruídos restos de mercancías. Vajilla rota, cristales quebrados, raíces de hierbas, semillas, muebles deshechos, ropas desgarradas, cofres descerrajados, pedazos de alfombra, de estera y de pintadas pieles, herramientas de varios oficios, multitud, en fin, de objetos inutilizados, como se ven en el *Rastro* de Madrid, formaban altos montones, ó, por mejor decir, obstruían la calle, haciendo sumamente difícil la marcha de nuestros caballos, que cada vez que sentaban un pie rompían ó trillaban con melancólico estrépito aquellos despojos del saqueo, aquellos desperdicios del completo botín que se habían llevado las kabilas...

Por lo demás, la estructura de la tal calle y de cada uno de sus edificios respondía exactamente á la idea que yo me había forjado de los pueblos árabes. —Las casas no tenían ventanas ni balcones, sino, cuando más, algunas estrechas hendeduras, como aspilleras, cubiertas de seculares telarañas. A cada paso,

la vía pública se convertía en amigable cobertizo que ponía por arriba en comunicación las casas de una acera con las de la otra. Todas las puertas se hallaban cerradas, y no se veía alma viviente por ninguna parte. Las destrozadas tiendas no pertenecían al cuerpo de los edificios adyacentes, sino que eran adherencias exteriores por el estilo de nuestros puestos callejeros de libros, y habían sido como arrancadas de cuajo.

Al penetrar en la segunda calle, también llena de tiendas destruídas, encontramos al fin un sér humano.—Érase un Moro viejísimo, de luenga barba, blanca como la nieve, adornado con recio turbante y vestido con ancho jaique de lana.—Estaba sentado á la puerta de una tiendecita, que indudablemente había sido suya, y cuya puerta y armarios veíanse también por el suelo...

Aquel anciano, de rostro patriarcal, tenía cruzadas las manos sobre las rodillas y los ojos clavados en tierra, como sumido en la consideración de tantos desastres. Nuestra ruidosa marcha no le hizo levantar la cabeza para mirarnos, ni moverse á fin de evitar que los caballos lo pisasen.—Todos lo compadecimos al pasar; todos lo contemplamos en silencio, mostrándonoslo unos á otros con la mano; y él siguió inmóvil, indiferente, yerto como una estatua, aguardando yo no sé qué..., ¡tal vez una muerte que apetecía y que por lo mismo no llegaba!...

Más adelante empezaron á aparecérsenos flacas y pálidas mujeres ó endebles y afeminados mancebos, vestidos con raros trajes de vivísimos colores.—Eran Judíos, apostados en los huecos de las puertas y en las esquinas de las calles para saludarnos al paso...

—*¡Bien venidos! ¡Viva la Reina de España! ¡Vivan los señores!*—gritaban en castellano aquellas gentes; pero con un acento especial, enteramente distinto del de todas nuestras provincias.

Y, diciendo así, las mujeres agitaban sus delanta-

les, y los mancebos echaban al aire unos gorrillos negros como solideos, que apenas les tapaban la coronilla; y unas y otros se metían entre los pies de los caballos para besarnos las manos ó las piernas, todo ello con falsa y aduladora sonrisa, ¡cuando sus ojos estaban marchitos de tanto llorar!...

Lo mismo sus figuras que su actitud, y que aquel estudiado alarde de hablar el español, me repugnaron desde luego profundamente...—Yo les comparé con el anciano Moro que más atrás habíamos encontrado, y conocí en seguida la profunda diferencia que hay entre raza y raza. ¡Cuánta dignidad en el Agareno! ¡Qué miserable abyección en el israelita!

Al principio creí que aquellas palabras españolas las habían aprendido ayer para lisonjearnos; pero luego recordé que el *castellano* es el idioma habitual de todos los Judíos establecidos en África, Italia, Alemania y otros países.—De cualquier modo, la alegría que siempre causa oir la lengua patria en suelo extranjero, se eclipsaba hoy al reparar en la vileza de las personas extrañas que así se producían... —¡Y, con todo, aquello halagaba nuestro orgullo de Españoles y de Cristianos, ya que no nos ufanase por el momento! ¡Sin duda recordábamos glorias de nuestra raza y supremacías sobre la Hebrea mayores que la toma de *Tetuán!*

—*¡Viva! ¡Viva!*—seguían gritando con desentonadas voces aquellas pobres gentes sin Patria.

Su número crecía por momentos, y la variedad de sus trajes (que ya describiré) era cada vez más rara y sorprendente...

Las hembras llamaban, sobre todo, nuestra atención...—¡Ya veíamos mujeres!—Habíalas muy bellas..., y chocábanos en particular la precoz pubertad de algunas muchachas, así como el que, tanto éstas como otras mozas más formales, y hasta las mujeres hechas y derechas, estuviesen casi desnudas, especialmente de la cintura para arriba...

Según he sabido luego, tamaña desvergüenza es

vicio inveterado de las Hebreas, llevado hoy á la exageración por las de *Tetuán*, para afectar suma pobreza, en virtud de un miedo ruin á que las creyéramos ricas y acabásemos de robarles lo poco que, según aseguran, les han dejado los *Morios*...—Como quiera, todas aquellas singularidades eran parte á aumentar el interés artístico y la ardiente curiosidad con que yo había entrado en la ciudad musulmana..., ¡y, de consiguiente, mi entusiasmo político no tenía límites!

Por de pronto, la raza judía resultaba tal como yo me la había figurado..., ¡tal como me la habían descrito historiadores y poetas!—Además..., algunos Moros, blancos ó negros, cruzaban á veces de una casa á otra; lo cual quería decir que la ciudad no estaba completamente vacía de Musulmanes.—¡Todo, pues, me ofrecía una larga temporada de observaciones, estudios y aventuras!

Entretanto, seguíamos marchando hacia el *Zoco* ó plaza principal, cuyo distante rumor me hacía comprender que allí nos esperaba el verdadero cuadro de la *Toma de Tetuán*, del que no eran sino episodios las cosas que iba viendo al paso.—Y, sin embargo, ¡qué multitud de escenas interesantísimas, de espectáculos extraordinarios dejábamos atrás!...—En cualquiera otra ocasión, ellos hubieran bastado á detenerme horas y horas.

Porque todavía no os he dicho que, sobre los escombros, hallábamos á veces el cadáver de un Moro ó de un Judío, víctima de la tremenda pasada noche; todavía no os he hablado de los charcos de sangre que veíamos en las puertas de algunas casas; de las huellas de manos ensangrentadas que descubríamos en las paredes, ni del rescoldo de recientes incendios que había por doquier. Tampoco he hecho mención de las fuentes públicas que murmuraban bajo los emparrados, como en los días de paz y bienandanza; de las fachadas, elegantísimas por cierto, de algunas mezquitas, en que apenas teníamos tiempo de fijar los

ojos, y de algunos preciosos patios que distinguíamos al través de las rotas puertas...—Pero ya lo describiré todo en mejor ocasión.

Cerca de la plaza hízome reir y dióme que pensar el siguiente diálogo, que acabó de revelarme la historia entera y el carácter de los Judíos:

—*¡Viva la Reina... inglesa!*—exclamó un Hebreo de diez ó doce años, fingiendo un entusiasmo loco al vernos pasar.

—*¡No digas eso!*—le advirtió una muchacha, ó, por mejor decir, una *mujer* de su misma edad.

—*¡Viva la Reina... francesa!*—rectificó entonces el chico con redoblada energía.

—*¡Hombre, no!*...—repuso la joven llena de miedo.

—*¡Viva la Reina... española!*—exclamó por último el Israelita, temblando como un azogado.

Pero en esto llegábamos ya á la plaza.

Un Ayudante se había adelantado á anunciar la llegada del General en Jefe, y una corneta había lanzado dentro del *Zoco* (1) el agudo toque de *atención*.—Al tumulto y vocerío que poco antes escuchábamos, empezaba á suceder una tregua de silencio... Sólo las sonoras pisadas de nuestros caballos se oían ya bajo los arcos de la *Calle de la Meca*.

Mi corazón latía aceleradamente... En aquel momento no pensaba ya tanto en lo que iba á ver, como en lo que verían los Moros y Judíos reunidos en el *Zoco*. Mi imaginación se transportó de nuevo á los antiguos tiempos, y, convirtiéndome de actor en espectador, creía encontrarme en Roma, el día que entraron en ella las tropas de Carlos V; en Granada, cuando la tomaron los Reyes Católicos, ó más bien en Jerusalén, cuando llegó Tito á cumplir la profecía...

Penetramos, por último, dentro del *Zoco*.

El General O'Donnell iba delante.—A su aparición, prorrumpen las músicas en solemnes armonías,

(1) Plaza principal.

y mil y mil vivas se unen á los acordes de la Marcha Real.

Algunos Batallones del General Ríos están formados en medio de la extensa plaza. Todas las azoteas que la circuyen se ven coronadas de Israelitas. Las aclamaciones de las mujeres resaltan sobre el universal estruendo. Las quejas, los lloros, las súplicas, los discursos de niños y viejos, de ancianos miserables y de jóvenes doncellas, forman en torno nuestro una infernal algarabía que nos aturde y vuelve locos...—¡Qué espectáculo! ¡Qué momento! ¡Qué confusión! ¡Qué desorden!—¿Por dónde principiar á pintarlo?

Declaro desde luego que yo no he visto ni espero ver en toda mi vida cuadro tan grande, tan imponente, tan lleno de animación y poesía, como el que pretendo copiar en este instante. El género artístico y literario á que pertenece, no es ya el clásico que entreví en la carga de Caballería del 31 de enero; tampoco es el moderno con que Horacio Vernet ha pintado la epopeya napoleónica; menos aún recuerda el estilo romántico, el fantástico ó el realista..., ¡no!...—El espectáculo que tenemos enfrente pertenece á aquella gran pintura mural en que solemos ver representados asuntos como la *Degollación de los Inocentes*, el *Paso del Mar Rojo* ó el *Escándalo de Babilonia;* á la pintura de los tapices célebres; á la familia de los frescos más famosos.

Empezad por imaginaros las masas del pueblo, no á la manera que hasta ahora las conocéis, sino como fueron en la antigüedad, como se reunían en Jerusalén ó en la plaza de Atenas. Fingíos á los hombres, no con nuestros trajes refractarios á la estatuaria, sino todos con la ropa talar que tanto ennoblece á las figuras; no con sombreros de esta ó de aquella forma, sino con la frente descubierta como los Pericles, Alcibíades y Escipiones; no con la vulgar patilla ó el prosaico bigote de nuestros tiempos, sino con toda la barba, al modo monumental y mitológico; no, en fin, vestidos de negro ó de gris, como estamos acostum-

brados á ver á nuestras muchedumbres, sino ostentando los colores más vistosos: el amarillo, el verde, el rojo, el azul, el blanco y el violado. Figuraos venerables cabezas de ancianos israelitas, verdaderas cabezas de Patriarcas, llenas de una majestad en que no se descubre la vileza de los pensamientos; rostros de mujeres, envueltos en cándidas tocas, como nos pintan á las Dalilas, Rebecas y Saras; decrépitas abuelas, mostrando su desnudez entre los harapos; mancebos esbeltos, ciñendo luengas túnicas; impúdicas doncellas, cuyos ligeros y escasos vestidos marcan todas las formas del cuerpo, el seno, los hombros, los brazos, las caderas y las piernas, como vemos en las antiguas estatuas... Imaginaos todo esto, digo; y, cuando os lo hayáis imaginado, animad todos esos personajes, inflamad todas esas cabezas, agitad todos esos rostros, dadles la expresión del terror, de la alegría, de la admiración, del sobresalto, las lágrimas falsas ó la sonrisa mentida, el gesto hipócrita, la actitud del ruego, el ademán de la oración ó la compostura del verdadero sentimiento... Aquí la virgen ultrajada, pálida aún y llorosa; allí la madre que estrecha á un hijo contra su corazón, mientras que otros dos ó tres pequeñuelos se asen á sus faldas; acá el adolescente acobardado; allá la esposa de rostro dulce y enamorados ojos, herida en la frente por el bárbaro montañés; en este lado el viejo Rabino que reza los salmos del Antiguo Testamento meciéndose como una caña batida por el aire; en aquel otro, algún Mahometano sombrío y taciturno, que pasa sin mirar á nadie por entre las oleadas de la multitud...—¡Formad un grupo inmenso con todas estas figuras, y decidme si puede darse cuadro de más vida, de mayor interés, de tan maravillosa grandilocuencia!

Pero donde la perspectiva se presenta con caracteres verdaderamente indescriptibles, es desde el Arco que da entrada á la *Judería*...—Por allí se descubre una larga calle cuajada de cabezas, que se asoman unas sobre otras... Miles de ojos ávidos se fijan en la

plaza... Hace siglos que los Hebreos viven encerrados en aquel barrio, de donde les estaba vedado salir en gran número y sin formal licencia... Todavía dudan muchos de ellos si los Cristianos serán más tolerantes... Todavía no se atreven á invadir el *Zoco*, lugar de honor en que jamás se les permitió esparcirse...—¡Qué espectáculo aquél! ¡Qué gritería en árabe, en español y en hebreo! ¡Qué río de gente! ¡Qué variedad de colores en los trajes! ¡Qué movimiento! ¡Qué drama! ¡Qué gestos! ¡Qué delirio!

Poco á poco va desembocando en la plaza aquella detenida corriente, y las primeras escenas habidas con las tropas de Ríos se reproducen con el Cuartel General...

—¡Todo, señor! ¡Todo nos lo ha robado el *Morro!*...—exclaman lastimosamente los hijos de Israel.

—¡Mire, señor! ¡Nos han dejado en cueros!...

—¿Por qué no vinisteis ayer mañana?

—¡Nos han saqueado los baúles!...

—¡Nos han matado los padres!...

—¡Nos han maltratado las mujeres!...

—¡Nos han quemado las casas!...

—¡Saúl ha muerto, señor!... ¡El virtuoso Saúl, que no hizo daño á nadie!...

Y hablando así, hombres y mujeres, viejos y niños, nos mostraban sus heridas, ó sus cuerpos desnudos, ó sus trajes rotos, mientras que algunas madres levantaban á sus hijos sobre la cabeza, diciendo con desgarradores gemidos:

—¡Mire, señor, al hijo de mis entrañas! ¡Tiene hambre!... ¡No ha comido en tres días!

Vierais entonces á nuestros Oficiales vaciar sus bolsillos en las manos de los Judíos; vierais á los Judíos pelearse como furias del infierno por arrebatarse las monedas; vierais á los soldados entregar sus fusiles á las mujeres para abrir el morral y repartir todo su pan, toda su galleta, ¡su rancho de dos ó tres días!... entre los quejumbrosos Hebreos...; vierais aquella santa y bendita escena, en que los ángeles del cielo

debieron de llorar de gozo; en que la caridad cristiana bañó de una alegría divina el semblante de los vencedores; en que los afanados y adustos Moros, que en escasísimo número por allí pasaban en virtud de urgentes asuntos, y que aún no se habían dignado mirarnos, levantaron la frente por primera vez y fijaron la vista en nuestras tropas, asombrados de tan noble comportamiento; y en que los Judíos, comparando nuestra benignidad con la inhumana fiereza de los Musulmanes, nos abrazaban y besaban, gritando medio sincera, medio interesadamente:

—*¡Dios os ha traído! ¡Ya era tiempo! ¡Vivan los Españoles! ¡Viva la Reina del mundo! ¡Viva el General O' Donnell!...*

Vierais luego á nuestros noblejones soldados, crédulos y llorosos, consolando á los Judíos y á las Judías, ofreciendo no hacerles daño alguno, y cobrando tales ofrecimientos con alguna mirada codiciosa dirigida á la desnudez de las doncellas... Vierais á los Jefes contemplar extasiados la generosidad de las tropas, que se indemnizaban de tantas privaciones y sufrimientos socorriendo las necesidades del prójimo... Viérais tremolar pañuelos y tocas sobre las azoteas, hervir la muchedumbre en la plaza, combinarse artísticamente millares de grupos episódicos, dignos de los más sabios pinceles; grupos en que formaban primoroso contraste los conquistadores y los conquistados: aquéllos, relucientes, pardos, armados, caballeros en briosos trotones, ciñendo el duro casco, embrazando la robusta lanza, llenos de galones, cruces y otras insignias y adornos que entonaban fuertemente sus figuras, y éstos, humildes, descubierta la cabeza, inermes, á pie, con sus pacíficos trajes talares.. —Vierais, en fin, este lienzo inconmensurable, de contornos bíblicos, palpitante de realidad, alumbrado intensamente por el sol, y animado por la gritería y por las músicas, y confesaríais, como yo confieso, que no hay palabras, que no hay imágenes, que no hay elocuencia suficiente en genio humano para poder dar ni

remota idea de tan múltiple acción, de tan variada tragedia, de epopeya tan descomunal y grandiosa.

. . . . . .

Pues aun había de subir de punto el interés de esta escena; aun podía rayar más alto una situación tan culminante...—Faltaba la catástrofe final.

Fué el caso que mientras algunos nos hallábamos en la puerta de la *Judería*, en medio de aquellas masas que no nos cansábamos de mirar, rodeados nuestros caballos por una multitud de desarrapados Hebreos que nos referían tremendos episodios de la pasada noche, el Conde de Lucena y su Cuartel General habían penetrado en la casa del Gobernador, situada al otro extremo de la plaza...

Este edificio es á la vez palacio y castillo, y sobre su plataforma había cañones y pertrechos de guerra.—De pronto, y cuando más ajenos estábamos ya á ciertos temores de que varias veces os he hablado, óyese allí una espantosa detonación que estremece á todo *Tetuán*... Veinte mil alaridos de espanto resuenan al mismo tiempo... Una dilatada y espesa humareda tapa la casa del Gobernador... La muchedumbre se repliega, huyendo hacia la *Judería*... Los Batallones se precipitan también sobre ella... Los caballos atropellan á los infantes... Los lamentos ensordecen el espacio...

—*¡Pólvora! ¡Pólvora!*—exclama todo el mundo.

Una segunda detonación y una segunda humareda aumentan la consternación general...

Yo me acuerdo de mi fatídico sueño...—*¡Tetuán* va á volar hecho cenizas! ¡Nuestras victorias terminarán al fin por un desastre!...

Ni es éste el único peligro que nos amenaza. Hay otro más inmediato... ¡El atropello; la confusión; el tumulto; los caballos que se meten espantados entre las olas de la muchedumbre; el peligro, en fin, de ser aplastados ó ahogados en aquel infierno!...

Yo creo perecer... Pero ¡ah! ¡Bien sabe Dios que no pienso en mí! ¡Sólo pienso en que el General en

Jefe se halla dentro del pavoroso edificio en que suenan aquellas horribles explosiones!...—¿Qué vale mi vida, qué valen mil vidas, comparadas con la de nuestro caudillo, con la del vencedor de Africa?

En esto, por un claro del humo que rodea la casa del Gobernador, veo al General O'Donnell atravesar corriendo la plataforma, como quien huye de incontrastable riesgo... Otros Generales y Jefes del Cuartel General corren también en varias direcciones por las azoteas inmediatas...

El terror obscurece mi vista... Y ya creo ver vacilar la casa... Ya creo ver hundirse sus paredes, sepultando á nuestro General y á su comitiva...—¡Morir! ¡Morir tantos héroes en el momento del triunfo!...—¡Ah, bárbaros Marroquíes! ¡Desventurada España!...

—¡No es nada! ¡No es nada! ¡No correr!—gritan en este momento muchas voces desde el lugar de la catástrofe.

Y vemos aparecer en la puerta de la casa del Gobernador al General O'Donnell, seguido de su Cuartel General.

La explicación de aquel pánico cunde entonces rapidísimamente.—Ha ardido una cantidad insignificante de pólvora. El conflicto ha sido casual. Los Moros no han tenido parte alguna en él.—En la casa del Gobernador había habido durante la guerra un almacén de municiones. Ayer, al escapar Muley-el-Abbas, se las llevó consigo; pero la operación se hizo tan de prisa que el suelo quedó regado de pólvora. Un soldado nuestro tiró sobre ella inadvertidamente un cigarro encendido, y he aquí el origen de tan alarmante acontecimiento.

De él han resultado gravemente quemadas dos ó tres personas, y muchas otras heridas y contusas, á causa del tropel que se movió en la plaza.—Pero ¿qué es esto en comparación de lo que hemos temido?

Pasado aquel momento de angustia, procedióse al alojamiento de la Guarnición de *Tetuán*, y nosotros, los poetas de oficio, nos desparramamos por las ca-

lles, en busca de nuevas emociones y extraordinarias aventuras.

V.

Primer paseo por *Tetuán*.—Cristianos, Moros y Judíos. El Negro de mi sueño.—Hospitalidad hebrea.

El mismo día.

Antes de entrar á referir los mil curiosos datos que he recogido y las peregrinas escenas que he presenciado durante mi primer paseo por esta rarísima ciudad, juzgo conveniente y hasta necesario dar una ligera idea de su conjunto, empezando por advertir que mi opinión acerca de *Tetuán* no es la de la mayoría de mis compañeros de armas.—La generalidad de los individuos del Ejército, inclusos Jefes y Oficiales, están desencantados desde que han visto de cerca á la *odalisca* que tanto habían adorado desde lejos...—¡Yo, en cambio, estoy más enamorado de ella que nunca!

A todos nos sobra la razón, y la diferencia de nuestras opiniones consiste en que consideramos la ciudad por diferente prisma.

Sus detractores, comparándola con los pueblos europeos, echan de menos en ella una porción de cosas que real y verdaderamente no tiene.—«*Tetuán* (dicen) es peor que la última ciudad de España. Sus calles son sucias, irregulares, tortuosas y estrechas; están completamente desempedradas, y no tienen aceras, alcantarillas, nombre ni numeración. El aspecto de sus casas, totalmente desprovistas de balcones, es pobrísimo y miserable. Apenas se ve entre ellas un edificio que merezca llamarse tal. Aquí no hay monumentos, ni paseos públicos, ni teatros, ni fondas, ni cafés, ni casinos, ni mercados. La policía urbana no se ha imaginado siquiera. De noche no hay alumbrado ni serenos. ¡Esto es horrible! ¡Esto es detestable! ¡Aquí no se puede vivir! ¡Un pueblo de la Mancha ofrece más comodidades y recursos...»

Todo esto es verdad; y, por lo mismo que lo es, encuentro yo á *Tetuán* delicioso, curiosísimo, inmejorable... ¡Si poseyera todos los encantos europeos que le faltan, sería para mí una de tantas ciudades como he visto en este mundo y como habría podido ver, sin necesidad de venir á Africa!—¡Para calles tiradas á cordel, soberbios edificios, suntuosos teatros, lindos paseos, buenas fondas y excelente policía, ahí están París y Londres, Marsella y Burdeos, Cádiz y Sevilla, Málaga, Bilbao y Barcelona, y mil y mil otras capitales!—El mérito de *Tetuán* consiste precisamente en no parecerse á ninguna de ellas.—¡Desgraciado de mí si me las recordase en cualquier modo! ¡Adiós, entonces, mis ensueños africanos! ¡Adiós, arte! ¡Adiós, poesía! ¡Adiós, originalidad! ¡Adiós, orientalismo! ¡Adiós, todo lo que he venido á buscar en esta tierra!

Comprenderéis por lo ya dicho que yo no considero á *Tetuán* utilitariamente, sino con ojos de poeta ó de artista.—*Tetuán* es lo que debía ser, lo que yo deseaba que fuera: una ciudad completamente árabe; un pueblo diferente en todo de los de Europa; un nido de Moros; una resurrección de la antigua Granada. La forma de sus calles, la disposición de sus casas, todo lo que encierra, y aquello mismo de que carece, revela la índole, la historia y las costumbres de sus moradores. Solamente los Islamitas pudieran hallarse bien avenidos en una ciudad semejante: las preocupaciones de su espíritu y los afectos de su corazón se ven retratados en los menores accidentes de cada barrio, de cada vivienda, de cada aposento, así como en el aspecto general de la población en conjunto.

El Moro desconoce ó desprecia todos los goces sociales; es individualista; ama la soledad del campo y la del hogar, y pasa su vida entregado á sus propios pensamientos, sin cuidarse para nada de los del vecino. Por eso no decora con balcones buenos ni malos la fachada de su querido albergue; por eso hace

pequeña la puerta y la sitúa en el lugar más escondido; por eso no repara en el estado de las calles ni se afana en construir puntos de reunión, tales como teatros y paseos, ni tan siquiera *boulevards* en que perder el tiempo conversando con sus amigos. Para él la calle es el camino de su casa, y nunca sale á ella sino para trasladarse de un lugar á otro. Procura que esta calle sea estrecha y retorcida, á fin de que esté fresca y llena de sombra durante los perdurables días de verano, y con este mismo objeto prodiga en ellas las bóvedas y los cobertizos. Las Autoridades, por su parte, no piensan tampoco en el interés común, ni se les ha ocurrido que exista tal comunidad. Preocúpanse, sí, de los actos de este ó de aquel individuo; mézclanse en sus negocios (acaso más de lo justo); fiscalizan sus operaciones y hasta intervienen su particular hacienda; pero jamás les pasa por la imaginación la idea de adoptar ninguna medida de utilidad pública, ya higiénica, ya de ornato, ya de vigilancia general. De aquí el que no haya alumbrado ni otras muchas cosas. El que necesita luz de noche, la lleva; y el que no la tiene, marcha á obscuras, ni más ni menos que hace veinte años acontecía en muchas ilustres ciudades españolas.—En cuanto á seguridad personal, cada uno cuida de la suya, y Dios de la de todos.—Resumiendo: la *calle* no tiene existencia oficial; el vivir unos cerca de otros no causa estado; la *vecindad* no imprime carácter; la *población* no es una sociedad, es una muchedumbre, y todo ello, más que una *ciudad*, es un *Campamento* donde los acampados viven mutuamente de incógnito.

Los únicos sitios públicos de *Tetuán* son las mezquitas, y consecuencia de esto es que sus fachadas sean ostentosas y que sus grandes y labradas puertas estén en lugar visible y despejado.—Pero, en cuanto á las casas, fuera imposible discernir dónde concluye una ni principia otra. El exterior de cada manzana forma una pared desigual y tortuosa, que se prolonga como una muralla. De trecho en trecho, y siempre á

bastante altura, vense unas rendijas muy parecidas á las aspilleras de un fuerte. Son las únicas ventanas que miran á la calle. Apenas cabe una mano por ellas, y, más que para dar aire ó luz á las habitaciones, sirven de acechadero á los recelosos Marroquíes.—Cuanto más lujosa y bella es una casa por dentro, tanto más pobre es su entrada y más deforme é insignificante su frente. Así, pues, nunca sabe uno si el edificio que tiene delante es un miserable tugurio, ó un magnífico palacio, cuyas labradas estancias, frescos patios y sombríos cenadores constituyan verdaderas maravillas del arte.

De todo esto se deduce que los Moros hacen amable únicamente la remota perspectiva de su ciudad y el interior de sus hogares, lo cual explica también su carácter y sus inclinaciones.—Amantes de los placeres domésticos, de las felicidades solitarias y silenciosas, sitúan sus pueblos en vistosos parajes y los blanquean cuidadosamente, á fin de que les sonrían desde lejos, de que los atraigan, de que les recuerden las dulzuras de su harén ó de su baño; y, una vez dentro de la ciudad, no encuentran en ella nada que les halague, que los entretenga, que les ofrezca comodidad ni reposo, sino el interior de su albergue, su mansión oculta, su blando y amoroso nido.

Hay, sin embargo, dentro de *Tetuán* una excepción que hacer en todo lo enunciado.—Aludo al *Fondak*, pequeñísima plazoleta cubierta por una gran parra, y en la que ciertos *Argelinos* han establecido la moda de los *cafés* tan renombrados de su tierra...—Ya iré yo por allí á hacerles compañía, y describiré minuciosamente ciertas escenas (interrumpidas hoy), cuyos pormenores me ha hecho entrever el Judío que me sirve á la vez de *cicerone* y de intérprete, y de quien también hablaremos á su debido tiempo.

En toda la ciudad (que es bastante grande y muy apiñada, y que, según me dicen, ha llegado á contener hasta cincuenta mil habitantes) sólo hay dos plazas: la *Mayor* ó el *Zoco*, de que ya hemos hablado,

la cual es un extenso y no muy perfecto cuadrilongo, y la *Plaza vieja*, de forma irregular, que da entrada á la *Alcaicería*.

La *Alcaicería* (bien lo dice su nombre) es un barrio cerrado, en que está, ó por mejor decir *estaba* el comercio principal de la población. Cúbrela un espeso toldo de zarzos de cañas, y comprende más de trescientas tiendas destrozadas y saqueadas todas, primero por las kabilas y después por los Judíos.—Estas tiendas, como todas las de *Tetuán*, son una especie de alacenas embutidas en la pared, dentro de las cuales se sentaba el mercader sobre las piernas cruzadas, teniendo al alcance de la mano todas sus mercancías...—¡Y yo no los he visto así!...—Pero el Judío me asegura que llegaré á verlos.

En muchos parajes de la ciudad hay fuentes públicas, nada monumentales, que consisten en caños de agua cayendo en pilones de piedra.—Con todo, su blando y monótono murmullo presta un encanto particular á las silenciosas y entoldadas calles...

En resumen: *Tetuán* tiene, sobre otras muchas capitales que le exceden en lujo y en belleza, el privilegio de hablar al alma del viajero, de contarle su historia, de hacerle comprender á primera vista el genio y naturaleza de sus moradores.—Cierto es que carece de grandiosos monumentos por el estilo del Acueducto de Segovia ó del Coliseo de Roma, que inspiren al alma la grave melancolía de lo pasado, haciéndole ver la huella del hombre antiguo sobreviviendo á imperios, razas y civilizaciones... Pero, en cambio, muestra la obra del Tiempo: no lo que el tiempo destruyó, sino lo que ha creado; no edades desvanecidas, sino edades condensadas, superpuestas, fósiles, como vemos en los *cortes geológicos* que se hacen en las montañas...

Y es que en estos pueblos islamitas, tan indiferentes al Progreso, tan enemigos de toda variación, nada cambia de forma, nada se altera ni modifica. Un siglo no corrige á otro; jamás se derriba lo construído:

nunca se atreve la mano del hombre á la fatalidad consumada de las cosas.—Amontónanse, pues, hechos sobre hechos, vidas sobre vidas, pavesas sobre pavesas, polvo sobre polvo. Es decir, que lo muerto no se entierra; que la mugre no se barre; que lo que nace vive adherido á lo que ya pereció; que, levantando una y otra capa de ceniza, se encontrarían aún las raíces del primitivo *Tetuán*; que la humanidad aquí no debe ser representada por aquella vívida y simbólica serpiente que muda su piel de tiempo en tiempo, sino una especie de *banco* de moluscos, cuyas partículas están todas animadas, pero cuya suma es un pólipo sin vida.

Ahí tenéis á la ciudad de *Tetuán* considerada en globo y por fuera.—Si ahora fijamos rápidamente la vista en lo interior de sus casas, encontraréis algunas comprobaciones de todo lo que llevo asentado.

Las casas de *Tetuán* recuerdan en su mayor parte las de Andalucía. Su planta y disposición son completamente idénticas. El centro del edificio lo ocupa el patio, dando luz á casi todas las habitaciones. En medio de él hay una fuente, y en torno de ésta cuatro cenadores, formados por arcos ó por columnas. Largas cortinas aislan á veces uno ó dos de estos cenadores, convirtiéndolos en dormitorios de verano. En el piso superior hay cuatro corredores, también descubiertos, y con barandas que dan al mismo patio.—El lujo de las casas principales consiste, sobre todo, en las puertas, en las ventanas interiores y en los techos, labrados exquisitamente con maderas de varios colores, así como en los alicatados y mosaicos de que están revestidos los suelos, el tercio bajo de las paredes y los peldaños de las escaleras.—Es muy frecuente que las grandes estancias, sobre todo las destinadas á las mujeres, reciban la luz por el techo y se dividan en dos partes, mediante una arcada ó rompimiento de graciosos arcos de herradura. La parte anterior, ó más próxima á la entrada, tiene pocos muebles. Desde los arcos para allá el piso forma un estrado, al que se

sube por un escalón ó dos, y allí está el *diván*, compuesto de mil lujosos colchoncillos, cojines, mantas y almohadones, que constituyen un vastísimo lecho. Desde la mitad de la pared hasta el suelo pende, alrededor de la habitación, una cortina de seda de colores, mientras que finísimas esteras de junco ó ricos tapices de lana cubren el reluciente pavimento.

La mayor parte de las casas (aquí como en todo el universo) son pobres; quiero decir, que la gente acomodada está en minoría.—Ya haremos detenidamente visitas especiales y entraremos en pormenores más prolijos.—Ahora, para concluir con las interioridades de *Tetuán* que he podido ver en mi primer paseo, diré que sus viviendas tampoco han defraudado mis esperanzas. Los muebles, las cortinas, las alfombras, las alacenas, la vajilla, todo lo que he examinado, es auténtico y artístico; tiene un carácter oriental sumamente marcado; está lleno de inscripciones y alegóricas figuras geométricas, y corresponde perfectamente á todos los objetos moriscos que se conservan en nuestra España, como restos de la prolongada dominación agarena. El arte, pues, los oficios, las costumbres, todo lo que se refiere á la vida de los Moros, sigue en aquel *statu quo* que constituye la esencia de su civilización. ¡Nada ha variado! ¡Nada ha progresado! ¡Nada ha cambiado, ni en la materia ni en la forma!—Visitar hoy á *Tetuán* equivale á ver á Córdoba en el siglo XIII.

. . . . . .

Paso ahora á hablaros de algunas observaciones *episódicas* que he hecho hoy en la ciudad, además de las *generales* que acabáis de leer.

Empiezo consolándoos hasta cierto punto acerca de la suerte que ha cabido á los Judíos con motivo del saqueo de Tetuán.—Dígolo, porque, al ver esta tarde entrar en la *Judería* un cordón interminable de Hebreos, todos cargados de ropas, muebles, maderos, sacos de harina, vidriado, puertas, verjas de hierro y otras mil cosas, mientras que salía del mismo

barrio otro cordón de Hebreos con las manos vacías, y al oir á unos y á otros gritar con monótono acento, como quien repite maquinalmente un estribillo:—«*¡Todo, todo nos lo han robado los Morios!—Señor, déjeme pasar...—¡Todo nos lo han robado!...*», no hemos podido menos de preguntarnos:—«¿De dónde procederán todos estos efectos que entran en la *Judería?* ¿Poseían algo los Hebreos fuera de su barrio?» —Y hemos caído en la cuenta de que los Judíos están robando desde anoche á los Moros ausentes de *Tetuán*, y completando el destrozo de las tiendas de la *Alcaicería* y de la calle de la Meca, como desquite de lo que las kabilas robaron ayer en la *Judería*.

Por lo demás, á poco que se medite en la actitud respectiva de las tres familias históricas que acaban de reunirse en esta ciudad, resultará que los Cristianos tienen por qué enorgullecerse y dar gracias á Dios, que tan grandes los ha hecho en comparación de los Musulmanes é Israelitas.—Aquí se ha verificado hoy una solemne entrevista de los tres Pueblos bíblicos, cual si se hubiesen citado á través de los tiempos para darse cuenta de la eficacia de sus principios religiosos y de la dignidad que cada uno ha alcanzado sobre la tierra.—Aquí se ve hoy á la Religión madre y á sus dos descendientes; al pueblo testador y á sus dos herederos; al viejo Abraham y á sus hijos Isaac é Ismael..., y el resultado de la comparación es el siguiente:

El decrépito Hebraísmo arrastra una vida nula, parásita, miserable; adherido, por decirlo así, al más réprobo y vicioso de sus hijos, al que más se ha apartado del espíritu y la letra del Antiguo Testamento, al Mahometismo, en fin, que parte con él la inhabilitación social, y que, como él, está proscripto de la Historia, en cuya marcha ni el uno ni el otro tendrán ya influencia alguna.

Esto lo sabe el Musulmán, y en la rabia de su impotencia, en su misantrópico aburrimiento, vuelve su ira y su desprecio contra el Judío, más abyecto aún

que él, más inútil y menguado.—No de otro modo, el hijo pervertido por una mala educación hace responsables á sus indignos padres de todas las desgracias que sufre é iniquidades que comete.

Ahora bien: al hallarse de nuevo los Israelitas enfrente de su otro Hijo, del bueno, del noble, del amigo de Dios, del *José* que tanto ha trabajado por la verdad y la virtud, no pueden menos de ufanarse de haber engendrado tan ilustre vástago; cuéntanle las amarguras que han padecido bajo la tutela de aquel monstruo parricida que en mal hora concibieron las entrañas de Agar, y demandan al justo protección y amparo, invocando sórdida y cínicamente el lazo de consanguinidad que unía á los Apóstoles con los deicidas.

El Cristiano, por su parte, avergüénzase al ver el grado de vileza á que ha descendido el que le dió vida y cuna; respétalo, á pesar de todo; cumple sus deberes filiales, bien que sin entusiasmo; castiga severamente al pérfido hermanastro, al bárbaro Agareno; y, por resultas de tanta desdicha como halla en uno y en otro Pueblo, siente fortificarse dentro de su corazón la fe de Cristo.

¡Oh, sí! El espectáculo que ofrecen Mahometanos y Hebreos es la prueba más evidente que pudiera alegarse de las excelencias de nuestra Religión, de los grandes bienes que ha reportado á la humanidad, de la obra de Redención que cumple hace diez y nueve siglos.—La dignidad humana, ya se considere en el individuo, ya en la sociedad, sólo puede alcanzarse bajo los auspicios del Evangelio. Por desconocer sus doctrinas vive el Moro sometido á la tiranía de la fuerza bruta, entregado al capricho de poderes arbitrarios, sin noción de sus derechos, en el solitario abondano de un individualismo salvaje. Por haber cerrado sus ojos á la misma Luz, vive el Judío proscripto y desheredado, sin Patria ni bandera, en grupos accidentales que nunca constituirán un pueblo, en aquella perpetua *menor edad* á que relegan nuestras

leyes al decrépito incapacitado, al criminal infame, al pródigo y al demente.

. . . . . .

Conque vamos á otra observación episódica:

Al pasar esta tarde por una calle próxima al *Zoco*, me llamó la atención un agitado grupo de soldados y Judíos que había cerca de una puerta, y lleguéme á averiguar qué sucedía...

El centro de todas las miradas era un Negro enorme (casi un gigante), de unos treinta años de edad, obscuro, recio y fornido como una encina carbonizada, vestido de blanco, no sin cierto lujo, y ornada la cabeza con una corona de conchas amarillas, de la cual le caía por cada lado de la cara una sarta de la misma materia.

Hallábase sentado en el tranco de la puerta, inmóvil y callado, mirando fijamente al concurso con unos ojos de león en que no sé yo todavía qué era más horrible: si las pupilas, bañadas de siniestra y rutilante luz, ó lo blanco del globo, inyectado de un tinte sanguinolento.

Aquella puerta daba entrada á cierta casilla de una sola estancia, obscura como la cueva de un demonio.

El Negro tenía apoyada la cara en ambas manos, y sus brazos, adornados con pulseras de oro, descansaban indolentemente sobre sus robustas rodillas.

Nuestros soldados le lanzaban miradas amenazadoras; le enseñaban el puño, y le dirigían enérgicos apóstrofes.

Él permanecía indiferente, mirándolos de hito en hito, con la boca cerrada de la manera que la cierran los negros, esto es, como si sus gruesos y salientes labios estuviesen pegados ó cosidos el uno al otro.

Finalmente, dos centinelas nuestros custodiaban al corpulento Africano, cuya tranquilidad desdeñosa imponía no sé qué terror ó superstición.

—¿Qué casta de animal es éste?—le pregunté á un soldado.

—¡Cómo! ¿No sabe usted? (me respondió aquel

compañero). ¡Este bribón pensaba pegarle fuego á Tetuán y hacernos saltar á todos por el aire! Ahora poco íbamos con el General Ríos reconociendo todos los sitios en que los Judíos nos indicaban que podía haber pólvora, cuando, al llegar á esta casa (que ahí, donde usted la ve, es un polvorín), encontramos la puerta cerrada por dentro... Llamamos, y ni respondía nadie ni nos abrían. Entonces forzamos la puerta á culatazos, é íbamos á entrar, cuando se nos pone delante este Lucifer, armado de una gran pistola y de una gumía, y decidido á estorbarnos el paso. La pistola le dió falta; pero, antes de que pudiéramos apoderarnos de él, ya había herido levemente con la gumía á dos de mis amigos. Al fin lo atrapamos, y vimos que vivía aquí en amable compañía de algunos quintales de pólvora. ¡Sin duda tenía encargo de incendiarla cuando nosotros entráramos en la ciudad, y, ó no se ha atrevido á hacerlo, ó no había creído llegado el momento oportuno!...

—¿Qué dijo cuando lo prendisteis?

—¡Nada! ¡Sentarse como usted le ve, y mirarnos á la cara con la mayor frescura!

—¿Y se sabe quién es?

—A este Negro (respondió un Judío) lo he visto yo muchas veces en Tetuán, cuando venían comisiones de Fez.—Era esclavo del difunto Emperador...

Miré entonces con mayor atención á aquel sér espantoso, cuya existencia había yo adivinado, según sabéis, cuando temía que los Moros volasen á Tetuán el día de nuestra entrada..., y causóme verdadero espanto su fisonomía.—Tenía la frente aplastada como las panteras. Dos rayas, que yo había tomado al principio por arrugas, atravesaban sus mejillas: eran dos largas cicatrices, simétricamente trazadas; lo cual quería decir que habían sido causadas adrede y por vía de adorno. Su nariz deprimida, que aquellas dos señales hacían aparecer mucho más ancha, tapaba casi completamente unos bigotes colgantes de un negro tan intenso que rayaba en azul. Llevaba un gran

anillo de plata con una inscripción, y debajo del jaique, que era de lana blanquecina, vestía un ropaje de seda verde con bordados de oro y de colores.—¡Estaba horrible hasta rayar en la sublimidad!

Por graduar el temple de su espíritu, mirélo mucho rato con expresión de mofa y de furor...

Él sostuvo al principio aquella mirada sin pestañear; pero luego volvió los ojos á otra parte con soberano desdén.

Entonces, deseando irritarlo, llevé una mano á la empuñadura de mi espada, y con la otra hice la demostración de cortarle la cabeza.

Sus cárdenos labios palidecieron, poniéndose de color de lila; luego los despegó lentamente, animados por una sonrisa bárbara, y dejóme ver unos dientes blancos y apretados que relucieron como el marfil bruñido.

—¡Dile (apunté á un judío) que dentro de una hora le habremos cortado la cabeza!

Pero el Negro entendía sin duda el español; pues antes de que el Hebreo repitiese en árabe mis palabras, ya había cerrado el puño y descargado con él un fuerte golpe sobre la pared más inmediata.

Aquel movimiento y el gesto con que lo acompañó, sólo podían traducirse de este modo:

—«¡Mi corazón es tan duro como esta pared!... ¡Conque no pretendas asustarme!»

O bien:

—«Cuando me estéis cortando la cabeza, mis labios no revelarán palabras ni se quejarán, sino que permanecerán tan mudos como esta pared.»

Luego se tranquilizó, torno á su postura, y ya no conseguí que volviera á mirarme.

Inútil creo decir que aquel hombre, más bien que odio, me causaba admiración, y que, al tiempo de abandonarlo, lo adoraba como á un verdadero héroe.

Por lo demás, su vida no corre peligro alguno; y si he tenido la crueldad de hacerle temer otra cosa, ¡peor hizo él apareciéndoseme en sueños, con la me-

cha en la mano, cuando no tenía yo aún la honra de conocerle!...

A estas horas está ya en libertad.

. . . . . .

A propósito de pólvora: pasan de setenta quintales los que hasta ahora se han encontrado en Tetuán, así como unos dos mil proyectiles de diferentes calibres y setenta y ocho cañones y morteros, casi todos antiquísimos...—Cada una de estas piezas tiene una inscripción que indica su procedencia. Las hay regaladas á los Emperadores de Marruecos por varios Soberanos de Europa, así del Mediodía como del apartado Norte. Las hay también apresadas en las famosas piraterías de los antiguos Tetuaníes. Las hay, por último (y éstas han sido las que más me han interesado), tomadas á los Portugueses en el Llano de Alcazarkibir el día de la rota del heroico D. Sebastián.

Ninguna historia más elocuente pudiera escribirse del pasado poder de este Imperio y del terror que ha infundido á todos los pueblos marítimos, que semejante crónica de bronce, tributo rendido á los Sultanes moros (ora de grado, ora por fuerza; ya para derramar su ira, ya siendo víctimas de ella) por las primeras Potencias del mundo.—Entre los cañones que hemos cogido los hay españoles, franceses, ingleses, austriacos, griegos, dinamarqueses y belgas.

. . . . . .

Son las cuatro y media de la tarde, y estoy fatigadísimo de tanto como he andado, visto y sentido, y también de tanto borronear papel, en este inolvidable 6 de Febrero. Me voy en busca de mi *alojamiento*, situado en la *Judería*.—Allí descansaré, si me lo permiten (que no me lo permitirán) las muchas cosas nuevas que hallaré también en aquel barrio.

Hasta luego, pues...—Pero, antes de marcharme, quiero daros idea de las calles moras en que he escrito estos últimos apuntes..., ora sentándome en el tranco de tal ó cual puerta, ora apoyando contra la pared mi libro de memorias...

Hállome en un apartado barrio de la ciudad, al cual no llega el estruendo militar de los conquistadores.—Mi *cicerone* judío me ha conducido hasta aquí, y él me sacará de este laberinto por la cuenta que le tiene...—Este barrio es, como si dijéramos, el *Faubourg Saint-Germain* de la población mora, donde viven los Tetuaníes más acomodados.—Ni un alma transita por las calles... Todas las casas están cerradas... Me encuentro, pues, enteramente solo, dado que el vil Judío no me serviría de nada en caso de apuro.

A veces oigo sordos pasos detrás de algunas puertas, y lamentos de niños, unidos al rumor del agua que fluye en ocultas fuentes, y voces ahogadas por el terror, ó por la prudencia, ó por la asechanza...—Indudablemente, en casi todas estas viviendas hay Moros ocultos... ¡Quizás me espían muchas miradas al través de las aspilleras que dan luz á sus apartadas habitaciones! ¡Quizás hago mal en permanecer tanto tiempo en este solitario paraje!

El saqueo no ha llegado hasta aquí. Los tímidos judíos no se hubieran atrevido así como quiera á penetrar en calles tan intrincadas, cuyo sosiego parece la máscara de mil peligros...

Aunque, como he dicho, sólo son las cuatro y media de la tarde, los pasadizos embovedados empiezan á llenarse de sombra...—*Jacob* (así se llama mi *cicerone*) está pálido y trémulo en medio de la calle, con el oído al viento, como ciervo asustado en un monte lleno de cazadores.—No se atreve á decirme que debemos marcharnos; pero su inquietud, su angustiosa mirada fija en mi *revólver*, y el sudor que le baña el rostro, hablan con mayor elocuencia que pudieran hacerlo sus descoloridos labios...

Decido, pues, marcharme, prometiéndome volver por aquí mañana mismo.—¡Esos niños que lloran detrás de las puertas me han llenado de interés y de curiosidad!

Nuestros pasos turban de nuevo el silencio de estos melancólicos sitios, y apenas hemos andado un poco

sentimos abrirse cautelosamente algunas puertas á nuestra espalda...

Jacob anda cada vez más de prisa, pegado á la pared, y arrastra sus babuchas amarillas con tal arte que casi no suenan... ¡Y lo peor de todo es que este infame Judío me ha pegado el miedo, y que yo tampoco vuelvo la cabeza para ver quién se asoma á aquellas puertas que se abren después que pasamos nosotros!...

Empezamos al fin á encontrar algunas comparsas de soldados nuestros, acompañados de judíos, que vienen de recorrer otros barrios de la ciudad...—Jacob respira, y yo me avergüenzo de mi debilidad.

Llegamos, por último, al *Zoco*, donde aún es día claro y hierve parte de la muchedumbre que dejé en él...—Jacob recobra la sonrisa y la palabra.

—¿Adónde va el señor?—me pregunta, pues, resplandeciente de felicidad, al ver que se ha ganado la propina sin detrimento de sus espaldas...

Yo le respondo con cierto énfasis:

—A mi *alojamiento;* á la *Judería;* á casa de *Abraham*.

Jacob (¡qué grandes nombres para tan pequeños seres!) emprende gustoso el camino de la *Judería*, en la cual entra delante de mí, saludando ufanamente á sus correligionarios, como si les dijera:

—¡Ya veis que me ha caído un gran negocio! En el bolsillo de esta persona que acompaño hay, por lo menos, una moneda de plata que va á pasar á mi poder dentro de un instante. ¡Yo os la enseñaré esta noche, para que envidiéis mi fortuna!...

Y, volviéndose á mí, exclama:

—¡Aquí no hay ya nada que temer!... Por la *Judería* se puede andar á todas horas sin peligro alguno... Los Hebreos son una buena gente que no se mete con nadie.

. . . . . .

A las diez de la noche.

La *Judería* se diferencia de la ciudad mora en que

sus calles son rectas, y en que las casas tienen ventanas y hasta balcones. Por lo demás, su conjunto es tan pobre y desaseado como el resto de la población.

Hay, sin embargo, muchas casas perfectamente construídas... por dentro y adornadas con bastante lujo. El mueblaje es generalmente á la *antigua española;* pero refleja en varios accidentes los usos y costumbres de los Moros.—En las viviendas más principales se ven muebles modernos, traídos de Gibraltar, como butacas, mesas de juego, camas doradas, sofás de muelles, etc., etc.

Los Judíos, á fuer de avaros, son pródigos consigo mismos, y no se escatiman las ropas de gran precio, ni las joyas, ni nada de lo que tenga valor seguro en venta.—Es indudable que las kabilas han hecho grandes estragos en las más lujosas casas (cuyas puertas están destrozadas, y cuyos muebles y ropas se ven aún revueltos en patios y portales); pero ¿creéis vosotros que los Judíos habrían dejado, en sitio donde pudieran ser halladas, sus arcas llenas de dinero, sus alhajas y los trajes de gala de sus mujeres, tan suntuosos, que (al decir de ellos mismos) no habrían dado algunas sayas por 20.000 reales, ni algunas tocas por 2.000 duros? ¿Se puede concebir en los Hebreos tamaña imprevisión cuando el enemigo llamaba á las puertas de Tetuán y la población morisca se amotinaba en calles y plazas?—¡De ninguna manera!

Sin embargo, desde que entré en la *Judería* no he dejado de oir las quejas y lamentaciones que nos recibieron por la mañana en el *Zoco.*—Las mujeres, los ancianos, hasta los niños, me cogían de la ropa y me metían en sus casas para que viera «*los destrozos causados por los Moros...*»

Yo me dejaba llevar..., no porque dejase de ofenderme aquella estratégica confianza de que me daban muestras á fin de que yo no los robase también..., sino por estudiar la raza y la familia israelitas, por enterarme de sus costumbres privadas, y (seré completamente franco) por solazarme en la contemplación de

gentiles talles y de lánguidos ojos negros...—Es decir, que si yo no era un ladrón de la especie que temían los Judíos, lo era de otra no menos grave, bien que á aquellos viles no les doliese en tal momento el que, mientras ellos me referían sus penas, mi hambrienta mirada piratease cínicamente en la hermosura de sus mujeres y de sus hijas.

. . . . . .

Allá va ahora, como muestra, la copia fiel de uno de los cuadros domésticos que he contemplado á mi sabor esta tarde...

Erase una casa de buen porte.—En la puerta había un ancho boquete abierto á hachazos (por las kabilas, ó por el propio dueño de la casa), hacia la parte de la cerradura.—Pasado un estrecho corredor, hallábase el patio, cubierto por arriba con fortísima reja de hierro. Sólidas pilastras revestidas de losetas blancas y azules sostenían ocho arcos estalactíticos, en que se apoyaba el corredor del piso alto. El suelo y la escalera eran también de losetas de colores, brillantes á la sazón como espejos por estar recién lavadas. De dos grifos de bronce caían sobre pilones de mármol recios caños de agua, cuyo alegre rumor esparcía deleitosos ecos por los solitarios cenadores.—En el fondo del patio, una larga cortina de seda negra y roja, recogida por una punta, dejaba ver un arco, igual en todo á los de la Sinagoga de *Santa María la Blanca* de Toledo, el cual servía de jambas y de dintel á una enorme y bien labrada puerta, cuyos pequeñísimos tableros estaban pintados de vivos colores.—De esta puerta sólo había abierto un postigo, y por él se entraba en una sala muy amplia, que recibía la luz á través de un rosetón arábigo, calado sobre el recio muro, allá cerca del rico techo de madera.

Acompañábame el amo de la casa, hombre de unos cuarenta años, grueso, limpio, hermoso, cuanto puede serlo un Israelita, y de modales sumamente corteses.

—¡Entre usted, señor, y verá espantos!...—me ha-

bía dicho, al verme pasar por delante de su casa.

Y, una vez en presencia de su familia, que se encontraba reunida en aquella sala baja, doblando ropas y metiéndolas en unos grandes baúles descerrajados, añadió políticamente:

—Aquí tiene usted á mis padres, á los padres de mi mujer, á mi esposa, á mis diez hijos, á mis dos yernos y á mis tres nietos.

—¡Bien venido, señor, bien venido!—exclamó toda aquella tribu con plañidero acento, fingiendo varias especies de sonrisas y mirando fijamente al dueño de la casa, como preguntándole qué clase de visita era yo; si tenían algo que temer por sus personas, ó si, en fuerza de lo anormal de las circunstancias, iba á costarles mi presencia algún dispendio, aunque no fuese más que *una onza*,—palabra con que designan ellos cierta moneda de cobre más pequeña que un ochavo.

Los ojos del interrogado (que se llamaba nada menos que *Moisés*) debieron de tranquilizarles completamente...—¡Tal vez aquel hombre deseaba tener algún *alojado* para que su vivienda fuera respetada por el resto de los invasores!

Ello es que toda la familia volvió á decirme con mayor efusión:

—¡Bien venido! ¡Viva la Reina de España!

Yo les supliqué que no se movieran; pretexté hallarme muy cansado, y me senté en una silla que tenía por adorno una lámina del *Quijote* pintada en el respaldo.

La *mujer del Moisés* empezó entonces á hacerme prolijas descripciones del saqueo de la noche pasada, y yo, fingiendo que la oía y que la creía, me entregué á mis propios estudios.

La Señora de *Moisés* frisaría en los treinta y ocho años: habría sido bella; pero hallábase ya marchita al modo de las flores que crecen en parajes húmedos. Sus ojos mustios y carnes deslavazadas revelaban una existencia pasada á la sombra, en aquel patio, mojado

continuamente. Como todas las Hebreas casadas, llevaba sobre el pelo una especie de peluca de seda negra, que caía en pabellón muy alisado por los dos lados de su cara. Larga toca celeste rodeaba su cabeza, luego su cuello, y, por último, su cintura. Vestía una saya morada muy angosta y un corpiño encarnado que dejaba descubrir sus brazos, sus hombros y casi todo su ajado seno. Estaba descalza de pie y pierna, como sus cuatro hijas, y como las citadas, hallábase sentada sobre una alfombra que habría sido de gran precio cuando nueva.

Los hombres vestían pantalones, ó, por mejor decir, calzoncillos blancos. Tampoco llevaban medias; pero siquiera ellos calzaban babuchas rojas ó amarillas. Dos túnicas cubrían su cuerpo: la de debajo blanca, muy bordada y cerrada por el pecho, y la de encima de merino castaño, azul ó pajizo, abierta por delante y recamada de labores de seda negra, como los dormanes andaluces. Estas dos túnicas les llegarían poco más abajo de la rodilla, y las llevaban ceñidas á la cintura con fajas de vivos colores. Los ancianos (los padres de los amos de la casa) se diferenciaban de los demás en que usaban medias de hilo blanco, zapatos de cordobán negro y una tercera túnica suelta, con grandes mangas perdidas y más larga que las de los otros. Los niños vestían exactamente lo mismo que sus padres...

Pero hablemos ya de las hijas de *Moisés*.

Como he dicho, eran cuatro.—La mayor tenía veinte años, y la menor once.—Las dos de en medio eran casadas, y, por tanto, ocultaban cuidadosamente sus cabellos bajo una peluca de seda como la de su madre.

La mayor de las casadas dormía á un pequeñuelo, hijo suyo, cantándole con voz dulcísima no sé qué estribillo monótono que se parecía á nuestra *caña*.—Era alta, fuerte y bella como una Judith. Vestía saya y chal de paño negro con bordados de seda azul, y cubría su cabeza con toca de la misma tela, por el

estilo de las que usaban nuestras damas del siglo XV. —Sus facciones eran más perfectas que lindas, más esculturales que seductoras.

La otra casada, pequeña y gruesa, no llamaba la atención sino por sus grandes y expresivos ojos, negros y lucientes como el azabache, y que contrastaban con el quebrado y plácido color de sus mejillas; ojos, en fin, voluptuosísimos, llenos de recuerdos y de promesas de placer.

La mayor era la más fea; pero, en cambio, tenía unos hombros, unos brazos, unas caderas y unas piernas de tan clásicos y opulentos contornos, que los Griegos la hubieran tomado para modelo de Juno.

En cuanto á la menor, eclipsaba completamente á sus hermanas.—Ya había dejado de ser niña, aunque, según he dicho, sólo tenía once años. Los delgados miembros, harto á la vista, empezaban á redondearse. Su virgíneo seno brotaba ya al impulso de la pubertad, y una melancólica dulzura mitigaba la viva luz de sus ojos.—Llamábase *Lía*.

Hallábase de rodillas, trasteando en el fondo de un cofre muy grande y antiguo, claveteado con innumerables tachuelas de metal.—Vestía solamente una angostísima *chilaba* de color de rosa, sumamente limpia. Conocíase que la usaba hacía tiempo, pues se le había quedado muy corta, y el pobre jubón había tenido que estallar por todas las costuras, cediendo al impulso de las gracias primaverales de la joven, que ya se mostraban por todos lados.

Doblada como un junco sobre aquel baúl monumental, presentaba Lía una silueta tan pura y tan casta, en su misma desnudez, que halagaba más al alma que á los sentidos. Su negra cabellera, larga y abundante, partida en dos trenzas, caía sobre sus hombros y descansaba en el suelo cada vez que introducía los brazos en el cofre. Sus pies, desnudos y blanquísimos, que, como los de las náyades, siempre habían estado metidos en el agua, remataban graciosamente aquel gracioso dibujo. Su cintura, en fin, que

se hubiera podido abarcar con las manos, se cimbraba á cada movimiento, haciendo más correctas y artísticas las ondulaciones de su talle.

Y no era aún nada de esto lo que yo admiraba más en Lía.—Admiraba, sí, extáticamente el noble perfil de su peregrino rostro; el exquisito pliegue de su boca, que parecía un clavel entreabierto; sus negros y adormecidos ojos, en que la pasión y la inocencia unían sus diversos encantos; su limpia y noble frente; sus cejas, suavemente dibujadas; su largo cuello, adelantado sobre los hombros con cierta osadía; su redonda cabeza, que parecía abrumada por pensamientos graves, impropios de semejante edad; su menuda oreja, semejante á una hoja de rosa medio plegada; su aguda barba, que prolongaba el óvalo del semblante, como vemos en las *Vírgenes* de Rafael; su blancura mate, en fin, esclarecida ó sombreada por indefinibles tintas (según que transparentaba el rubor de la sangre ó el azul de las venas), con la diafanidad propia de un cutis que nunca doró el sol ni orearon los vientos del campo...

Tal era Lía.—Si me he complacido demasiado en su descripción, tened en cuenta mi empecatada edad y que llevaba ya mucho tiempo de no ver más que feroces guerreros, cadáveres y heridos, enfermos y moribundos.—¡Mi alma estaba, pues, sedienta de emociones dulces y suaves, y nada más suave ni dulce que Lía, en quien se juntan todos los encantos de la debilidad, pues que á un propio tiempo tiene mucho de mujer, de niña, de pájaro y de flor!

. . . . . .

Abandonemos, sin embargo, la casa de *Moisés*, y vengamos á la mía, ó sea á la de *Abraham*, donde atropelladamente escribo estas últimas líneas, pues estoy rendido de tanto como he trabajado hoy.

Abraham es antiguo amigo de aquel *Santiago* á quien conocimos en *Río Martín*, el cual (dicho sea de paso) encuéntrase ya en posesión de los bienes que dejó en *Tetuán* y sus cercanías, menos de su casa,

por haberla saqueado é incendiado... no se sabe si los Judíos ó las kabilas.—Ahora bien: Santiago ha conseguido mi admisión en casa de Abraham como *alojado*, ó más bien como *huésped*, en tanto que aquél habilita una fonda que va á abrir en el antiguo *Zoco*, llamado ya hoy *Plaza de España*.

Y aquí debo decir que el CUARTO CUERPO de Ejército ha quedado guarneciendo á *Tetuán* á las órdenes del General Ríos; que el General en Jefe ha preferido la vida de la tienda y establecido el Cuartel General en una huerta situada entre esta ciudad y los Campamentos tomados á los Moros el día 4, y que allí ha levantado también sus tiendas el TERCER CUERPO con Ros de Olano, en tanto que Prim y el SEGUNDO CUERPO han ido á situarse al otro lado de *Tetuán*, sobre el camino de *Tánger*.

Yo he optado por quedarme dentro de estos muros, arrostrando las epidemias que se anuncian, con tal de dedicarme más asiduamente á mis estudios y observaciones.—He hecho, no obstante, plantar también mi tienda en el Cuartel General, á fin de tener allí una especie de casa de campo y pasar entre mis camaradas todo el tiempo que me dejen libre los trabajos literarios.

Conque digamos cuatro palabras acerca de mi alojamiento, antes de entregar al sueño lo que resta del día de hoy.

Abraham vive solo con su mujer; mujer por cierto de edad respetable...—Su casa es una de las mejores de la *Judería*, y está adornada medio á la oriental, medio á inglesa.—En cuanto á mi cama, necesito entrar en pormenores, pues verdaderamente merece particular atención...

Constitúyela un altísimo tablado de nogal, empotrado en recia pared, bajo elegante arco de herradura... Todo esto forma una especie de alcoba en el fondo de la sala principal. Amplias y largas cortinas ocultan á la vez el lecho y la alcoba. Gruesas alfombras dobladas sirven de colchón (por cierto muy

blando), mientras que una soberbia y extensísima colcha blanca de rico estambre suple á un mismo tiempo por las dos sábanas. Otras cuantas alfombras, dobladas ó extendidas, hacen, en fin, las veces de almohadas y de abrigo.—¡Tan peregrino lecho podría contener holgadamente... seis personas; pero lo ocuparé yo solo, ó por mejor decir, lo ocupo ya!

En él acabo mis larguísimos apuntes de hoy, después de las doce de la noche; á la luz de una vela morisca; bajo precioso artesonado; viendo el estrellado cielo y la blanca luna por un lindo ajimez abierto cerca del techo; oyendo el murmullo de dos fuentes que fluyen en el patio; aspirando penetrantes esencias (entre las que á veces creo percibir el aroma de la rosa); satisfecho y triste como nunca: satisfecho, porque veo cumplidas mis más doradas ilusiones; porque recuerdo á Diego Marsilla, á Don Quijote de la Mancha, á los Príncipes de las *Mil y una noches*, y á cuantos caballeros han dormido en palacios encantados; triste..., quizás por lo mismo que estoy satisfecho; ó acaso más bien porque, en este continente extraño, en esta ciudad mora, en esta casa judía, echo de menos mi dulce sociedad cristiana, las amantes sombras que vagaron por el edén de mi adolescencia y todas aquellas constelaciones que veía brillar en el cielo de la vida, ó sea en el techo de mi alcoba, cuando el sueño misericordioso bajaba á besar mis párpados entornados.

¡Estoy tan solo!...—¡Ah! no... Las piadosas manos de mi madre y otras manos queridas colgaron de mi cuello hace tres meses dos santas medallas con la imagen de la Madre de los afligidos...—¡He aquí tan sagradas prendas!—Y he aquí también que, por la primera vez, después de muchos años... (reparen en esta confesión los jóvenes que hayan renegado de toda fe, embriagados por la soberbia de imaginarios dolores); por la primera vez, digo, después de muchos años de jactanciosa *emancipación* y sacrílega *libertad*, siento reanimarse en mi alma inefables afectos, volver á mi

memoria santas oraciones y despertarse en mi corazón plácidas esperanzas... (1).

¡Dios sea bendito en el momento en que acerco á mis labios la celestial imagen de María, y bendita sea la madre que me llevó en sus entrañas y me enseñó á pronunciar el dulce nombre de la Reina de los Angeles!

¿Significará todo esto que la Guerra me ha hecho neocatólico?

¡Nada me importa lo que digan de mí, con tal que se crea en la sinceridad de estas emociones!

VI.

En que se ve por el revés la presente historia.—Planes de los Moros; sus ejércitos; sus proclamas y pregones; sus pérdidas.—Nuestros prisioneros.—Situación de Tetuán durante las últimas acciones.—Muley-el-Abbas.—Muley-Ahmed.—Las kabilas.—Con lo demás que verá el curioso lector.

Tetuán 7 de febrero.

Una de las infinitas razones que tenía yo para desear comunicarme con Moros y Judíos, era la viva curiosidad que me excitaba á romper el encanto y descifrar el misterio que han rodeado al Ejército enemigo durante toda la Campaña.

El número de sus legiones y de sus pérdidas; la procedencia de las hordas que hemos batido; el nombres de sus Generales y Jefes; lo que decían la víspera y al día siguiente de cada Acción; la idea que tenían

(1) Este párrafo y el siguiente están *copiados al pie de la letra* de la primera edición del DIARIO DE UN TESTIGO, publicada en 1860...—No sé, pues, en qué se habrán fundado algunos críticos para atribuir á recientes *mudanzas* y flamantes *conversiones* la religiosidad de que más tarde he dado iguales muestras en mis novelas *El Escándalo* y *El Niño de la Bola*.—¡Así se escribe la Historia, ó, por mejor decir, así se ejerce la crítica!—(Nota del Autor para la SEGUNDA EDICIÓN.)

de nosotros; la explicación de sus maniobras; lo que hacían de sus heridos; el juicio que formaban los habitantes de Tetuán acerca del curso de la Guerra: todo esto y otras muchas cosas, que sólo hemos sabido por cálculos ó conjeturas, por adivinación ó por el relato de falaces prisioneros, eran datos muy preciosos para la inteligencia de la presente historia, sin los cuales carecería de realidad y verosimilitud.

¡Pues todo esto lo he averiguado hoy!

Para ello he sometido á *Abraham* (mi huésped ó patrón) á un prolijo interrogatorio, y escrito al paso todas sus respuestas. Después he salido á la calle y trabado conversación con cuantos Moros y Judíos he visto, llegando á convencerme de que el primero no me había engañado en cosa alguna.

Mi diálogo con Abraham acerca de la Guerra principió del siguiente modo:

—¡Pues, señor, me has dado un gran almuerzo! (exclamé, saboreando un rico chocolate, como no lo había tomado hace mucho tiempo.) En verdad te digo, mi querido Abraham, que no esperaba encontrar tan bien provista tu despensa...

—¡Gracias á Dios, los Moros han respetado mi casa! —respondió el viejo Judío, paladeando una taza de café.

—Eso habrá consistido en que tú serías amigo de algún Moro...

—¡Amigo!... ¡No, señor! ¡Yo los detesto á todos!... —Pero, en fin, me han tratado regular... por recomendación de unos comerciantes ingleses.—¡De quien yo soy muy amigo es de usted, que tan cariñosamente se ha portado con el pobre *Santiago!*...

—Pues si eres mi amigo, hazme un favor que no te costará nada. Cuéntame todo lo que sepas de la Guerra que acaba de pasar, empezando por referirme todas las habladurías de los Moros...

—«La verdad, señor, es que esos perros no se han mordido la lengua para hablar mal de España. Odiá-

banla más que á ninguna otra nación, y despreciábanla al mismo tiempo, creyéndola incapaz de hacerles la guerra.

»A Francia la respetaban por resultas de la toma de Mogador y del bombardeo de Tánger en 1844, así como por las noticias que tenían de su creciente dominación en Argelia. Además, nadie había olvidado la gran derrota sufrida en Isly por *Sidi-Mahommed* (primogénito del Emperador difunto, y Emperador actual), y el recuerdo de aquel pavoroso día les hacía acatar y reverenciar el nombre francés de la manera que esta gente reverencia y acata todo lo que es fuerte y afortunado.

»Con Inglaterra sucedía otra cosa muy diferente. También la aborrecían, como á todo el mundo; pero creían necesitarla y poder contar con su ayuda para el día que se viesen metidos en guerra con cualquiera otra nación.—¡Y, ciertamente, Inglaterra se cuidaba tanto de los asuntos marroquíes como de los suyos propios! Daba instrucciones á los artilleros musulmanes; proporcionaba cañones á las principales plazas del Imperio; surtía de pólvora lo mismo á las kabilas que á las tropas de rey; defendía en los consejos de Europa la integridad del territorio de Marruecos, y, en cambio de todo esto, no había exigido nunca á Abderramán un tributo, una reforma civil ó religiosa, ni un palmo de terreno; nada, en fin, que pudiera excitar su desconfianza.

»Pero hay más: si, por acaso, algún receloso Santón echábase á investigar la causa de que la egoísta Inglaterra fuese tan desinteresada y gratuitamente amiga de los Moros, no faltaba quien le saliera al encuentro con esta aduladora manifestación: «*Nuestro interés es uno mismo: Musulmanes é Ingleses, todos somos enemigos de María; todos aborrecemos la Misa; todos deseamos el exterminio del Papa*»; y, unido esto al espectáculo de fuerza que los Ingleses presentaban en Gibraltar, y al poder marítimo que desplegaban frecuentemente en la bahía de Tánger, hacía que los

Marroquíes más díscolos y fanáticos llamasen á la Gran Bretaña su aliada, su amiga y su protectora.—Gibraltar los consolaba de Ceuta.

»*¡Ceuta!*—Aquí tiene usted la explicación del odio preferente que profesaban á España.—¡España era la única nación cristiana que ocupaba el territorio marroquí! Ceuta, Melilla y los demás presidios españoles de esta costa quitaban el sueño á los Musulmanes hacía muchos años. Los *derviches*, para hacerse populares, empezaban siempre por profetizar que estaba cercano el día en que *ardería la misa* en todas las plazas españolas de Marruecos. Las gentes de armas no soñaban con mejor empresa que con reconquistar estas ciudades, y las kabilas fronterizas eran excitadas continuamente á hostilizar allí á los perros cristianos.

»¡Cómo se cumplía este encargo, usted lo sabe!—Así las hordas riffeñas como las tribus de Anghera y de Benzú, violaban todos los días la ley de los Tratados, insultaban la bandera española, disparaban sus espingardas y sus cañones contra los muros de vuestras plazas, y rara vez transcurría un año sin que alguna cabeza de soldado español fuese llevada como el más estimable presente á las gradas del trono de Abderramán.—Vosotros reclamabais; éste se excusaba; los Moros fronterizos hacían falsas promesas; repetíase la agresión por orden del mismo Sultán; volvíais á quejaros diplomáticamente; *Alcaides* y Generales reíanse de vuestras quejas; fingían castigar á los agresores, bien que dándoles premios secretamente..., y vosotros no os atrevíais nunca á tomaros la justicia por vuestra mano, á salir de Ceuta ó de Melilla y escarmentar á vuestros desleales vecinos, á hacer, finalmente, lo que hubieran hecho en vuestro caso Francia ó Inglaterra, ó vuestros ilustres progenitores, los castellanos de otros tiempos.

—«*¡No salen porque no pueden!* (decían los Moros). *Los Españoles son cobardes como gallinas. Sus centinelas se esconden cuando nos acercamos á las*

murallas, y huyen despavoridos cuando les hacemos fuego. Los Españoles tienen guerra en su casa sobre si ha de mandarlos una mujer ó un hombre; carecen de barcos y de caballería, y son muy pocos, muy débiles y muy pequeños, mientras que los Moros somos muchos, muy fuertes y muy grandes... La hora se aproxima en que los echemos de nuestra tierra para siempre. Después nos meteremos en naves inglesas, é iremos á desembarcar en el Reino de Granada, que ha sido nuestro, y conquistaremos otra vez la Alhambra, y tomaremos á Córdoba, Sevilla y Toledo, donde duermen nuestros padres, y acabaremos con Isabel II y con los Españoles, como acabamos en otro tiempo con D. Sebastián y con los Portugueses.»

—¡Magnífico programa! (exclamé yo con tanta risa, como vergüenza me hubieran causado aquellas mismas palabras hace tres meses).—¡Vive Dios que estos bárbaros tenían sobrada razón para juzgarnos de tal manera!—¡Pero no dirán ahora otro tanto!

—¡Ah! Ya lo creo...—replicó Abraham con su delicada sonrisa.

—Continúa.—Veamos cómo se recibió en Tetuán la primera noticia de que los Españoles *queríamos* guerra.

—Me acuerdo como de lo que hice ayer... Fué de la manera siguiente:

«Hará cosa de seis meses, un día de muchísimo calor, presentáronse en Tetuán como unos veinte Moros, pertenecientes á la grande y belicosa kabila de Anghera, y participaron al Gobernador *Ben-el-Hach* (Alcaide á la sazón de esta plaza) que *se preparase*, pues iba á haber guerra con los Españoles.

»—¿Quién os ha dicho eso?—les preguntó *Ben-el-Hach*, lleno á la vez de susto y alegría.

»—Nosotros, *que la hemos buscado*, derribando la piedra divisoria del Otero y pisoteando las armas españolas—respondieron los montaraces.

»—¡Eso es demasiado, y el Sultán os cortará la cabeza!—dijo un tal *Fragí*, Administrador de la

Aduana de Río Martín, á quien le iba muy bien con este destino.

»—¡Hemos cumplido con nuestro deber! (replica- [illegible] El Cristiano se ha empeñado [illegible] á [illegible], o no otra á nuestros [illegible] amigos, á los que les [illegible] más decidiesen que nuestra razón, hasta que, cansados ya de esperarlos y de que no acudan á nuestro desafío, hemos echado á rodar aquella piedra aborrecida, colocada en mal hora sobre el Otero por la debilidad de nuestros padres, y que es un monumento de ignominia para las tribus de Anghera y un desacato á las sagradas leyes de Mahoma.

»—Tenéis razón...—exclamaron el Gobernador y otros cuantos Moros que asistían á esta conferencia.

»—¡No tenéis razón, y el Sultán os degollará cuando lo sepa!—replicó el susodicho *Fragi.*

»—¡Pues hará mal! (respondieron los de Anghera). ¡Si el Sultán nos mata, esos soldados menos tendrá para la inevitable lucha!—Ceuta arde en este momento en furor y en indignación... Por Gibraltar sabemos que la noticia de nuestro insulto ha conmovido á toda España y que los Cristianos piden á voces la guerra contra el Moro... Además, nuestros amigos de Sierra-Bullones están decididos á morir antes que ceder en la demanda; y si el Emperador no quiere guerrear por la razón y la justicia, nosotros guerrearemos por cuenta propia y tomaremos á Ceuta, y quemaremos la Misa el día de la Pascua de los Cristianos.

»Así diciendo, saludaron al Gobernador los veinte fronterizos, y esparciéronse por la ciudad, que ya había comprendido algo de lo que sucedía, y empezaba á agitarse sordamente...—Fueron, pues, de casa en casa, arengaron á los tímidos, comprometieron á los prudentes, arrebataron en pos suyo á los audaces, atrajeron fácilmente á los *Santones* y *Derviches*, di-

rigiéronse á las mezquitas, hablaron largamente sobre el particular, leyeron con tremebundo acento todos los versos del Corán que hablan de la bienaventuranza de los que mueren en guerra con infieles, y sobre todo con Cristianos; y cuando, ya anochecido, abandonaron á Tetuán, la fiebre patriótica y el fanatismo religioso enloquecían á tres cuartas partes de sus moradores...—Ni los Angherinos se contentaron con esto, sino que se desparramaron por esas montañas y llegaron hasta el Riff, comprometiendo en su empresa á todas las kabilas que encontraron y haciéndoles jurar «que, si el Emperador no hacía la guerra, la harían ellas *contra los Cristianos y contra el Emperador*».

»Después de estos sucesos transcurrieron algunas semanas, durante las cuales no se supo en Tetuán nada de fijo.—Por una parte oíamos hablar de que el Sultán daba satisfacciones, y por otra veíamos hacer grandes armamentos. La gente del *Gobierno* (1) hablaba mucho de paz; pero las kabilas seguían creyendo en la guerra, y los *Santos* y *Santones* la daban como cosa segura.

»En esto se recibió la noticia de la muerte del Emperador Abderramán y de la subida al trono de su hijo primogénito, *Sidi-Mahommed el de la mala estrella*.—¡Nadie dudó ya entonces de que la guerra se llevaría á cabo! ¡*Sidi-Mahommed* era el más tremendo enemigo que tenían los Cristianos en el Imperio! Cuando perdió la batalla de Isly, su padre le prohibió montar á caballo larguísimo tiempo, penitencia que soportó sin murmurar el Príncipe vencido, bien que jurando por su parte no cortarse la barba ni el cabello hasta que recobrase su crédito de General ganando una gran batalla á los Cristianos.

»Yo lo vi casualmente el año pasado en un viaje que hice á Mequínez.—La barba, negra como las alas de un cuervo, le llegaba ya á la cintura, y la cabe-

(1) Textual.

llera, crespa y erizada como la melena de un león, le caía sobre la espalda en broncos rizos. Su padre lo trataba todavía con desdén, y él hablaba á todas horas de *tomar á Ceuta*, y de lavar con sangre española la mancha que los Franceses echaron sobre su honor quince años antes.—Calcule usted, pues, si nos quedarían esperanzas de paz después que supimos que aquel Príncipe había sido proclamado Emperador de Marruecos.

»Por otra parte, aunque Sidi-Mahommed no hubiese deseado la guerra (como la deseaba, dijera lo que quisiese su ministro *Sidi-Mahommed-el-Jetib*, residente en Tánger), habríase visto precisado á hacerla ó á abandonar el trono; pues un tío suyo, un tal *Solimán*, que se cree con derechos al Imperio, empezaba á crearse partidarios entre las gentes más belicosas, diciéndoles que su sobrino era un cobarde; que le hicieran á él Emperador, y principiaría su reinado declarando la guerrra á los Españoles.

»En tal estado, vino á Tetuán un propio con una orden destituyendo á *Fragí*, el Administrador de la Aduana de Río Martín, quien, como le he dicho á usted, hablaba en contra de la guerra.—Este hecho no dejó ya lugar á duda. Todo el mundo empezó á comprar armas; éstas subieron á un precio fabuloso; los jóvenes se ejercitaban mañana y tarde en el manejo de la gumía y en tirar al blanco con las espingardas; las mujeres cosían y bordaban bolsas para la pólvora; hacíanse provisiones en grande escala; celebrábanse juntas en casa del Gobernador; iban y venían correos de aquí á Sierra-Bullones; exhortaban los Santones á los *creyentes* siempre que se reunían en las mezquitas; construíanse Baterías de tierra y ramaje en la playa del Río Martín, y guarnecíanse de cañones por Ingleses disfrazados de Moros...

»Sin embargo, había órdenes terminantes del Emperador de no disparar ni un solo tiro ni intentar cosa alguna contra los Cristianos hasta que él avisara oficialmente.—Pero, al fin, un domingo, á mediados

de octubre, y como á cosa de las tres de la tarde, salió un Moro de casa del Gobernador, acompañado de algunas tropas de rey, y dió un pregón en medio de la plaza, diciendo, de orden del Sultán, que *había guerra con el Cristiano;* que todo el mundo se pusiese sobre las armas; que el que no tuviese espingarda la adquiriese inmediatamente, y que á los pobres se la daría el *Gobierno.*

»Imposible me fuera describirle á usted el entusiasmo con que se recibió esta noticia.—Aquella tarde hubo salvas, carreras de caballos y grandes fiestas en las mezquitas; ayunóse al día siguiente; los Santones declararon que la guerra era *santa;* y ya, en adelante, todas las mañanas, á eso de las doce, se daba un largo pregón en medio del *Zoco*, contando al pueblo los preparativos que se hacían; las órdenes y consejos del Sultán; la manera como se debía pelear con los Cristianos; lo que se sabía de España; el punto donde se reunía vuestro Ejército, y los lugares en que se creía que ibais á desembarcar...

»Estas últimas noticias eran siempre contrarias á las del día anterior...—Tan pronto se hablaba de que íbais á empezar por atacar á Tánger, como que os dirigíais contra Tetuán. ¡Unas veces se os esperaba por Ceuta; otras por la bahía de Jeremías, y hasta se dijo que pensabais desembarcar en Mogador, para encaminaros desde allí á Mequínez en busca del Tesoro!

»Todas estas cosas las oían los Musulmanes con grandes risotadas. Lisonjeábanse desde luego con la esperanza de exterminaros en el primer choque; ridiculizaban vuestro modo de pelear: decían que, al veros tan pocos, habíais pedido auxilio á los Franceses, quienes os lo habían negado; que los Italianos os proporcionarían embarcaciones, y los Ingleses os prestarían galleta y latas de carne; pero que unos y otros dejarían de socorreros cuando ya estuvieseis en Africa, á fin de que os murieseis aquí de hambre...—En fin, señor, estaban tan orgullosos y soberbios estos bárbaros, que á mí se me quemaba la sangre de oirlos...»

—Muchas gracias.—Prosigue.

—«Por entonces mandaba todas las tropas (lo mismo las de Anghera que las de aquí y las que acudían de muchos puntos del Imperio) el Gobernador de Tetuán, quien envió á Sierra-Bullones, para que se pusiese á la cabeza de las kabilas, á un *kadeb* ó Comandante, llamado *El-Crasi*, en sustitución del que las había capitaneado los primeros días, que era un tal *Ben-Yagiad*, Moro de rey, criado del Cónsul de Inglaterra, sir Drumen Hayde, de quien usted tendrá noticias...

»En esto principió la guerra.—Los Judíos estábamos muy vigilados, pues se desconfiaba de nosotros, creyéndosenos afectos á España. Así es que hasta se nos prohibió salir de Tetuán y de nuestro barrio; pero desde aquí sabíamos sobre poco más ó menos todo lo que pasaba...»

—¿Llegaban aquí los heridos de las primeras Acciones?—interrumpí yo sobre este punto.

—No, señor. Como casi todos eran de aquel país, los curaban en Anghera y en otros aduares de Sierra-Bullones. Pero de aquí los enviaban municiones y víveres...

—¿Qué clase de víveres?

—Pan, manteca, pasas, higos, galleta, dátiles y naranjas.

—¿Y cómo les llevaban todo eso?

—En camellos y mulas del país. Después trajo consigo Muley-el-Abbas mil quinientas caballerías para transportar heridos... Pero este Príncipe no había venido todavía...

—¿Y qué decían los Moros acerca de los primeros encuentros?

—Que siempre ganaban; que no sabíais tirar; que no apuntabais, y que os habíais tenido que encerrar en Ceuta.

—¿Cuántos Moros nos combatirían por entonces?

—Unos quince mil..., todos voluntarios y de kabilas, mandados ya por el Bajá de Tánger.—Porque

las primeras *tropas de rey* las trajo el *Santo de Guazán*...

—Hazme el favor de decirme qué clase de *santo* era ese.

—El *Santo de Guazán* era (y digo *era*, porque lo matasteis detrás del Serrallo) un hermosísimo moro de Rabat, que no habría cumplido todavía los treinta años, y un prodigio de valor y ciencia. Llamábase *Hach-el-Arbi*, y su categoría venía á ser la de Patriarca de todo el Imperio. Vestía con mucho lujo, y mandaba mil quinientos caballos de lo mejor del Ejército imperial. Entró en *Tetuán* al mediodía y permaneció en él unas dos horas, que empleó en visitar las mezquitas y conferenciar con el Gobernador.—Al tiempo de irse, dijo á los moros: «*Hoy es viernes... —¡Acordaos!... ¡ Cuando llegue otro viernes habrá ardido la misa en Ceuta, ó yo habré dejado de existir!*»

—¡Buen profeta era ese *santo!*

—¡Ya ve usted si lo era! ¡Al viernes siguiente lo enterraron en esta ciudad!—Marchóse por la Puerta del Cementerio, y era tanta la gente que acudía á verlo y á besarle las rodillas y hasta el caballo, que no lo dejaban caminar. Entonces fué cuando dijo que, á ruegos suyos, Alá había enviado el Cólera, no sin revelarle también el propio Dios que una tercera parte del Ejército Cristiano moriría de la peste, otra tercera en el mar, y la restante por fuego de las armas.

—¡Demonio! ¿Hacia cuando pasó por Tetuán ese hombre?

—Le diré á usted. La primera Acción á que asistió el *Santo de Guazán* (y en que quedó muerto con muchos de los jinetes que mandaba) fué una que hubo en el camino de Casa Blanca, un jueves por más señas..., mucho antes de la batalla de los Castillejos...—Y recuerdo que era jueves, porque cuando, al siguiente día, entró en *Tetuán* el cadáver del *Santo*, los Moros estaban celebrando su *Sábado*, que, como usted sabe, es en viernes...

—¡Un jueves!... (reflexioné yo). Esa debió de ser

la Acción del 15 de diciembre; la primera en que se encontró el TERCER CUERPO.—Y, en verdad, recuerdo haber oído que aquel combate fué también el primero en que se presentó Caballería marroquí...—Nuestras granadas derribaron á la tarde muchos jinetes, entre los cuales había algunos con banderas verdes y amarillas...

—¡Justo! Aquel día tuvieron tanta pérdida los Moros, que se vieron obligados á transportar á Tetuán doscientos heridos, además de los que se quedaron en Anghera y de los que murieron en la travesía por esos montes...

—Me has hablado de Muley-el-Abbas... (proseguí, después de un intervalo de silencio). ¿Podrás tú calcular hacia cuándo se puso al frente de sus tropas?

—Voy á echar la cuenta.—A los pocos días de morir el *Santo de Guazán*, supimos aquí que Muley-el-Abbas se encontraba en el *Fondak* con muchas fuerzas del *Magreu*, ó sea de *Magacenis*...

—¿Y qué es eso?

—Es lo que vosotros llamáis *Moros de Rey;* especie de Ejército vitalicio, mixto de Milicia Nacional y de Cuerpo de Policía, compuesto de unos 25.000 hombres, ordinariamente desparramados por todo el Imperio, en el cual éstos desempeñan muchos destinos y prestan grandes servicios administrativos y de todo género, teniendo como recompensa el usufructo de terrenos que les cede el Sultán por toda su vida. Los *Magacenis* ó *Moros de Rey* llevan espingarda, gumía y pistolas, y son casi todos de Infantería.

—Continúa.

—Muley-el-Abbas hizo alto con unos 12.000 hombres de esta gente en la encrucijada de los caminos de Tánger, Fez, Tetuán y Anghera, no atreviéndose á echar por ninguno de ellos hasta saber la dirección que tomaba el Ejército cristiano, á fin de salirle al encuentro inmediatamente. Así permaneció cerca de una semana. Por último, díjose de público que vuestro proyecto era venir sobre Tetuán, y que para ello

construíais un camino á todo lo largo de las playas del Tarajar y de los Castillejos...—¿Es así?

—Efectivamente.

—¡Pues entonces fué cuando pasó por Tetuán Muley-el-Abbas!

—¿No recuerdas el día?

—Usted lo adivinará.—¿Cuándo celebran su Pascua los Cristianos?

—El 25 de diciembre.

—¿Tuvisteis un gran combate al amanecer de ese día?

—Sí que lo tuvimos...

—¿Sería domingo?...

—Justamente.

—Pues entonces, Muley-el-Abbas estuvo en *Tetuán* el 22 de diciembre.—Verá usted cómo saco la cuenta. Al tiempo de despedirse el Príncipe del Gobernador, le dijo estas ó semejantes palabras: «*Llevo prisa: pasado mañana sábado celebran los Españoles la víspera de su Pascua, y velarán toda la noche, cantando y bebiendo, como tienen de costumbre; por lo cual he pensado sorprender su Campamento al amanecer del domingo, cuando estén más ebrios y fatigados, y no dejar un Cristiano con cabeza.*»

—Así lo hizo: sólo que no estábamos ebrios, y los degollados fueron los Moros.—Pero, en fin, prosigue. Háblame de Muley-el-Abbas. Nuestro Ejército lo estima mucho sin conocerle y sin darse cuenta del motivo... Quizás consiste en que sabemos que es de los Príncipes que se baten.—Cuéntame, con algunos pormenores, su entrada en *Tetuán*.

—«Fué muy sencilla. Cuando se supo que llegaba, estaba ya á las puertas de la ciudad. Las Autoridades y el pueblo salieron á recibirlo. La *Alcazaba* lo saludó con veintiún cañonazos como á Príncipe Imperial, y nosotros, los Judíos, fuimos encerrados en nuestro Barrio para que no le viésemos...

»Yo lo vi, sin embargo, desde una azotea que da á la plaza.—Delante de él entraron veinte músicos to-

cando tambores y trompetas.—(Estas trompetas son de cuerno, y no suenan tanto como las que traéis vosotros.)—Después venía el Príncipe, montado en un caballo alazán, ricamente enjaezado, y seguido de tres caballos de mano, que conducían del diestro tres esclavos negros.—Dos jóvenes jinetes cabalgaban cerca de él, cada uno á un lado, quitándole las moscas con pañuelos de seda, mientras que las gentes del pueblo (así los pequeños como los grandes) le besaban las rodillas con veneración y respeto.—Era la primera vez que el Emir entraba en *Tetuán*, y todo el mundo lo miraba con avidez; pues goza de mucho más partido que su hermano el Emperador por sus virtudes, su arrojo y su modestia.

»Muley-el-Abbas (ó más bien dicho, Muley-el-Abbés) tendrá treinta y cinco años; es alto, un poco grueso, sumamente elegante y de color pálido muy obscuro. A diferencia de su hermano *Sidi-Mahommed*, tiene la barba fina, corta y suave. Vestía un jaique verde muy rico, bonete colorado, turbante blanco y botas amarillas. No llevaba armas sobre su cuerpo.

»Acompañábanle, como escolta, hasta mil caballos, que llenaron toda la plaza, mientras que el resto del nuevo Ejército, consistente en diez mil infantes y otros mil caballos, pasó por fuera de la ciudad y estuvo acampado cerca de Cabo Negro las pocas horas que el Príncipe permaneció entre nosotros.

»Este conferenció largamente con el Gobernador; reconoció las Baterías del *Martín* y los fuertes de la ciudad; visitó las mezquitas una por una, orando devotamente en todas ellas, y se marchó al fin entre los aplausos y aclamaciones de los pacíficos habitantes de *Tetuán*.

»La primera noticia que después hubo de él la trajeron trescientos heridos que llegaron á las tres noches en medio de un espantoso temporal.—Por aquellos heridos se supo (aunque los vecinos de *Tetuán* trataron de ocultarlo) que al amanecer del día de la Pascua cristiana había intentado efectivamente Mu-

ley-el-Abbas sorprender el Campamento español; pero que vosotros estabais vigilantes y lo sorprendisteis á él, cortándole y matándole parte de sus fuerzas y rechazando las demás, después de hacer en ellas una espantosa carnicería con vuestros *cañones de trampa*...—Usted sabrá si hay algo de verdad en lo que digo; pero yo lo cuento como me lo contaron los Moros...»

—Abraham... ¡Estos ojos lo vieron! Fué una mañana horrible para los Mahometanos...—Continúa.

«—Pocos días después pasó por *Tetuán* un *Alcaide* muy poderoso, de tierra de Fez, llamado *Ben-Auda*, con otros mil quinientos hombres de infantería y de caballería.—Eran kabilas.

»Luego pasaron muchas gentes del Riff, tan corpulentas y feroces que daba miedo verlas.—Estas no se detuvieron en *Tetuán* sino para comer, y me contaron que habían degollado al Alcaide de *Gumara*, pueblo que distará de aquí unas cuatro leguas, por no haber querido, el pobre hombre, reforzarlos con su kabila, que, entre paréntesis, es la más pacífica y trabajadora de estas comarcas.

»Entonces emprendisteis vuestra marcha hacia *Tetuán;* y, al mismo tiempo que esta noticia, llegaron aquí otros setecientos heridos Moros...»

—¡Eso fué el día de Año Nuevo!...

—Sí, señor; el día de la batalla de los Castillejos.

—¡Cuéntame! ¡Cuéntame!

—*¿Veis cómo avanzan los Cristianos?* (preguntaban los Tetuaníes pacíficos á los de armas tomar). *¿Diréis todavía que vais ganando en la guerra? ¿Confesáis al cabo que no podéis con los Españoles?*

—¿Y qué contestaban á eso?

—Decían que os dejaban avanzar á fin de que, perdiendo vuestra comunicación con Ceuta, no pudieseis recibir socorro alguno sino por medio de los vapores.—«*Entonces* (añadían) *el Levante hará lo demás. Los barcos tendrán que irse, y esos perros perecerán de hambre.*»

—¡Cerca anduvimos de que nos sucediera así!...

—Ya nos lo dijeron.

—¿Qué decían?

—Que llevabais tres días de estar incomunicados por mar y tierra; que se os habían acabado los víveres, y que os manteníais con hierba ó con bichos de los que arrojaban las olas...

—¡Algo de verdad había en eso!—Dime... ¿Y prisioneros nuestros? ¿No venían á *Tetuán?*

—Vinieron después de la batalla de los Castillejos. Antes sólo habían llegado... sus cabezas...

—¿Muchas?

—Diez ó doce.

—Y ¿qué hacían con ellas?

—Las salaban y se las mandaban al Emperador... Sin embargo, los muchachos del pueblo se apoderaron de una, y la estuvieron arrastrando todo un día por esas calles...

—¡Monstruos!—exclamé furiosamente.

—También ellos han padecido mucho... (se apresuró á decir Abraham por consolarme). Sus heridos se morían casi todos, comidos de gangrena, por falta de cuidado. En Sierra-Bullones y en Río Azmir han pasado hambres espantosas, y hubo un día en que desertó una kabila entera, diciendo que no se podía con los Españoles; que sonaba la corneta y salían los hombres de la tierra como gusanos; que por aquí bayonetas, por allí tiros, por este lado piedras, en aquél cañones..., en todas partes encontraban la muerte; que era inútil huir, puesto que las balas de trampa llegaban á todas partes, y que últimamente habíais inventado unos rayos que culebreaban por el suelo, como las exhalaciones por la atmósfera...

—¡Ah! Sí: los cohetes á la *Congreve*...

—¡Eso sería!—Cuando estabais en las lagunas le matasteis el caballo á Muley el-Abbas, y éste se halló á punto de caer prisionero. En Cabo Negro le incendiasteis la tienda con una granada, en ocasión que él estaba dentro tomando café. Habéis matado una infi-

nidad de Jefes, Derviches, Alcaides y Santones... ¡En fin, señor, se han cobrado los Españoles con usura del daño que les hayan hecho los Marroquíes!

—Dime, ¿y por qué no tienen Artillería de Campaña los Moros?

—La tienen en Mequínez, compuesta de veinte piezas; pero no hay caminos para transportarla hasta aquí. Sólo dos cañoncillos de montaña pudieron traer al principio, con los cuales hicieron fuego en los Castillejos; pero se inutilizaron en seguida.—En lo que sí son ricos es en Artillería de posición. Todas sus plazas terrestres y marítimas están defendidas por enormes cañones muy antiguos, que manejan los *renegados*, procedentes de vuestra tierra. De unos dos mil hombres se compone este Cuerpo de Artillería, diseminado por todo el Imperio, y que forma parte del *Nizam*...

—¿Qué es el *Nizam?*

—El *Nizam* es una fuerza de Infantería á la europea, ó mejor dicho, á la turca, que hay en Fez, compuesta de unos dos mil hombres.

—Y ¿cómo no ha venido á esta guerra?

—Porque es lo más flojo del Ejército marroquí.—¡Los moros no han nacido para pelear ordenadamente y en formación como vosotros!—¿Qué otra cosa quiere usted saber?

—Háblame más de nuestros prisioneros.—¿Cuántos habréis visto en *Tetuán?*

—Unos diez y ocho ó veinte.—Los primeros traían chaquetas blancas...

—¡Ah!... Sí... ¡El día 1.º de enero!...—Esos eran húsares...

—Trajeron tres... ¡todos ellos heridos de gravedad!—A los pocos días murieron, y sus chaquetas se vendieron en la Judería.—Pero el que me hizo reir fué un soldado vuestro muy joven, á quien oí tomar declaración en la plaza la misma tarde que lo cogieron...

«—¿Cuántos sois?—le preguntó un Jefe de Caballería, grande amigo de Muley-el-Abbas.

»—Setenta mil (respondió muy formal el soldado), y otros setenta mil que van á llegar de un momento á otro.

»—¿Y tenéis muchos cañones?—replicó el Moro frunciendo el ceño.

»—¡Quinientos nada más! Pero se esperan *los principales*.

»—¿Cuánto alcanzarán los mejores?

»—Cuatro leguas.

»Los Moros se miraron llenos de asombro.

»—¿Y qué hacéis parados tanto tiempo en Río Martín, teniendo tan buenos cañones?—insistió el Jefe de Caballería, lleno de furia.

»—Estamos construyendo casas—contestó el soldado sin alterarse.

»—¡Todo eso es mentira! (exclamó un guerrero viejo). Pero sirves bien á tu Rey y eres un valiente. —No temas por tu vida... Yo cuidaré de ti.»

—¿Y vive ese soldado?—le pregunté á Abraham con verdadero interés.

—Sí, señor; se lo llevaron á Fez con los demás prisioneros, y sabemos que allí no han matado á ninguno.

—¿Cómo los trataban aquí?

—Mal..., sobre todo en comida.

—Y ellos..., ¿qué tal estaban de humor?

—Al principio muy apenados; pero después reían y bromeaban con los Moros.

—Según eso, ¿los dejaban andar por la ciudad?...

—Sólo por el *Zoco*, y eso con testigos de vista.— A la noche, los encerraban en los calabozos de la casa del Gobernador.

—Volvamos á la historia.—Ibamos por la Batalla de los Castillejos.—¿Qué supisteis después?

«—Ya no supimos nada, sino que avanzabais siempre. Los heridos no cabían en las casas, y la ciudad era un puro lamento. Pasaron dos ó tres días sin que se oyera hablar de vosotros ni del Ejército de Muley-el-Abbas. Al cabo de ellos vimos llegar una infinidad

de Moros por las alturas de Sierra-Bermeja, los cuales descendieron á la llanura de Guad-el-Jelú. Al principio creímos que eran nuevos refuerzos enviados del interior; pero pronto cundió la voz de que no eran sino las tropas de Muley-el-Abbas, rechazadas y vencidas en una infinidad de combates, que venían á tentar el último esfuerzo en *Cabo Negro*, por donde debíais asomar los Españoles de un momento á otro...

»Con efecto, al día siguiente empezamos á oir desde el amanecer un vivísimo fuego hacia aquel lado, y vimos el humo del combate sobre todas las cimas del promontorio.

«*¡Los Cristianos! ¡Los Cristianos!*»—gritaron las mujeres y los niños, escondiéndose en los últimos rincones de sus casas.

—«*¡Estamos perdidos!*»—exclamaron, por último, los Tetuaníes menos belicosos.

—«*¡Nos queda nuestra Caballería!*»—dijeron los más arrojados.

—«*Muley-Ahmed, el hermano mayor del Sultán, debe de llegar con refuerzos dentro de pocos días* (añadió, por último, el Gobernador). *Entonces vengaremos en una hora toda la sangre marroquí derramada por los Españoles en dos meses.—¡Ahora principia la verdadera guerra!...*»

»Sin embargo, aquella noche entraron en Tetuán otros ochocientos Moros heridos.—La población estaba consternada. Nosotros, los Hebreos, locos de alegría.

»Entretanto, Muley-el-Abbas escribía al Emperador diciéndole que ya ocupabais la Aduana del Río Martín, y que, si no le enviaba fuerzas, no respondía de Tetuán.

»Dentro de esta plaza cundía la misma desanimación.—Todas las obras construídas en la playa después que vuestros buques bombardearon el Fuerte Martín, habían sido completamente inútiles.—Un nuevo Ejército español acababa de desembarcar á la vista de los Moros, sin que éstos pudiesen impedirlo,

merced á vuestro feliz pensamiento de apoderaros antes de la llanura.—La numerosa Caballería que os atacó el día 16 fué rechazada, y vuestros cañonazos la obligaron á refugiarse bajo los muros de Tetuán ó en las montañas vecinas... ¡Proyectil hubo que llegó á las huertas, mientras que otros muchos causaron incendios y destrozos en las tiendas que circundaban la Torre de Jeleli!—¡Todo, todo era inútil contra vosotros!... La numerosa y flamante Caballería en que tanto confiaba Muley-el-Abbas, no se había atrevido á atacar vuestros Batallones.—¿A qué esperaban ya los pertinaces Musulmanes para declararse vencidos?

»¡Pues, sin embargo, seguían obstinados en su empeño; y, en tanto que llegaban los refuerzos que habían pedido, consagráronse en cuerpo y alma á construir los parapetos y trincheras que tomasteis en la última batalla!...—¡En cambio, los pacíficos vecinos de Tetuán miraban con terror y desesperación aquel sinnúmero de tiendas que establecisteis desde el mar hasta la Aduana!—¡Vistos desde aquí, vuestro Campamento y vuestros barcos semejaban una gran ciudad mucho más grande y poderosa que la que veníais á combatir!—Yo me pasaba los días en mi azotea con los ojos fijos en aquel maravilloso espectáculo, y desde allí he divisado, con auxilio de un buen anteojo, los tres últimos combates; vuestros reconocimientos; los cañonazos que os tiraban los Moros; vuestros ejercicios en los días de paz, y, en fin, todo lo que ha pasado desde el 14 de enero hasta el día de ayer.»

—¿Viste, pues, la Acción del 23 de enero?...

—«¡Completamente! Al amanecer empezasteis á disparar cañonazos. Los Moros no podían explicarse qué significaba aquello. Al fin, un prisionero que os habían cogido la tarde anterior en el río Jelú (donde estaba lavando), dijo que celebrabais los días del hijo de la Reina de España...»

—«¡Ayudémosles á celebrarlo!»—exclamaron los

Moros, y se lanzaron á la llanura de la manera que usted recordará.

»Yo, desde mi azotea, vi aquella reñida lucha... ¡El vivo fuego de los fusiles, las cargas de vuestros caballos, y, por último, el tremendo avance de la Artillería, todo lo divisé perfectamente!...

»Ya estabais al pie de los Campamentos moros... El cañón resonaba cada vez más cerca... Enormes masas de bayonetas relucientes ocupaban toda la llanura... Los mejores guerreros mahometanos corrían llenos de miedo por las cumbres de Sierra-Bermeja, y el viento nos traía el són de vuestras músicas unido al estruendo del combate y á los ardientes *vivas* á la Reina de España...

—«*¡Que entran! ¡Que entran! ¡Los Cristianos han vencido!*»—exclamaban los habitantes de esta plaza, disponiéndose también á la fuga.

»Yo mismo creí que os apoderabais aquella tarde de Tetuán...

»Luego fué alejándose poco á poco aquel estrépito... Ya sólo se oían los ecos de las músicas y el redoblar de los tambores...—El peligro había pasado por aquel día...

»A la noche entraron en Tetuán doscientos cincuenta heridos, los cuales olvidaban su propia desventura al considerar los muchos y bravos compañeros que habían sido enterrados en el mismo campo de batalla...

—«*¡Muley-Ahmed! ¡Muley-Ahmed!* (decían), *tú sólo puedes salvarnos. ¡Ven pronto, Muley-Ahmed, ó encontrarás á Tetuán en poder de los infieles!*»

»Pasaron algunos días de abatimiento y de tristeza... Pero el valor del Arabe se rehace con facilidad, y la llegada de cinco mil *Bojaris* procedentes de Mequínez, que entraron en Tetuán el día 26 por la mañana, bastó á reanimar el espíritu de las tropas de Muley-el-Abbas.

»Los *Bojaris* son lo que vosotros soléis llamar la *Guardia Negra*. En efecto, se compone en su mayor

parte de negros, y está encargada de la custodia de la *sagrada* persona del Emperador. Compónese de unos quince mil hombres, casi todos de Caballería; están dotados también con terrenos que disfrutan vitaliciamente, y usan espingarda con bayoneta, sable-gumía, puñal y pistolas.

»Por esta nueva gente (que venía llena de furor y de entusiasmo) se supo que el Príncipe Ahmed estaba de camino con otros seis mil *Bojaris* y que debía de llegar de un momento á otro... Festejaron, pues, los *Magacenis* y las kabilas con salvas y grandes voces á la primera División de *Guardia Negra*, y se dispusieron á recibir con mayores demostraciones de respeto y alegría al hermano de Muley-el-Abbas.

»El día 29 anuncióse al fin que Muley-Ahmed asomaba por Vad-Ras.—Todo el mundo subió á las azoteas, y muchos personajes de Tetuán salieron hasta el puente de Buceja á recibir al ansiado Príncipe.

»Este penetró en Tetuán como á las once de la mañana.—La Alcazaba y las puertas de la ciudad lo saludaron con cuarenta cañonazos. Las mezquitas, adornadas con arcos de verdura; la muchedumbre, corriendo por las calles, ansiosa de verlo y de besar sus rodillas; los espingardazos disparados al aire; los gritos; las músicas; todas las señales del más frenético entusiasmo, indicaron á Muley-Ahmed la oportunidad con que llegaba, haciéndole imaginarse que él estaba llamado á salvar la honra del Ejército y la integridad del territorio marroquí.

»Ufano, pues, y orgulloso (lo cual es propio de su carácter superficial y ligero) pasó por Tetuán sin detenerse un punto, y se dirigió al Campamento de su hermano Abbas seguido de sus peones y jinetes, que en verdad eran las mejores tropas del Imperio, las cuales no habían tomado aún parte en la guerra.

»Muley-Ahmed es mulato, y de los más obscuros. Tiene la misma edad que Muley-el-Abbas, pues creo que sólo se llevan días; pero no se le parece ni en el

carácter ni en el rostro. Pasa por hombre atolondrado y de mala vida, muy dado á las *zambras*, al lujo, á la *fantasía* y á la mujer ajena. Hace inoportunos alardes de valor, y habla y miente tanto, como sus hermanos son formales y taciturnos.

»El día que cruzó por aquí iba muy bien vestido, todo de blanco, montado en una hermosísima yegua, blanca también, y seguido de tres caballos de mano para cuando quisiese ó necesitase variar de cabalgadura.—Acompañábanle once *Alcaides* muy poderosos, la mayor parte de avanzada edad, hombres unos acreditados en el consejo, y avezados los otros á largas luchas con las feroces kabilas del lado allá del Atlas.—Entre ellos merecen ser nombrados Ben-Almda y Mahomed Ben-Alí, que tantas proezas han hecho en los dos últimos combates.

»A eso de las dos de la tarde llegó esta lucida comitiva al Campamento de Jelelí, donde la recibieron nuevas salvas y aclamaciones...»

—¡Las oímos desde Fuerte Martín!...—exclamé yo, que encontraba singular placer en mirar cómo tomaban cuerpo y realidad aquellas remotas apariencias que tanto me habían preocupado durante nuestra estancia en la llanura de Levante.

«—Los dos Muleyes (prosiguió Abraham) se abrazaron con efusión y cariño, y de la conferencia que tuvieron en seguida resultó que dos días después atacarían juntos vuestras posiciones, con el firme propósito (fueron sus palabras) «de morir todos en vuestras trincheras, ó arrojaros de cabeza al mar y abrasaros con vuestros mismos cañones».

—¡Ah! sí: ahora comprendo el terrible combate del día 31...

«—Figúrese usted que eran ya treinta y ocho mil hombres entre todos; que habían recibido gran cantidad de municiones y víveres, y que estaban desesperados por lo ocurrido hasta entonces, cuanto envalentonados por las jactanciosas arengas de Muley-Ahmed.—Nosotros mismos, los que más descon-

fiábamos de la causa de los Moros, empezamos á creer que conseguirían aquel día alguna ventaja... Tantos miles de caballos y peones eran capaces de cualquiera cosa, sobre todo cuando los mandaban sus Príncipes; cuando jugaban el todo por el todo; cuando su amor propio estaba excitado por la emulación que ya mediaba entre los dos hermanos del Sultán; cuando tenían á la espalda una ciudad que los observaba; cuando habia, en fin, más lejos un Pretendiente al Imperio, que se prevaldría de las derrotas de Sidi Mahommed, *el de la mala Estrella*, para allegar partidarios á su causa.—¡Por eso aquella lucha fué tremenda, formidable, encarnizada como pocas!

»Yo la vi también, aunque á gran distancia.—Mas ¿qué digo yo?... ¡Todo el vecindario de Tetuán, sabiendo lo que se jugaba en la contienda, hallábase asomado á las murallas, después de haber dispuesto sus familias y sus equipajes para una posible fuga...

»Al principio, cuando se vió que la Caballería árabe rebasaba vuestro Campamento por la izquierda y se adelantaba casi hasta el mar; cuando se divisaron aquellas blancas nubes de infantes y jinetes que os acosaban por todas partes; cuando se os miró atascados en los pantanos y lagunas, y vimos á vuestra Caballería correr valle abajo rechazada y casi dispersa, cundió por la ciudad la noticia de que estabais derrotados, de que la victoria era de los Príncipes, de que ya levantabais vuestro campo..., ¡y no sé cuántas falsedades más!—Pero ¡ah! de pronto pueblan el aire mil gritos de terror... Los cañonazos retumban como un continuado trueno... Esos *cohetes* que usted dice, cruzan como rayos de una parte á otra... Vuestras cornetas se oyen tan cerca que parece que están debajo de estas murallas... Los Moros huyen en todas direcciones... Los heridos que van entrando en la ciudad, dan la voz de *¡Sálvese el que pueda!*... Otros llegan después, diciendo que no hay cuidado, que no pensáis venir á la plaza todavía;

pero que Muley-Ahmed y Muley-el-Abbas han sido derrotados...—¡Quién añade que han muerto!—Las mujeres y los niños lloran y gimen, como yo no había visto nunca á la gente mora... Los vecinos de Tetuán se dirigen á orar á las mezquitas... Las mejores tropas del Imperio pasan á todo escape por los dos lados de Tetuán... Sus Jefes las persiguen, gritándoles: «*¡Cobardes, á la trinchera; que van á robarnos el Campamento!...*» Y esta voz detiene á algunos, que vuelven al campo de batalla, donde sucumben miserablemente, destrozados por vuestros huecos proyectiles...—¡La verdad es que todos creímos que aquel día os apoderabais cuando menos de las tiendas enemigas!...»

—No era tiempo.

—«Vuestras bayonetas se veían relucir en todas las alturas de Sierra-Bermeja. La Torre de Jelelí estaba materialmente cercada. Vuestras granadas llegaban á Tetuán..., tanto, que una de ellas mató á un Moro en el mismo cementerio...—¡Qué consternación! ¡Qué agonía dentro de la plaza! .. ¡Y qué secreto júbilo en nuestro cerrado Barrio!

»En fin...—¿Qué más quiere usted que le diga?—¡Trescientos muertos enterraron los Moros aquella tarde, y novecientos heridos entraron aquella noche en Tetuán!...»

—Pero ¿qué se ha hecho de tanto herido?—pregunté yo entonces al Hebreo.

—Los de esa Acción salieron para Tánger al día siguiente, pues aquí no había ya dónde tenerlos ni quién los asistiera. Los de la batalla última se los llevaron ayer los Moros al evacuar á Tetuán...

—Sí: eso lo vi yo mismo...

—Pues bien: los demás, ó se han muerto (que es lo que ha pasado á la mayoría), ó están dentro de la ciudad...

—¿Dónde?

—¡En las casas de los Moros! —Pues ¿qué? ¿Cree usted que no hay Moros en Tetuán?—¡Lo menos

hay ocho mil encerrados en sus casas..., y, uno sí y otro no, todos tendrán sus armas escondidas!

—¡Mal quieres á los Mahometanos!

—Medianamente.

—Pues hablemos de la Batalla del 4.

—¡Ah! ¡Esa!... ¿Quién la podrá contar?

—¿También la viste?

—También; y desde que noté que erais vosotros los que atacabais sin provocación alguna, comprendí que ya no había remedio para los Moros. ¡Por supuesto, que todo el mundo lo conoció aquí de la misma manera!...—La Acción del 31 había acabado con todas las ilusiones.

—¿Qué decía Muley-el-Abbas después de esa Acción?

—¿De cuál?

—De la del 31.

«—Ni él ni su hermano volvieron á poner los pies en Tetuán: les daba vergüenza; pero aquí supimos que Muley-Ahmed estaba desesperado, y que, entonces, era ya Muley-el-Abbas quien le infundía valor, diciéndole que no se había perdido todo; que sus trincheras artilladas y las posiciones de sus Campamentos se podían calificar de inconquistables, y que antes de apoderarse de ellas os estrellaríais al pie de sus cañones y de los tiradores emboscados que defenderían el camino de Tetuán...

»Y, á la verdad, las obras construídas en aquellos parajes... (usted las habrá visto) eran imponentes. Fosos, lagunas, cañaverales, parapetos, la Torre de Jelelí, el río Jelú, árboles, malezas, caseríos, todo contribuía á dificultaros el paso. Vuestra Artillería sería impotente una vez internados en tales laberintos... Había, en fin, muchos motivos, si no para confiar en que no penetraríais en la plaza, para suponer que el conseguirlo os costaría aún varios combates y muchos miles de hombres...

»¡Cuál sería, pues, el asombro de todo el mundo al ver entrar en Tetuán á los dos Príncipes á las cua-

tro y media de aquella tremenda tarde, pálidos como la muerte, á todo el escape de sus caballos, gritando con descompuestas voces:—«*¡Huid..., huid!...—¡El que nos ame, que nos siga¡... ¡Todo se ha perdido!... ¡Tetuán es de los Cristianos!*»

—¿Quién decía eso? ¿Muley-el-Abbas?

—No, señor. ¡Muley-Ahmed!—Muley-el-Abbas, reposado y triste, se lamentaba de la cobardía de sus tropas, que habían abandonado todas las posiciones no bien perdieron las primeras, y daba órdenes de coger y degollar á los Jefes de kabila que habían huído...

—¡Degollarlos!

—Así se hizo con algunos.—Entretanto, la Judería era asaltada por aquellas enfurecidas hordas...—Nosotros...

—Sé lo demás... (le dije al Hebreo interrumpiéndole). Hemos concluído por hoy, amigo Abraham.—Mañana podrás contarme las desventuras particulares de los Judíos.

Y me despedí de él políticamente.

VII.

Actitud del Pueblo vencido y del Ejército vencedor.
El Palacio de *Erzini*.—La *Mezquita Grande*.

El mismo día.

Estoy en el Palacio de *Erzini*; pero antes de deciros quién es *Erzini* y de describiros su Palacio, voy á apuntar algunas de las cosas que más han llamado hoy mi atención al venir desde la alborotada Judería á este sosegado barrio moro.

Primeramente, cerca de la casa de Abraham encontréme una multitud de soldados nuestros á la puerta de otra casa hebrea, donde sonaban descompasados gritos de hombres y mujeres.

—Chicos, ¿qué es eso?—pregunté á los solda-

dos, procurando hacerme lugar para ver lo que pa saba.

—¡Calle usted, hombre! (me respondió un granadero andaluz). ¡Si es la cosa más particular que ha visto uno!—¿Oye usted ese jaleo y esas voces? ¡Pues es un duelo, ó funeral, por un tal Saúl que anteayer mataron los Moros!

—¡Mucho lo sienten, según veo!...

—¡Ca! No, señor. ¡Todo eso es pura *ceremonia!* Figúrese usted que, ahora poco, han entrado ahí más de cuarenta Judíos, tan alegres y satisfechos como si tal cosa; se han sentado todos en el patio, y han empezado á gritar y á gemir de la manera que usted oye...—¡Mire usted!... ¡Mire usted cómo se arañan!

Hízome lado el granadero, y vi efectivamente á una porción de Hebreos de ambos sexos, con el rostro chorreando lágrimas y sangre, y sollozando en coro, sin darse apenas tiempo para respirar.

—Dice aquí un Judío (añadió el soldado), que el luto dura tanto como los arañazos que se hacen en la cara; á lo que digo yo que algunas de esas muchachas se habrán cortado las uñas antes de venir al duelo...

—«*¡Saúl ha muerto, señor! ¡El virtuoso Saúl, que nunca hizo daño á nadie!*»—Estas palabras, que oí ayer, acudieron entonces á mi memoria, y me marché pensando en la rara índole del sér humano, que se afecta á medida de sus propias invenciones, y llora ó se regocija según la moda de cada país.—Esto es obscuro, pero yo me entiendo.—¿No bailan las gitanas cuando se les muere un hijo de pocos años? ¿No mataban los hijos á sus padres (creo que en la antigua Lacedemonia) para librarlos de los achaques de la vejez?

Más adelante presencié escenas de otra naturaleza, que me distrajeron de tales reflexiones.

Por ejemplo: era graciosísimo oir á algunos soldados nuestros, plantados en medio de la calle, hablar con tal ó cual Judía, asomada á la azotea de su casa.

Las descendientes de Caifás estaban más honestas que ayer, ora por haber desechado el temor de que les robemos sus ropas y alhajas, ora en obediencia de órdenes terminantes de nuestro General en Jefe.

Por lo demás, en estas conversaciones amorosas al aire libre, oíanse á cada momento, como tema obligado, las palabras «*mi ley*» y «*tu ley*...»—¡Era la polémica religiosa de siempre entre la cautiva y el vencedor!

—«*Mi ley no me lo permite*...»

—«*Hazte cristiana*...»

—«*Reconoce á mi Dios*...»

—«*Mi Religión me manda aborrecerte*...»

Las mismas ó muy semejantes palabras había yo leído en el *Gonzalo de Córdoba* de Florián, en *Matilde ó las Cruzadas*, en Chateaubriand, en lord Byron, en Calderón, en Zorrilla...—¡Oh! ¡Cuántos dramas y novelas, cuántos poemas y romances he visto realizados, animados, vivos, desde que pisé esta tierra de Africa!...—Y ¡qué grupos, qué cuadros tan cómicos ofrece Tetuán en este momento!...

El trío de Moro, Español y Hebreo conversando en el hueco de una puerta;—los ajustes, ventas, compras y cambios;—la relación que hace cada cual de sus peculiares usos y costumbres;—el fiero Musulmán que pregunta mansamente *si se le permitirá usar armas;*—el otro que, con un *pase* escrito en castellano por algún sargento, anda buscando al General Ríos para que se lo firme, y que, cuando lo encuentra, le tira de la levita, y le dice tuteándole:— *Oye, General. Yo, Moro bueno, querer entrar y salir por puertas de ciudad*...; —el noble guerrero que vuelve á la plaza sin mirar á nadie, penetra en su casa, coge sus ahorros y nos indica que le dejemos salir, pues quiere marcharse *para no volver*...;—el Moro de paz que llega á pedir justicia, trayendo á un Judío cogido por el cuello;—el Judío que por la primera vez de su vida se atreve á insultar á un Moro, contando con el apoyo de nuestros soldados, que á veces se ponen de parte

del que les habla en español;—las explicaciones que se dan unos soldados á otros acerca de las peregrinas cosas que encuentran en la ciudad...;—todo esto, digo, constituye otros tantos asuntos dignos del pincel, del romance ó del sainete, é imposibles de describir en mi ya larguísima historia.

Fijémonos, si no, en cualquier cuadro: en el cambio de monedas, por ejemplo.

—¿Qué me das aquí?—pregunta un soldado nuestro, rechazando la vuelta de un duro, que le entrega un Judío en cierto género de ochavos y de chapitas de plata que parecen cualquier cosa menos dinero.

—¡Todo eso es muy bueno!—dice el Judío.

—¡Mira, tú, ven acá!...—¿Cuánto vale esto?—replica el soldado, cogiendo á un Moro por el jaique y mostrándole aquel raro numerario.

El Moro responde en árabe cualquier cosa, como si pudiese ser entendido por el Español.

—¿Lo ves? (exclama el Judío). ¡Dice lo mismo que yo decía!...

—¡No dice eso! ¿No es verdad que no dices eso?—le pregunta de nuevo el soldado al Moro.

Este mira al Judío con desprecio, y por señas le dice al Cristiano que tenga mucho cuidado con aquella gente.

—¡Dame mi duro!—grita entonces nuestro compatriota.

—Ya no lo tengo... Se lo debía á uno que pasó por aquí, y se lo he dado.—Pero toma, si quieres, más ochavos morunos...—añade el Hebreo, sacando del bolsillo otro puñado de cobre.

El soldado, harto ya de aquella disputa, calcula á ojo el valor del metal y del que llena sus manos, y dice por último:

—¡Vaya! ¡Echame otros pocos, y sea lo que Dios quiera!

—Toma, ¡para que veas que no te engaño!...—concluye el Judío dándole dos ochavos más; y se escabulle ligeramente, aprovechándose de que el sol-

dado tiene las manos ocupadas y no puede correr...

La verdad es que el Hebreo no ha estafado al Cristiano. Aquella infinidad de medallas de plata y cobre valen acaso más que el duro que representan.—Sin embargo, el Judío ha hecho un gran negocio.—Diré por qué.

Nuestras monedas se cotizan en Marruecos como el papel del Estado entre nosotros. Los duros, v. gr., están hoy á veinticinco reales; mañana estarán á diez y ocho, y pasado mañana á treinta, según su abundancia ó escasez...—Ahora bien: el Judío acapara todos los duros que puede, y cuando ha subido su precio empieza á ponerlos en circulación, desplegando para ello una actividad y hasta un valor que sólo se conciben en su carácter y tratándose de dinero.

Abraham, por ejemplo, cuando fué esta mañana á verme almorzar, venía de vender duros á los pastores de la sierra de *Samsa*, que se los habían pagado nada menos que á treinta y cinco reales en cobre.—Para ello había tenido que salir de Tetuán antes del amanecer; atravesar nuestros Campamentos á riesgo de que lo creyésemos un traidor; llegar á terreno vigilado por los Moros, que lo tomaron por un espía; sufrir vejámenes de unos y otros, y exponerse á morir, ó lo que es peor, á ser robado.—¡Oh, sí!... ¡Nada hay tan heroico como la avaricia, máxime si se tiene en cuenta que todos los avaros son cobardes!

. . . . . .

Una vez en los barrios moros, he notado que los Tetuaníes principian á salir de sus casas...—Hasta ahora no han pasado de la puerta, donde toman el sol acurrucados sobre el duro suelo. Pero, por más que las calles sean estrechísimas, y que, consiguientemente, se hallen unos muy cerca de otros, los vencidos no se dirigen todavía la palabra...

Otra observación he hecho.—Cuando pasan nuestras vistosas cabalgatas (Generales con su Estado Mayor y Escolta, ó cualquiera de las lucientes comitivas que cruzan á cada momento las calles de Te-

tuán), los taciturnos Musulmanes recogen un poco las piernas á fin de que no los pisen nuestros caballos, y ni por casualidad siquiera alzan la cabeza para mirar á aquellos lucidos jinetes que tanto ruido van haciendo con sus bridones y sus armas...—La única preocupación de los Moros en tal momento, parece ser evitar que les *afecte materialmente* aquel accidente fatal y mecánico que pasa cerca de ellos.—Por eso encogen las piernas...—¡Pero levantar los ojos para mirarlo, sería *reconocerlo* en cierto modo; sería saberlo, darle cabida en la memoria, aceptarlo con la curiosidad, imposibilitarse para negarlo el día de mañana!...

Cuando ya ha pasado la cabalgata y se quedan solos (yo los espío con disimulo desde lejos), ni tan siquiera se miran.—Mirarse, equivaldría á tratar de aquel asunto..., y el desprecio de los Moros hacia el vencedor llega hasta el extremo de fingirse los unos á los otros que ignoran todo lo acontecido últimamente.

Por lo demás, ¿á qué mirarse ni qué podría decirse? ¿Acaso no tiene cada uno la seguridad de que todos están pensando en una misma cosa? ¿Pudieran revelarse algo que no fuese pálida y deficiente expresión del común sentimiento?—¡Hablar es explicar, y la explicación del dolor patrio, dada por cualquier Moro, ofendería la delicadeza de los restantes!

La elocuencia es plata, el silencio es oro—suelen decir los Arabes.—¡Cuán justificado veo ahora este proverbio!—¡Silencio grande, orgullo digno, indiferencia majestuosa, desprecio heroico!—¡Ah! La actitud de estos salvajes es sublime. ¡Yo no he visto nunca llevar con tanta nobleza la desgracia! Sufren, y no lloran. Están indignados, y no se encolerizan. Se hallan resueltos á morir todos antes que transigir con nuestras leyes, nuestros ritos y nuestros hábitos, y no manifiestan su decisión con estériles alardes de patriotismo.—Ni nos temen, ni nos provocan... ¡Bástales con su propia convicción de que jamás serán nuestros esclavos!

De todo esto se deduce que los Moros son incon-

quistables por la fuerza; que su libertad de espíritu en el vencimiento los hace y los hará siempre *independientes*, y que ni aun á la vívida y expansiva cultura cristiana le sería dado asimilárselos, modificando en poco ni en mucho tan reconcentrados sentimientos patrióticos y religiosos.

. . . . . .

Entregado á tales cavilaciones, llegué, por último, á este Palacio (famoso en *Tetuán)*, y aquí, en los cenadores de un soberbio patio, me he pasado hora y media escribiendo al fresco (pues hoy hace muchísimo calor).—Ahora voy á dar una vuelta por el edificio con el cancerbero Moro que lo guarda y con el Hebreo que me sirve de *cicerone*.

Erzini, el dueño de esta morada, es un banquero Moro, no tan rico como otro hermano suyo, de quien hablaremos alguna vez. Sin embargo, el que aquí nos ocupa lo es tanto, que, al decir del Judío, mide el oro por fanegas, y que, al marcharse ayer de Tetuán, cargó de dinero nueve mulas, tres camellos y ocho esclavos.

El Palacio da claras señales de la creciente opulencia de su señor; pues, con ser tan extenso y grandioso, todavía le había parecido pequeño, y construíase á espaldas de él un segundo y más suntuoso edificio, cuyas obras paralizó la guerra.—Los arcos ya levantados, las maderas reunidas, los montones de azulejos coleccionados por tamaños y colores, y el trazado del vasto jardín que había de constituir el tercer patio, dejan comprender lo que hubiera sido esta mansión después de terminada.

En cuanto á la parte antigua en que nos encontramos, basta por sí propia para dar idea de la vida del potentado que aquí habitaba.—Las estancias son espaciosas, y los techos, altísimos, ostentan ricos artesonados. Todos los pavimentos y paredes están cubiertos de gracioso mosaico. Las arcadas y columnatas de los cenadores bajos y corredores altos lucen su grandiosidad y esbeltez en el mejor estilo de arqui-

tectura árabe, ó sea en el que *Alhamar* empleó para adornar la Alhambra.

Aquí, en este primer *patio*, que es el que más me gusta, hay una luz, un aire, una cosa sin nombre, tan llena de calma, soledad y deleite, que entra uno en ganas de sentarse en el suelo (como yo me he sentado) y callar durante muchas horas...—Y es que en las amplias y lisas paredes se proyectan con gentil elegancia las sombras de los delgados fustes de las columnas; es que el sol acaricia suevemente los arabescos, llenos de leyendas, que cubren cada cornisa; es que el rumor del agua parece la lengua del alto silencio que reina en estos lugares; es que los naranjos plantados entre las losas del patio perfuman el ambiente con el rico olor de su azahar; es que las aves gorjean al revolar bajo blanquísimos arcos que parecen de encaje ó de filigrana; es, en fin, que el gran cuadrado de cielo que sirve de techo á este asilo de la paz y de poesía, contrasta con las blancas líneas que lo limitan, y aparece más azul, limpio y cariñoso que los ojos de cierta rubia, al sonreir de amor después de haber llorado de celos...

Y ved lo que son las cosas cuando se las deja llegar naturalmente... Aun no hemos pasado de los patios de esta mansión moruna, y ya pensamos en mujeres. —¿Cómo no, si la arquitectura árabe es hija del amor; si esta manera de disponer y adornar las casas ha sido inspirada por el deseo; si este aire está todavía impregnado de los perfumes del harem, y si, á veinte pasos de mí, hay un gran arco tapado por amplia cortina de seda, que oculta un cenador, donde acaban de resonar suavísimos cantos de mujer, unidos al llanto de un pequeñuelo?...

El guardián de Palacio (viejo moro, muy adicto á Erzini, según dice Jacob, mi guía de siempre) pónese pálido al escuchar aquel canto y aquel lamento.— Sin duda recela una profanación de nuestra parte; quizás teme que pretendamos penetrar en el cenador habitado...

Y hablo en plural, porque Mr. Iriarte, con quien me había citado para este Palacio á las doce de la mañana, llegó hace un momento, y, como yo, siente invencible curiosidad por *ver* (nada más que por *ver)* el cuadro que se oculta detrás de aquel velo de seda...

—¡Aquí hay mujeres, Jacob!—advierto yo en voz baja á mi Judío.

—¡Eso se dice en Tetuán!—responde el infame.

—¿Qué se dice?

—Que Erzini ha dejado aquí á sus esclavas, sobre todo á las que tienen hijos, por miedo á las kabilas.

—¡Como hombre de mundo, conocería que nada tenía que temer de los Cristianos, en lo cual ha acertado de medio á medio!...

El lloro y el canto continúan...—Por último, cesa el lloro y no se oye más que el canto.—Su melodía es tan sencilla y monótona, que parece la prolongada vibración de una cuerda de arpa.—El agua, los pájaros y algún suspiro del viento en los altos cinamomos del segundo patio, sirven de acompañamiento á la cautiva...

El anciano moro (que tiene orden del General Ríos de enseñar el Palacio á los que traigan ciertos *pases* que nos ha repartido á los artistas, bien que encargando en ellos el respeto á las habitaciones cerradas, y, sobre todo, á las ocupadas por mujeres); el anciano moro, repito, sacude con impaciencia un manojo de llaves, como diciéndonos:—«Aquí no hay nada raro que ver...; ¡vamos adelante!»

Yo no me muevo; yo me hago el sordo.—La bondad de mis intenciones me impele desacato; la curiosidad artística y poética me prensa el corazón...—¿Qué me importa la orden? ¡El General no sabrá nunca que la he infringido; pues, aunque el Moro me acuse, no podrá decir cómo me llamo!...—Además, Ríos me honra con su amistad, ya muy antigua... ¡Y la falta es tan leve!..., ¡tan natural en un poeta!...

Iriarte, más fuerte que yo, domina su curiosidad, y me dice:

—Vámonos arriba: dejemos eso. ¡Estará escrito que no veamos un harem *habitado!*

—¡Vamos arriba!—repito ya maquinalmente...

Y empezamos á subir la escalera: yo detrás de todos.

El Moro va muy contento con el triunfo que su fidelidad ha obtenido sobre nuestra irreverencia...

De pronto, me detengo; quédome atrás; deslízome otra vez por la escalera abajo, procurando no ser visto ni oído (pero observado, sin embargo, por Iriarte, que no se atreve á seguirme, y que se apresura á distraer al Moro); llego al patio; tuerzo á la izquierda; me acerco al cenador famoso; levanto la cortina... y encuéntrome en medio de la misteriosa estancia...

La primera impresión que siento es la de una atmósfera tibia y tan cargada de perfumes, que me trastorna materialmente...

Luego percibo una mujer, medio vestida con *chilaba* blanca y turbante del mismo color, sentada en grandes almohadones, al lado de una alta cuna, en la cual duerme un niño desnudo que parece vaciado en cobre...

¡Oh desencanto! ¡La Odalisca es negra!—¡No podía darse mayor desgracia!—Mírola, sin embargo, con atención, y hallo que, dada la costumbre, puede agradar aquella mujer.—Sus facciones son regulares y finas; su cuerpo el de una Venus de azabache; su tocado sumamente artístico; su actitud, la de una voluptuosa... pereza.

Yo creía que, al verme, daría un grito, echaría á correr, ó, á lo menos, se llenaría de terror...—¡Nada de eso! Mírame á la cara con la tenacidad que miran los negros, y sonríese con dulzura, mostrando sus blanquísimos dientes, que, sobre la sombra de su cara, parecen una doble sarta de perlas.

Aquella sonrisa, medio salvaje, medio cariñosa, me revela estos pensamientos de la Nubia:

«La Mora es negra; el Moro se ha ido; el niño duerme: tú deseabas mirarme: yo estaba aquí: has

entrado. Yo no había visto nunca á ningún Español: el Guardián del palacio dice que no hacéis daño á nadie. Yo no tengo la culpa de que hayas levantado esa cortina; también soy curiosa; ¡gracias por haberte comprometido en beneficio de los dos! Tú sabrás cuándo has de irte: yo sé bien que á los Cristianos no les gustan las Moras negras; pero ¡si supiera Erzini que estás aquí!...»

O yo no entiendo de fisonomías, y no sé leer en los ojos, ni estoy dotado de un átomo de intuición, ó la esclava me dice todo esto con su larga mirada y su continuada sonrisa.

En la habitación hay un lecho, verdaderamente regio, cubierto de almohadones de damasco rojo y de cortinas de lana y seda. Súbese á él por unos peldaños, alfombrados, como toda la habitación, con riquísimos y blandos tapices.—Muchas otomanas, muchos cojines, muchas vistosas mantas forman un diván alrededor del aposento.—Un pebetero dorado, colocado en medio de él, lo perfuma incesantemente.—Cerca de la Negra hay dos ó tres de esas tacitas semiovales en que los Moros toman el café, y á las que sirve como de peana un á modo de huevero de metal.—Sobre cierto mueble que carece de equivalente entre nosotros; sobre una especie de tarima alta y pequeña (que á esto se asemeja más que á otra cosa), arquitectónicamente construída, y pintada luego de varios colores, vense más tazas como las que he descrito, una lámpara de metal de forma europea, algunos pedazos de una galleta negra que aman mucho los Moros, dos ó tres naranjas y un plato de cristal lleno de azúcar.

Mientras mis ojos aprecian tales pormenores y otros más nimios, mi aventurera imaginación abarca el conjunto de la estancia y fórjase á su antojo las escenas que en ella habrán tenido lugar.—¡Al fin, al fin entreveo el misterio de la vida agarena! Esta es la mujer de Oriente; éste el innoble cuadro de la familia musulmana. Una joven prisionera y ociosa; su

niño, que le asegura cierto respeto en el corazón de su esposo y amo: silencio, soledad, perfumes, sueño, placeres y tristezas confundidos; suspiros, cantos y sollozos que nadie oye ni compadece...—Así había adivinado yo esta vida; así la había leído en poetas y viajeros; así la canta lord Byron.—¡Nada tengo ya que desear!

Salgo, pues, del tal cenador, y subo á escape la escalera en busca de las otras gentes.

El viejo moro no me ha echado de menos. Iriarte me mira con envidia. El Judío sonríe, como diciendo: «*Guardaré el secreto si me aumenta usted hoy la propina...*» Y yo pregunto á Iriarte qué objetos curiosos ha visto durante mi breve ausencia...

El me responde:—¡Nada! Hemos pasado cerca de una puerta que el viejo moro no ha querido abrir. A la parte de adentro se oía hablar en voz baja... Jacob dice que allí estarán todas las mujeres y esclavas de Erzini. ¡Parece ser que la de abajo, la que tú acabas de visitar, era la favorita en estos últimos tiempos!

—¡Demonio!—le contesto yo en són equívoco para atormentarle con su propia envidia.

Poquísimas cosas dignas de especial mención vemos después en esta casa. El Moro no quiere enseñarnos los *baños*, y nos contentamos con ver los estanques del jardín.—Este jardín no tiene nada de particular, ni lo tendrá hasta que terminen las obras que hoy se construyen en torno de él.

En muy escondida habitación hallamos una cama europea (esto es, una cama de bronce dorado, con sábanas, colchones, etc.), cuyas ropas desarregladas indican haber dormido en ella alguna persona.—Cerca de la cabecera hay una taza que aún conserva un poco de café, una lamparilla de cobre derribada, y un reloj antiguo de sobremesa, que anda todavía...

—¡Aquí durmió Erzini la última noche!—exclamamos á un tiempo Iriarte y yo.

Por lo demás, en todas las habitaciones hay muebles europeos y africanos que fuera interminable

enumerar.—Apuntaré, sin embargo, como muestra, ciertas grandes arcas labradas, altas como nuestras cómodas; unas tarimas, bajas como las de nuestros braseros, y que son las mesas de comer de los Moros elegantes; otomanas y cojines hasta la profusión; alacenas henchidas de todo género de comestibles, muchos de ellos reprobados por el Corán; cajas llenas de botellas de vino; vajilla oriental é inglesa; grandes espejos modernos; ni una silla; ricas alfombras; esteras de junco y de palma; cortinajes de gran mérito; arañas de cristal; otras dos magníficas camas de bronce, dispuestas á nuestra usanza, é infinidad de objetos argelinos, franceses, marroquíes, ingleses y españoles, que revelan la despreocupación y el cosmopolitismo del diplomático moro, que, al decir de Jacob, ha viajado mucho y pasa por uno de los hombres más civilizados de este Imperio (1).

Conque marchémonos á otra parte.—Tiempo es ya de que visitemos una mezquita, antes de que los Moros logren, como pretenden, del General Ríos que no las visite ningún Cristiano (ni tan siquiera los cronistas).

Vamos á la *Mezquita Grande*, ó sea á la *Djama-el-Kebir*, que dicen los *creyentes*.

. . . . . .

Para ir al templo mahometano atravesamos algunas calles solitarias, embovedadas todas y llenas de sombra y de silencio.

Desde que Abraham me dijo que aún había miles de heridos dentro de *Tetuán*, saludo con el más profundo respeto las cerradas casas de los barrios moros... Sin embargo, cuando encuentro una puerta entornada, miro, y á través de ella veo ondear algún jaique blanco, que cruza por el estrecho pasillo que sirve de antepatio...

En otras ocasiones, asómase á la calle tal ó cual niño; pero pronto se ve salir un brazo blanco ó ne-

(1) Erzini es Cónsul de Marruecos en Gibraltar.

gro; coger de la chilaba al imprudente, tirar de él y cerrar la puerta...

Unense entonces al ruido de la llave las palabras de reprensión que murmura en árabe una voz femenil. Los gritos del niño se alejan poco á poco por el interior de la casa, y yo siento hondo pesar al considerarme tan enemistado por las circunstancias con una gente que admiro y compadezco de todas veras, y á la que me liga desde mis primeros años la más ardiente devoción... literaria.

. . . . . .

Pero hemos llegado á la *Gran Mezquita.*

Un centinela nuestro guarda la puerta.

Mostramos el *pase* y se nos deja entrar.

La puerta es un bello arco de herradura, abierto en una amplia pared, toda bordada ó labrada de hermosas inscripciones.—Aun decoran este arco algunos secos festones del ramaje con que fué adornado el día que Muley-Ahmed llegó á *Tetuán.*

Penétrase luego en un gran patio lleno de luz, rumor de agua y cantos de pájaros. En él, á mano izquierda, hay una extensa pila de mármol, donde los Mahometanos se lavan los pies siempre que vienen á orar, y, no lejos, forma el suelo un pequeño estrado, en que dejan las babuchas para entrar descalzos en la casa de Dios. En fin, en medio del patio hay otra gran fuente, que es la que llena de blandos murmullos estos lugares.

A cada lado del patio vese un rompimiento de arcos elegantísimos que dan á dos anchos cenadores, á los cuales se sube por un doble escalón, revestido de mosaico como todo el pavimento; y, en el fondo, ó sea de frente á la calle, encuéntrase el verdadero templo.

Penétrase allí por una gran puerta primorosamente labrada, y desde luego impresionan el ánimo la gran capacidad de la nave, la altura del techo, las cien lámparas que penden de él, los atrevidos arcos y frágiles columnas que los sostienen, y la ausencia de

todo ídolo, de toda figura, de todo símbolo material de la fe en Alá y en su Profeta.

. . . . . .

De vuelta en el patio, nos sentamos Iriarte y yo en uno de los cenadores, y él saca sus carteras y sus lápices, y yo mi recado de escribir...

El trata de fijar sobre la vitela los ángulos de luz y sombra que proyecta el sol del Mediodía en las paredes y en el suelo; la perspectiva aérea de arcos y columnas; la silueta del alto cornisamento sobre el azul del espacio; el armonioso contorno de las arcadas, y su combinación con los planos obscuros ó luminosos en que se destacan elegantísimamente...

Yo me esfuerzo por reflejar en el papel estos fugitivos instantes; por pasar el tiempo; por condensar la vaga meditación en que aquí se solaza el alma; por darme cuenta de mis indeterminadas emociones; por haceros sentir y comprender la extrañeza, el orgullo, la rara lástima, el cruel sarcasmo, la pueril complacencia y la involuntaria melancolía que experimenta el Cristiano en el templo del Dios de Mahoma.

Es la vez primera que un pie calzado huella estas losas de colores; la primera vez que los ecos del techo repiten el rumor de armas y de espuelas...—¿Dónde está ese Alá (me pregunto), que no hunde sobre mí su profanada casa?

¡Ay! ¡Alá sólo vive en el corazón de los Mahometanos; y, cuando ellos salen de este templo, *aquí no queda nadie!*

Pero ¡silencio!—Un Moro acaba de penetrar en la mezquita, y nos mira á Iriarte y á mí de tal manera, que nos conturba profundamente...—La cólera del Dios de Mahoma puede no ser temible... pero la religiosidad de un Mahometano es muy digna de consideración y respeto...

El Moro recién llegado tendrá cuarenta años. Su pálido y austero semblante luce una hermosa barba negra.—Viste jaique blanco, y cubre su cabeza un enorme turbante liado en un casquete rojo.

Primero se pára y nos mira. Viendo luego que no nos marchamos, colócase cerca de la fuente; mide con la vista la sombra que su cuerpo traza sobre el suelo, y, volviéndose hacia nosotros, nos muestra, extendidos, dos dedos de su mano derecha, como diciendo:

—Son *las dos*... la hora de la segunda oración de los Islamitas...

Al mismo tiempo, oímos allá, sobre el altísimo minarete, la voz de otro Moro que canta una salmodia lenta, vibrante y melodiosa como las notas interminables de nuestras canciones andaluzas...

—«*¡Alah!... ¡Alah!...*»— repite muchas veces el Almuédano, entre otras palabras que no comprendemos, pero que significan, según Jacob, algo parecido á lo siguiente:

—«*Bendigamos á Dios: es la hora de la oración; acudid, creyentes, á bendecir á Dios.*»

—Vamos nosotros... (le digo yo á Iriarte, que recogía ya sus dibujos).—Desde que esos hombres han penetrado aquí tan llenos de fe y de indignación, este lugar debe de ser sagrado para todo corazón generoso.

Cuando ponemos el pie en la calle, son ya muchos los Moros que salen de sus casas ó asoman por las esquinas con dirección al templo...

—*¡Paz!*—les decimos nosotros con el ademán que ya sabéis.

—*¡Paz!*—responden ellos del mismo modo.

Y el Almuédano, desde lo alto de la torre, sigue llenando el espacio con el nombre de *Dios*, mil veces bendito...

Entretanto, ya habrán comenzado á tocar á *vísperas* los esquilones de todas las catedrales del mundo católico.

VIII.

Mercaderes argelinos. — Moras tapadas. — El Job mahometano.

Día 8 de febrero.

Hoy se ha practicado un largo reconocimiento por el camino de Tánger.—Según hemos visto, Muley-el-Abbas y los exiguos restos de su Ejército (seis ú ocho mil hombres) están acampados á dos leguas de aquí, ó sea á la mitad del camino del *Fondac*. Casi todos los moradores de los aduares que hemos hallado al paso han huído al vernos... Pero después, observando que no íbamos en ademán de guerra, algunos se nos han acercado á vendernos huevos y gallinas...

. . . . . .

El General Ríos ha sido nombrado Capitán General de Tetuán y Gobernador de la plaza.

Por ahora sólo se piensa en habilitar hospitales; rotular las calles, á fin de que sea fácil entenderse en su anónimo laberinto; sacar escombros; garantir las propiedades de los Moros ausentes, y arbitrar medios de hacer menos incómoda á la Guarnición su estancia en la ciudad.

. . . . . .

Yo he visitado esta tarde las tiendas de comercio de los Argelinos, que, por estar situadas en habitaciones interiores, se han librado del saqueo.

El *Moro argelino* se diferencia del Marroquí en que conoce más la vida europea, siquier no acepte sus goces ni sus hábitos. Explótala, sin embargo, para sus negocios, y es más trabajador y comerciante que su correligionario de Occidente.—Todos los que hoy he visto hablaban francés, y no podían ocultar su júbilo al ver avasallados á los Marroquíes, que tanto y tanto se habían engreído ante ellos, diciéndose *inconquistables*... Mas penetremos en sus bazares ó casas de comercio.

En el piso principal hay grandes mostradores, sobre los cuales se ven extendidas las más ricas telas de Oriente, desde el damasco hasta el tisú; desde la lana tan suave como la seda, hasta el brocado y el terciopelo cubiertos de piedras preciosas. Riquísimos velos, exquisitas esencias, rosarios de ámbar, cucharas de concha y oro, babuchas guarnecidas de perlas, olorosas pastillas, primorosas fajas bordadas de colores, y otros mil objetos tan lujosos como raros, han pasado ante mi asombrada vista y dádome idea del fausto de los Musulmanes, así como de lo preciosas que estarán las blancas hijas de los caballeros árabes cuando luzcan tan suntuosos atavíos.

Con los Moros no se puede regatear. Venden severísimamente, y su formalidad contrasta en alto grado con la charla gitana del codicioso y artero Judío.

—«¿Cuánto vale esto?»—se le pregunta á un Moro.

—«Veinte duros. Llevar ó dejar.»

—«¿Quieres quince?»

—«No: déjalo... Otro me dará veinte.»

—«¿Quieres diez y nueve?»

—«¡Mira, no! Compra cosas que valgan diez y nueve. Pero ésta vale veinte.»

Y no hay quien los apee de aquí.

. . . . . .

Á fuerza de dar vueltas por los barrios árabes he conseguido ver tres Moras, ó por mejor decir, tres fantasmas, que, según me ha dicho Jacob, eran tres mujeres.

Llevaban la cara tapada con una especie de toca, rasgada horizontalmente á la altura de los ojos.—Vestían de blanco, y se parecían á aquellos penitentes que aún salen en nuestras procesiones de Semana Santa.

A una me la encontré parada debajo de un arco, acompañada de tres Moros.—Comprendí que se marchaba de Tetuán, pues no lejos había dos buenos caballos enjaezados. Era alta y de porte elegante. Un

alquicel finísimo y onduloso la envolvía de pies á cabeza. Por la hendedura de la máscara relucían unos ojos negros, ardientes, juveniles, cuya mirada se cruzó con la mía al tiempo que pasé rozando con su falda por el angosto arco...

En cambio, no me atreví á mirar á los Moros que la acompañaban; y, por no parecer espía, me fuí de aquella calle, dejándolos en libertad de despedir á la encubierta viajera según que tuvieran por conveniente.

Las otras Moras las divisé á los lejos, en ocasión que pasaban corriendo de una casa á otra...

—Irán á bañarse... (me dijo mi *cicerone)*. En la casa donde han entrado hay unos baños muy buenos...

—¿Públicos?

—No, señor: de familia.

Por mucho que apresuré el paso, sólo llegué á tiempo de oir el portazo con que se encerraban y las risas entrecortadas por el cansancio, con que festejaban la desaparición del peligro que creían haber corrido...

En la puerta había cinco agujeros muy pequeños, que hacían las veces del *ventanillo* de Madrid.—Acerquéme á mirar por ellos, y lo único que vi fué dos ojos negros y lucientes, que me espiaban á su vez desde el otro lado de la tabla...

—¿Será el Moro?—pensé, dando un paso atrás.

Pero nuevas risas femeniles, que resonaron y se fueron alejando, unidas al leve rumor de pasos y de ropas, me convencieron de que aquellas *donne belle bianco vestite* campaban hoy por su respeto.

¡No interpretéis mal mis intenciones! No veáis en estos hechos pueriles, que tengo la sinceridad de confesaros, cosa alguna que signifique torpe afán ó concupiscencia... Unicamente son resabios de antiguas lecturas, curiosidades artísticas, ansia de entrever aquellos lances maravillosos, idealizados por el peligro, que, según lord Byron, acontecieron en

Grecia y en Turquía al pícaro hijo de Doña Inés... —¡Y nada más!

. . . . . .

Concluiré, por hoy, dándoos á conocer un raro personaje que completará en vuestra mente la idea que ya iréis formando del misticismo musulmán.

A cualquiera hora del día ó de la noche que atravieso las obscuras y retorcidas callejuelas que desde la *Plaza Vieja* conducen al Palacio de Erzini, oigo, al pasar bajo un aplanado y retorcido arco, que sirve como de codo á dos calles, un triste y prolongado lamento, nunca interrumpido, y que es el único rumor que turba la quietud medrosa de aquel lóbrego y al parecer deshabitado barrio.

Este lamento sale de un arruinado poyo de cal y canto que se alza en la parte más obscura del solitario pasadizo; y lo lanza un pobre Moro que vive hace muchos años tendido en aquel mismo lugar, y de quien sólo he podido saber que es uno de los *derviches* más respetados del Imperio.

Cuando el sol luce en el Mediodía, y penetra alguna claridad en aquel ángulo del embovedado recodo, colúmbrase vagamente la figura del hombre que se queja; mas, aun entonces, sólo por su voz se viene en conocimiento de que aquél es un sér humano...— Los ojos no perciben más que un puñado de mugre.

Y es que el *Dervich*, flaco como un esqueleto, sucio como toda una vida de incuria, acurrucado, ó, por mejor decir, hecho un ovillo bajo sus mil veces desgarradas y remendadas vestiduras, oculta la cabeza entre las rodillas, abárcase las piernas con los brazos y permanece inmóvil horas y horas, llorando siempre desde lo profundo de su miseria.

Allí pasa el día y la noche; allí come lo que la piedad de algún transeunte pone al alcance de su mano; allí duerme, si es que duerme; allí lo encuentran uno y otro estío, un invierno y otro invierno; allí parece que nació; allí morirá... ¡si aquello puede llamarse vivir!—Nadie recuerda haberlo visto en otra parte;

nadie pasó bajo aquel arco á ninguna hora sin oir su acento plañidero; muy pocas personas lo han sorprendido en otra actitud...

Yo, por desdicha, lo vi incorporarse esta noche, á eso de las diez (que pasé por aquella rinconada, provisto naturalmente de una linterna).—Miróme con calenturientos ojos... Estaba delirando... Habíase desarropado del todo, aunque hacía mucho frío...—Su lamento era más lúgubre que nunca...—¡Tuve miedo!

El *Dervich* no pasa de los cuarenta años, á lo que todos aseguran; pero representa ochenta.—Está loco, verdaderamente loco, y su locura, como la de todos los musulmanes, consiste en hablar con Dios ó de Dios...

Hace, pues, muchos años que sólo sale de su boca esta palabra: —*¡Alah!*

¡Alah!—¡Alah! (¡Dios!—¡Dios!) He aquí la idea, el acento, la chispa de vida, el rayo de luz que brota de aquella basura, de aquella escoria, de aquella podredumbre humana...

Recuérdame á Job.—Sólo así concibo un espíritu tan luciente, unido á una materia tan miserable. ¡Debajo de aquel estiércol hay escondida un alma, y en este alma reside el Autor de mundos y soles; mora el gran Dios, el Unico, el Eterno, el Omnipotente; albérganse la eternidad y el infinito; alienta la fe, sonríe la esperanaa, arde la caridad!

¡Oh Misericordia divina! ¡Tú no te desdeñas de habitar en tan inmundo seno!—¡Oh espíritu inmortal, rayo del cielo, alma del hombre! ¡Tú eres incorruptible! ¡Tú fulguras lo mismo en el corazón del leproso que en la frente de Constantino! ¡Tú saliste tan inmaculada y pura del gangrenado pecho de Lázaro y de Job, como del casto corazón de los santos Niños calcinados en el horno!—¡Tú eres como amianto!

IX.

Noticia del entusiasmo de España. — Parlamentarios de Muley-el-Abbas.—El *Sábado* de los Judíos.—*Tamo.*

Día 11 de Febrero.

Después de tres días, durante los cuales (lo confieso ingenuamente) he pensado en todo, menos en la Guerra que aquí nos ha traído y en la Patria que nos ha enviado;—días de romancescas y artísticas emociones, llenos de contemplaciones filosóficas y delirios poéticos, de prolijos estudios acerca del carácter y las costumbres de Moros y Judíos, de raros encuentros, de extrañas aventuras y de inocentes placeres; días, en fin, de poeta viajero, y con esto lo digo todo, —amaneció el de hoy, que, por los singulares acontecimientos que en él se han verificado, me ha sustraído de mis éxtasis moriscos y desatinado amor á los Africanos, para volver á inflamar en mi corazón el recuerdo de España, de nuestra bandera, de la causa que hemos venido á sostener en este Imperio y de la nobilísima sangre que nos ha costado llegar á las puertas de Tetuán...

La primera cosa que me hizo pensar esta mañana en que era Español y soldado, fué la llegada del *correo*, el cual nos traía ya noticias de la impresión producida en la madre Patria por la Batalla del 4 y por la toma de esta ciudad...

Al leer las cartas particulares en que familia y amigos me describían el entusiasmo de España, un calofrío de inefable júbilo circuló por mi cuerpo... Los regocijos, las fiestas, las aclamaciones populares, las colgaduras, los himnos, las iluminaciones... ¡Todo lo vió mi imaginación! ¡Todo lo agradeció mi alma! – La Patria entera ha respondido á nuestros gritos de triunfo... Madrid hierve en orgullo y alborozo... El nombre del Ejército es repetido en todas partes con adoración... La noble, la grande, la heroica

España nos considera dignos de ella..., nos proclama sus beneméritos hijos...—¡Ah! ¡Era demasiado para nuestra ambición! ¡La largueza del premio, la esplendidez de la recompensa enternecía mis entrañas!... ¡Aquellas suaves caricias después de tan rudas penalidades, arrasaban de lágrimas mis ojos!

En esto, ocurrióme una idea. El correo seguía repartiéndose en medio del *Zoco*, en el mismo lugar donde yo lo había recibido de los primeros... Por consiguiente, ¡cuantos se hallaban en la plaza estarían experimentando emociones iguales á la mía!...

Alzo la vista... y, en efecto, veo que paisanos, soldados, Oficiales, Jefes, ¡todos! tienen cartas en una mano y el pañuelo en la otra... ¡Oh! .. Sí...—Todos los semblantes están conmovidos... El llanto del reconocimiento baña todas las mejillas...—«¡España! ¡España!»—murmuran innumerables veces con filial ternura...

Y, para todos, aquél es el verdadero momento de la victoria... Y, sólo entonces, levantan la cabeza con arrogancia, cual si el voto patrio fuese la ansiada confirmación del triunfo... ¡Sólo entonces se convencen de la grandeza de la obra que han llevado á feliz término! ¡Sólo entonces prueban el soberano júbilo de la gloria!

. . . . . .

Arrobado estaba en esta contemplación, cuando notóse en la misma plaza un gran movimiento de más activo júbilo, mezclado de sorpresa y curiosidad ..

—*¡Parlamento! ¡Parlamento!* (exclamaron al par muchas voces). ¡Por el camino de Tánger llegan Emisarios de Muley-el-Abbas!... ¡Ya están en la tienda del General Prim!—¡Nos piden la paz!...—¡Marruecos reconoce, al propio tiempo que España, nuestras definitivas victorias!...

Estos acentos de alegría no deben extrañaros...

¡La paz es siempre grata después del triunfo, si el triunfo ha bastado á la satisfacción de las ofensas!

—Nosotros hemos venido á Africa á cobrar una antigua deuda de honra; á hacer comprender á los Marroquíes que no se insulta impunemente el nombre español; á demostrar al mundo que aún sabemos morir por nuestro decoro, y á hacer ostentación de nuestra fuerza, primero á nuestros propios ojos (pues nosotros nos desconocíamos ya á nosotros mismos); segundo, á los ojos de los procaces Mahometanos, que nos creían débiles y abyectos; y, últimamente, á los ojos de toda Europa, donde hace largos años se nos había rezado la oración fúnebre y se nos contaba en el número de los pueblos muertos, como á la heroica Grecia y á la cesárea Roma.—Pues bien: todo esto lo hemos conseguido ya: España ha despertado de su postración; Europa nos saluda y aclama como á dignos herederos de nuestros antepasados, y Marruecos viene á pedirnos paz y amistad, proclamando el poderío y la fortuna de nuestras armas...

No necesitamos otra cosa; á eso venimos..—¡Dios ilumine al hombre de Estado como ha asistido al General! ¡Dios tenga á raya la soñadora fantasía de nuestros compatriotas! ¡Quiera Dios que el engreimiento del triunfo no les lleve á empeñarse en conquistar toda el Africa!—¡Ay! ¡España se ha hundido muchas veces por sobra de aliento y de heroísmo!

Así pensaba yo, en tanto que me dirigía al Cuartel General del Conde de Lucena (ya Duque de Tetuán, por Real Decreto), á fin de presenciar la llegada de los Emisarios moros.—Y sugeríame estas ideas el haber leído, en los periódicos que acabábamos de recibir, palabras tan fascinadoras como imprudentes, hijas quizás de un entusiasmo generoso, ó tal vez fruto de miserables cálculos formados por el odio de los partidos...

Aquellas palabras hablaban de conquista, de colonización, de que debíamos ir á Tánger, á Fez y hasta á Tafilete; de extirpar el islamismo en Africa; de improvisar una nueva España á este lado del Estrecho; de plantar la Cruz sobre el Atlas y convertir al

Cristianismo á diez millones de fanáticos Musulmanes; de despoblar una vez más la Península ibérica para poblar este inconmensurable Continente; de reproducir, en fin, la política austriaca, tan brillante, tan poética, tan heroica; ¡pero tan fatal á España, tan temeraria en su origen, tan devastadora en su desarrollo, tan nula en sus resultados!

Llegué, al fin, al Cuartel General de O'Donnell, en ocasión que los Parlamentarios de Muley-el-Abbas penetraban en él por el opuesto lado, precedidos de un corpulento Riffeño que llevaba en alto una bandera blanca.

. . . . . .

Los Emisarios marroquíes eran cuatro, todos ellos señaladísimos Generales del vencido Ejército del Emperador.

Vestían nobles trajes, ó sean largos caftanes obscuros, botas de tafilete amarillo, y turbantes y albornoces blancos.—Los arneses de sus caballos eran de tanto gusto como valor, y lo mismo las pistolas enormes que llevaban los cuatro *Moros de Rey* de su escolta, cuyos altos gorros encarnados, feroz fisonomía y colosal estatura les daba un aire imponente por todo extremo...

De los cuatro ilustres Generales, ninguno contaría cuarenta años; y, según me ha dicho Rinaldy, llamábanse *El-Alcaid el-Yas el-Mahchard*, *el-Yuis el-Charqut*, *el-Alcaid Ahmet-el-Batin* y *Ben-Abu*.

Este último hablaba español y venía en calidad de intérprete.—Los de la escolta, que eran Riffeños, entendían también el castellano; pero no lo hablaban..., sin duda por encargo de sus señores.

Sin embargo, á Rinaldy le dijeron (en árabe) que *El-Mahchard* es Gobernador de Rif; *El-Charqut*, segundo Gobernador de Fez; *Ahmet-el-Batin*, Gobernador de Tánger y Lugarteniente ó *segundo* de Muley-el-Abbas, y que *Aben-Abu*, hermano de este último, ha mandado la Caballería mora en casi todos los combates de la presente guerra.

El semblante de estos guerreros, que tanto han sufrido y trabajado en el transcurso de la campaña, revelaba profundo quebranto, bien que llevado con tanta resignación como dignidad.—Así fué que, al ver pasar á nuestro lado á tan insignes caudillos, cuyo desesperado valor hemos podido apreciar cien veces, sentimos todos, en vez de odio ó compasión, el más generoso respeto.—Ellos, por su parte, nos saludaban ligeramente con la mano, adivinando, sin duda, la justicia que les haciamos en lo profundo del corazón.

. . . . . .

La conferencia de los cuatro Moros con nuestro General fué muy breve.

Preguntáronle ellos á qué había venido á Africa; qué quería; qué demandaba, y bajo qué condiciones haría la paz...

—Muley-el-Abbas la quiere... (añadieron, por último), y nuestra Patria la necesita.

—Yo he venido aquí (contestó el General O'Donnell), enviado por la Reina de España, con autorización para hacer la guerra; pero no para hacer la paz. Hay marchará á Madrid uno de mis Generales, y comunicará vuestra pregunta á S. M.—El jueves próximo podéis volver por su respuesta.

—El jueves próximo estaremos aquí sin falta—respondieron los Marroquíes.

Después de esto, mediaron entre los caudillos algunas explicaciones acerca del modo como se ha sostenido la guerra por una y otra parte, y los Generales moros se apresuraron á demostrar reconocimiento por el clemente y caritativo empleo que hemos hecho de la victoria...

O'Donnell volvió á quejarse de la bárbara crueldad con que ellos han tratado á los Españoles que han caído en su poder.

—¡No es culpa nuestra, sino de las feroces kabilas! (contestaron los Musulmanes). Por lo demás, nosotros no os conocíamos. ¡Se nos había engañado, haciéndonos creer que erais tan débiles en la lucha

como inhumanos en la victoria! Hoy sabemos que tenéis tanto de generosos como de valientes, y Muley-el-Abbas quiere ser vuestro amigo.

—¡En su mano está el serlo! (replicó O'Donnell). ¡Yo admiro también su valor, respetando la desgracia que ha militado bajo vuestras banderas!...

—¡Es verdad!... ¡Dios no quiere que venzamos!... —dijo *Aben-Abu.*

—Eso os dirá de parte de quién están la razón y la justicia...

—¡Nuestra pobre Nación es barco que naufraga! (respondió *El-Charqui* con honda melancolía). ¡Nos han engañado! ¡Nos han vendido!

—España no os engañará nunca. España tiene interés en vuestra felicidad, y también en *vuestra independencia.*

—El Español y el Moro estar llamados á *hacer compañía*—dijeron, por último, los Africanos, levantándose para marchar.

No lo hicieron, con todo, tan pronto como deseaban.—De la tienda de O'Donnell fueron conducidos á la del General Ustáriz, donde se les obsequió con café y cigarros, que aceptaron de muy buena voluntad.

Allí repitieron sus frases de admiración y simpatía por los Españoles; elogiaron nuestra clemencia con los habitantes de Tetuán; manifestáronse resignados con la voluntad de Dios, que les había negado el triunfo, y partieron, al fin, seguidos de una lucida escolta de coraceros españoles.

Al pasar nuevamente por el Campamento del SEGUNDO CUERPO, entraron en la tienda del General Prim á fin de despedirse de él, y éste correspondió á su cortesía acompañándoles á caballo, con todo su Cuartel General, hasta mucho más allá de nuestras avanzadas.

En el camino, Prim regaló un revólver á uno de los Parlamentarios, que miraba con suma curiosidad aquel arma, nueva para ellos. El Moro rogó entonces al Conde de Reus que aceptase una de las magníficas

pistolas que llevaba ocultas, primorosamente incrustada de plata.

En seguida se despidieron muy afablemente *hasta dentro de cinco días.*

Al mismo tiempo se embarcaba para España el General Ustáriz, á fin de saber la voluntad de la Reina y de su Gobierno acerca de las condiciones de paz.

Esto será muy cancilleresco, muy constitucional, muy delicado de parte de nuestro victorioso caudillo... Pero yo dudo que allá en Madrid hagan prudente uso del poder, siendo así que desconocen de todo punto lo que sólo visto de cerca puede conocerse.—Y no digo más por hoy.

. . . . . .

Conque volvamos á nuestras observaciones de artista y de viajero.

Hoy ha sido sábado, día solemne para los Judíos, como el de ayer, viernes, lo fué para los Moros, y como el de mañana, domingo, lo será para nosotros los Cristianos.

La fiesta religiosa de los Moros se celebró en las mezquitas á puerta cerrada y bajo la protección de centinelas nuestros encargados de evitar que la curiosidad de las tropas turbase las ceremonias mahometanas.

Esta tolerancia de un caudillo español victorioso no puede menos de recordarme otros tiempos y otros héroes, y las atrocidades cometidas en nombre de Dios contra Judíos, contra Moriscos y contra Hugonotes...—¡Abominable será desde el punto de vista de la devoción, de la poesía y del arte, nuestra civilización despreocupada; mas, si se la considera por el lado de la equidad, fuerza será reconocer que la historia del género humano no registra período de tanto respeto á la conciencia ajena como el presente siglo!

Sólo es de lamentar que hoy se dé tan desmedida importancia á los intereses materiales, y que, al dejar de hacer la Guerra *en nombre de las religiones*, se ol-

viden los Gobiernos de predicar la paz *en nombre de Dios*...—Pero esto llegará con la segunda Revolución; con la Revolución económica que nos amenaza. ¡Las hordas populares pedirán un día los bienes de la tierra, como indemnización de los bienes del Cielo que los modernos filósofos les han arrebatado (1), y entonces el fuego de la caridad derretirá el becerro de oro, so pena de que la sociedad se disuelva inmediatamente!

Conque sigamos hablando del *sábado judío*.—Pensaba deciros que las fiestas religiosas de los Hebreos no se celebran á puerta cerrada como las de los Moros, sino públicamente, permitiendo entrar á Mahometanos y Católicos en las sinagogas, las cuales, según ya hemos visto, están aquí establecidas en el piso bajo de la casa de los *rabinos* ó *sabios*.

Allí, los hombres solos... (los Judíos no permiten entrar á sus mujeres en el templo, en lo cual les imitan los Musulmanes), los hombres solos, digo, de pie unas veces y otras sentados en bancos de tosca madera, pero siempre meciéndose de atrás para adelante, leen ó cantan los salmos durante muchas horas, mientras que el sacerdote, subido en una especie de cátedra, dirige la ceremonia con la faz vuelta al Oriente.

El *sábado judío* se celebra también con varias abstinencias: v. gr., los Israelitas no pueden trabajar este día, ni encender lumbre, ni comer cosa caliente, ni tocar dinero, ni pasar por puertas de ciudad, ni hacer otras operaciones que son lícitas el resto de la semana...

Pero lo que sí pueden hacer (las Judías) es ataviar-

(1) No con orgullo, sino con amargura, leo, al cabo de veinte años, estos párrafos que textualmente constan en la primera edición del presente libro.—Hase cumplido mi profecía, y la *Internacional* ha venido á dar cuerpo al peligro que yo anunciaba en 1860.—¡Quiera Dios que se cumpla también el otro pronóstico con que termina este párrafo, y que las masas populares sean rescatadas de la servidumbre de la materia por la caridad de los sacerdotes de Cristo!—(*Nota de la edición de* 1880.)

se con sus mejores galas y reunirse de tertulia en el piso superior de las sinagogas, desde donde oyen el canto de abajo, sin tomar parte en él...—Con este motivo, he visto hoy á las más hermosas Hebreas de Tetuán; pues, como ya supondréis, me he hecho presentar á algunas de estas tertulias acompañado siempre de Iriarte, quien ha retratado á dos ó tres de las más interesantes Israelitas, con gran contentamiento de ellas y previa la venia y licencia marital...

La *aristocracia* tetuaní del bello sexo del antiguo pueblo elegido hallábase reunida en casa de un tal Benjamín, *Sabio* centenario parecido á Matusalén.—Aquellas nobles damas lucían magníficas sayas recamadas de oro, plata y pedrería; *petis* de tisú; grandes arracadas ó zarcillos de oro y perlas, que les llegaban hasta los hombros; unas tiaras, también de oro y plata, que les daban cierto aire salomónico ó pontifical; encajes finísimos (bordados asimismo de oro y menudas piedras preciosas), que encubrían mal su garganta y su levantado seno; chapines de terciopelo, no menos recargados del metal precioso; brazaletes; collares; cinturones; sortijas por docenas; centenares, en fin, de valiosas joyas...—¡Y eso que *todo se lo habían robado los Moros!!!*

Peregrina y fascinadora resultaba en verdad la hermosura de algunas de aquellas mujeres tan suntuosamente ataviadas.—*Sara*, *Estrella*, y *Mesoda* ó *Fortunata*, eran de las más lindas.—A mí me recordaban las Reinas del Antiguo Testamento que Rubens y Veronés han retratado en sus cuadros...—Pero sobre todas ellas resaltaba, como la luna sobre los luceros, *Tamo*, la noble, la dulce, la pálida esposa de Samuel.

Este Samuel es comerciante de joyas, y se hallaba allí, casualmente ó impulsado por sus celos, á costa de su religiosidad.—Tiene sesenta años; es riquísimo y viste con algún lujo; pero su incalificable avaricia lo ha llevado hasta el extremo de cuidar los caballos á algunos Jefes nuestros por una peseta dia-

ria.—El trato se hizo ayer en mi presencia, en medio del Zoco...—¿Quién había de decirme que aquel inmundo viejo estaba casado con la reina de la Judería?

Tamo no pasa de los diez y siete años, y tiene ya dos hijos (*Jacob* y *Josué*), según me dijo la pícara mujer de Benjamín —Hoy vestía algo más sencillamente que las otras; pero con mayor gusto y elegancia, tanto que, mirada de perfil, parecía una estatua egipcia hecha por un Griego. Su saya de paño verde, su chal blanco bordado de oro, su tiara adornada de esmeraldas, sus arracadas de corales y topacios, su cabellera de seda, todo conspiraba á engrandecer é idealizar tan voluptuosa figura. Su delicada carne contrastaba graciosamente con la dureza de los ribetes del corpiño. Aquella suave garganta; aquel seno medio desnudo; aquellos brazos, *blancos como dos rayos de luna* (que diría el poeta inglés), y aquel rostro de plácido color, cercado de piedras y metales, parecían formados de leche y hojas de rosa, y podían también ser comparados á miel del Himeto servida en amplia taza de oro...—Pero hay más: sus negros ojos atraen cuanto miran, y piensan y presienten acerca de cuanto ven; su boca tiene la forma del beso, siempre que no se ríe; y, cuando *Tamo* se ríe, desfallece su ardiente mirada y márcanse dos hoyos en sus mejillas —¡Sólo que *Tamo* ríe pocas veces! ..

Si fuese Española, yo atribuiría aquel aire soñador y dolorido á penas sufridas en el orgullo, en sus ensueños de adolescente ó en su dignidad de mujer, al verse enlazada con un sér tan despreciable como Samuel... Pero *Tamo* es Hebrea..., y su mirada melancólica, su aire lánguido y majestuoso y el timbre de su acento, dulce como los trinos más graves del ruiseñor, no pasan de ser fenómenos físicos, puramente materiales, debidos quizá á la circunstancia de estar criando, ó á vulgarísimas desgracias ocurridas en sus intereses domésticos... Con todo, no puede menos de confesar que *Tamo*, considerada como estatua ó como

pintura, es una mujer admirable, bellísima, encantadora.

—Dime tu nombre...—le supliqué yo maravillado, en tanto que Iriarte hacía el retrato de su peregrina beldad.

Ruborizóse, y miró á su marido.

—¿Para qué quieres saberlo?—me preguntó éste con una tristeza que suplía por la cólera, incompatible con las circunstancias y con su carácter.

—Para recordarlo—le respondí, afectando crueldad.

—Díselo...—murmuró el Hebreo, mirando á su mujer con ojos de serpiente.

—*Tamo*—exclamó la hermosa Judía, bajando los aterciopelados ojos.

Y sus largas pestañas negras sombrearon casi las enrojecidas mejillas.

Yo me ruboricé á mi vez, sin explicarme lo que acababa de oir...

Tamo, en italiano, significa *te amo*, como todo el mundo sabe.—¡La bella Israelita tenía, pues, por nombre la más tierna frase del más dulce idioma!

—¿Te llamas *Tamo?*—repliqué yo maquinalmente, ó por repetir el equívoco.

—Sí, *Tamo*.

—¡Tanto mejor!—murmuré al cabo con triste ironía...

Y aquella otra apariencia engañadora, que, como la de su hermosura, nada encerraba que fuese hijo del sentimiento, acabó por disgustarme de la hechicera joven, cuyo grotesto esposo y sucios hijos se aparecieron á mi imaginación en ridículo grupo...—Y al fin y al cabo hube de suspirar por mis ausentes vírgenes cristianas, que, como no esperan ser madres del *Mesías*, se engríen en ostentar durante los años de la juventud, y aun algo después, la aureola de la pureza.

X.

Primera Misa en *Tetuán.*—*Nuestra Señora de las Victorias.* —La nueva primavera.—Un domingó por la tarde.—Mi nueva casa.

Día 12 de febrero.

Quiero que el sublime cuadro que hoy ha contemplado la ciudad de *Tetuán* se refleje y perpetúe en esta humilde Crónica con todos sus accidentes y pormenores; quiero que no se extinga nunca la luz de este día; quiero que las emociones que agitaron esta mañana al Ejército cristiano, cuando se celebraba por primera vez el Sacrificio de la Misa, pública y victoriosamente, dentro de los muros de la ciudad agarena, se graben en la Historia de mi patria; duren más que nuestros mortales corazones; conmuevan en lo futuro á los hijos de nuestros hijos, y eternicen la alegría del más señalado triunfo que hemos alcanzado en Africa;—cual ha sido proclamar en alta voz los nombres de Jesús y de María sobre las piedras regadas tantas veces con sangre de nuestros mártires y en presencia de los ya vencidos verdugos.

Desde que hoy, domingo, Dios echó sus luces, conocióse en los Campamentos españoles de uno y otro lado de la ciudad, y en las casas de la misma donde hay alojados, que se preparaba alguna gran función. —Todos los soldados arreglaban de la mejor manera posible sus rotos y descoloridos uniformes; lavábanse cuidadosamente; limpiaban sus fusiles (no ya por dentro, para que funcionasen bien, sino por fuera, á fin de que brillasen al sol); peinaban sus crecidos cabellos, y hasta algunos se afeitaban la luenga barba con que tenían pensado llegar á su país en testimonio de la áspera vida que aquí habían llevado.

A eso de las diez, ya formaban en la *Plaza de España* diez ó doce Batallones, alguna Caballería y mucha parte de la Oficialidad del resto del Ejército.—Entretanto, acabábase de disponer un altar á la

puerta de cierta pequeña mezquita, habilitada para *templo católico*, que debía de bendecirse é inaugurarse hoy.

¡Aquel altar estaba adornado con algunas floridas macetas, dos velas moriscas (puntiagudas y pintadas de colores), un Crucifijo de cobre, y una estampa que representaba á la Virgen María!—Nada más poseíamos con que glorificar á nuestro Dios; pero aquellos tiernos y sencillos homenajes no podrían menos de serle tan gratos como la magnificencia del templo de Jerusalén.

El interior del templo no era mucho más notable. Una alfombra turca; otras cuantas macetas; una fuente con el agua que había de bendecirse, y algunos chales y pañuelos morunos, con que formar pabellones en torno al Sagrario, habían sido afanosamente buscados por todo *Tetuán* y encontrados al fin en la *Judería*.—Por cierto que yo, á fuer de antiguo seminarista, he ayudado más que nadie al Padre Sabatel á erigir el altar y adornar la nueva iglesia.

El Padre sabatel es un modelo de sacerdotes cristianos. Fué fraile francisco de la Orden de Descalzos, y hoy pertenece á esas beneméritas Misiones de Filipinas que tantos servicios prestan al Cristianismo y á la civilización. Nació en Cataluña; aun no tendrá cuarente años, y es alto, fuerte y hermoso como un San Pablo. Su acendrada piedad, su modestia, su tolerancia, la pureza y sencillez de sus costumbres, y su ardiente caridad con los desgraciados, lo hacen verdaderamente adorable. Ha recorrido todo el litoral de Africa y mucha parte del interior del Imperio de Marruecos, predicando la doctrina de Jesús; y ha estado también en América, en Asia y en Oceanía. Ha sufrido todas las penalidades que los hombres y los elementos, los climas rigurosos y las necesidades humanas pueden acumular sobre una criatura. ¡Y, sin embargo, es tan feliz!—Su rostro ostenta continuamente la más pura alegría; es afable, decidor, cariñoso, y no comprende las felicidades que se dice

van unidas al poder y al dinero. Todo su caudal consiste en un hábito de lana, un Cristo de cobre y un Breviario. Con ellos acudió á Ceuta no bien supo que sus compatriotas estábamos en guerra contra infieles, y allí, en los hospitales de apestados, á la cabecera de los moribundos, ha pasado todo el tiempo de la Campaña, dando tales muestras de fe en Dios y de amor al hombre, que son muchos, innumerables, los hermanos nuestros que le han debido una muerte suave, dulce, tranquila, regocijada por la expectación de las alegrías eternas.—Tal es el hombre que estaba destinado á consagrar la nueva iglesia bajo la advocación de *Nuestra Señora de las Victorias*, nombre que llevó también el primer templo cristiano erigido en Orán por el Cardenal Cisneros.

A las once, cuando ya estaba dispuesto el altar y completamente llena la plaza, no sólo de tropas y gentes nuestras, sino también de Moros y Judíos, un agudo *punto* de corneta avisó la llegada del General en Jefe.

Presentaron las armas los Batallones, reinó un instante de silencio, y por el Arco de la Meca apareció el que ya era por Real nombramiento DUQUE DE TETUÁN.—Todas las músicas entonaron la Marcha Real, y miles de *vivas* ensordecieron el espacio.

Por la primera vez desde que llegó á Africa, el vencedor vestía de gran uniforme.—Acompañábanlo todos los Generales, cada uno con su brillante Estado Mayor, y cercáronle muy luego cariñosamente, para felicitarlo, todos los paisanos agregados al Ejército..., corresponsales, pintores, comerciantes, curiosos, gente marinera de los buques mercantes, cantineros, etc, etc.

O'Donnell con su comitiva, y seguido del inmenso grupo que acabo de decir, se colocó cerca del altar, en un alto que forma allí el suelo desigual de la plaza.

Todas las azoteas estaban coronadas de Judíos, cuyas figuras bíblicas, vestidas de azul, blanco y rojo,

se destacaban en el cielo.—Allá, lejos, veíase la gigantesca mole de la próxima Sierra de Samsa, cuya enorme cima semejaba una pirámide apoyada sobre las casas mismas de Tetuán.—Y, en fin, sobre la ciudad y sobre el monte dilatábase una apacible y despejada atmósfera en que irradiaba el sol sus más alegres y cariñosas llamas...—¡Era un cuadro espléndido y gracioso, que más parecía imaginado por el arte que obra de la casualidad!

Después de bendecida la nueva iglesia, el Padre Sabatel se revistió otros ornamentos sagrados y principió la Misa.

La tropa estaba firme sobre las armas. Todos los que ceñían espada, hallábanse asimismo de pie, con el acero desnudo. Los paisanos se habían puesto de rodillas, y los Judíos también... por adularnos.—En cuanto á los pocos Moros que aún permanecían en la plaza, seguían apoyados en los quicios de las puertas, observando la ceremonia con más curiosidad de la que suelen sentir con relación á nuestros actos...

Después del Evangelio, el Padre Sabatel predicó una sencilla é inspirada plática, que arrancó muchas lágrimas del corazón de nuestros soldados, pues les habló de todo lo que podía alegrar y mejorar su espíritu, concluyendo por vitorear á Dios, á la Virgen, á la Patria, á la Reina y al General en Jefe...

Llegó la Consagración. Todo el Ejército rindió las armas, dobló la rodilla y abatió la frente... Las bandas de música batieron Marcha Real... Los golpes de pecho producían un largo y sordo rumor que parecía el sollozo del ánimo contrito...

En aquel instante, dos ó tres Moros, únicos que ya quedaban en la plaza (pues los demás se habían ido marchando poco á poco), sintieron no sé qué extraña emoción, no sé qué respeto á aquel Dios á cuyas plantas veían humillarse tan poderosas legiones, no sé qué miedo, no sé qué ira...—Ello fué que, súbitamente, en medio de la inmovilidad y el recogimiento de todo el concurso, echaron á correr, atra-

vesando la extensa plaza, y desaparecieron por el ancho arco de la Calle de la Meca, como si los persiguiera un fantasma aterrador...

—*Fugite, dæmones!*...—murmuraron algunas voces en torno mío.

Y, en efecto, parecían demonios huyendo delante de la Cruz.

. . . . . .

Después de la Misa, desfilaron las tropas por delante del Duque de Tetuán.

¡Qué aire tan marcial el de aquellos aguerridos Batallones! ¡Y con qué amor, con qué entusiasmo, con qué gratitud los veíamos pasar, fieros y tranquilos como en los recientes días de gloria y de matanza!—Los Judíos, pálidos y trémulos, se estrechaban unos contra otros, como diciéndose:—«¡Estos son los que no temen á los *Morios!*»

Terminado el desfile, el General O'Donnell dió libertad á los *prisioneros moros* que teníamos en nuestro poder.—¡Nada mejor que este acto de misericordia pudo excogitar nuestro caudillo para hacer sentir á los Mahometanos el espíritu de aquella Religión, cuyo más alto misterio acabábamos de celebrar por vez primera en la rendida ciudad musulmana!

Las restantes horas del solemne día de hoy han sido de asueto, de inocentes distracciones y de cierta melancólica alegría.

Los soldados están con la nueva iglesia como con una novia. Toda la tarde se les ha visto al pie del altar, ya arrodillados y en cruz, cumpliendo promesas que habrían hecho tal ó cual día de Acción; ya rezando por sus camaradas muertos; ora dirigiendo á la Virgen verdaderas Letanías de requiebros y flores, á medida de la imaginación de cada cual; ora hablando de Teología á su manera...

—¡Ya se ven los Santos de España! (decía un artillero á otro, al salir de la antigua mezquita). ¡Ya se ve la gracia de Dios!

—¡Morena, Dios te lo pague por habernos sacado

con bien!—exclamaba un húsar dirigiéndose á la Virgen de las Victorias.

—¡Vamos á buscar flores para obsequiar á esta prenda!—añadía un cazador, enviando un beso con la mano á la Madre de Jesús.

¡Oh, nobles soldados; piadosos cuanto fuertes; tan humildes y misericordiosos en la paz como arrogantes y terribles en la guerra! ¡Qué orgullosa debe estar de vosotros la Patria que representáis tan dignamente!

. . . . . .

Yo he acabado de festejar el domingo pasando toda la tarde en el llamado *Jardín del Gobernador*, situado en la plaza, y perteneciente al palacio del mismo nombre, donde se aloja nuestro General en Jefe los días que viene á la ciudad.

Allí, aspirando efluvios de vida y aromas de flores de la primavera de 1860, que ya sonríe en Africa; sentado á la sombra de corpulentos naranjos y limoneros; oyendo cantos de pájaros que me recordaban los cármenes granadinos y las arboledas de Aranjuez; viendo correr alegres chorros de agua que iban á reunirse en un gran estanque de alabastro; mirando en torno mío hiedras y jazmines, que vestían con su verde pompa los muros del vecino harem; allí, digo, he pensado (por la primera vez desde que vine á la Guerra) en el día, acaso muy próximo, de mi regreso á España; me he visto solo, libre, lleno de vida, juventud y esperanza; me he transportado á otros *domingos*, ya de mi pasado, ya de mi porvenir; he contemplado toda mi existencia á la luz de una pasión inextinguible, de una fe inagotable, que vaga de cosa en cosa, que sobrevive á los objetos en que se cifra y que triunfó ya muchas veces de la muerte de seres adorados; he sondeado, en fin, con la imaginación los días futuros, y creído divisar deliciosos fantasmas que me sonreían con ternura y me llamaban á la bienaventuranza de la tierra, al hogar del amor, á la escondida y consagrada fuente de una nueva familia...

¡Oh! Yo no pudiera explicar todas las emociones que he sentido, toda la felicidad que he experimentado en aquella hora de melancolía...—Los secretos latidos de la Naturaleza, que despertaba también al amor y á la reproducción; los blandos conciertos de las aguas, de las aves y de las hojas; la fragancia de las nuevas flores; las desmayadas luces del sol poniente, dando el último adiós á las caladas torres de próxima mezquita..., ¡todo me hablaba el lenguaje dulcísimo de aquella pacífica tristeza que precede siempre á la resurrección de perdidas esperanzas, al retorno de afecciones por mucho tiempo no sentidas, á cada nuevo florecer del corazón, á cada nuevo nombre de mujer que se graba en nuestra alma!...

¡Por Dios bendito, no vayáis á creer que toda esta música celestial quiere decir que me he enamorado de *Tamo* ó de cualquiera otra Judía ó Agarena!—¡Ay! ¡justo es decirlo! *No hay más mujer que la cristiana*, que la redimida, que la regenerada por el Evangelio...

Pero os hago gracia por hoy de una disertación sobre el particular.—El hecho es que en el *Jardín del Gobernador* hay ya gran cosecha de violetas y jazmines; que me he pasado allí las horas muertas haciendo ramilletes, y que no tengo á quién regalárselos... —He aquí explicada toda mi sublime melancolía.

¿Qué hacer con esas flores?—Darlas á una Hebrea ó á una Mora, sería desperdiciarlas.—La Hebrea preferiría un puñado de plata; la Mora quedaría más contenta con un abrazo.—Las guardaré, pues, aunque se marchiten, y las llevaré conmigo á Europa...

. . . . . .

Post scriptum.—Los Moros aman extraordinariamente las flores. Las aman tanto, que, así como nosotros, los Españoles, pedimos en la calle á cualquier desconocido la lumbre del cigarro, ó tal como los Italianos toman un polvo de rapé en la abierta caja de cualquier transeunte, sin necesidad de conocerle, así ellos se acercan al que lleva flores, se apoderan de su mano, las huelen, y se alejan sin decir palabra.

Esto me ha pasado esta tarde con tres ó cuatro adustos Musulmanes.

Por cierto que yo ofrecí parte de mis flores al primer Moro que se me acercó para olerlas... Pero él se desentendió de mi ofrecimiento, mientras que Jacob me advertía que no volviera á hacer tal cosa, pues la cortesía semítica consiste en conservar las flores en la mano y permitir á todo el munde que disfrute de su aroma, sin aparentar uno mismo reparar en ello...

. . . . . .

El *Palacio del Gobernador* no merece ser descrito, después de haberos hecho ya admirar el del opulento moro Erzini.—Prescindo, pues, de él, y paso á pintar el interesantísimo cuadro que tengo ante los ojos mientras escribo estas últimas líneas de la historia de hoy...

Desde el *Jardín del Gobernador* me he venido al *Fondac*, que, como llevo dicho, es una plazoleta donde concluyen tres calles, lo mismo que el pueblo llamado de igual modo es la encrucijada de tres caminos de herradura.

Casi todas las tardes suelo sentarme aquí, en una tienda de mercaderes de Túnez, con quienes me entiendo en francés.

En esta plaza hay dos cafés argelinos, es decir, dos portales rodeados de un poyo de cal y canto, cubierto de estera de palma, donde siempre se ven tendidos á la larga, ó sentados con las piernas recogidas, seis ú ocho Marroquíes taciturnos, que ya fuman, ya toman polvo, ya alargan la tacita del café para que se la llenen de nuevo...

Los Musulmanes toman el café asado, más bien que cocido. Digo esto, porque le hacen hervir en un cazo de hierro metido entre brasas, hasta que se forma una especie de *barro tostado*, sumamente oloroso y de un sabor exquisito para los inteligentes en la materia.

Yo, como muy aficionado al buen café, hago un verdadero abuso de estas pócimas, que, lejos de qui-

tarme el sueño, como suele el café hervido á la europea, me produce una somnolencia deleitosa parecida á la del opio.

A lo que no me propaso es á sentarme en semejantes Establecimientos, desaseados en grado superlativo, sino que mando traer la taza á la tienda de los Tunecinos (donde se calla también más que se habla), y me abandono á mis contemplaciones filosófico-poéticas y melancólicos desvaríos... ó me pongo á escribir, como en este momento.

Aquí veo apagarse hoy las luces de la tarde en los claros de cielo que se divisan al través del alto emparrado que cubre esta plaza; examino atentamente todo lo que me rodea, procurando que se graben en mi memoria hasta sus últimos perfiles; pienso otra vez en los días, que no sé cuándo llegarán, ni si han de llegar siquiera, en que, habiendo regresado á España y tornado á mis antiguas costumbres, recordaré estas horas de meditación, pasadas á la vista de tan extraños espectáculos; me esfuerzo por adivinar lo que piensa y siente cada uno de los Musulmanes que me miran también en silencio, y lo que harán y dirán cuando nos hayamos ido todos los Españoles y recobren ellos la plena posesión de su ciudad amada; oigo, en fin, el monótono murmullo de un caño de agua que brota de cercana pared sobre una pila de tosca peña, y, entre su continuado rumor, percibo el lejano lamento del *Dervich* del arco... aquel eco fatal, incesante, misterioso, que, como todo lo que me cerca, habla de la inmutabilidad de los destinos humanos, de la repetición de las cosas y de los seres, de la lentitud de la vida, de la falacidad de las esperanzas cifradas en este mundo, y de esperanzas inefables en otro mundo superior, en otra vida eterna...

Como todas las noches, al regresar hoy desde la tienda tunecina á mi nueva casa, he tenido que venir á tientas por unas calles emparradas ó embovedadas, obscuras como boca de lobo.

No hay noche en que no pase aquí algún susto;

pues, á veces, en lugar de la pared, palpo el burdo jaique de tal ó cual Moro que se halla de pie en el hueco de una puerta, y que, al sentirse tocado, pronuncia ininteligibles palabras... Entonces yo, más muerto que vivo, me paso á la otra acera, deplorando mi temeridad de quedarme solo de noche en unos barrios tan apartados...

Mi encuentro de esta noche ha sido de otro género.—Iba yo por el que llamaré *mi camino*, cuando descubrí dos figuras con la capucha calada, de las cuales la que iba delante alumbraba con un farol á la de atrás, mientras que ésta llamaba desde luego la atención por su elevada estatura y larguísimo jaique negro.

Híceme á un lado para dejar paso libre á aquel personaje, sin acertar á darme cuenta de quién podría ser; pero figuraos mi sorpresa cuando vi que extendía una mano, hasta entonces oculta en la ancha manga de su jaique, y la dejaba caer sobre mi hombro, exclamando regocijadamente:

—«*¡Hola, amigo! ¿Qué hace usted aquí?*»

Era el Padre Sabatel.

Su hábito de franciscano me había hecho confundirlo con un Moro.—Pero el que lo acompañaba, alumbrándole, era efectivamente Musulmán...

El virtuoso Sacerdote venía de ayudar á bien morir á un pobre soldado nuestro, alojado en casa del Marroquí del farol.—Dicho soldado acababa de expirar víctima del Cólera...—(¡Porque sabréis que en Tetuán está el Cólera desde hace tres días!)

Después de un minuto de conversación, el Padre Sabatel siguió hacia la iglesia...

Yo permanecí inmóvil, contemplando de nuevo aquellos dos seres tan iguales en la forma y tan desemejantes en el fondo; y, sólo cuando desaparecieron los dos encapuchados, continué mi marcha entre las tinieblas, hasta que, por último, logré dar con mi nueva casa.

Y á propósito: *mi nueva casa* no es ya la del Judío

Abraham, sino la *Fonda* que ha puesto Santiago en el *Zoco*, hoy *Plaza de España*.—En cuanto al edificio, debo decir que es la antigua casa de un tal *Achas*, Gobernador que fué de Tetuán hasta el año 1850 de la Era Cristiana (1238 de la hégira), en que el difunto Emperador Abderramán dispuso de la persona y dinero de aquel ilustre personaje,—¡cuya sombra suele aparecérseme en sueños... muy airada de que me atreva á dormir en su misma alcoba!...

Aquí doy punto por hoy, á las nueve de la noche, y métome en la cama á toda prisa, á fin de madrugar mañana, que probablemente no os escribiré, por estar invitado á jugar al tresillo en el Campamento del General Prim...

XI.

Banquete moro.—Vuelven los Parlamentarios. *Soirée* musulmana.

16 de febrero.

Han pasado cuatro días insignificantes; pero el de hoy dejará en mi imaginación indelebles recuerdos.—¿Cómo no, si desde su primera hasta su última hora ha sido para mí un verdadero *día mohometano*, que he pasado entre Moros, haciendo su vida, comiendo en su mesa y hablando amigablemente con ellos?

Es el caso que esta mañana fuí invitado por el Conde d'Eu á una *comida árabe* (así me la anunció) que le daba un rico Moro de Argel, llamado *Abd-el-Kader*, sobrino de aquel famoso General del mismo nombre que tanto figura en el reinado de Luis Felipe.

El aristócrata argelino (que también tiene casa en Tetuán y en otros puntos) obsequiaba, por tanto, al Conde d'Eu, como á nieto de aquel gran monarca, que tan generoso fué con el vencido héroe de la Argelia.

Los convidados, además del joven Príncipe, éramos seis: un Moro, amigo de Abd-el-Kader; Don José María Pacheco, hermano del famoso orador y ex Ministro; D. Carlos Coig y O'Donnell, sobrino del General en Jefe; el Sr. Velarde, Ayudante del Duque de Montpensier; Mr. Chevarrier, el periodista francés que conocimos en Ceuta, y vuestro humildísimo servidor.—Total de comensales, ocho.

La cita era *después de la oración del medio día.*—A esta hora nos reunimos en la *Plaza de España*, y, precedidos del anfitrión, que llevaba en la mano (cosa muy común en los Moros) la llave de su casa, nos dirigimos allá, poseídos todos de la ardiente curiosidad que podéis figuraros.

Después de muchas vueltas y revueltas por angostísimas calles, paróse, al fin, Abd-el-Kader frente á una puertecilla; abrióla, y penetró *delante de todos*, haciéndonos seña de que lo siguiéramos.

Atravesamos un estrecho pasadizo obscuro; franqueósenos otra puerta (sin que viéramos quién la franqueaba), y el sol volvió á brillar ante nuestros ojos.

Estábamos en un gran patio, fresco, limpio, sosegado, y de lujosa y elegante arquitectura.—Sólo el rumor del agua interrumpía el silencio de aquel lugar.—Parecía que nos hallábamos ya á muchas leguas del *mundanal ruido.*

Abd-el-Kader sonrió de placer al verse dentro de su casa.—Todos sabíamos que tenía en ella mujeres y esclavas, y aun creímos escuchar leves pasos y misteriosos cuchicheos detrás de algunas puertas... Pero nadie se dió por entendido de ello.—La casa estaba *sola en apariencia*...—¡Deber nuestro era considerarla *sola en realidad!*

Subimos una escalera muy pina, como todas las de Tetuán; atravesamos un corredor, cubierto de primorosos artesonados, y llegamos, por último, á un lindo camarín, donde estaba preparado el banquete.

Antes de penetrar en él nos despojamos de las ar-

mas y de las espuelas, pidiendo al huésped que nos perdonara si no nos descalzábamos también, como él había hecho.

El sobrino del último héroe númida nos dispensó con una fina sonrisa.

El camarín estaba lujosamente alfombrado. En medio de él se hallaba la mesa, que, por lo baja y redonda, recordaba las tarimas de nuestros braseros; y en torno de ella había gran cantidad de almohadones y otomanas de riquísimo damasco ó de otras telas de seda, entretejidas de plata y oro...

El techo era estalactítico, y las dos puertas de la habitación consistían en dos graciosos arcos de herradura artísticamente calados.

La mesa estaba ya servida.—Cubríala primeramente un mantel de lana. Sobre él se veían tres fuentes de cristal de Trieste, una de ellas colmada de higos chumbos, y las otras dos llenas de *alcuzcuz* de dos diferentes clases.—Por último, una especie de compotera de cristal, con arabescos de oro, contenía el agua...—Y he aquí todo lo que el sobrino de un Príncipe daba de comer al nieto de un Rey.

En cambio, las cucharas que nos presentó eran de extraordinario mérito. Componíanse de muchas piezas: el mango de cada una de ellas tenía un trozo de coral, otro de plata, otro de cornalina, otro de ámbar y otro de marfil, mientras que la parte cóncava era de carey.

—¡Magníficas cucharas!—exclamamos todos.

—Son de Constantinopla — respondió nuestro huésped.

Y se puso á servirnos.

Abd-el-Kader tendrá veintidós años, y es de pequeña estatura, rubio y sumamente elegante. Cada día se le ve con un traje distinto. Sus fajas y sus turbantes volverían loca á una Sultana. Tiene pies y manos de mujer, mirada soñadora, la boca triste, y corva nariz de orgulloso. Vive dedicado al comercio; pero no interviene directamente en él, sino que se

conforma con el empleo que varios amigos dan á sus intereses.

El que hoy le acompañaba, joven de diez y ocho años, imberbe, pálido, ligeramente grueso, blanco y rubio como un alemán, no tiene de Moro sino el traje, la seriedad y las pocas palabras. No recuerdo su nombre; pero sí que habla el francés y el italiano admirablemente, así como Abd-el-Kader.

Ambos jóvenes han viajado por toda Europa y por Oriente; conocen á fondo las grandes cuestiones políticas que hoy conmueven el mundo, y confiesan que el Islamismo es ya un cadáver; pero lo dicen en el tono de quien piensa ser enterrado con él.

La admiración de Abd-el-Kader por su ilustre y desventurado tío raya en adoración fanática.—Cuando oyó al Conde d'Eu elogiar el valor y la magnanimidad de aquel héroe, á quien la Francia debió primero tanto luto y después tanto agradecimiento, los ojos del mancebo argelino se nublaron de lágrimas...

—¡Abd-el-Kader no ha muerto todavía!—murmuró por último.

—¿Dónde está ahora?—le preguntamos nosotros.

—En Damasco, donde es querido y respetado como un sér superior al hombre. ¡Ahora duerme! ¡Yo espero que despertará algún día y que su gran figura merecerá nuevos aplausos de toda la Europa civilizada!

El *alcuzcuz* es un alimento tan agradable como nutritivo.—Lo había de dos clases: el que los Moros nos aconsejaron que tomáramos primero resultaba más substancioso y más pesado, y componíase de harina, azúcar, manteca y otros ingredientes, que le hacían tan agradable al paladar como al olfato. El segundo, mucho más ligero, equivalía á un postre. Yo lo hallé demasiado dulce y aromático. Olía á celindas.

Después del *alcuzcuz* (que nos dejó tan satisfechos como pudiera el más opíparo banquete), probamos los higos chumbos, también exquisitos, y sacamos cigarros, como era de rigor entre Españoles y Moros.

Entonces se abrió una puerta, y apareció un negro, medio desnudo, medio vestido de blanco, con una mecha encendida en la mano derecha y la pipa de su señor en la izquierda...

—¿Queréis pipas?—nos preguntó Abd-el-Kader.

—No: preferimos los cigarros—le respondimos.

—Ya lo sabía; y por eso no las he hecho preparar, —replicó el amigo del huésped.

Con gran extrañeza mía, no nos dieron café.

—El café no tiene nada que ver con la comida. Es un placer de otra naturaleza—me explicó en español Mr. Chevarrier.

—El café es, como si dijéramos, el alimento del alma...—añadí yo entonces por vía de comentario.

—Justamente: como para nosotros la lectura—replicó el ingenioso francés.

—Yo diría mejor la música...—repliqué por mi parte.

—La música celestial...—insistió Mr. Chevarrier con suma gracia.

—Después de esta discusión, fuerza será tomar café en alguna parte—interrumpió el Conde d'Eu.

—En el Café de mi amigo Ben-el-Sus...—exclamé yo.

—Es cosa convenida—respondieron todos.

En esto nos habíamos ya levantado con ánimo de ir al Cuartel General del Duque de Tetuán, pues recordábamos que hoy era el día en que los Parlamentarios de Muley-el-Abbas habían prometido venir en busca de nuestras condiciones de paz.

Nos despedimos, por tanto, de los Argelinos; tomamos café apresuradamente en el *Fondac*, en casa de Ben-el-Sus; montamos á caballo, y nos dirigimos al Campamento de Levante.

. . . . . .

Los Enviados Marroquíes llegaron efectivamente á eso de las tres.

Las avanzadas del SEGUNDO CUERPO los condujeron á la tienda del General Prim.

Eran los mismos que vinieron el día 11, y acompañábalos un criado más, montado en un caballo negro, sobre dos pequeños capachos de tejido de palma. De estos capachos sacaron un cajón de dátiles, que regalaron al Conde de Reus, y siguieron su camino hacia el Cuartel General de O'Donnell, acompañados del Teniente Coronel Gaminde y de una escolta de Lanceros.

Recibida la noticia de su aproximación, hubo en el Campamento del General en Jefe un movimiento de vivísima curiosidad y de patriótico interés: formó la guardia á la puerta de la tienda de nuestro caudillo, quien penetró en ella seguido del Jefe de Estado Mayor general y del intérprete Rinaldy, y una muchedumbre inmensa de Oficiales y soldados abrió paso á los Embajadores del Príncipe vencido.

Estos avanzaron con aquella gravedad que nunca pierden los Moros, y que, unida á sus trajes talares, hace que aparezcan respetables y dignos aun en las situaciones más adversas.

Una vez dentro de la tienda del Duque de Tetuán los Generales Moros, reinó profundo silencio en el Ejército.—¡A nadie se le ocultaba la solemnidad de aquel instante!—¡Y era que todos sabíamos que O'Donnell recibió ayer de Madrid las *condiciones* con que nuestro Gobierno *accedería* á firmar la paz con Marruecos... y que entre ellas figuraba una en que se pedía la *incorporación perpetua del Bajalato y de la ciudad de Tetuán á la Nación Española!*

—«¡Qué imprudencia!» fué ayer la exclamación de todo el Ejército al saber esta noticia.—«¡Qué imprudencia!» decía también la cara del General O'Donnell;—lo cual no ha impedido que después se calle todo el mundo, como prescribe la Ordenanza, resignándose á batallar (con utilidad ó sin ella) todo el tiempo que deseen los políticos de Madrid.

Pero yo no soy tan militar, ó, por mejor decir, no estoy tan acostumbrado á serlo, que pueda guardar silencio al ver que mi Patria, arrebatada por una fan-

tasía poética, se lanza de ese modo á un abismo, y voy á decir mi opinión sobre el asunto.

Pedir á *Tetuán* es pedir la continuación indefinida de las hostilidades con Marruecos, ya nos ceda su Emperador esta plaza, ya nos la niegue.

Si nos la niega (que nos la negará de seguro), la guerra será como hasta aquí, de potencia á potencia, franca y oficial; es decir, una guerra que nos cueste 100.000.000 de reales y cuatro mil soldados por mes.—En ella alcanzaremos mucha gloria; pero nos arruinaremos miserablemente, y no lograremos otro resultado que dar un paseo por el interior de Africa, para volvernos después á España cargados de laureles y de deudas.

Y si el Emperador de Marruecos nos concede á *Tetuán*, la guerra continuará también, pero mucho más desastrosa, porque será menos franca. Es decir, que estaremos *oficialmente* en paz, y, entretanto, todas las kabilas del Imperio rodearán á *Tetuán*, mal que le pese á S. M. Sheriffiana (si es que antes no le arrojan del trono), y nos hostilizarán de día y de noche; nos bloquearán completamente y con más facilidad que á Ceuta y á Melilla; nos obligarán á tener veinte mil hombres establecidos en reductos por las sierras de estos contornos; gastaremos los mismos 100.000.000 de reales y los mismos cuatro mil hombres por mes: ¡situación poco lisonjera, que no tendrá fin hasta que consigamos exterminar, ó convertir al Cristianismo, á los diez millones de habitantes que, según dicen, comprende el Imperio de Marruecos!

Pues supongamos que nada de esto sucede: supongamos que desde el Emperador hasta el último de sus vasallos se conforman hoy, mañana y siempre con que el Bajalato de Tetuán sea nuestro...—¿Qué habremos conseguido?—Tener una colonia más en Africa.—¿Y de qué nos servirá esta colonia?—¿Será *comercial?*—Con Marruecos no se comercia por la vía de las armas; ¡y, si no, dígaseme qué comercio hemos sostenido hasta ahora desde Melilla y Ceuta

con el interior del Imperio!—¿Será *agrícola* la colonia?—¡Más que lejanos terrenos que cultivar, necesita España brazos que roturen los desiertos que dejaron en ella los que se marcharon á conquistar el mundo desde el siglo XVI en adelante!

Es, por tanto, una insigne locura empeñarse en la conservación de Tetuán... y así lo comprende hasta el último de nuestros soldados.—Dicho lo cual sigo mi relación, repitiendo que en nuestro Campo reinaba el más profundo silencio, en tanto el General O'Donnell leía á los Enviados de Muley-el-Abbas las *Condiciones de paz remitidas de Madrid.*

Según luego he sabido, los Marroquíes oyeron sin pestañear una y otra cláusula.—España les pedía una fuerte indemnización de guerra; ensanche de territorio hacia el Serrallo; un Tratado de comercio; tolerancia para el culto cristiano y protección á nuestros Misioneros; permiso á nuestro Embajador para residir en Fez; la ratificación del ensanche del Campo de Melilla, y, finalmente, la plaza de Tetuán, su territorio y las leguas de playa recorridas por nuestro Ejército...

Todo lo oyeron sin dar muestras de pesar ni de sorpresa; pero al llegar á la cesión de la ciudad, miráronse con muda desesperación, como diciendo: —«*¡Lástima que no pueda hacerse una paz tan necesaria!*

Terminada la lectura, dióseles el pliego de condiciones; guardáronlo ellos cuidadosamente, y pidieron los caballos á uno de los Riffeños que había quedado á la puerta de la tienda.

En seguida mandaron descargar varios cajones de dátiles, suplicando al General O'Donnell que los aceptase, no sin advertirle que eran de las huertas del Emperador y que se los remitía Muley-el-Abbas en testimonio de respeto y de cariño...

Por nuestra parte los obsequiamos con café, dulces y cigarros; y, habiendo sabido que los Príncipes carecían de muchas cosas en su Campamento del

Fondac, preguntóse á los Parlamentarios si les sería grato recibir azúcar y café, de que son tan amantes los Moros, á lo que contestaron afirmativamente.

En seguida pidieron permiso al General O'Donnell para pasar la noche en Tetuán, alegando que estaban muy cansados.—O'Donnell accedió á ello con el mayor gusto, y los confió á la galantería del General Ríos, al lado del cual, y seguidos de una gran escolta, tomaron el camino de su ciudad amada.

Creo inútil decir que yo me arrimé á mi bondadoso amigo el General Ríos, resuelto á no separarme de él hasta que los caudillos moros hubiesen abandonado á Tetuán.—¡Y era que adivinaba el vasto campo que, durante esta tarde y esta noche, habían de ofrecer á mis observaciones y estudios aquellos insignes personajes!

. . . . . .

No me he engañado ciertamente. Esta es la hora en que llamo ya mis amigos á los cuatro graves Generales, mientras que mi libro de memorias está lleno de preciosísimos apuntes...

Pero vamos por partes.

La entrada de los Parlamentarios en la plaza se verificó con toda solemnidad; pues excusado es decir que se les hicieron los honores que previene la Ordenanza, sin contar los correspondientes al General Ríos.—Batiéronles marcha las músicas desde que penetraron por la *Puerta de la Reina;* las tropas agrupadas á su paso los saludaron rigurosamente, cuadrándose como autómatas; formáronse las Guardias donde las había, y todo, en fin, pudo dar idea á los Moros de la severa disciplina de nuestro Ejército.

Esta vez los Mahometanos de Tetuán se dignaron fijar la vista en nuestra cabalgata, sin duda para leer en el semblante de los Jefes Marroquíes la sentencia que acababa de pronunciarse.—«*¿Qué tenemos que hacer? ¿Qué habéis hecho?* (parecían preguntarles). *¿Habéis vendido la Patria? ¿Sabéis cuánto sufrimos?*

¿Deberemos sublevarnos contra el invasor? ¿Hay esperanza para este desgraciado pueblo?»

Los Generales moros caminaban con inalterable continente. Nada contestaban sus ojos ni sus labios á aquellas mil tácitas preguntas. Pero yo me atrevo á creer que este digno silencio pareció de buen agüero á los Tetuaníes...

—«Cuando el Moro habla mucho, está mintiendo»—dice un adagio árabe.

El General Ríos paseó á los Parlamentarios por todo Tetuán, tal vez con el fin de que formasen idea de los medios de ataque y defensa que poseemos, así como de nuestra cultura...

Llevólos, por ejemplo, á la oficina del Telégrafo Eléctrico que hemos establecido aquí para comunicarnos rápidamente con nuestra Escuadra, y les explicó detenidamente el mecanismo y la teoría del aparato.

Ellos asintieron con la cabeza, aunque estoy seguro de que no habían comprendido ni una palabra.—Verdad es que tampoco prestaron grande atención al maravilloso invento...—¿Qué les importaba la prontitud de las comunicaciones, si lo que desean es vivir incomunicados, no sólo con el resto del mundo, sino entre sí mismos, y, sobre todo, con su temido Emperador?

—¡Vamos!... Preguntad algo á la *Aduana*, y veréis qué pronto tenéis contestación...—les dijo el General Ríos.

—Nada deseamos saber—respondieron los Musulmanes.

—Cualquier cosa... ¡Aunque no os importe saberla!—insistió el primero.

—Pregunta tú si sale algún buque para Gibraltar —exclamó el Gobernador de Tánger.

Al oir estas palabras, todos nos miramos, como interrogándonos si habrían sido dichas con ánimo de humillar nuestro amor propio.—Yo no puedo dudarlo: ¡el Moro, de paso hoy en su ciudad perdida, no

tiene para su orgullo otro consuelo que pensar en que los vencedores vemos también ondear un pabellón extranjero sobre los muros de una ciudad española!—Además, era recordarnos que los Marroquíes no están solos en el mundo, sino que cuentan con la Diplomacia y con la Marina inglesa para un caso de suprema necesidad...

La contestación telegráfica fué rapidísima.

Esto les admiró ya un poco... Pero no tanto como habían de sorprenderles nuestros magníficos hornos de campaña.

Con la más viva curiosidad oyeron la descripción que les hizo el General Ríos de la prontitud con que se provee al Ejército de exquisito pan por medio de aquellos hornos.—Y fué, sin duda, que recordaron las hambres que sus tropas habían pasado durante la guerra...—Hubo, pues, que explicárselo todo prolijamente; examinaron los hornos de todas maneras, fríos, caldeados y funcionando; y vieron cocer unos panes destinados á ellos, á fin de que les sirviesen para el camino de mañana, y hasta comiéronse uno en probaturas...

—Ya veis que, en media hora, la masa se ha vuelto pan...—dijo Ríos.

—En mi huerta (le contestó el Gobernador del Rif) tengo yo un horno que asa gallinas en menos tiempo.

—¡Mucho es que este hombre se atreve á revelarnos lo que tiene dentro de su huerta!...—reflexioné yo, trasladándome con la imaginación á aquella ignorada casa de aquel ignorado pueblo donde aquel raro personaje asaba gallinas cuando no tenía Cristianos que degollar.

Acercábase con esto la noche, y los Parlamentarios, invitados por el General Ríos á tomar café en su casa, le prometieron ir á las ocho, pidiéndole permiso para llegarse antes á su alojamiento..., ó sea á la casa de Erzini que describí el otro día.

—Id, pero no faltéis, que hemos de ser buenos amigos;—les dijo nuestro General.

—Descuida, no faltaremos...—contestaron los Embajadores.

Y, saludándonos con un grave movimiento de cabeza, partieron sin escolta, pues así lo desearon, y se fueron á buscar, por entre aquellas calles que tanto conocían, algún rincón en que entenderse con los Moros ocultos en Tetuán.

. . . . . .

Dos horas después hallábame en casa del General Ríos, ó sea en el Palacio del otro Erzini, esperando á los Generales marroquíes.—Los Españoles convidados á esta fiesta éramos ocho.

La habitación, de lujosa arquitectura arábiga, estaba adornada con espejos de Venecia de la época del Renacimiento...—(¿Cómo habían llegado á Tetuán aquellas antiquísimas lunas?—Todos pensamos en los famosos piratas que hace tres siglos arrojaba el Africa sobre las costas de Europa.) Veíanse además en aquel aposento magníficos divanes y otomanas de seda, lámparas turcas, cortinajes de gran mérito, enormes arcas labradas con exquisito primor, alfombras, pebeteros, mesas-tarimas y otros enseres del más riguroso estilo oriental.

Al mismo tiempo (y para uso de los Españoles) veíanse allí muebles europeos, llevados de la Judería: mesas altas, sillas y sillones de paja, candelabros con bujías de esperma, vajilla de porcelana y de cristal, y otros utensilios para el refresco, *té* ó *café* que se preparaba.

Completaban aquel singularísimo cuadro ciertos perfiles guerreros (del menaje de campaña del General Ríos): espadas, gumías, revólvers, espingardas, carabinas, puñales, altas botas armadas de espuelas, grandes anteojos, la cama de hierro que sirvió en la tienda, etc.; todo ello diseminado por los rincones, ó sobre el diván, ó colgado de las altas paredes.

Hacía frío, y se había preparado un brasero.

Dulces, bizcochos, frutas secas, cigarros, vinos y licores componían el refresco, que esperaba sobre una

mesa la hora del festín.—A ellas se agregaría á su tiempo el café...—*et voilà tout.*

Sin embargo, nosotros, y el mismo Ríos, acostumbrados ya á tantas privaciones, estábamos entusiasmados con la magnificencia que habíamos conseguido desplegar.—¡El agua estaba en botellas! ¡Se podía hacer ponche! ¡El café se tomaría en tazas! ¡El vino se bebería en copas de cristal.—No podía darse mayor lujo.

A eso de las ocho y media, una banda de música, preparada al efecto en el patio, nos dió la señal de la llegada de los Marroquíes.

Pocos momentos después, un niño Moro, de ocho ó diez años de edad, graciosamente vestido (y que no era sino aquel hijo del Cónsul de Austria que fué al Campamento de Jelelí cuando la rendición de Tetuán), penetró resueltamente en la habitación, diciendo un *¡Hola!* en perfecto castellano que nos hizo reir á todos.

Detrás entró su padre, que, como recordaréis, se llama el HACH-*Men-Abet*, y el cual es hoy *Alcalde de los Moros de Tetuán*, nombrado por el General Ríos...—Esta noche venía además con el carácter de intérprete.

Por último, aparecieron los cuatro Embajadores, acompañados de otro Moro, que yo no conocía sino de nombre. Era *Erzini* el menor; el más rico de los dos hermanos de este nombre; el dueño de la casa en que á la sazón nos encontrábamos.

Los cuatro Enviados dejaron sus babuchas en la puerta de la sala y entraron descalzos completamente, sin que bastasen á impedirlo todas las instancias del General.—Erzini, no sólo no se quitó las babuchas, sino que llevaba medias.—Al Alcalde lo tenía ya dispensado Ríos de aquella ceremonia.

Después de decirnos adiós cuando salimos de los hornos de campaña, los Parlamentarios habían ido á orar á la Mezquita Mayor, donde se habían lavado pies y cabeza, no por mundano aseo, sino por obliga-

ción religiosa.—De cualquier modo resultaba que iban muy limpios, que fué indudablemente lo que se propuso el ingeniosísimo Mahoma al prescribirles con tanto cuidado las abluciones.

Los siete Musulmanes nos dieron la mano á todos los allí presentes, y después hubo una larga discusión en pantomima acerca del asiento que debía ocupar cada uno, resultando de ella lo que resulta siempre de los cumplidos: que todos hicimos lo contrario de lo que deseábamos, es decir, que los Moros se sentaron en silla, á la europea, y que los Cristianos nos sentamos en el suelo, ó sea sobre cojines, á la oriental...

Sin embargo, los Agarenos buscaron pronto su habitual postura, encaramándose poco á poco por los palos de las sillas, hasta cogerse los pies con las manos.—El *Kabo* ó Gobernador de Fez, hombre serio si los hay, no encontró sin duda bastante digna esta actitud, y acabó por echarse al suelo y sentarse sobre las piernas.

Entretanto, la banda militar tocaba en el patio la jota aragonesa, atronándonos los oídos; y yo estudiaba minuciosamente á los cuatro Generales y al rico Banquero, mientras que una conversación superficial, entorpecida por la lentitud de duplicadas truducciones, procuraba llegar á ser interesante.

Ahmet-el-Batin (el *segundo* de Muley-el-Abbas) era quien más sostenía el diálogo.—Joven, fino, nervioso, impresionable como un aristócrata andaluz, más parece hombre de ideas ó de papeles, que guerrero tan esforzado como lo califica la fama. Su palabra es vibrante, su gesticulación viva, sus réplicas calurosas y su movilidad extraordinaria..., sobre todo para un Sarraceno.

El Gobernador del Riff es el reverso de la medalla. Grave, atento, circunspecto, habla con cierta solemnidad, sonríe levemente cuando se le dirige la palabra, y piensa largo rato sus respuestas, que siempre vienen á interrumpir una nueva conversación.—Su fisonomía, poco favorecida por la naturaleza, re-

vela, sin embargo, mucho talento. Tiene fama de gran Diplomático y hábil General. Por mi parte, he notado desde el primer día que sus compañeros lo tratan con marcadas deferencias, cual si fuese el principal Enviado.

Su hermano, el General de la Caballería, de quien ya he dicho que habla español, es un soldado vulgar, franco y sencillo; de fisonomía ruda, pero agradable; alegre, en cuanto lo permiten estas circunstancias; expansivo, como rara vez lo son los Moros; hablador sempiterno cuando su ilustre hermano no le oye, y tímido y respetuoso como un párvulo, no bien éste le mira. — Sin embargo, se profesan mucho cariño...

—¡Somos de una misma madre! (nos dijo en voz baja el General de la Caballería, mirando con ternura al Gobernador del Rif). ¿No le he de querer? ¡Entre nosotros hay muy pocos hermanos nacidos de un mismo seno! — Además, ese que veis ahí es tan sabio y tan valeroso, que yo le temo como á mi padre y lo quiero como á mi madre...

El cuarto Enviado era el más interesante de todos, á lo menos para mí. — Hablo del segundo Gobernador de Fez. — Este singular personaje no despegó sus labios en toda la noche. Parecía hallarse entre nosotros como un acusado impenitente en la barra del tribunal. La poca ó mucha violencia que se hiciesen sus compañeros permaneciendo en nuestra compañía y sirviéndonos de espectáculo, era para él un verdadero tormento, una secreta rabia, una muda desesperación, que se revelaba en su actitud, en su gesto, en su mirada.

Nada comió ni bebió de cuanto le ofrecimos; ni por un instante cambió de postura luego que se echó al suelo; ni por casualidad dejó oir el acento de su voz. —Inmóvil, adusto, erguido sobre el almohadón en que estaba sentado á la oriental; con los brazos cruzados bajo su albornoz negro; con la mirada fija ya en uno, ya en otro de aquellos locuaces *infieles* (vulgo Cristianos) que tantas cosas hacían y decían sin pro-

ponerse nada importante; indiferente á las discusiones que se entablaban; insensible á los raptos de entusiasmo afectuoso (fingido ó verdadero) que dió de sí la conversación; refractario á la alegría que reinó en algunos momentos, el poderoso *Kabo* protestaba con su silencio contra todo lo que allí sucedía, ó formaba siniestros planes de venganza para cuando se reprodujese la guerra...— ¡Y cuenta que parece el más joven de los Parlamentarios!

Por lo demás, su tétrica figura contribuía á hacerle sombrío y pavoroso.—Es mulato pálido; tiene los labios gruesos y pensativos; los ojos de un negro aterciopelado; la barba muy bronca; torva la mirada; lúgubre el gesto, y vestía un traje obscuro, de severos pliegues, que contrastaba con los albornoces blancos de sus compañeros.—Parecía la imagen del dolor, la personificación del crimen, una alegoría de la noche, el genio del mal, el príncipe de los infiernos.—Lord Byron, en sus más tenebrosos poemas, no imaginó figura tan romántica ni tan espantosa.

Réstanos pintar á *Erzini*, tipo físico y moral diametralmente opuesto; á Erzini, el acaudalado sibarita; el carácter deprimido bajo el peso del oro; el hombre galante, flexible, lisonjero; el espíritu conciliador, acomodaticio, utilitario á todas horas.—Tendrá cuarenta y cinco años; es rubio como un irlandés; tiene ojos azules; gran nariz; flacas mejillas, pero muy encarnadas; barba prominente; alta y encorvada estatura; algún diente de menos, y un aire marcadísimo de astucia y penetración.—Se parece á Francisco I de Francia.

Erzini hablaba y reía como un descosido. Estaba sumamente alegre, y sus motivos tenía para ello. ¡El General Ríos acababa de entregarle una cartera que el opulento comerciante había olvidado el día 5 en la precipitación de la fuga, y que el Coronel Vargas se había encontrado sobre una mesa en la misma habitación que ocupábamos en aquel momento!—La tal

cartera contenía treinta ó cuarenta mil duros en letras *al portador* sobre Gibraltar.

Pasada media hora, y para excitar la confianza, se había principiado á servir el café...

Los Moros (exceptuando siempre al taciturno *Kabo*) hicieron los honores á todo lo que se les ofreció, comiendo bizcochos á dos carrillos, fumando como tudescos y tomando repetidas tazas de Moka.

El *Alcalde*, viejo ladino, que, so color de simpatizar con la causa de España, está favoreciendo cuanto puede á los míseros habitantes de Tetuán (en lo cual hace perfectísimamente), formuló, por vía de brindis, un gran elogio del carácter y proceder de los Españoles, exponiendo á los Generales marroquíes las grandes ventajas que reportaría su Emperador de una franca y estrecha amistad con España...

El General Ríos insistió sobre esto, y con mucho tacto mezcló en su discurso una descripción de los grandes medios de que aún podemos disponer en el caso de continuarse la guerra...

Los Musulmanes asentían á todo con la cabeza, y repetían una y otra vez «que Muley-el-Abbas y su Ejército querían la paz á toda costa y la amistad con España; pero que había gentes en el Imperio que se aprovecharían *de cualquier cosa* para conmover el trono del nuevo Sultán, mal asegurado todavía, y que por ello se vería tal vez su Majestad Sheriffiana en el caso de seguir, no la política de sus deseos, sino la que le impusieran las circunstancias...»

Era evidente que aludían á la continuación de la guerra con tal de no ceder á *Tetuán*.

Entonces el Alcalde fué más explícito.

—Si el Emperador (dijo) pierde á Tetuán, los partidos derriban al Emperador; y si derriban al Emperador, habrá guerra civil en Marruecos, y desorden y anarquía de muchos años, y vosotros no tendréis con quien tratar; y aunque tratéis con unos, otros dejarán de cumplir; y os veréis obligados á estar gue-

rreando aquí toda la vida, sin resultado alguno para España.

—Querer á Tetuán es no querer la paz—añadió sentenciosamente el Gobernador del Riff.

—¡Es que nosotros no le tememos á la guerra! (insistió el General Ríos). Nosotros podemos...

—¡No sueñes, General! (dijo textualmente y con su acostumbrada llaneza el Jefe de la Caballería marroquí). Vosotros no poder hacernos la guerra tres años seguidos, y nosotros poder hacérosla á vosotros durante cuarenta años. Moro estar en su casa, y Español en la ajena. La guerra costar á España mucho dinero... mucho dinero... y el dinero tener fin, como la vida y todo lo del mundo.—Lo que no tener fin es los Moros...—¡Morir unos y venir otros!...—¡Muchos moros... muchos... muchos!

La tremenda verdad que encerraban estas palabras nos hizo mirarnos asombrados de que un salvaje discurriera con tanto acierto.

—¡Todo eso se lo han enseñado los ingleses!...—murmuró uno de nosotros.

Aben-Abu comprendió la frase y se sonrió con malicia.

Después se habló de la pasada campaña; del sistema de combate de uno y otro Ejército; de las pérdidas sufridas por ellos y por nosotros...

Los Marroquíes confesaron que las suyas habían sido inmensas.

—La bayoneta y la artillería (dijeron) son vuestras grandes ventajas.

Ríos hizo el elogio de Isabel II y de O'Donnell.

Ellos manifestaron gran respeto hacia nuestro caudillo, cuya pericia, en una guerra que le era nueva, dijeron haber sorprendido mucho á Muley-el-Abbas.

—Nosotros creíamos que era más viejo—dijo el Gobernador del Riff.

—¿Y por qué?

—Por la prudencia.

Con este motivo recayó la conversación en Muley-el-Abbas.

—Es muy valiente y muy generoso (dijeron); pero tiene mala tropa.

—Yo mismo (añadió *su segundo*) tuve que matar por mi mano muchos Jefes de kabila el día de la batalla del Campamento...

—¿Y por qué?

—¡Por embusteros y cobardes! ¡Por haber huído más lejos de lo necesario!...

El Kabo de Fez estaba cada vez más sombrío.

Los otros Moros habían llegado á entusiasmarse. La expansión era general; la franqueza animaba todas las fisonomías; cada cual había tomado la postura más de su gusto; casi todos estábamos sentados ó medio tendidos en los divanes y otomanas; el humo de los cigarros envolvía por momentos algunas figuras...

¡Qué cuadro!—Yo no me había atrevido nunca á soñar una escena tan poética y solemne... Aquellos siete Magnates moros, con sus albornoces y sus turbantes blancos, con sus rostros graves y austeros, con su habla gutural, con sus clásicas actitudes; aquellos muebles orientales; aquellas alfombras y cortinas; aquella arquitectura; la ciudad en que nos encontrábamos; nuestra posición de soldados en campaña, de extranjeros, de vencedores; el ser nosotros los únicos, no sólo de nuestro Ejército, sino de nuestra Nación, que habían asistido á una tertulia semejante; la hora; el asunto de las conversaciones; la idea de que aquellos Generales habían estado enfrente de nosotros, en los montes y en la llanura, uno y otro día de pelea; la consideración de que acababan de llegar del Campamento enemigo, de que mañana regresarían á él y de que acaso jamás volveríamos ya á verlos, como no fuese tendidos en el campo de batalla: todo esto, digo, ¿no era mucho más de lo que pudo sonreir á mi imaginación, cuando, nuevo Don Quijote, abandoné el Seminario eclesiástico y salí de mi pueblo en busca de aventuras?

¡Ah! ¡Qué pocos poetas de nuestros tiempos habrán encontrado realidades tan maravillosas! ¡Qué pocos habrán gozado tan á sus anchas de lo fantástico, de lo extraordinario, de lo romancesco!—¡Afortunado yo mil veces!—Pero ¡cuánto, cuánto hubieran ganado nuestras Letras, si Zorrilla ó Fernández y González hubieran venido á Africa con sus liras de oro, en vez de venir yo, que sólo poseo una mal cortada pluma!

Por lo demás, casi todos los Españoles que estábamos allí éramos Andaluces, y nuestro carácter hablador, expansivo, entusiasta, exaltado por alguna libación y por la misma novedad de aquella escena, bastó para aturdir á los Marroquíes, para marearlos, para derretir su máscara de hielo y hacerles reir, hablar alto y entrar en dudas acerca de si los Europeos valdríamos efectivamente más que los Africanos...

Alegres, pues, aunque cavilosos; con la faz encendida y los ojos ardiendo; desconcertados; llenos acaso de envidia, pero también de admiración hacia unos seres tan varios, tan complejos, tan móviles y fecundos, despidiéronse cordialmente de nosotros á eso de las once, alegando que tenían que madrugar para hacer antes de partir largas oraciones, en atención á ser mañana *Viernes*...

De todo lo dicho con respecto á animación y júbilo, hay que seguir exceptuando al Kabo de Fez, el cual siguió callado y tétrico, y se despidió del General Ríos de una manera muy singular.—Dióle primero la mano naturalmente, como se usa entre nosotros; después cogiósela violentamente, cual si fuese á echar el pulso con él, y apretósela con una fuerza extraordinaria, mirándole fijamente y en silencio...

¡Era la primera señal de vida que daba en toda la noche; y aquella pantomima trágica, lo mismo parecía un arranque de cariño largo tiempo refrenado, que un reto para el primer combate, que una misteriosa maldición!—Ello es que se envolvió en su larguísimo albornoz negro y se marchó con el secreto de su idea...

¡Magnífico personaje!—Shakespeare lo adivinó completamente cuando escribió su *Otelo*.

Comentando estábamos nosotros éste y otros lances de la noche, cuando, al cabo de una media hora, se nos presentó de pronto el General de la Caballería, trayendo debajo del brazo un saco de dátiles.

¡Toma! (le dijo al General Ríos). Al llegar á casa hemos visto que nos quedaban estos dátiles. Cómetelos en nuestro nombre.

—¡Extraña gente!—nos dijimos todos con una mirada.

E hicimos sentarse á Aben-Abu, quien, viéndose libre de su hermano, se abandonó á su natural llaneza y nos dió un rato delicioso.

El bravo General habla *el presidiario* más bien que el español, por haberlo aprendido de nuestros renegados, y yo no podía transcribir aquí sus discursos sin faltar á todas las reglas de la sintaxis y del decoro...

Entre las cosas que nos refirió acerca de las interioridades de su Ejército, fué sumamente notable el retrato del Príncipe Muley-Ahmed.

—Hace como uno (dijo), y cuenta como veinte. Corre mucho á caballo, y habla y ríe más de lo regular. ¡Es muy *sevillano!*

Figuraos el efecto que nos haría esta frase, teniendo presente que entre nosotros había dos ó tres hijos de Sevilla.—Las carcajadas duraron un cuarto de hora, y Aben-Abu se reía con más ganas que ninguno.

Por él supimos pormenores interesantísimos acerca del estado actual del Ejército moro que nos aguarda en el *Fondac*...

—Ahora tiene poca gente; pero se aguarda mucha.—El Emperador *desde su casa* no puede comprender lo que sucede; pero ya lo comprenderá cuando reciba una larga carta de Muley-el-Abbas en que le dice que todos los Moros de Marruecos no pueden con las bayonetas y los cañones españoles...—Habrá paz, porque todos la necesitamos... (concluyó el

Moro); pero no debéis *pedir á Tetuán*, ni esto os serviría de nada.

—Lo piden de Madrid...—le contestamos.

—En Madrid pasará lo que en Mequínez (observó el Musulmán): como no ven las cosas de cerca, se figuran que todo es muy fácil.

Esta conversación se prolongó hasta las doce. Aben-Abu se despidió de nosotros muy cariñosamente, diciéndonos que, si había guerra y alguno de nosotros caía prisionero, nos trataría perfectamente; y que si había paz, fuéramos á visitarle á Fez, donde seríamos los dueños de su casa.

Repetímosle iguales ofrecimientos, y se alejó muy satisfecho de nosotros y de sí mismo.

No lo estoy yo tanto de la presente relación, al tiempo de daros las buenas noches, ó, por mejor decir, los *buenos días*...

Dígolo, porque está amaneciendo cuando suelto la pluma.

XII.

Expectativa.—Conferencia de O'Donnell y de Muley-el-Abbas.—Retrato de éste.

Día 17 de febrero.

Los Parlamentarios se marcharon esta mañana á las diez.

Llevan un plazo de ocho días para contestar á las *Condiciones de paz* que se les han entregado.

Ellos han prometido estar aquí el jueves próximo.

Entretanto, el General O'Donnell sigue preparándolo todo para emprender, en caso necesario, una segunda campaña, que consistirá en la toma de Tánger.

Hácense, pues, grandes aprestos de víveres y municiones; *espéranse* los Tercios Vascongados, que ya deben de llegar de un momento á otro; danse órdenes para que aceleren su embarque los nuevos Batallones que se hallan dispuestos en el litoral de Andalucía; repáranse las fortificaciones de Tetuán; practí-

canse reconocimientos por las llanuras y los montes de Poniente, y arréglanse algunos pasos del nuevo camino, á fin de que pueda atravesarlos la Artillería; hase mandado á Orán por camellos y á la Península por mulas, á fin de aumentar extraordinariamente el número de acémilas que se necesitan para tan importante marcha; todo, en fin, se prepara como al principio de la Guerra...

¿Y para qué? ¿Pelearemos, como hasta ahora, por el desagravio de nuestras ofensas, por la gloria de nuestras armas, por el crédito de nuestra Nación, por humillar el orgullo sarraceno? ¿Será, en fin, una guerra por el honor de España?

¡No! ¡Será una guerra por la posesión de Tetuán!

¡Valiente vellocino de oro!

Día 18.

Viene la Duquesa de Tetuán á saludar á su invicto esposo, y se aloja en el palacio de Erzini el mayor.

Acompañan á la animosa viajera el General Ustáriz y algunos hombres políticos.

El Ejército recibe á su ilustre huéspeda con tanto respeto y agasajo como admiración y cariño profesa al victorioso capitán que ha coronado de gloria nuestros estandartes.

Día 20.

El simpático Aben-Abu, el General de la Caballería mora, se ha presentado esta tarde en nuestro Campamento, caballero en una magnífica mula, ensillada con rica montura de terciopelo carmesí, y seguido de cuatro Moros de rey.

Esta inesperada visita nos ha sorprendido mucho.

Viene á pedir que se prorrogue el plazo de ocho días que se le concedió á Muley-el-Abbas para aceptar ó desechar nuestras condiciones de paz; pues el Príncipe las ha encontrado tan graves que no se ha atrevido á resolver nada por sí mismo, y las ha trasladado al Emperador.—Es decir, que la prórroga que solicita es el tiempo necesario para que pueda ir y volver un correo á Mequínez.

O'Donnell la ha negado rotundamente.

Sin duda teme, ó le han inducido á temer, que estas idas y venidas de los Moros no sean más que pretextos para ganar tiempo y reorganizar sus fuerzas...

El recelo no parece fundado, pero O'Donnell ha hecho bien.

Por lo demás, Aben-Abu, *al tiempo de irse*, ha indicado, si bien extraoficialmente, y no al General O'Donnell, sino al General Ríos, que Muley-el-Abbas tendría sumo placer en hablar con el *Gran Cristiano* en algún sitio que no fuese *Tetuán*.

—¿Crees tú (le ha preguntado Ríos) que eso sería de alguna utilidad para las dos naciones?

—Sí, lo creo; pues Muley-el-Abbas no acudirá á esa conferencia movido por una vana curiosidad, sino para ver de transigir este pleito, que ya no consiste en nada, y que, sin embargo, nos va á costar todavía mares de sangre.

—Pues si Muley-el-Abbas pide esa conferencia, yo no dudo de que el General O'Donnell se la concederá con mucho gusto.

—Yo lo arreglaré todo—ha dicho el Africano, encaramándose en su mula y tomando el camino del *Fondac*.

Día 23.

Hoy se ha verificado la anunciada entrevista de O'Donnell y Muley-el-Abbas.

El pintoresco y grandioso cuadro que ha presentado tan solemne escena, termina dignamente la galería de los que constituyen la historia de nuestra romántica campaña; galería en que ocupan lugares preferentes el embarco del Tercer Cuerpo de Ejército en el puerto de Málaga;—la Batalla de los Castillejos;—la Gran Parada después del combate del día del Príncipe Alfonso;—las cargas de Caballería del 31 de enero;—la Misa solemne del día de la Candelaria, seguida del Consejo de Generales;—la Bata-

lla de Tetuán y toma de los Campamentos,—y la entrada de nuestro Ejército en la ciudad rendida.

La novedad del espectáculo de hoy: la desconocida llanura en que estábamos; la trascendencia de lo que allí sucedía; la hermosura de la naturaleza; el poético aspecto del Ejército moro; la noble figura del Príncipe vencido; las brillantes escoltas de ambos Generales en Jefe; la solitaria tienda en que la entrevista se verificaba, todo á contribuído á realzar y embellecer este supremo acto, que la Historia recordará eternamente.

He aquí ahora su detallada descripción.

Esta mañana, á eso de las doce, llegó Aben-Abu y manifestó al General O'Donnell que el Príncipe Muley-el-Abbas deseaba tener una conferencia con él; pero que, no creyendo decoroso penetrar en una ciudad que había perdido, lo estaba esperando en el *Puente de Buceja*, á menos de una legua de esta plaza, donde había hecho plantar una tienda, que le suplicaba honrase por una hora.

El *Puente de Buceja* se halla situado legua y media más acá del Campamento moro; por consiguiente, Muley-el-Abbas había tenido que hacer una marcha casi doble de la que pedía á nuestro caudillo.—Accedió, pues, éste á su demanda, y montó á caballo inmediatamente, seguido de los Generales García, Ríos, Prim, Ustáriz y Quesada y de un numeroso Estado Mayor.

Preguntóle á Aben-Abu cuántas fuerzas acompañaban al Emir; y sabedor de que había traído mil Moros entre infantes y jinetes, tomó, al pasar por el Campamento de Caballería, un Escuadrón de *Coraceros del Príncipe*, esto es, menos de cien hombres.—El Cuartel General y la Escolta de los Generales compondrían otros cien jinetes.

Así emprendimos la marcha.

El camino era muy dificultoso; pues, limitado de una parte por el Guad-el-Jelú, y de la otra por los Montes de Samsa, se deslizaba trabajosamente, de ba-

rranco en barranco, sobre hondos lodazales ó peladas guijas.

Anoche había llovido; pero á la hora de nuestra caminata hacía un tiempo inmejorable. El sol bañaba de pura luz un despejado cielo, sin producir por eso excesivo calor. La verde alfombra de los prados, así como los árboles, que empiezan ya á cubrirse de hojas, lavados por la reciente lluvia, brillaban como esmeraldas. Las montañas más remotas se destacaban en el azul del firmamento con perfiles tan limpios y puros, que hacían entrever á la imaginación los horizontes que se escondían detrás de ellas. Era, en fin, una mañana de febrero tan hermosa como la mejor mañana de mayo de nuestras provincias septentrionales.

Desembocamos al fin en el valle fecundado por el *Buceja*, y, una vez en él, ofrecióse á nuestros ojos el más interesante espectáculo que hemos contemplado en esta campaña.

Erase una redonda y dilatada llanura, perfectamente lisa, tapizada de verdes trigos, cerrada en todas direcciones por colinas y montes, uno de los cuales, tapado por cierto número de árboles frondosísimos, se levantaba al cielo tan súbita y atrevidamente, que parecía una gran pirámide.

Al pie de ella se veía una tienda sola, aislada, blanca como la nieve y adornada con algunas labores de color azul turquí.—Asemejábase á enorme paloma que descansaba de su vuelo.

Como á quinientos pasos, y por el lado de Poniente, percibíase un apretado cordón de tropas árabes, coronando ó festoneando los visos ú oteros de las suaves colinas que limitaban allí el horizonte. Destacábanse, pues, en el cielo con limpios perfiles las bellas figuras de infantes y jinetes, mientras que el sol hacía relucir las armas y resaltar los vivos colores de tantos y tantos estandartes y banderines, unos azules, otros blancos, otros encarnados, otros verdes y otros amarillos, como ondeaban sobre aquella vistosísima hueste.

Con ayuda de los anteojos apreciábamos muchos pormenores.—La primera fila se componía de peones, sentados en el suelo: los abanderados estaban de pie; por encima de éstos aparecían algunos caballeros enhiestos en las sillas; y, en otro lado, se distinguía la gallarda silueta de varios caballos sin jinete, sujetos de la brida por esclavos, tendidos boca abajo sobre la hierba.—¡Soberana composición! ¡El más inspirado artista no hubiera colocado mejor aquella gente en un teatro!

Dicho sea en verdad, no pasarían de mil hombres los que allí había; pero, al ver tantas banderas entre ellos, tan varias vestimentas y tan diferentes tipos y actitudes, aquella inmóvil muchedumbre, asomada (nada más que *asomada)* á la llanura, parecía la cabeza y Estado Mayor de numerosísimo Ejército que se dilatara al lado allá de aquellos visos, poblando el llano de Vad-Ras y las eminencias sucesivas...

Nuestra reducida escolta de Coraceros formó una densa y reducida columna en medio de la despejada planicie, quedando en orden de batalla, frente por frente de la línea marroquí, y á igual distancia que ésta de la solitaria tienda de Muley-el-Abbas.

Al hacer alto los nuestros, destacáronse de las filas mahometanas seis jinetes, viniendo rápidamente hacia nosotros...

Al mismo tiempo avanzaron hacia ellos otros seis caballeros nuestros, del Estado Mayor de O'Donnell, yendo á su frente el General Ustáriz.

Conferenciaron brevemente ambas comisiones, y volvieron á sus respectivos campos.

Un momento después dirigióse á la tienda, á todo el correr de sus caballos y trazando una línea diagonal sobre la llanura, una lucida cabalgata, compuesta de treinta arrogantes Moros.

Adelantado un poco á ellos iba uno de imponente figura, blanquísimas ropas y voluminoso turbante..

Sin duda era el Príncipe...

¡El era!

O'Donnell corrió también en la misma dirección, seguido solamente de los cinco Generales que lo acompañaban, del Alcalde de Tetuán, del intérprete Aníbal Rinaldy y de mi pobre persona.

Cerca ya uno de otro, los dos caudillos se saludaron, corriendo como iban...

Luego echaron pie á tierra y se dieron las manos.

En seguida se dirigieron á la tienda, que estaba abierta hacia nuestro Campo, y penetraron en ella, entre mutuas señales de respeto y cortesía.

Con Muley-el-Abbas entraron tres Moros, que eran nuestro amigo *Aben-Abu*, á quien ya conocéis; el famoso *Sidi Mahommed el Jetib*, primer Ministro del Sultán, y un tal *Ezzebbí*, hombre de gran travesura y mucho talento, *muy malo*, según la opinión de algunos Marroquíes que nos han hablado de él, pero gran amigo del Emperador, á cuyo *diván* también pertenece y á quien acompaña oficialmente en todos sus viajes.—Tanto el *Jetib* como *Ezzebbí* son de avanzada edad.

Con O'Donnell, sólo entró en la tienda el intérprete Rinaldy.

(Tened paciencia, que ya os describiré á Muley-el-Abbas antes de que se marche.)

A la puerta de la tienda, pero fuera de ella, estaba aquel joven *Lugarteniente*, ó *Segundo* del Emir, que ya conocemos...

Nuestros Generales se habían sentado algo más lejos, en sillas de campaña, ó sea de tijera, llevadas, como las que había dentro de la tienda, del Campamento del General Prim.

Los demás acompañantes del Príncipe eran diez y seis Jefes, de categoría análoga á la nuestra de *Coronel*.—Aquellos diez y seis señores Coroneles se habían sentado en el suelo detrás de la tienda, formando fila.—Casi todos eran hombres de cincuenta á sesenta años, de fisonomía dura y continente feroz.—Los había blancos, negros y mulatos.—Cada cual vestía á su manera, pero todos con lujo y severidad.

Nuestros caballos y los de esta gente eran tenidos del diestro por varios negros, que confesaron ser *esclavos*, los cuales, acurrucados en el suelo y empuñando cada uno muchas bridas españolas ó africanas, miraban de hito en hito, frente á frente, ó, por mejor decir, de abajo á arriba, á los sosegados animales—que, á semejanza de sus dueños, se veían juntos y en sana paz por primera vez, después de haberse perseguido y hostilizado muchas otras en las batallas...

Nada más pintoresco desde el punto de vista artístico, ni nada más interesante mirado por el lado histórico, que aquellos caprichosos grupos de gentes de tan apartados países; que aquella tienda, en que se decidía la suerte de dos Pueblos; que aquellas masas de soldados, que tantas veces se habían combatido, y que ahora se contemplaban sin susto ni recelo.

El silencio era profundísimo.—La naturaleza y los hombres parecían atentos á la grave conversación que ya había principiado.

La verdad es que yo la oí toda.—Hallábame á tres pasos de la tienda, y, al través del indiscreto lienzo, llegaban á mis oídos, finos de suyo, las severas palabras de nuestro General y las contestaciones de los Moros, traducidas por Aníbal Rinaldy.— Todo lo *referiré* á su tiempo; sigamos *describiendo* ahora.

O'Donnell, el hombre prosaico y frío, desconfiado de las imaginaciones calurosas, insensible á todo arte que no sea el de la guerra y enemigo de las bellas frases, hallábase hoy tan poseído de la solemnidad del momento, que hablaba con elevación, con retórica, con cierto énfasis del mejor gusto; á lo General antiguo; como Napoleón en las Pirámides.—Obligado á valerse de intérprete, comprendió desde luego que sus discursos serían pálidos y desmayados si se reducía á explicar fríamente á Rinaldy lo que éste había de decir á los Marroquíes... ¡Era menester que su palabra estuviese animada por la actitud, por el ademán, por la mirada, por el gesto... á fin de que expresase bien sus afectos é intenciones, y, para ello,

decidió hablar directamente con los Moros, como si éstos entendiesen el español! Interpelóles, pues, con energía; peroró y declamó con elocuencia; ora los apostrofó; ora los halagó bondadosamente; y cada vez que terminaba un período, le decía al joven Aníbal:—*¡Explícales todo esto!*

Los Moros, con su viva imaginación, habían ya leído en el semblante y tono del General los sentimientos que lo animaban y el grado de verdad ó de astucia, de cálculo ó de pasión que envolvía cada frase. Las palabras del Intérprete servían, pues, como de luz á una estatua que ellos habían ya palpado en las tinieblas...—Y de tal modo comprendieron la ventaja de aquel sistema de diálogo, que lo adoptaron en seguida, y se dirigían en árabe al General O'Donnell, á quien, ya Rinaldy, ya el General de la Caballería, daba luego la traducción literal de los discursos.

Pero lo más asombroso de todo era Aníbal, el poliglota de quince años, quien, haciendo suya sucesivamente la causa de España y de Marruecos, repetía, con pasmosa exactitud, y con tanto calor y brío como los oradores originales, todas las frases, todos los tonos, todos los accidentes de sus peroraciones.—¡Ni Máiquez ni Talma hubieran podido ir más allá!—Sobre todo cuando hablaba en nombre del General español, cuyo interés le era más simpático, sus ojos, sus ademanes, su acento, el fuego de sus mejillas, todo su sér, daba color y vida al razonamiento; todo en él era persuasivo, elocuente, conmovedor...

Entretanto, yo, por más vueltas que daba, no conseguía ver al Príncipe, que se había sentado de espaldas á la puerta... Pero, dichosamente, hubo un momento en que el General O'Donnell se levantó para marcharse, y en que Muley-el-Abbas le detuvo; con cuyo motivo cambiaron todos de posición..., quedando el Duque de Tetuán sentado en otra silla, de espaldas á la entrada, y el Emir á la vista de todo el mundo.

Pasé, pues, entonces media hora contemplando á mi sabor al quinto de los trece hijos del difunto Abderramán, al cuarto hermano del actual Emperador Sid-Mahommed, al insigne vástago de aquellos famosos Jarifes, Jerifes ó Cherifs, descendientes del mismísimo Mahoma, que conquistaron hace trescientos cuarenta y tres años el Imperio de Marruecos.

Muley-el-Abbas (ó, mejor dicho, Muley-el-Abbés) es un hombre de mediana estatura, algo grueso, de noble ademán y majestuoso continente. Parece casi negro, porque, siendo ya muy moreno de suyo, lleva rodeado el semblante con abultada toca de extraordinaria blancura. Sus grandes ojos, negros y tristes, miran con calma y lentitud. Su nariz, larga y recta, aunque muy poco prominente, tiene el corte europeo, mientras que su boca es africana pura, de abultados labios (sobre todo el inferior), y de una expresión bondadosa y dignísima. Lleva toda la barba, la cual es negra y brillante, con dos claros bajo la boca, y levemente rizada, bien que más corta de lo que suelen tenerla los Arabes. En ella blanquea ya alguna que otra cana, no obstante que el Príncipe tendrá apenas treinta y cinco años.—El conjunto de su fisonomía tiene un carácter más religioso que guerrero.

Hoy vestía S. A. ropaje amarillo; encima, una especie de túnica de azul muy claro, y sobre ella un magnífico albornoz, con capucha de suave merino blanco, cuyos dóciles pliegues delineaban la forma de la toca ó turbante, rodeando completamente la cara, marcaban todas las líneas del cuerpo, y flotaban, en fin, casi rodando por la tierra, no sin dejar ver unas ricas botas de tafilete amarillo bordadas de seda, sin suela ni tacón. Ancha cinta de seda verde sujetaba sobre su cabeza la capucha del albornoz, indicando aquel color sagrado que por las venas del Emir circula la sangre de Mahoma. Llevaba liado á la muñeca derecha un rosario de ámbar; diminuto arete de oro en una oreja, y un anillo blanco, egipcio, en el dedo meñique de la siniestra mano. Frecuente-

mente se sacaba el rosario del brazo y aspiraba su rica fragancia.

En lo demás, Muley-el-Abbas estaba abatido, pero circunspecto; triste, pero respetable; vencido, pero no domado. Inspiraba, pues, compasión, pero no lástima.—Yo, por lo menos, sentía... hasta inclinación y afecto hacia aquel enemigo de mi bandera... Y tal vez sería que lo miraba con ojos de artista, y personifiqué en él al desgraciado y valeroso Muza, á quien amamos todavía en el antiguo Reino granadino los vigésimos nietos de los conquistadores ó conquistados de la Alhambra.

Conocidos los personajes, el sitio, la hora, las comitivas y todas las circunstancias exteriores del grandioso acto que describo, tiempo es ya de que penetremos bajo la tienda, ó, por decir mejor, de que prestemos atento oído á lo que en ella se habla.

La conferencia principió por recíprocas declaraciones del buen deseo que animaba á ambas partes de llegar á una transacción que evitase nuevos sacrificios á los dos pueblos contendientes.

Muley-el-Abbas se apresuró á declarar que había sido vencido en todos terrenos, y que su Ejército estaba desmoralizado y roto, mientras que el nuestro se hallaba en un estado brillantísimo, *que nadie en Marruecos hubiera podido imaginar.*

—¡Alá no quiere que venzamos (dijo por último); pero tampoco querría que abandonásemos nuestra causa!—Grandes males ocasionaría esta guerra á una y otra Nación si nos empeñásemos en continuarla...

—¡Cortémosla, pues, de raíz!

O'Donnell elogió entonces noblemente el valor y la prudencia del Príncipe, y manifestó con cuánto gusto se llegaba á él, no como vencedor, sino como amigo, dispuesto á hacer todas las concesiones compatibles con las bases de paz que le había marcado su Reina, y de las que no podría separarse ni un punto...

—Por lo demás (añadió), yo me alegro de que no

se hayan ocultado á tu alta penetración los grandes recursos con que cuenta España; pues sólo así podremos llegar á una avenencia.

—Veamos en qué términos...—dijo el Ministro del Emperador.

—Ya debéis conocerlos... (respondió O'Donnell, entregando al Intérprete un pliego en que estaban las *Condiciones de paz* traídas por Ustáriz de Madrid y presentadas á los Moros el día 16).—Pero pueden leerse otra vez...

El Intérprete empezó á traducir al árabe aquel documento, parándose al final de cada artículo.

—*¡Bien!... ¡Buena!...* (murmuraba entonces en español el *Jetib*). *El Sultán quiere... El Sultán admite...*

Muley-el-Abbas no decía ni una palabra, y escuchaba las famosas condiciones fijos los ojos en el suelo y acariciándose la barba con lentitud.

Cuando se leyó aquello de que *Tetuán pasaría á formar parte de la Monarquía española*, el Príncipe suspiró, como diciendo:—No vamos á conseguir nada...

El *Jetib* fué más lejos, y exclamó con extraordinaria energía:

—¡Eso no! ¡Antes que ceder á Tetuán, morirán todos los Marroquíes!

—¡Pues morirán!—replicó O'Donnell, herido por tan altanero tono.

Y se levantó con aire resuelto.

—Hemos concluído...—añadió, tendiendo la mano al Generalísimo de los Moros.

El Príncipe alargó la suya, no para estrechar la del Duque, sino para cogerle suavemente de la ropa y retenerle, ó hacerle volver la cabeza.

En seguida, con un gesto bondadoso y triste, murmuró, dirigiéndose á Rinaldy:

—Dile que se siente.

—¡Morirán! (repetía O'Donnell, dirigiéndose al viejo Ministro). Pero tú no morirás por eso; pues tú no te bates: ¡tú no sientes en esta Guerra sino la

mala pasión que te han inspirado tus *amigos y consejeros!...*

Aludía á los Cónsules de Inglaterra en Tánger, Mogador, Rabat y otros puntos de Marruecos.

—¡Siéntate!—suplicó de nuevo Muley-el-Abbas.

O'Donnell se volvió á sentar.

—Tú lo deseas... (añadió, dirigiéndose al Califa), y yo me entenderé gustoso contigo, porque tú sabes lo que es la Guerra, lo que son tus soldados y lo que son los de España.—¡Ah! (exclamó, encarándose de nuevo con el *Fetib).* Si tú hubieras sufrido y peleado como este heroico Príncipe; si tú lo hubieras visto, como yo, abandonado de sus tropas, tener que ensangrentarse en ellas para impedir su completa deserción; si tú lo admiraras, como yo lo admiro, lo mismo que á todos sus Generales, que se han batido muchas veces en el lugar de los soldados, sin conseguir por eso ni una pasajera ventaja, serías tan prudente como él, y no comprometerías tú Nación en una nueva campaña, que os será mucho más fatal que la primera...

—¿Y qué conseguiréis vosotros? (replicó el *Fetib).* ¿Tomar á Tánger?—¡Europa no lo consentiría!...

—¡Europa! (contestó O'Donnell). ¡Llamémosla así! Pero sea de la Europa ó sea de una determinada Potencia de la que tú hables, ten entendido que mañana no os prestará más ayuda que hasta hoy. ¡Los pueblos de Europa no pueden luchar entre sí tan fácilmente como tú crees, y un solo paso dado en contra de los designios de España sería quizás el principio de una lucha en todo el Continente europeo!—Iré, pues, á Tánger, como he venido á Tetuán...

—De cualquier modo (repuso el Ministro), el Emperador no accederá nunca á quedarse sin la plaza que demandáis.

—Hará mal, pues la Reina de España la desea; sus tropas la han ganado, y yo estoy resuelto á todo... Para ello cuento con el Ejército que conocéis y con grandes refuerzos que aguardo. El entusiasmo es cada

vez mayor en España; sus hijos darán toda su hacienda y toda su sangre por someteros á la ley de la victoria, y yo no haré más que aumentar mi fama y la de mi bravo Ejercito el día que lo lleve (como lo llevaré si os empeñáis) á Tánger, á Fez y hasta á Mequínez.—¡Pues qué! ¿Juzgáis acaso que yo ignoro lo que sucede en vuestra casa? ¿Creéis que habré estado tres meses entre vosotros sin enterarme de la situación del Imperio, de los riesgos que lo amenazan, de los partidos que lo dividen, de los enemigos que cercan al Emperador? ¿Pensáis que no sé que en este momento apenas hay en el *Fondac* seis ú ocho mil soldados; que la toma de Tetuán ha hecho vacilar el Trono de S. M. Sheriffiana, y que el día en que mis banderas victoriosas ondeen sobre los muros de Tánger se hundirá con estrépito el poder del Sultán; se declarará la más espantosa anarquía en Marruecos; nos pedirán auxilio los partidos... (acaso nos lo han pedido ya); nosotros se lo daremos; pondremos en el trono á ese *Solimán*, que tanto se agita, ó á cualquiera otro Pretendiente, y obtendremos, en cambio, más de lo que os exigimos ahora?

—Tienes razón (contestó Muley-el-Abbas), y así comprendo yo este asunto. Pero el Emperador, mi hermano, lo ve desde lejos de otra manera... Dame una prórroga de algunos días, y yo le escribiré diciéndole todas esas cosas...

—¡No puedo prorrogar el plazo que cumple hoy! (replicó O'Donnell). Yo sería un mal General si te dejara ganar días en que reorganizar tu Ejército. Yo debo aprovecharme de las ventajas que me ha proporcionado la fortuna de la guerra, y desde ahora mismo, si no suscribís á las condiciones de mi Reina, quedo en libertad de emprender las operaciones sobre Tánger.

—¡Dame siquiera dos días! (insistió el Príncipe). La contestación del Emperador al pliego que le remití la semana pasada tardará ese tiempo en llegar á mis manos. ¿Quién sabe si habrá reflexionado bien y

accederá á vuestros deseos? ¡Dos días nada más te pido, y después..., sea lo que Dios disponga!

—¡Príncipe, no puedo! Tú, en mi caso, obrarías como yo.—Hace quince días te quedaban cuatro mil hombres, y hoy tienes ya ocho mil. Cada día que pasa, aumentan tus fuerzas.—Yo no deseo ni necesito tanto la paz, que comprometa por conseguirla la vida de uno solo de mis soldados... Pero si mañana, si cualquier otro día, tienes algo nuevo que decirme, yo recibiré tus Parlamentos donde quiera que me halle; lo mismo en medio de una marcha que en mitad de la lucha... En el Fondac, en Tánger, donde quiera que vea venir una bandera blanca, suspenderé el fuego y escucharé á tus Embajadores.—Ahora... ¡adiós! Siempre consideraré una grande honra haber combatido y hablado con un General tan valiente y Príncipe tan ilustre como tú. Desde este momento volvemos á ser enemigos, pero no por eso disminuirá mi consideración á tu persona.

—Lo mismo te digo en todo... (respondió Muley-el-Abbas sumamente conmovido). ¡Dios lo quiere!... ¡Dios ilumine la razón del Emperador!...—Yo no soy más que un ciego instrumento de ambos.

—No me separaré de ti (añadió el Duque de Tetuán) sin tener el gusto, dado que lo consientas, de presentarte á alguno de mis Generales...

—Mucho deseo conocerlos—respondió el Califa.

O'Donnell llamó entonces á los cinco Generales que lo acompañaban, y los fué presentando al Príncipe uno por uno.

Esta escena fué sumamente rápida y ceremoniosa.

Por último, diéronse la mano los dos caudillos... ¡y un nuevo abismo de sangre los separó desde aquel momento!

Quedáronse los Moros en la tienda. Nosotros montamos á caballo y nos dirigimos á escape adonde aguardaban el Cuartel General y la Escolta.

La vuelta á Tetuán fué muy animada.

—¿*Guerra?*—nos preguntaron los que de nada se habían enterado.

—¡*Guerra!*—les respondimos.

—Pues ¡*guerra!*—exclamó todo el mundo.

Y aquellas esperanzas de paz concebidas el día de la toma del Campamento moro, y que nos habían halagado durante tres semanas, remontaron el vuelo y desaparecieron de nuestra vista, dejando en su lugar, en nuestro corazón, cierta renaciente y despechada furia, que acabó por ahogar las severas voces con que la razón nos gritaba que habíamos hecho una locura en provocar nuevos combates después de cumplido el objeto que nos sacó de España.

Pero, en fin, ya no hay que pensar en esto.—La Patria vuelve á llamarnos á la guerra...—¡Guerra, pues!... ¡Soldados somos!... ¡Aquí están nuestras vidas!

XIII.

Relámpagos de nuevas hostilidades.—Asesinatos.—Llegada de los Tercios Vascongados—Bombardeo de *Larache* y *Arzilla*.

Tetuán, 29 de febrero.

Cerca de una semana hace que no os escribo, y, al cabo de este tiempo, fecho todavía mis cartas en *Tetuán*, cuando acaso esperábais ya recibirlas del *Fondac*, de *Tánger*, de *Fez*, de *Mequínez* ó de *Tafilete*...

Pero, amigo, el hombre propone y Dios dispone. ¡Un pícaro *levante* que se declaró al mismo tiempo que la nueva guerra, como si fuesen compañeros inseparables, ha impedido seis días el desembarco de víveres y municiones, así como ha retardado la llegada de los *Tercios Vascongados* y demás tropas que han de reforzar nuestro Ejército!—¡No hemos, pues, conquistado ninguna otra provincia del Africa!

Sin embargo, la última semana ha sido fecunda en acontecimientos.

No bien llegó á su tienda el General en Jefe, des-

pués de su entrevista con Muley-el-Abbas, habló largamente con el General Bustillo, Comandante General de la Escuadra, quien partió inmediatamente para el mar, con orden de pasar al Océano y bombardear los puertos que allí tiene el Imperio marroquí.

Entretanto, los Moros residentes en Tetuán se enteraban, como todo el mundo, del nuevo rompimiento de hostilidades, y corrían á encerrarse en sus casas, no ya con aquel aire melancólico que lo hicieron cuando tomamos la ciudad, sino con el rostro iluminado por la alegría, como si la esperanza renaciese en sus corazones y respirasen ya el olor á pólvora sarracena y á sangre cristiana...

Desde entonces ha principiado una serie de asesinatos, robos, pérdidas de soldados y emboscadas en los caminos que fuera interminable enumerar.—Muley-el-Abbas ha mandado á decir á las kabilas que cercan esta plaza que considerará traidores (y autoriza á todo el mundo para que les corte la cabeza) á los Moros que se acerquen á Tetuán con víveres ú otro cualquier objeto de comercio ó de socorro; pues lo que se debe hacer es bloquearnos dentro de estas murallas, no permitirnos apartarnos de ellas, erizar de dificultades nuestra comunicación con la Aduana, y esperar un momento oportuno en que caer todos juntos sobre Tetuán y pasarnos á cuchillo.

Consecuencia de esta orden es que volvemos á vernos reducidos á los víveres que nos traen de España; que no podemos bajar á la Aduana después de las cuatro de la tarde sin sufrir las descargas que nos hacen invisibles enemigos desde la orilla derecha del Guad-el-Jelú; que los soldados que salen á lavar y se alejan un poco de la plaza son hechos prisioneros ó alevosamente asesinados, y que de noche, dentro de la misma ciudad, se repiten estos horrores con los centinelas, con los soldados alojados en casas de Moros ó con los que meramente pasan por la calle, sin excluir á los Guardias civiles que van de ronda...

¡Y contra esto no hay defensa! Todavía no se ha

podido coger ni á un solo agresor. Nunca se sabe de dónde viene el golpe; y el castigo se impone á ciegas, más bien con ánimo de prevenir nuevos delitos, que de vengar los ya perpetrados.

De cualquier manera, y como dato de lo que nos costará la conservación de Tetuán contra la voluntad de los Moros, bueno es que os fijéis en el hecho de que cuarenta mil soldados, establecidos dentro y fuera de la plaza, no bastan á garantir la vida ni la hacienda de nadie. ¡Tanta es la perfidia (¡ó tanto el patriotismo!) de los Musulmanes!...—¿Qué sucederá, pues, cuando quede aquí una exigua Guarnición, y salgan nuestros futuros colonos á cultivar esos hermosos campos; nuestros futuros pastores á llevar sus ganados por esas sierras, y nuestros futuros arrieros á trajinar por esos caminos?

¡Porque debemos confesar que la actitud de los Moros ante la invasión española es la misma que adoptamos nosotros con la invasión francesa!...—¡Y todo el mundo sabe lo que sucedió entonces en la Península!... *¡Medio millón* de Franceses se tragó nuestra tierra en el espacio de seis años!...

A propósito de tropas: los Tercios Vascongados llegaron, al fin, anteayer 27.

Ya sabréis que los manda el General D. Carlos María Latorre.—Compónense de gente hermosa, alta y robusta, como lo es siempre esta raza privilegiada. —Del clásico traje de su país sólo han conservado la boina, la cual basta para darles no sé qué aire antiguo y romancesco que predispone el ánimo en su favor.—Por último, cada *Tercio* lleva el nombre y se compone de gente de cada una de las tres Provincias hermanas...

El General en Jefe los revistó ayer 28, y hallándolos, naturalmente, faltos de instrucción, ha mandado que, por ahora, guarnezcan la Aduana y hagan el ejercicio en la llanura de Guad-el-Jelú...

Conque pasemos á otra cosa.

Por consecuencia de la conversación que el 23, en

lá tarde, tuvieron el Duque de Tetuán y el General Bustillo, hoy hemos recibido la noticia del bombardeo de *Larache* y *Arzilla* por nuestros buques de guerra, verificado en los días 25 y 26 del actual.

Está importante operación, que por sus especiales circunstancias tanto honra á nuestra Marina, debe quedar consignada en mi DIARIO, por si algún día sirve de libro de consulta para una *Historia de la Guerra de Africa*.—He hablado, pues, largamente con algunos marinos que han tomado parte en la refriega, y he aquí la relación de todo lo ocurrido.

Después de conferenciar con el General O'Donnell la repetida famosa tarde de la entrevista con Muley-el-Abbas, el General de Marina D. José María Bustillo bajó á la mar, y al amanecer del día siguiente puso en la fragata capitana *(Princesa de Asturias)* la señal de «dar á la vela».

En su consecuencia, tanto los buques que se hallaban fondeados en la bahía de Algeciras, como los que había en Puente Mayorga, estuvieron en movimiento al mediodía, es decir, á las pocas horas de haberse hecho la señal desde Tetuán.

En Algeciras se encontraban los buques siguientes: navío *Reina Isabel II*, vapor *Isabel II*, fragata *Cortés*, corbeta *Villa de Bilbao* y vapor *Colón;* y en Puente Mayorga: fragata *Blanca*, vapor *Vasco Núñez de Balboa*, vapor *Vulcano*, goleta *Ceres*, goleta *Edetana* y goleta *Buenaventura*.

Según estaba prevenido de antemano, y previas las señales de banderas con que se ordenan los movimientos de los buques, todos levaron anclas, pasando inmediatamente los vapores *Isabel II*, *Colón* y *Vasco Núñez* á tomar á remolque, respectivamente, al navío *Reina*, á la fragata *Cortés* y á la corbeta *Villa de Bilbao*, que, en su calidad de barcos puramente de vela, no podían por sí solo seguir la marcha y movimientos de los de vapor.

Esta Escuadra tan *heterogénea*, compuesta de embarcaciones de todas clases (de hélice y de ruedas, navíos, fragatas y goletas), hizo rumbo al Oeste, á las tres de la tarde, con viento en popa; pasó el Estrecho con mar bonanza (sigo el lenguaje técnico del parte oficial); á la una de la noche se hallaba sobre el Cabo Espartel, y á las ocho de la mañana (día 25) avistó la población de *Larache*, á cuyo fondeadero se dirigió.

Larache es la segunda plaza fuerte que el Imperio marroquí tiene en el Océano. Hállase situada en anfiteatro sobre la misma costa, en la orilla izquierda de un pequeño río que le sirve de puerto, bien que sólo para buques de escaso calado por el poco fondo que hay en su barra, y está amurallada y defendida por siete baterías con unos sesenta cañones de grueso calibre.

Una de estas baterías se halla sobre una colina, á la izquierda de la población, y las demás distribuídas en la costa por el frente de ella, cubiertas con tierra y matorrales, de suerte que nuestros marinos no las vieron hasta que principiaron á romper el fuego.

A las diez de la mañana empezaron á jugar las banderas de señales en la fragata *Princesa*, concluyendo con la de *zafarrancho de combate*.—Al distinguirse ésta, los tambores y cornetas de todos los buques tocaron generala, y cada uno corrió á ocupar su puesto.

A las once y media los buques empezaron á encontrarse dentro de tiro de cañón. La plaza rompió entonces el fuego con todas sus baterías, continuando aquéllos en silencio hasta después de fondeados y acoderados.

Un cielo despejado y un sol radiante contribuían á engrandecer el magnífico espectáculo que ofrecía nuestra Escuadra, alineada al frente de las costas berberiscas y presentando sus costados á los invisibles cañones enemigos.

Al fin se adelantó la *Princesa*, tomando posición en las ocho brazas; y, tan luego como estuvo acoderada, rompió el fuego contra las dos baterías del Oeste de la población, y hasta las doce estuvo batiéndolas sola.

En todo este tiempo había ido entrando mucha mar de leva, que aumentaba progresivamente.

Al mediodía tomaron sus puestos el *Isabel II* y el *Reina*, verificándolo poco después la *Blanca*, la *Cortés* y la *Bilbao*, con sus remolcadores y los buques sueltos, rompiendo todos el fuego según iban ocupando sus posiciones.

El espacio reducido en que se movían, la mar gruesa de través y lo largo de los remolcadores, hacían sumamente difícil la operación de acoderarse los buques; pero sus Comandantes maniobraban con acierto, ocupando sus puestos denodadamente bajo el fuego de las baterías enemigas y á distancia de unos cuatro cables de ellas, hasta que lograron acallarlas.

Aunque flojo, se llamó el viento al Sudoeste á las doce y cuarto, y, por el cariz y por la opinión de los prácticos, comprendió el General Bustillo la urgente necesidad de ponerse al abrigo del temporal que podía sobrevenir, y en el cual los buques remolcados, sobre todo, se verían en extremo comprometidos con el viento de travesía. Sin embargo, duró el combate hasta la una y veinte, en que aumentando la mar por momentos, y siendo, por tanto, más frecuentes y terribles los balances, hizo el General la señal de levar anclas y dar la vela.

Aquí debemos consignar un hecho en extremo notable.—Dada la orden de levar anclas, lo hicieron al mismo tiempo el vapor *Isabel II* y el navío del mismo nombre que aquél remolcaba; pero faltaron los remolques ó cuerdas que los unían (rotos sin duda por alguna bala enemiga), y el navío, dando la popa á tierra, se fué sobre la *Blanca*, que continuaba en su línea de combate.

—*¡Que se nos echa encima!*—gritó el equipaje de ésta, viendo la inminencia del peligro.

—¡Dejadlo venir!—contestó D. Tomás Alvear, Comandante de la *Blanca*.—¡Aunque nos destroce el costado, se librará de varar en la playa y del fuego de los Moros!...

Y, respondiendo bizarramente con sus baterías al fuego que empezó á hacer la plaza (animada por la retirada que estaban ejecutando todos los demás buques), se mantuvo firme, sosteniendo el combate por largo rato, en tanto que el navío pasó casi rozándole por la proa, desrizando sus velas poco á poco, hasta que ya pudo maniobrar y salirse fuera de tiro...

Entonces la *Blanca*, cumplida ya su generosa misión, levó un ancla; picó la otra en el acto, y, con un movimiento recto y preciso se deslizó sin embarazar la lenta marcha del perezoso navío, uniéndose los dos, á poco, al resto de la Escuadra, que gobernó al Noroeste.

. . . . . .

Al amanecer del siguiente día (26) se halló la Escuadra sobre el Cabo Espartel, é hizo rumbo al Sur, con objeto de batir los fuertes de la población de *Arzilla*, cuya operación se verificó por contramarcha, formando una sola línea las dos columnas y dejando para flanquear las tres goletas de hélice y el vapor *Vulcano*.

Arzilla, tristemente famosa por haber desembarcado en ella la expedición del Rey D. Sebastián, se halla asentada también, como Larache, en forma de anfiteatro sobre la costa y rodeada de pequeñas colinas. Sus fortificaciones se reducen á cuatro baterías con veinte cañones, sobre una muralla que la defiende del mar.

Toda la población se hallaba en las azoteas de sus blancas casas al darse á la vista las primeras velas españolas.—Aquellas pobres gentes sabían sin duda lo ocurrido en *Larache* el día anterior.

Al sonar los primeros disparos huyeron despavoridas á las colinas más remotas, desde donde contemplaron tristemente la demolición de unas casas, el

incendio de otras y las anchas brechas que nuestros proyectiles abrían en las murallas de la ciudad.

A las doce del día se formó la línea de combate, quedando á barlovento los cuatro buques menores flanqueadores.

A las doce y cincuenta y cinco se oyeron los primeros disparos del enemigo, y á la una y dos rompió el fuego la *Princesa*, siguiéndole la *Blanca*, el *Isabel II* con el navío *Reina*, el *Colón* con la *Cortés* y el *Vasco Núñez* con la *Villa de Bilbao*, colocándose al Norte los flanqueadores, que hicieron durante dos horas y media un vivo fuego de granada.

Repetidos dos veces más este movimiento por todos los buques, cesó el fuego á las tres y cinco, después de haber causado mucho daño á la población.

A una legua de *Arzilla*, el General llamó á bordo á los Comandantes, á fin de coordinar el ataque de *Salé* y *Rabat*, dándoles las instrucciones convenientes para maniobrar en caso de cambio de tiempo, y enviando á las cinco de la tarde á Cádiz la *Buenaventura* para que llevara noticias y remediase las averías de sus colisas, así como el *Vulcano*, que tenía partidos el bauprés y el mastelero de velacho.

Al anochecer estaba el viento al Nordeste flojo, con mar del Noroeste; sin embargo, la Escuadra siguió su rumbo al Sur, aunque convencido el General Bustillo de que, por poca que fuese la mar en el paralelo de Espartel, debía ser muy grande en *Rabat*.

A eso de las nueve aumentó extraordinariamente la mar de leva y saltó el viento al Noroeste fresquito... —Era cosa de volverse... Con todo, aun no quería el General desistir de la expedición á *Rabat*. Pero viendo que, á eso de las once, continuaba la mar siempre tendida y el viento de afuera, y temiéndose que llegara el caso de que los remolcadores no pudieran sacar á barlovento á los remolcados, hizo señal de rumbo al Norte y se dirigió á Algeciras, donde fondeó con todos los buques á las seis de la tarde siguiente.

Nuestras pérdidas en esta expedición consistieron en un muerto, ocho heridos y tres contusos.—Las del enemigo se ven ya pintadas con dolorosas cifras en el rostro de los habitantes de Tetuán, quienes esta tarde se decían lúgubres palabras en el café, alzando los ojos al cielo, como demandándole venganza...—Mr. Chevarrier, que, según sabéis, entiende el árabe, me dijo que se contaba lo ocurrido en *Arzilla* y *Larache*, lamentando la muerte de muchos amigos y el incendio de bastantes casas.

Para los inteligentes, lo notable de estos bombardeos consiste en haberse llevado á feliz término en medio de un verdadero temporal, sobre una de las más peligrosas costas del Océano...—Pero ¿qué remedio? ¡El General Bustillo había prometido al General O'Donnell que España se anticiparía á Marruecos en inaugurar el segundo período de la Guerra, y lo ha cumplido aun á riesgo de perecer con toda la Escuadra!

Es decir, que tres días después de romperse las negociaciones de paz bajo la tienda de Muley-el-Abbas, dos nuevas ciudades del Imperio han sufrido el rigor de las armas españolas...

¿Querían guerra? ¡Pues guerra!

XIV.

La kabila de *Busemeler*.—El Eco de Tetuán.

Día 1.º de marzo.

Hace dos días que estamos en lucha con un pueblecillo de la inmediata Sierra, llamado *Busemeler*, de donde son en su mayor parte los Moros que, ocultos en los cañaverales y en la maleza, asesinan á mansalva á los soldados que bajan á lavar al río.

La posición de este pueblo no puede ser más pintoresca ni más formidable. Colgado, por decirlo así, en la áspera ladera de una montaña muy próxima,

divísase desde todo Tetuán como un nido de golondrinas adherido á gigantesca torre, en tanto que su vecindad á los inaccesibles picos de la Sierra de Samsa proporciona á sus moradores un impenetrable refugio.

Animada, pues, por la seguridad de no ser nunca habida ni castigada, la *Kabila de Busemeler*, que se nos había sometido espontáneamente pocos días después de nuestra entrada en Tetuán, nos hostiliza de mil maneras desde que se interrumpieron las negociaciones de paz, habiendo llegado el caso de matarnos tres soldados sólo en un día, como aconteció el 27 por la tarde...

En su consecuencia, el 28 por la mañana se dirigió un Batallón á dicho pueblo, á fin de intimar á los fieros montañeses que, si continuaban en sus tropelías, se pondría fuego á sus casas y serían tratados con todo rigor cuantos Moros fuesen habidos pertenecientes á su kabila.

Pero los de *Busemeler* no se dejaron hacer la intimación, sino que, despreciando la imponente fuerza que se dirigía á sus aduares, la recibieron á tiros, y batiéronse durante más de una hora en lenta retirada por las empinadas cumbres, en las cuales se sentaron tranquilamente y se pusieron á fumar.

Intimóseles por medio de un prisionero que se rindiesen, ó que, de lo contrario, perderían sus viviendas, á lo que contestaron con salvajes aullidos y carcajadas y dispararon de nuevo algunos tiros; visto lo cual por nuestra gente, puso fuego á cuarenta casas de las más grandes del pueblo, y mandó á decir á los Moros que, si repetían sus atentados en el río, volverían nuestros soldados con hachas y no dejarían de pie ni un solo frutal en todo *Busemeler*.

Pues ¿lo creeréis? — Los feroces montañeses, lejos de escarmentar, nos mataron ayer un soldado y secuestraron otro, y esta mañana han bajado en gran número é intentado robarnos algunas vacas de la Administración Militar.

En vista de esto, salió inmediatamente para la Sierra un Batallón provisto de trescientas hachas, con ánimo de arrasar todo lo que encontrase á su paso; pero algún tetuaní, sin duda, les avisó, y los vecinos de *Busemeler* han salido al encuentro de nuestra gente, llorosos y arrepentidos, pidiendo piedad para sus queridos árboles... ¡Ellos, que no la pidieron el día anterior para sus casas ni para sus hijos!

Creo inútil decir que los árboles fueron perdonados.

En cuanto al Jefe de la kabila, se me asegura, por persona que presenció la escena, que prometió volver á someterse al General O'Donnell de una manera oficial, á cuyo fin dijo que bajaría mañana á visitarlo con algunos de sus compañeros.

Supongo que esta paz durará veinticuatro horas.

. . . . . .

Vamos á otro asunto.

Hoy (1.° de marzo de 1860) es un día muy solemne para el Imperio de Marruecos, por más que los Marroquíes no tengan noticia alguna de semejante solemnidad.

Hoy ha empezado á funcionar en esta tierra la bienhechora máquina de Gutenberg...—Hoy ha aparecido aquí el primer número de un *periódico* titulado EL ECO DE TETUÁN.

Cabe, pues, á España la gloria de haber sido la primera que ha traído á Marruecos, siquier en tímido y pasajero ensayo, otro de los mayores inventos de la civilización.—Mañana, acaso, se habrán borrado sus huellas; pero el hecho moral subsistirá eternamente.

No me he propuesto yo otra cosa al fundar dicho periódico.—Quiero que en futuros tiempos, cuando este país despierte de su mortal letargo; cuando éntre en la comunión de los pueblos; cuando aprecie y ame ya todo lo que hoy aborrece ó desconoce; cuando sea, en fin, una nación culta, civilizada, cristiana, amiga de la humanidad, se diga por la raza que lo habite que en el año de 1860 pasó por aquí un Ejército de

Españoles, y que este Ejército, no sólo tendió los hilos eléctricos y las vías férreas sobre la llanuras de Guad-el-Jelú, y surcó las olas de este río con barcos de vapor, sino que imprimió un *periódico* dentro de los muros de Tetuán.

Por lo demás, y á fin de que duren siquiera tanto como haya de durar este libro, creo que estoy en el deber de insertar aquí, por vía de muestra, los dos primeros artículos del primer número de EL ECO DE TETUÁN.

Dicen así:

«INTRODUCCIÓN.

»No lo ocultaremos. Al coger hoy la pluma para redactar las primeras líneas de este humilde periódico, la más dulce emoción embarga nuestro ánimo y un inefable sentimiento de orgullo y de alegría nos hace derramar lágrimas de entusiasmo y regocijo.

»¡Sea; sea en el nombre de Dios y en el de nuestra cara España; sea en el insigne idioma castellano; sea bajo la bandera triunfante de Jesucristo como nazca á la luz pública el *primer periódico* del Imperio de Marruecos, y regocíjese en su tumba el inmortal Gutenberg al ver volar por estos horizontes la palabra impresa, pálida estrella hoy, como nacida de nuestro pobre entendimiento, pero que algún día llegará á ser claro sol de verdad, que esparza resplandores de amor y de justicia en la tenebrosa mente de los Africanos!

»Mas no somos nosotros agentes ciegos y fatales del espíritu sublime que hoy anima á nuestra madre Patria; no somos nosotros los que debemos envanecernos de la nueva conquista que realiza la civilización de Europa al plantar su cátedra (la Imprenta) sobre el territorio que ayer era marroquí; ¡es España entera la que debe ceñir á su frente tan inmarcesible lauro; España, que en brevísimos días ha hecho pasar el Estrecho de Gibraltar, en medio de sus legiones armadas, y avanzar de campamento en campamento,

siempre en pos de la victoria, las grandes maravillas del siglo XIX, los más opimos frutos del progreso, las obras más portentosas de la libertad (el Telégrafo eléctrico, el Vapor y el Ferrocarril), y que hoy establece la Imprenta sobre los viejos manuscritos de las bibliotecas de Tetuán; España, que entre lagos de sangre, nubes de pólvora inflamada, montones de cadáveres apilados por la peste y tormentas y naufragios horrorosos, ha dado al pueblo marroquí ejemplos de caridad y de hidalguía, de generosidad y largueza, de tolerancia á todos los ritos y religiones, de respeto á la propiedad y á las costumbres, de piedad con el vencido, de amor al desgraciado, de admiración al heroísmo sin fortuna, y que, aprovechando los cortos intervalos en que calla la voz de los cañones, levanta la voz persuasiva de la prensa, y, pasando la espada de la una á la otra mano, esgrime las armas de la razón bajo la bandera de parlamento que tremolan los derrotados Islamitas!

»Por lo demás, bien puede morir ó suspenderse mañana este periódico, cuando el clarín de guerra vuelva á resonar llamándonos á nuevas lides; también puede ser que su segundo número se publique lejos de Tetuán, bajo una tienda de lona, en el aduar de un pastor morisco ó en otras ciudades de Marruecos; pero, de cualquier modo, el hecho quedará consignado: nuestro propósito servirá de guía á los que nos sucedan, la prensa renacerá de sus cenizas en estas comarcas; y poetas, publicistas, sabios, filósofos pueden honrar á Tetuán en tiempos más ó menos remotos, que nos den con sus recuerdos y con su estimación el único premio á que aspiramos al ofrecer al público este pobre testimonio de nuestro amor á España.—PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.»

. . . . . .

«ADMINISTRACIÓN LOCAL.

»Hace poco más de tres semanas (desde el inolvidable 6 de Febrero) que la ciudad de Tetuán forma

parte de la Monarquía española, y causa ya asombro considerar los trabajos concluídos para atender á sus más urgentes necesidades.

»Vamos á relatarlos sumariamente, y nuestros lectores podrán juzgar por sí mismos de la provechosa eficacia de nuestra dominación en este país.

»Una vez tomada posesión de la ciudad, el General en Jefe confió el mando de la misma al General D. Diego de los Ríos, quien la ocupó con ocho Batallones, hospedándose en ella y nombrando un Gobernador, un Mayor y tres Ayudantes de plaza.

»Mandóse una Compañía á cada puerta, y otra á los fortines y polvorines, en tanto que se nombraba un Batallón de ronda, y se estableció el Principal en la Plaza Mayor, que se denominó *de España*, y casa de los antiguos Gobernadores.

»Procediéndose luego á la organización civil, nombróse Alcalde de los Moros á Al-Hache-Men-Abel, y Alcalde de los Hebreos á Leví Cases, así como un Concejo Municipal de seis Hebreos y seis Moros, á los que se repartieron distintas atribuciones.

»Enterráronse setenta cadáveres que había en las calles y casas, de resultas del motín que precedió á la entrada de los Españoles; y atendido á que los Judíos pedían pan, señalóse á cada uno de los indigentes una peseta diaria, quedando á su cargo limpiar la población, para lo que se les facilitaron camellos, carros y acémilas.

»Al mismo tiempo el Estado Mayor trazaba desde la Alcazaba el plano de la ciudad, dividiéndola en cuatro cantones ó distritos militares; púsose nombre á las calles, puertas y castillos, dando á los fuertes los nombres de la Familia Real, á las calles los de los Batallones y hechos de armas de esta campaña, y denominando á las puertas, de Tánger, el Cid, la Victoria, la Reina, los Reyes Católicos y Alfonso XII.

»Organizóse Policía política y de seguridad, la que procedió en seguida á formar un padrón por barrios,

designando las casas vacías y las ocupadas, numerándolas todas, y expresando el número de sus habitantes, con sus nombres y los datos posibles acerca de los ausentes.

»El alumbrado público corrió primero por cuenta del Ejército; después se mandó á cada diez vecinos que costeasen un farol hasta las diez de la noche, esperándose hoy una gran remesa de faroles antiguos de nuestras ciudades de España, que envía el Ministro de la Gobernación.

»Se han publicado bandos para el respeto de la propiedad; se han nombrado *serenos* moros con patrullas de soldados nuestros; puesto guardias en las casas abandonadas y en las mezquitas; recogido las armas á la población marroquí; invitado á los Moros de las cercanías á que traigan al mercado comestibles, garantizándoles la seguridad y el provecho, y llamado por edictos á los que habían abandonado sus casas y demás propiedades, conminándoles con que, de no hacerlo en un plazo que se ha prorrogado dos veces, el Estado se incautaría de todo.

»Al mismo tiempo se establecían hospitales para Cristianos, Moros y Judíos; se situaba el mercado en la calle de la Albuera, cerca de una puerta de la ciudad, á fin de que pudiesen acudir cómodamente á comprar los soldados de todos los Campamentos; abríanse fondas y cafés; componíanse los caños de desagüe, trasladábase el Matadero á un lugar higiénico; dábase alojamiento á las tropas en la Judería y barrios de los Moros; nombrábanse varias Juntas compuestas de las tres razas susodichas: una para nivelar el valor de las monedas, la cual expuso al público un Cuadro comparativo en tres idiomas y con muestras de toda clase de monedas españolas y moriscas; otra para hacer una Tarifa de Comestibles, á fin de evitar abusos; otra para investigar los bienes religiosos de eremitas y patronatos, y otra para estudiar el Sistema arancelario de los Moros en los voluminosos libros que se encontraron en la Aduana.

Buscóse la Oficina de Hipotecas, á fin de saber á qué atenerse en punto á las propiedades, y se halló que en este país no existía, pues las traslaciones de dominio se verificaban en una forma judicial.

»Por último se designó para templo cristiano una mezquita situada en la plaza; hiciéronse en ella algunas obras, y se bendijo y abrió al público el domingo 11 de febrero, celebrándose una solemne Misa con *Tedéum* y sermón por el Padre Sabatel, con asistencia de todos los Capellanes del Ejército, á cuyo templo se dió el nombre de *Nuestra Señora de las Victorias.*

»Tales han sido los trabajos hechos hasta ahora para el mejoramiento de la ciudad. Hoy se piensa en la construcción de cuarteles, fortificaciones, baños medicinales y de placer, y otras empresas importantísimas.

»Cuanto se diga en elogio del General Ríos y del Coronel Artaza, será siempre poco en comparación de la actividad é inteligencia que han desplegado en el desempeño de sus difíciles y apremiantes cometidos.»

XV.

La campana y el Judío.—El poeta *Chorby.*—El amor de una Mora.

Día 4 de marzo.

Como últimos cuadros de nuestra vida en *Tetuán* voy á contaros mis aventuras de hoy, lo cual os proporcionará la ventaja de conocer á tres insignes personajes, con quienes estoy en la mejor inteligencia hace algunos días, y que son, como quien no dice nada, los dos Moros más notables y la Mora más hermosa que viven actualmente dentro de estos muros.

Pero empecemos por el principio.

Esta mañana, á cosa de las seis, turbó mi sueño una *diana* de nuevo estilo, que resonaba sobre mi cabeza, y que no era ya el canto de las golondrinas que habitan en mi mismo cuarto, ni menos el cotidiano

estrépito matutino de cornetas y tambores... Era otra clase de *diana*, que resucitaba en mi corazón ecos dulcísimos; que, dormido y todo como me encontraba, producía en mi ánimo un inefable bienestar; que me halagaba como la fresca brisa al peregrino que duerme la siesta bajo una palma del Desierto; que me hizo despertar, en fin, lleno de aquel gozo que experimenté en Ceuta la primera mañana que salió el sol después de muchos días de vendaval...

—¿Dónde he oído yo esta melodía? (me preguntaba hoy). ¡Yo conozco esos vibrantes y plácidos sones..., aunque no los he oído hace mucho tiempo!

En esto acabé de despabilarme, y comprendí que lo que oía era una *campana* que tocaba á Misa en la torre de la nueva iglesia.

Aquella campana había llegado de España ayer tarde, y esta mañana ejercía por la primera vez su santo ministerio.—Entonces recordé también que hoy era *domingo segundo de Cuaresma*...—Y todas estas cosas, y el ocio, y el temporal que retrasa nuestra marcha hacia Tánger, y el no saber qué hacerme durante todo el día, me pusieron de malditísimo humor..., lo cual es de muy buen agüero... cuando acontece por la mañana temprano.

Así ha sucedido hoy.—Pocos minutos hacía que me hallaba despierto cuando penetró en mi cuarto *Jacob*, mi criado judío, el cual traía la cara de bienaventurado que tiene siempre los domingos, á consecuencia de no haberme servido de nada el *día de sábado*...

Nuestro diálogo merece contarse por lo característico.

—Buenos días...—exclamó, al entrar, el descendiente de los que crucificaron á Jesús.

—Dios te los dé muy buenos.—¿Dónde estuviste ayer?

—Señor... Ayer era *día de sábado*...

—¡Eso es! ¡Y porque era sábado, mi caballo no comió en todo el día!...

—¡Señor, yo no comí tampoco! Yo ayuné, como todos los Hebreos...

—¡Y te quieres tú comparar con mi caballo!

—No, señor, porque él es irracional...

—¡Y tú eres Judío!

—Bien: yo soy Judío; pero también soy racional.

—¡Demasiado! En fin..., el caballo ha comido perfectamente toda la noche á pesar de tu devoción. ¿Qué tal día hace hoy?

—Llueve.

—¿Y qué se dijo ayer en la Judería?

—Que los Españoles van á irse de Tetuán...

—¿Y qué te parece eso?

—Me parece mal; porque cuando se vayan los Españoles, los Moros nos van á abrasar vivos á los Hebreos.

—Harán bien.

—Diga más bien que harán mal.

—¡Qué sabes tú!—Vamos á ver: ¿por cuánto dinero te dejarías abrasar vivo?

—Según y conforme.

—¿Qué quiere decir eso?

—Si me lo daban antes... ¡por un millón! Pero si me lo daban después, por ningún dinero del mundo.

Y se echó á reir.

—Mas ¿para qué querías ese millón, si en seguida habían de abrasarte?

—¡Toma! Yo procuraría huir...

—¿Y si no podías?

—Lloraría hasta que me perdonaran...

—¿Y si no lograbas el perdón?

—Devolvería el millón de reales, después de haber tenido el gusto de poseerlo durante una hora.

—¡Efectivamente, eres más racional que mi caballo!

En esto se oyó el segundo toque de Misa.

—Dígame, señor, ¿qué es eso que suena?—preguntó el Judío lleno de asombro.

—Una campana.

—¿Y para qué la tocan?

—¿Para qué? ¡Voy á decírtelo! Cuando mejore el tiempo emprenderemos la marcha á Tánger, y volverán otra vez los grandes días de Castillejos y Guad-el-Jelú...—¡Esa campana toca, pues, á muerto por Moros y Judíos; á gloria por los Cristianos! ¡Dobla por las pérdidas que hemos de tener en la segunda campaña! ¡Repica por los triunfos! ¡Es un eco patrio! ¡Tiene el són puro y alegre de una voz infantil! ¡Es el primer acento de la Iglesia hispano-africana que nace; el primer sollozo de Jesús en el pesebre; el primer balido del cordero de Dios! —¿Te has enterado ya, fiero deicida?

—¿El señor quiere alguna cosa?—preguntó temblando el miserable Hebreo, que nada había comprendido de mi enfática peroración.

—Quiero que preguntes abajo, en la iglesia, si me han traído el correo.

Jacob volvió al poco rato con mis cartas de España y con una esquela procedente del mismo *Tetuán*, que decía así:

«Amigo mío: Hoy llueve, y hemos decidido pasar también el día *en el campo*. El poeta *Chorby* y el dandy *Hamet-Fucay* son de la partida. La *Mora* de la azotea no ha comido dulces hace tres soles. Ven con las provisiones que haya á tu alcance, y proporcionarás gran placer á tu afectísimo amigo,—M. (1).

»P. D. Hay tresillo y se dará de dormir.»

Esta carta necesita una ligera explicación.

La M que la suscribe representa á un bizarrísimo

(1) *Nota de la segunda edición.*—Ya no hay por qué guardar incógnitos. Esta carta era del entonces Brigadier D. Lorenzo Milans del Bosch, y los Jefes de que más abajo se habla eran el Conde de Cuba; el Auditor D. Francisco Monteverde, hoy Senador del Reino, y D. Eduardo Comas. actual Secretario del Gobierno Militar de Madrid.—Milans y el Conde no existen ya.—*Nota de la tercera edición.*—También ha fallecido Monteverde.

Brigadier, que, con otros distinguidos Jefes, todos muy conocidos y famosos en Madrid, habita la casa de un tal *Chorby*, opulento Moro, dedicado á las bellas letras (!!) desde sus primeros años, y uno de los hombres más cultos de este Imperio, al decir de sus compatriotas.

Dicha casa está situada en un extremo de *Tetuán*, en el barrio más tranquilo, sosegado y pavoroso; y, cuando yo voy á ella, que es muy frecuentemente, me quedo siempre á dormir con mis amigos, en atención á que sería una temeridad, casi un suicidio, recorrer de noche y en estado de guerra el largo laberinto de tenebrosas calles que median hasta la *Plaza de España*, en que yo habito.

El mismo *Chorby* me aconseja tanta prudencia; ¡*Chorby*, el árabe clásico, el huésped generoso, el mahometano, según el *Corán!*

Este admirable hombre, cuando vió llegar á su casa, como *alojados*, al Brigadier y á sus amigos, les pidió permiso para evacuarla por su parte, á fin de que estuviesen con más libertad, y, efectivamente, se marchó dejando en ella todos sus muebles y tapices, y reservándose una sola habitación, en que encerró las cosas de su uso personal, como ropas, víveres, libros y muchísimo dinero en cobre.

—Yo (dijo *Chorby*) comer y dormir en casa de unos amigos; pero venir todos los días y encerrarme en este cuarto á leer ó escribir ó hacer cuentas...

Nuestros Jefes, en vista de tan noble y delicado comportamiento, quisieron dejarle la casa y buscar otra, ó volver á las tiendas; pero *Chorby* se opuso obstinadamente, levantó las manos al cielo, se las llevó al corazón, se las besó repetidas veces, y juró y perjuró que se creería ofendido si aquéllos no correspondían á su franqueza.

Fué, pues, indispensable aceptar un favor tan extraordinario, y los cuatro españoles se instalaron en unas grandes salas donde había colchones, mantas, almohadas, otomanas y cojines para un regimiento.

Ahora bien: á pasar un día entero sin salir de esta casa le llaman mis amigos *un día de campo*, sobre todo si es jugando al tresillo.

Otra advertencia: *Chorby* no tiene mujer alguna.

Dijérase que hace la vida de un clérigo católico.

En cuanto á la *Mora* y al *dandy*, ya hablaremos de ellos dentro de un instante.

. . . . . .

Cuando llegué á casa de *Chorby*, mis amigos me esperaban ya con el almuerzo en la mesa, y también con aquel buen humor que me detiene allí algunas veces dos ó tres días seguidos.

Casi al fin del almuerzo llegó *Chorby*. Saludónos de lejos, desde el corredor, con afabilísima sonrisa, y penetró en su cuarto.

Al cabo de un momento volvió á salir con una bandeja llena de naranjas, que dejó sobre nuestra mesa, á fin de que nos sirvieran de postre.

¡Todos los días hacía lo mismo!

—*Chorby*, ven; siéntate y almuerza—le dijo el Brigadier M.

—Gracias, gracias; he almorzado—respondió *Chorby*, más bien por señas que de palabra, pues habla muy poco español.

Igual contestación daba todos los días; pero hoy se sentó á nuestro lado. Había prometido pasar el domingo con nosotros.

Chorby no es bello; frisará en los cuarenta años, y tiene la faz triste, la risa bondadosa, los ojos grandes y expresivos, la barba escasa. Viste albornoz negro sobre jaique blanco; parece un fraile dominico.

El sabía que yo era escritor, como yo sabía que él lo era también; pero aún no habíamos tenido tiempo de hablar *á fondo*, ni esto era muy fácil...

Pero ¡qué no consigue la voluntad!... Valiéndonos de las poquísimas frases españolas y francesas que él comprende, hemos logrado sostener hoy, durante más de dos horas, una profunda y divertida conferencia

sobre artes, política, literatura, etc., ¡y la verdad es que nos hemos entendido!

Oid, si no, las cosas que he averiguado.

Chorby sabe de memoria el *Corán;* sabe la historia de la dominación árabe en España, bien que confusamente; sabe mucha Geografía, y, sobre todo, está al corriente de la política universal...

—Moros (dice *Chorby*) no tener *estampa* (imprenta), porque no necesitar. Tenerla Moros turcos, Moros persas, Moros indios, Moros chinos..., ¡y éstos inventar! Pero Moro de Marruecos ser de campo, comer y dormir en casa con *mujeres;* salir á cazar, pescar y pelear y volver cansado...—¡No necesitar estampa!

¡Qué gráfica pintura!

Chorby, lo mismo que todos los Marroquíes, escribe con cañas, cortadas como nuestras plumas de ave. Las moja en tintas de varios colores, y algunas veces adorna las letras con plata y oro.

La mayor parte de los libros de que *Chorby* tiene noticias son de Religión, ó sea de *Majomé*... (Así suena en sus labios el nombre de Mahoma.)

También ha leído libros de *andar y ver* (es decir, de viajes) por Marsella, por Gibraltar, por la Meca, por Jerusalén, por Londres y por otras muchas partes.

Entiende algo de Astronomía; pero desde el punto de vista astrológico...

En Medicina conoce algunos específicos (todos vegetales); y, por supuesto, defiende el famoso sistema de cáusticos africanos, que consiste en aplicar sobre la espalda un hierro ardiendo á todo aquel que necesita un sacudimiento de vida hacia la piel ó un descarte de malos humores.

Las obras escritas por *Chorby* se reducen á tres: la *Vida de un Santo* muy famoso que hubo en Fez; un *Libro de Leyes*, y un *Comentario sobre el Corán;* aparte de algunas alabanzas en verso á Dios, al Profeta y al difunto Emperador, padre del que hoy reina.

Por lo demás, creo excusado decir que mi hermano

en Apolo no vive de lo que le producen las bellas letras...—Es comerciante en lanas y banquero, y nada militar por naturaleza, como se deduce del siguiente hecho:

Hace hoy un mes precisamente cogió en sus manos una espingarda por la primera vez de su vida.—Es decir, que asistió á la Batalla de Tetuán.—Pero no se batió, sino que, obligado por las Autoridades, como todos los habitantes de esta plaza, *á coger un chopo* (que solemos decir ahí) y salir á defender el suelo patrio, pasó el día sentado en lo alto de un cerro con la espingarda descargada, y á la tarde, cuando *ya hubo concluído todo*, cargó el arma con pólvora sola y la volvió á descargar, á fin de que oliese convenientemente, y regresó á Tetuán *sin el remordimiento* (dice) *de haber matado á nadie.*

Por aquí íbamos de nuestra conversación, cuando apareció en la estancia *Hamet-Fucay*, el *dandy* de Tetuán.

Tendrá éste unos veintidós años. Sus blancas y delicadas manos revelan claramente su condición de aristócrata, de ciudadano pacífico... con los hombres, y de hijo mimado de la fortuna.

Yo no he visto Moro más bello y elegante que él. Nadie lleva el jaique con tanta gracia; nadie anda con tanto donaire; nadie va siempre tan compuesto, tan limpio, tan perfumado.—Es alto, delgado, pálido. Tiene los ojos y la barba negros como el ébano, los dientes más hermosos del mundo, la frente y la nariz de un Antinoo, y la sonrisa franca y constante.

Es un verdadero *lión*, no sólo de figura, sino por sus pensamientos y acciones. Todas sus ideas son de este siglo; sus costumbres, bastante disipadas; sus escrúpulos religiosos, completamente negativos...—Baste decir que come jamón y bebe Jerez..., aunque rogándonos que no se lo digamos á ningún Moro, y que se burla de sus compatriotas y ama la civilización cristiana.—Es, en fin, en su tierra una excep-

ción..., nada honrosa por cierto...—Y hablo así, porque de todo lo dicho se deduce que *Hamet* no ama á su patria, ni se ha batido por ella, ni respeta la Religión de sus padres.—No es más que un hombre *encantador*, como se dice en Francia, donde hay tantos *cristianos* por el estilo de este *moro*.

Con él y con *Chorby* pasé el resto de la mañana de hoy.

Al mediodía dejó de llover y salió el sol...

Cogí entonces un puñado de dulces y me dirigí á la azotea...

¡Iba á ver á mi *novia*, á mi *odalisca*, á la hermosísima Mora que os he anunciado!

. . . . . .

Pero seamos formales.

No digo «*seamos verídicos*», porque siempre lo soy.

Es el caso que yo me cuento entre los pocos, entre los pequísimos Españoles que han visto en Tetuán una Mora bonita y trabado amistad con ella..., aunque á respetable distancia.

La cosa ha sucedido del siguiente modo:

El primer día que subí á la azotea de esta casa (desde donde se distinguen otras muchas, y además un magnífico paisaje), vi aparecer una blanca figura en la azotea de otra casa muy próxima, bien que (¡oh dolor!) separada de la de *Chorby* por una calle... y cubierto el rostro con un tupido velo.

Pero la circunstancia de estar aquel velo hendido horizontalmente hacia la parte de los ojos, me demostró que la figura aparecida era una mujer.

Escondíme detrás de un muro, y me puse á observarla por una aspillera.

La Mora se acercó cautelosamente á las almenas de su terrado y se asomó á la calle.

En esto se oyó abajo el ruido de una puerta y de una llave...

Me asomé yo también rápidamente, y vi que un Moro se alejaba de aquella casa, no sin asegurarse antes de que la puerta estaba cerrada en firme.

—¡Sin duda es su señor! (pensé). La Mora espera á que se vaya su marido para asomarse á la azotea... ¡Esto promete!

En efecto: no bien desapareció aquel Moro por la esquina próxima, dió la tapada un salto de alegría y se levantó el velo.

El interés dramático y el rigor novelesco exigen aquí que mi vecina sea un portento de hermosura... ¡No me vais á creer, por tanto, si os digo que lo era!

Lo era, ¡sí!—Y, si no lo hubiera sido, ¿á qué tantas precauciones de parte del esposo, y á qué tanto afán en ella por descubrirse la cara?

¡Oh, sí; lo era!—¿Y cómo no ha de serlo una arrogante Mora de catorce ó quince años, blanca y descolorida, con dos ojos negros grandes y relucientes, con boca de niño, y envuelta de los pies á la cabeza en un alquicel de finísima lana, que la hace parecerse á una escultura griega?

¡Por mi alma os juro que era y sigue siendo muy hermosa!... ¡Y debéis creerme, supuesto que no estoy enamorado de ella!

Ni ¿cómo estarlo?—¡Ay! Si su semblante no me lo hubiese revelado, en sus infantiles movimientos, en su pueril júbilo, en su loca curiosidad y en las coqueterías que hacía creyéndose sola, hubiera conocido que aquella joven era tan *inocente*, ó, por mejor decir, estaba tan desprovista de alma como un pájaro, como una flor ó como la gata que subió detrás de ella á la azotea.

Pero ¿y la Mora? ¿A qué subía?—¡Pronto lo conocí!... En otros muchos terrados de Tetuán se veían Oficiales y soldados españoles que ponían ropa á secar, ó tomaban el sol, ó contemplaban el magnífico paisaje que se descubre por todas partes..., y la Mora tenía gana de ver á los conquistadores que tanto ruido metían en la ciudad.

Verdaderamente, ella espiaba á los demás con muchas precauciones á fin de no ser vista; pero como

yo hacía lo propio con ella, la veía á mi satisfacción.

Una vez saciada mi curiosidad, pensé, naturalmente, en buscarle segundo capítulo á aquella novela. Bajé, pues, á la despensa del Brigadier, cogí unos dulces y me volví á mi acechadero.—De todo esto hará unos ocho días.

La Mora seguía en el mismo sitio, esto es, á unos veinte pasos de mí—calle por medio.

Algunos confites envueltos en papeles, cayendo á sus pies como una granizada, le hicieron dar juntamente un grito y un salto y abandonar á escape la azotea.

—¡Ella volverá!—me dije.

En efecto: al cabo de un minuto su preciosa cabeza apareció de nuevo por la puertecilla que daba entrada á la plataforma, y sus grandes ojos se fijaron con curiosidad en aquellos papeles.

Luego miró en torno suyo, y, no viendo á nadie por ningún lado, avanzó cautelosamente y cogió uno de los dulces.

Entretanto, yo había salido de mi escondite.

Cuando volvió á levantar la cabeza, debió de verme sentado en medio de mi azotea, mirando hacia otro lado (como si yo no supiera que ella estaba allí), desliando un papel igual á los que le había arrojado y llevándome á la boca su contenido.

Era el momento supremo.—¡O tiraba el dulce y desaparecía para siempre, ó se quedaba y se lo comía!...

Dejé pasar un minuto sin mirarla, y, al cabo de este tiempo, me volví de pronto hacia ella.

En aquel mismo instante se bajaba para coger *otro* dulce, mientras que el papel del primero se hallaba en tierra, desliado, vacío...

¡La hija de Eva se había comido ya *una manzana!*

Al incorporarse con la segunda entre los dedos, sus ojos se encontraron con los míos.

Echóse á reir con toda su alma; enseñóme el dulce

que acababa de coger; díjome por señas que le había gustado mucho el anterior, y se llevó aquel otro á la boca, indicándome con un ademán codicioso que le arrojase muchos más.

¿Comprendéis ahora mi despreocupación? ¿No veis claramente á la Mora? ¿No advertís su falta de alma? ¿No os duele, como á mí, su absoluta carencia de pudor? ¿No os hace daño su materialismo?

¡Pues he aquí por qué no me he enamorado de ella! —Pásame con esta mujer lo mismo que con la Judía *Tamo:* que me parece un animal irracional, más ó menos bello; pero en modo alguno una criatura humana digna del culto de mi espíritu.

Por lo demás, ni las Moras ni las Judías son responsables de la indignidad de su existencia y de su alma, sino los Legisladores de la raza semítica.—A las unas como á las otras se las ha proscripto de los templos y se las ha negado toda personalidad jurídica en la sociedad y en la casa.—No son seres: son cosas.—Las Moras, especialmente, están sujetas al régimen de lo inanimado, y se las guarda bajo llave, como el oro y las piedras preciosas; ó más bien son tratadas como bestias, á las cuales no se exigen *votos* para que sean fieles, sino que se las ponen *rejas* para que no se escapen.

De aquí resulta lo que tenía que resultar: que, así como la Cristiana *quiere* ó *no quiere*, la Mora *puede* ó *no puede*, y punto redondo...—Y hacen divinamente y están en su derecho al no meterse en otras honduras; pues al negarles la jerarquía humana, al tratarlas como si no tuvieran más que cuerpo, se las ha relevado implícitamente de tener pudor, fe y constancia, y de sacrificar ó castigar en ningún caso sus inclinaciones naturales.—Lo contrario fuera una injusticia y un absurdo; fuera una contradicción; fuera una *petitio principii.*

De todo esto se desprende que yo echo dulces á mi vecina, como pudiera echar pan á los patos.—De lejos me parece un animal gracioso.—De cerca me

parecía un animal agradable.—En ninguna circunstancia podría parecerme una *mujer*.

Tal es la que irónicamente llamé *mi novia* hace un instante, ¡cuando, dicho sea en verdad, ni sé su nombre, ni hoy he ido más allá que el primer día!

Ella no habla el español, ni yo el árabe.—Siguen gustándole los dulces, y yo sigo echándoselos los días que vengo, como acabo de echárselos hoy. Pero se los arrojo uno á uno, obligándola á hacer antes algunas pantomimas y monerías...

Del propio modo se enseña á una perra de aguas á ponerse en dos pies.

XVI.

Llega la *División Echagüe*.—Camino que ha traído. Temporal.

Día 5 de marzo.

Hoy ha llegado á *Tetuán* el General Echagüe con ocho Batallones de los catorce que han guarnecido el *Serrallo* desde el principio de la Guerra.

Viene á reforzar nuestro Ejército para la expedición á *Tánger*.

Los nombres de los Cuerpos recién llegados son: *Madrid*, *Alcántara*, las *Navas*, *Barbastro*, *Granada* y *Borbón*.

Con ellos han venido el General Lasaussaye y los Brigadieres Trillo, Berruezo, Sousa y Caballero de Rodas.

En el Serrallo han quedado el General Gasset y el Brigadier Sandoval con los Batallones del *Fijo*, el *Rey*, *Mérida* y *Talavera*.

La División que trae el General Echagüe viene ganosa de gloria y de trabajos.—Muchos y muy heroicos fueron los servicios que prestaron estos ilustres Cuerpos en el primer período de la campaña; pero nada puede compararse á lo que han sufrido desde que emprendimos la marcha sobre *Tetuán*, al verse

allí estacionados y en perdurable ocio, mientras que el viento les llevaba la voz de los cañones de Castillejos, Río Azmir, Cabo Negro, Guad-el-Jelú y Tetuán, y la fama les refería las grandes proezas que realizaban sus hermanos á pocas leguas de ellos.

Estas dolorosas emociones de generosa envidia se han avivado durante la marcha que acaban de hacer para incorporársenos; pues es menester que sepáis que han venido por tierra y siguiendo las huellas de nuestros pasos, encontrando do quiera señales de nuestras luchas y plantando de noche sus tiendas en los mismos lugares en que se alzaron nuestros Campamentos.

No ha sido menor la emoción con que nosotros hemos oído la historia de esta marcha y el afán con que les hemos pedido noticias de aquellos sitios en que tanto padecimos y batallamos.—He aquí el resumen de todo lo que nos acaban de referir:

Ayer, á las cuatro de la madrugada, se pusieron en camino, y hoy á las tres de la tarde estaban ya en *Tetuán*.—Es decir, que en día y medio han atravesado todo el terreno que nosotros tardamos quince días en recorrer.

La formación para su marcha se verificó en el *Valle de la Concepción* ó *del Tarajar*, donde estuvo acampado catorce días el TERCER CUERPO, y donde yo perdí tantos amigos, víctimas del cólera ó de las balas.—Aun se ven allí (dicen) los vestigios de nuestras tiendas y de nuestros pasos; el monte ya pelado, que nos proveyó de leña; los cajones, las pipas y las latas de los víveres y municiones que consumimos del 15 de diciembre al 2 de enero, y algún cadáver desenterrado por los Moros para cortarle la cabeza.—En aquel lugar consagrado por la muerte y por la victoria despidiéronse tiernamente los Jefes y Oficiales que aún se quedaban en el *Serrallo* y los que venían en busca de nosotros y de nuevos triunfos.—¡Llevaban cuatro meses de compartir glorias y trabajos, y tenían que separarse por primera vez, los unos

para correr grandes aventuras, los otros para seguir con el arma al brazo, bajo las inclemencias del cielo y en la más triste soledad!

El bravo y modesto General Gasset y su Estado Mayor acompañaron á Echagüe hasta el famoso *Valle de los Castillejos*.—Allí se despidieron también, y tornaron á los famosos *Reductos*.

En el *Valle de los Castillejos* eran espantosas las huellas de la gran Batalla de 1.º de enero.—Armas rotas, harapos, infinidad de cajones vacíos, que habían tenido municiones, caballos muertos, árboles tronchados por el cañón, mil y mil indicios materiales hablaban aún de aquel largo día de sangrienta lucha y funeral estrago...

(Ya antes, de orden del mismo General del PRIMER CUERPO, se habían enterrado allí centenares de cadáveres de uno y otro Ejército, cuyas exhalaciones pútridas habían llegado hasta el Campamento del Serrallo.)

Más adelante, hacia las *Alturas de la Condesa*, encontraron muchos ganados que pacían tranquilamente.—Los Moros que los guardaban huyeron á la aproximación de nuestras tropas; pero Echagüe dejó una Sección de Guardia Civil que custodiase las reses hasta que pasara toda la División, con el fin de evitar que nadie tocase á ellas...—¡Rasgo laudable, sobre todo en una guerra con gente tan rapaz como los Marroquíes!

En *Monte-Negrón* vieron á lo lejos algunos campesinos que labraban sus taladas tierras, y que escaparon también abandonando los arados...—¡Pobres Moros!

A las cuatro y media de la tarde llegaron al fin á *Río Azmir* (al *Campamento del Hambre*, como le llaman todavía nuestros soldados), y allí acamparon toda la noche.

A las cuatro de la mañana se tocó *diana*...—¡Los ecos de todos aquellos montes reconocerían tal música, que tantas veces habían repetido!...

A las seis estaba todo el mundo en marcha, después de haber almorzado.

Venía de *práctico* el bizarrísimo Comandante de la Guardia Civil D. Teodoro Camino, de quien me atrevo á asegurar que es el Jefe nuestro que más enemigos ha matado por su propia mano en esta guerra.—El General O'Donnell lo había enviado al *Serrallo* hace pocos días para que sirviera de *cicerone* al General Echagüe en esta expedición al través de aquellas montañas en que tan penosamente nos habíamos abierto paso, y Camino desempeñaba su encargo á las mil maravillas.

A las nueve se engolfaron en la cordillera de *Cabo Negro*, dentro de cuyas tortuosas cañadas hallaron siete Moros armados (sin duda pertenecientes á la partida de bandoleros que tantas tropelías están haciendo en los alrededores de Tetuán).—Cogieron, pues, á dos, y se los trajeron consigo.—Los otros cinco lograron escaparse.

Una vez en la llanura de *Guad-el-Jelú*, cortaron diagonalmente hacia la *Torre de Jeleli*, pasando por la trinchera morisca en que tuvo lugar lo más recio del combate del 31 de enero, y, como ya he dicho, á las tres de la tarde llegaron á las puertas de *Tetuán*...

¡Imaginaos ahora el encuentro de Generales con Generales, de soldados con soldados!—Desde que se vieron la última vez hasta hoy, ¡qué grandes acontecimientos, cuánta gloria, cuánta mortandad!...

Pero, en fin, ¡ya están juntos!

—¡A *Tánger!*—decimos nosotros, alegrándonos de ir en tan buena compañía.

—¡A *Tánger!*—responden los recién llegados, ansiosos de recobrar el tiempo perdido.

Tetuán, 10 de marzo de 1860.

En *Tánger* estaríamos ya; pero es el caso que el temporal no nos lo permite.—Llevamos cinco días de *Levante*, quiero decir, de no ver ningún buque en la mar, y, por consiguiente, lejos de recibir víveres, nos

hemos comido en santa paz las trescientas mil raciones que teníamos de reserva para la marcha.

¡Pues añadid que, cuando mejore el tiempo, tendremos que esperar de nuevo algunos días, hasta proveernos otra vez de ellas y dejar llenos los almacenes para el mantenimiento de las muchas fuerzas que quedarán guarneciendo á Tetuán, la Aduana y Río Martín!—¡De manera que éste es el cuento de nunca acabar! ¡

Entretanto, las hostilidades parciales continúan.—Todos los días tenemos tiroteo con las kabilas desparramadas en torno á la plaza, y, sin embargo, los asesinatos y los robos se multiplican...

La falta de víveres ha venido á complicar nuestra situación, haciendo que el hambre comience á enseñarnos sus afilados dientes. Ya no es el Ejército, sino toda la población de Tetuán, quien necesita comer á nuestras expensas.—Los Moros nos han bloqueado á tal punto, que no entra en la ciudad ningún género de comestibles... ¡Y ya conocéis que nosotros no hemos de permitir que se mueran de hambre los diez mil habitantes de la Judería y los dos ó tres mil Moros que aún permanecen en otros barrios!

Por lo demás, la vida de guarnición se nos va haciendo insoportable.—Las casas moras están hechas para el sol, no para la lluvia. Así es que, no bien se entolda el cielo, nuestros cuartos quedan como de noche, á consecuencia de la falta de ventanas...

Ahora, por ejemplo, son las dos de la tarde, y tengo que escribir á la luz de una vela. Allá, por una aspillera ó claraboya que hay cerca del techo, penetra alguna claridad, que apenas alumbra á las golondrinas, mis amables compañeras de cuarto, mientras que el cielo se deshace en agua, como si no hubiese llovido desde los tiempos de Noé...

¡Melancólico día!—Me voy en casa de *Chorby*, á pedirle al Brigadier M. de comer y de dormir.

De camino veré á la Mora de la azotea y le regalaré dulces..., si el tiempo lo permite.

Bien mirado, á ella le tocaba hoy regalármelos á mí, pues hoy cumplo veintisiete años, y no sé cómo celebrar mi natalicio..., ni si es cosa que merezca celebrarse.

XVII.

Combate de Samsa.

Día 12 de marzo, á las doce de la noche.

¡Henos otra vez en nuestros grandes tiempos! Las hostilidades entre ambos Ejércitos se han vuelto á romper en grande escala; el cañón ha tronado de nuevo, y la historia patria registra en sus anales otra fecha de gloria: la fecha de hoy, en que hemos reñido el gran combate que se denomidará *Acción de Samsa.*

¡Admirable cosa es la guerra! Ella serena el espíritu y fortifica el corazón.—¡Desde la batalla del 4 de febrero no habíamos dormido con la profunda tranquilidad que dormiremos esta noche!—Acabaron nuestras cavilaciones sobre si conviene ó no conviene á España la continuación de las hostilidades...—¡Decididamente, lo más sencillo para un Ejército es cerrar los ojos á toda razón que no sea la de las armas!

El combate de hoy ha parecido el reverso de la batalla de Tetuán.—Hoy éramos nosotros los que estábamos en la ciudad, y los Marroquíes los que venían contra ella, bien que por el lado de Tánger. Lindando con el teatro de la lucha se hallaban nuestros Campamentos, cual en aquel día se encontraban los suyos. Como nosotros entonces, los Moros intentaban hoy penetrar en nuestros reales por dos puntos á la vez: por el frente y por el flanco derecho... ¡En lo único que se diferencian ambas jornadas es en que nosotros dormiremos esta noche donde mismo dormimos anoche, y ellos han huído á más no poder, después de dejarse sembrado de muertos y heridos

el disputado campo de batalla!—¡Pobres Moros! ¡Tan heroicos como inocentes!

Ha sido de notar, sin embargo, la prontitud con que habían rehecho sus fuerzas... Yo creo que no bajarían de quince mil hombres los que hoy nos han atacado.—¡Mejor que mejor! ¡Nosotros necesitamos un enemigo ansioso de victoria y que tenga la ilusión de que va á conseguirla alguna vez! ¡Lo temible sería que se batiera por batirse y sin esperanzas de triunfar, pues entonces la guerra podría ser interminable!

En cuanto á pormenores del combate de hoy, he aquí todos los que he podido coordinar:

Esta mañana, á eso de las once, en el momento de estar el Cuartel General oyendo Misa (como domingo que ha sido), el General en Jefe recibió aviso del General Echagüe (quien acampaba con sus tropas sobre el camino de Tánger, á la vanguardia del General Prim), manifestando que por la parte del *Fondac* se había presentado una masa de fuerza enemiga como de cuatrocientos á quinientos caballos, los cuales avanzaban con las precauciones y el aspecto de quien viene en són de guerra...

El Duque de Tetuán recibió este parte con la mayor calma: dió algunas instrucciones al Ayudante que lo había traído, y siguió oyendo Misa.

Terminado el acto religioso, montó á caballo con igual sosiego que los demás domingos; sólo que, en vez de echar por el *Arco de la Meca*, para volver á su Campamento, tomó por la calle de enfrente, que conduce al camino de *Tánger*.

Una vez en la trinchera del PRIMER CUERPO, observó que los llanos y alturas que se descubren desde allí hasta legua y media de distancia estaban cubiertos de grupos de Moros, cuyos movimientos indicaban tener á retaguardia considerables reservas.—Sin embargo, se limitó á reforzar con algunos Batallones las grandes guardias de nuestra izquierda y frente, mandadas, respectivamente, por el General Lasaussaye y por el Coronel Izquierdo.

A eso de la una empezaron á avanzar los Moros en grandes pelotones, dirigiéndose unos sobre nuestro frente, otros á pasar el río Jelú, y algunos, mucho más crecidos, hacia nuestra derecha, en dirección á las alturas que dominan el pueblo de *Samsa*.

Entonces el General en Jefe, á la par que mandó poner sobre las armas el resto del PRIMER CUERPO, hizo avanzar al SEGUNDO con dos Escuadrones del Regimiento de Artillería de á caballo y con la División de Caballería.

En tanto, el enemigo, cuya fuerza principal había venido oculta por la orilla derecha del *Martín*, lo atravesó rápidamente con el agua á la rodilla, y trató de envolver nuestra izquierda cargando á las guerrillas que teníamos en el Llano... Pero el Escuadrón *Cazadores de Albuera* acudió oportunamente, y, dando una brillante carga, secundada por la Infantería, obligó á los Moros á repasar el río, castigándolos con tal severidad que ya no volvieron á intentar nada importante por aquel lado.

Llegaron entonces los Escuadrones de Artillería, de los cuales uno se colocó en el centro, mientras que el otro se situaba en la parte de la izquierda, y ambos rompieron un fuego tan certero y nutrido, que á los pocos disparos hicieron retroceder al enemigo hasta ponerse á cubierto de nuestras granadas, lo cual logró muy pronto, aprovechándose de las desigualdades del terreno.

En cambio, su Infantería aumentaba considerablemente por el otro flanco, prolongándose hasta las altas cimas de Sierra-Bermeja. En su vista, el General en Jefe ordenó al General Echagüe que, con tres Batallones y una Batería de Montaña, se dirigiese á aquella parte y arrojase á los Moros de las posiciones que habían ocupado cerca del pueblo de *Samsa*—operación que realizó admirablemente el bravo Echagüe, tomando las alturas indicadas y acosando á los Marroquíes sobre los escabrosos peñascos de Sierra-Bermeja.

Entonces, para evitar que se retirasen en la dirección de los *Montes de Gualdrás*, mandó el Duque á la Brigada Paredes, del SEGUNDO CUERPO, que se interpusiese en aquel sitio, y al General O'Donnell (Don Enrique) que cubriese la izquierda con su división, marchando por las faldas del monte que se hallaba á su frente.

Este movimiento se hizo también con una celeridad y decisión tan admirables, que los Moros, cortados en su retirada natural, y batidos por el General Echagüe, se encontraron en una situación desesperadísima, y tuvieron que trepar, para salvarse, por unas peñas escarpadas que parecían inaccesibles, y que lo son en efecto para quien no tenga la asombrosa agilidad de los Africanos.

Pero ya sabéis que éstos *vuelven* tan fácilmente como *huyen*...—Quiero decir, que no tardaron en aparecer de nuevo por todas partes...—Decidió, pues, O'Donnell terminar de una vez tan complicada Acción, y para ello expidió una de aquellas órdenes inesperadas y decisivas que lo acreditan de gran caudillo, y en las que, aprovechando la posición transitoria de todas sus fuerzas, combina sus movimientos y acaba de un golpe los más enmarañados combates.

Esta orden fué la siguiente:

Al General Orozco le mandó que, con dos Batallones de su División, reforzase la izquierda y la asegurase contra toda acometida por aquel lado; al General Ríos, que, con cuatro Batallones de la Reserva, tomase las elevadísimas cumbres de Sierra-Bermeja, donde ya el General Echagüe había establecido un Batallón; al Conde de Reus, que, con cuatro Batallones y con dos Escuadrones de Coraceros atacase y tomase las posiciones del frente; al General Mackenna, que estuviese dispuesto con cuatro Batallones de la Reserva y con la Caballería, mandada por el General Galiano, para descender á la llanura donde se hallaba la Caballería marroquí; y por último, al General García, Jefe de Estado Mayor general, que hi-

ciese tomar las alturas de *Samsa* á las fuerzas que diré más adelante.

Tan sabia y audaz operación se cumplió rápida y simultáneamente...

El Conde de Reus atacó y tomó las posiciones que se le habían indicado, arrojando de ellas la numerosa fuerza enemiga que la sostenía, y una vez en aquel lugar, acompañado de algunas piezas de Montaña, rompió un certero fuego sobre la Caballería mora, haciéndola pronunciarse en deshecha fuga, avivada por el movimiento que ejecutaban en el Llano la Brigada Mackenna y la División de Caballería.

El General Ríos trepó á lo más alto de la Sierra y persiguió á los enemigos por parajes tan ásperos y escabrosos, que de seguro no los había recorrido nunca planta humana.—También allí nuestra victoria fué completa.

Por último, el General Paredes (con su Brigada, el primer Batallón de *Navarra* y cuatro Compañías de *Cazadores de Chiclana*, á cuyo frente marchó el primer Ayudante del General en Jefe, Brigadier Ceballos Vargas, sostenido por fuerzas del PRIMER CUERPO, mandadas por el General Lasaussaye, bajo las superiores órdenes de los Generales Echagüe y García), llegó en pocos instantes á las alturas de *Samsa*, que el enemigo mostró empeño en defender, y que, sin embargo, vióse obligado á dejar en poder de nuestras tropas, retirándose á los altos montes de Gualdrás.

Asegurado ya completamente el éxito en toda la izquierda y centro, el General en Jefe se trasladó á la derecha, adonde llegó pocos momentos después de ser ocupadas las alturas, ordenando en seguida el ataque de todas las posiciones que ocupaban aún los Moros, sin embargo de lo avanzada que estaba la tarde.

Verificóse este ataque por las cuatro susodichas Compañías de *Chiclana* y el primer Batallón del Regimiento de *Navarra*, al mando del Coronel

Lacy, sostenidos por la Brigada Paredes y fuerzas del PRIMER CUERPO á las órdenes del General Echagüe.—El enemigo fué decisiva y prontamente arrojado de todos los puntos que ocupó, á pesar de la resistencia que en cada uno trató de oponernos, y, al anochecer, ocuparon nuestras tropas la parte más culminante de las *Sierras de Gualdrás*, distantes de *Tetuán* más de legua y media.

El enemigo llegó en esta jornada á la dispersión más completa de cuantas ha sufrido en sus combates con nuestro Ejército; y si la noche no nos hubiese estorbado seguir adelante, de seguro que en muchos días no hubieran podido reunirse; pues cada uno corría por distinto lado, mientras que nuestros cazadores, desde el pico más alto de la cordillera, saludaban á la Reina y á la Patria con gritos de entusiasmo y jubilo, contemplando á un mismo tiempo los dos Mares... ¡el Océano y el Mediterráneo!

Siendo ya noche cerrada, y no llevando las tropas lo necesario para acampar, dispuso el General en Jefe que todas las fuerzas se replegasen á sus Campamentos, lo cual ordenaron los Generales respectivos, encomendando la derecha al General Echagüe, quien hasta las once de la noche no ha entrado en su Campo con el último Batallón, sin que en todo ese tiempo el enemigo haya dado nuevas señales de vida.

Nuestras pérdidas han sido un Jefe, dos Oficiales y diez y nueve individuos de tropa muertos; tres Jefes, catorce Oficiales y ciento setenta y cuatro individuos de tropa heridos, y un Jefe, siete Oficiales y ciento veinticuatro individuos de tropa contusos.—Las del enemigo han debido de ser muy considerables.

Ahí tenéis la historia del combate de hoy, primero de una nueva serie, que no sé dónde ni cuándo terminará.—En él nos han atacado los Moros, lo cual quiere decir que han recibido grandes refuerzos y que vuelven á someter la cuestión al fallo de las armas...—¡Tanto mejor! ¡Antes de tres días les ataca-

remos nosotros á nuestra vez, y ya no pararemos hasta clavar nuestra bandera en los muros de Tánger!

España lo desea, y el enemigo nos desafía... ¡Ya no hay que dudar!...—Nuestras tropas han divisado esta tarde el Océano Atlántico...—¡Al Océano, pues!

XVIII.

Los Moros vuelven á pedirnos la paz.—Explicación del combate de ayer.—Tetuán como garantía.—La cuestión de Tánger.—Nos disponemos á marchar sobre esta plaza.

Día 12 de marzo.

La fortuna se ha empeñado en favorecernos en esta guerra.—Dios vela por su causa.

El combate de ayer ha tenido más trascendencia de la que podíamos imaginarnos.—Los Parlamentarios de Muley-el-Abbas se hallan otra vez entre nosotros demandando gracia, apremiándonos por una avenencia, diciendo que se arruina el Imperio si ganamos otra batalla, y explicándonos de nuevo que de ningún modo nos acomoda semejante cataclismo, puesto que de suceder no encontraremos ya nunca en este país Gobierno con quien tratar, sino una guerra indefinida ó unas paces traidoras, sólo fecundas en alevosías y ferocidades.

—«No nos pidáis á *Tetuán*... (exclaman).—Eso es pretender lo imposible para nosotros y lo innecesario ó perjudicial para vuestra Nación.—Pedidnos dinero; pedidnos muchos millones; pedidnos todo aquello que el Emperador pueda hacer sin que se enteren sus pueblos. ¡Evitad una revolución en este Imperio, ó temed por la humanidad!—El día que se desencadene la tormenta que hace años ruge á los lados del Atlas, todos los Ejércitos del mundo no evitarían los horrores que presenciaría nuestra tierra.»

Con razones tan sentidas, francas y convincentes

se expresan hoy los Marroquíes.—En lo demás, su Embajada no se reduce por esta vez á proponernos la *paz*, sino que vienen también á presentarnos las *disculpas* de Muley-el-Abbas acerca del ataque de ayer.

Según ellos, las cosas acontecieron de este modo:

Hace tres días llegaron al *Fondac* unos ocho mil Riffeños, que aún no habían tomado parte en esta guerra, pertenecientes á las tribus más indómitas y aguerridas del Imperio.—Eran las mismas hordas que tan bárbaramente se ensangrentaron el mes pasado en la Guarnición de Melilla; y, envalentonadas por aquel infame triunfo, debido á la sorpresa, al engaño y á las tinieblas de la noche (1), venían (dijeron) á volver por la honra del Ejército marroquí, ó sea á demostrar á Muley-el-Abbas y á sus tropas de qué modo se vencía á los arrogantes Españoles...

Muley-el-Abbas les prohibió terminantemente que nos atacasen, manifestándoles que era una locura acometer á los conquistadores de Tetuán, y que harto harían él y sus tropas, así como cuantos auxiliares les llegaran, con luchar á la defensiva cuando marchásemos sobre Tánger...

Semejantes razones, hijas de una dolorosa experiencia, no fueron suficientes á convencer al General que mandaba á los Riffeños, y que se llamaba *Cerid-el-Hach* sino que, tomando pie de aquella prohibición, sublevó la mayor parte de las tropas de Muley-el-Abbas, á quien calificó públicamente de *asustadizo y cobarde*... («¡cobarde el Califa!» exclamaban los Parlamentarios al llegar á ese punto), y decidió presentarnos la batalla por su cuenta, asegurando á los que no le quisieron acompañar que á la noche les lleva-

(1) Como el tristísimo hecho del Campo de Melilla á que se hace referencia aquí fué extraño á la Campaña dirigida por O'Donnell, pues ocurrió á muchas leguas del Ejército de Africa, nohe creído ni creo conducente narrarlo en esta obra.—(*Nota de la tercera edición.*)

ría las tiendas que les tomamos en la batalla del 4 de febrero, y por añadidura todas las nuestras.

—¡No vayas, *Cerid!* (le dijo todavía Muley-el-Abbas). ¡Tú no conoces á los Españoles!

—¡Vaya si los conozco! (respondió el *Hach*). ¡Vengo de vencerlos!

—¡Vienes de acuchillar en las tinieblas á tropas engañadas; pero no de atacarlas en sus posiciones á la luz del día, como pretendes hacer hoy!

—¡A la noche verás quién acierta!—replicó el Riffeño.

—¡Quiera Dios que *también lo veas tú!*—respondió Muley-el-Abbas.

El temor del Califa equivalió á un vaticinio.—*Cerid-el-Hach* expiró esta mañana en la tienda del Príncipe, de resultas de un balazo que recibió ayer tarde en el vientre.

En cuanto á los renombrados Riffeños, regresaron huyendo y despavoridos al Campamento de Muley-el-Abbas, á quien confesaron que había hablado bien por la mañana; le pidieron perdón de haberle desobedecido, y se dijeron *más que castigados* por su soberbia temeridad.—¡Sus pérdidas, entre muertos y heridos, habían llegado á mil hombres!

Todas estas cosas nos las ha contado nuestro amigo Aben-Abu, el General de la Caballería, mientras que su hermano, el Gobernador del Riff, conferenciaba con el General O'Donnell.

De esta conferencia ha resultado que nuestro caudillo volverá á consultar la voluntad del Gobierno de Madrid acerca de la cuestión de Tetuán, exponiéndole las razones que hay para considerar inconveniente la retención de esta plaza en nuestro poder.

—El sábado 17 tendré contestación de España (ha dicho O'Donnell á los Parlamentarios). Ese día podéis venir por las nuevas condiciones de paz.

—Entretanto (han respondido éstos), nosotros cuidaremos de que las kabilas circunvecinas no re-

pitan esos robos y asesinatos que Muley-el-Abbas lamenta más que nadie...

Y, en efecto, el General de la Caballería, acompañado de cuatro *Moros de rey* de su escolta, ha subido á los montes inmediatos y amenazado con las más severas penas á sus moradores si hostilizan á los Cristianos durante las nuevas negociaciones de paz...

Hasta el sábado, pues.

Sábado 17.

El Gobierno de Madrid ha modificado las Condiciones de paz; pero siempre partiendo de un error de apreciación, ó subordinando sus exigencias á las de la opinión pública--extraviada por la mala fe de los enemigos del General O'Donnell, y también por las rancias tradiciones españolas de convertir todas las guerras en conquistas.

Ya no se pide á Tetuán *en propiedad*, sino como *garantía* de 500.000.000 de reales que deberán pagarnos los Marroquíes en concepto de indemnización de guerra.

Nada más justo que esta indemnización; pero la *garantía* es contraproducente.—Si España desiste de quedarse con Tetuán no es porque los Moros se nieguen á tolerarnos aquí, sino porque consideramos la ocupación de esta plaza como una carga inútil y onerosa. Ahora bien: si los Moros adoptan un sistema de morosidad en el pago de la *indemnización*, al cabo de diez ó doce años de tener en nuestro poder esta prenda pretoria nos veremos en el caso de devolvérsela, ó de arruinarla, sin haber cobrado un maravedí, y habiendo tenido nosotros que gastar otros 500.000.000 del Tesoro español en custodiar la hipoteca y en guerrear con todas las kabilas montaraces de estos contornos...

Como quiera que sea, y á juzgar por la cara que los Parlamentarios moros (de vuelta ya en nuestro Campo) han puesto á la *nueva condición*, el Imperio

no cederá á Tetuán..., ni siquiera en garantía.—Por consiguiente, seguirá adelante la guerra, y tomaremos á *Tánger* dentro de algunas semanas, para tener que evacuarle dentro de algunos meses...

—Y ¿por qué evacuar á *Tánger?* (preguntarán nuestros conquistadores madrileños). ¿No es aquélla una plaza fuerte y marítima, muy fácil de conservar? ¿No sería utilísima á nuestros intereses comerciales?

—¡Ciertamente! Pero es el caso que la Inglaterra, si bien tiene la bondad de no oponerse á que *tomemos* á *Tánger*, se opondrá á que lo *conservemos*. Intervendrá, pues, oportunamente para que de grado ó por fuerza hagamos una *paz*, cuya primera condición sea indefectiblemente nuestra pronta salida de aquella plaza fuerte, que miran como suya...

—¿Y qué nos importan los Ingleses?—añadirá, en un sublime arranque de fiereza, algún Español de pura sangre.

¡Ah! sí... Es verdad... ¡A los hijos de la noble España no les intimidan los hombres, y lo mismo lucharían con Ingleses que con Moros!—Pero es el caso que la guerra sería tan marítima como lo es la plaza...

—¿Y qué nos importa?—repetirá el antiguo león castellano.

—¡Mucho nos importa, señor león!—¡Y prueba de ello es que llevamos sobre la frente el vergonzoso estigma llamado *Gibraltar!*—¡Admirable me parecería que desafiáramos inmediatamente la cólera de la Gran Bretaña; pero preferiría que fuese, no por la posesión de una plaza extranjera como Tánger, sino para reconquistar la deshonrada plaza *española* en que ondea un pabellón que no es el nuestro!—Si el nuevo agravio que Inglaterra infiere á nuestro afán de independencia la hace bravar de ira... ¡tanto mejor! —¡Apuntémosle al lado de otros muchos, trabajemos sin descanso; construyamos buques; lancemos á la vida del mar á nuestros hijos; pongamos la confianza en Dios, en nuestro valor y en nuestro derecho; esperemos algunos años, y tantas y tan repetidas ofen-

sas serán lavadas con sangre en la bahía de Gibraltar y en los campos de San Roque y Algeciras!

¡Sólo cuando hayamos conseguido esto podremos entablar contiendas con la Gran Bretaña sobre nuestra libertad de acción en Tánger!—Digo... ¡á no ser que prefiráis la gloria y la dicha de que España sea ayudada en sus empresas del modo que lo han sido el Imperio turco y el Reino sardo!...

. . . . . .

. . . . . .

Resumiendo por hoy.

Los Parlamentarios moros han quedado en volver el 21 con la contestación de Muley-el-Abbas á las nuevas Condiciones de paz.

Día 21.

¡Esto es hecho!—Pasado mañana saldremos para *Tánger*.—Muley-el-Abbas no suscribe á la cesión de Tetuán, ni tan siquiera *en garantía* de la indemnización de guerra.

Sus Embajadores nos estrechan la mano con profundo dolor, y parten á ponerse al frente de sus tropas para procurar exterminarnos.

—¡Adelante, y excusemos negociaciones inútiles! (dicen en nuestro Ejército hasta los reclutas). ¡Adelante por España! ¡Pronto! ¡Pronto! ¡A matar! ¡A morir..., pues que la Patria nos lo exige!

¡Oh, qué reacción tan heroica! ¡Qué espectáculo tan conmovedor!—Todos arden ya en deseos de nuevas luchas...—«*¡A Tánger!*» repiten cuarenta mil voces...

Y, sin embargo, todos creen que acometemos una empresa descabellada, inútil, peligrosísima...—Descabellada, porque tendremos que devolver á *Tánger* al acabar de tomarlo, ó que venir á las manos con Inglaterra; inútil, porque al cabo tendremos que abandonar á *Tetuán*, con indemnización ó sin ella; y peligrosísima, porque, si el viento nos es contrario, nos hallaremos dentro de tres días sin base de ope-

raciones enfrente de los muros de *Tánger*, ó sea sin el apoyo da nuestra Escuadra, é incomunicados con Tetuán.

Por lo demás, acabamos de saber que el enemigo no ha perdido el tiempo, y que en el *Fondac* nos aguardan cincuenta mil Moros, perfectamente atrincherados al abrigo de formidables montañas...—¡Magnífica tempestad nos espera!

¡Figuraos ahora la animación que reinará en Tetuán!—Ya no se trata de caminar con la Escuadra á la vista, recibiendo de ella todo género de socorros, sino de vivir de nuestros propios recursos. Nos proveemos, pues, todos de infinidad de raciones; cómpranse caballos, asnos, mulas y camellos á forasteros y Judíos; cargamos hasta con muebles; mejoramos la condición de nuestras camas de campaña; *Chorby*, el inimitable *Chorby*, nos regala á sus amigos los mejores cojines, las mejores mantas de su harem, todas las naranjas de su despensa y hasta sus utensilios de cocina...—¡Ahora sí que será nuestro Ejército una ciudad ambulante!

Yo doy un adiós del alma á Tetuán... Ya no volveré nunca á él.—Nuestro regreso á España será por el Océano.—¡Y esto... para el que regrese!

Pero hoy no se piensa en tales cosas...—Hoy no se ve en nadie aquel solemne recogimiento que precedió á la Batalla de Tetuán. Hoy no se escriben tiernas cartas de despedida, ni se piensa en la familia ni en la Patria. ¡Domínanos, por el contrario, aquel bárbaro olvido de todas las cosas que se experimenta en el momento mismo del combate! ¡Es la desesperación! ¡Es la fiebre! ¡Es el remordimiento de haber acariciado ideas de paz! ¡Es el miedo de que alguien haya podido imaginarse que todo cuanto hemos pensado y dicho en favor de la terminación de la guerra era hijo del cansancio... ó de otra cosa peor.

¡Oh!, sí: la ira que enciende hoy á nuestro Ejército es ciega, irreflexiva, vertiginosa, como la de una fiera encolerizada. ¡Verdaderas maravillas espero de unas

tropas dispuestas de este modo! El primer encuentro ha de ser terrible, feroz, encarnizado...—*¡Concluyamos de una vez!*, parecen decir todos, según el aire con que se preparan á la batalla...

Y dicen perfectísimamente...—¡Concluyamos de una vez!

XIX.

De cómo cambié de idea y salí para España.

Día 22 de marzo.

Dentro de dos horas habré abandonado á Tetuán; pero no con dirección á Tánger, sino con dirección á Madrid.

He pedido licencia temporal al General en Jefe, y me la ha concedido.

La razón que me asiste para obrar así (espontánea y libremente como lo hago) es la misma que me trajo á la guerra, también voluntariamente:—*el amor á mi Patria.*

Entonces creí que su interés, su gloria, su prosperidad estaban en esta tierra, y vine á añadir mi pobre grano de arena á la obra de nuestra regeneración; y luché y padecí sin quejarme; y sufrí, no digo resignado, sino contento, todo género de trabajos y privaciones, porque los sufría por la Patria; y canté á mi modo la guerra; y procuré, en fin, inflamar más y más, si esto hubiera sido posible, el entusiasmo del pueblo y del Ejército.

Hoy creo, ó, por mejor decir, llevo mes y medio de creer, que nuestra misión en África está cumplida por ahora; que la continuación de esta guerra no tiene objeto; que será una calamidad para España, cuyo espíritu público anda extraviado; que los periódicos de la corte, dueños absolutos de la opinión nacional, abusan de ella para empujar nuestro Ejército hacia un abismo, movidos por el error, por la ignorancia por un patriotismo mal entendido ó por miserables pasiones, por ruines envidias, por maquiavélicos pro-

pósitos. Hoy creo, en una palabra, que la cuestión de paz ó guerra, que el interés de la Nación, que la gloria del Ejército, que los destinos de España no se ventilan ya aquí, sino allí; no dependen del valor de nuestras tropas, sino de la prudencia del Gobierno español y de la ilustración y patriotismo de los periodistas.. Por consiguiente, la Patria está en Madrid; sus enemigos (muchos de ellos sin sospechar que lo son) se encuentran en su seno, y allí es donde amenazan ahora riesgos á la santa madre que vinimos á defender en esta tierra.

Corro, pues, á aquel nuevo campo de batalla.

Sin que se me tache de soberbio, puedo creer que no será desoída mi voz leal y franca cuando proclame en los periódicos verdades que allí se desconocen.— En primer lugar, esas verdades brillarán por sí solas, á pesar de la insignificancia del que las diga, y lograrán alumbrar todas las conciencias que merezcan este nombre. Y, por otra parte, yo creo que la opinión del que todo lo ha visto y oído será tenida en algo; que el grito de *paz*, lanzado por quien tanto y hace tan largo tiempo deseó la *guerra*, será atendido; que, cuando menos, lograré colocar la cuestión en su verdadero punto de vista; que, ya que no otra cosa, conseguiré desvanecer errores en materia de hechos, y que, siquiera los papeles públicos que se dicen afectos al grande hombre que concibió y ha capitaneado la Guerra de África, modificarán sus juicios, no bien entiendan que los fundan en supuestos falsos.

Y, si nada de esto logro, siempre habré cumplido con un deber; siempre me habré hallado en mi puesto; siempre habrá tenido un eco en España la opinión (fuerza es repetirlo) *de todo el Ejército de África:* la opinión de cuarenta mil Españoles. ¡Generales, Jefes, Oficiales y soldados, hombres de todos los partidos, de diverso carácter y de vario entendimiento, que convienen en considerar un absurdo la continuación de la guerra, y, sobre todo, el que se la quiera con-

vertir de guerra de desagravio en guerra de conquista!

Trabajo me cuesta, sin embargo (lo juro por mi honor), separarme del Ejército la víspera de una batalla casi segura.—Yo no soy... egoísta, y esto pudiera tacharse de egoísmo...—Pero he pensado que debo á mi patria el sacrificio de semejantes escrúpulos y sufrir por ella todo linaje de mortificaciones... —Por lo demás, un soldado más ó menos: su brazo, su sangre, su vida, de nada pueden influir en los futuros combates que aquí se libren, mientras que ese soldado, en los combates de la prensa madrileña, pueden ser hoy de alguna utilidad al Ejército de Africa... Cuando España necesitaba la guerra, puse mi pluma y mi vida al servicio de la guerra; hoy que necesita la paz, pongo al servicio de la paz mi pluma... y también mi vida.—En cuanto á aplausos... ¡me basta el de mi conciencia!

Agréguese á esto que no soy el único que toma hoy tan grave determinación...—Los Corresponsales de *La Epoca* y de *La Iberia*, D. Carlos Navarro y Rodrigo y D. Gaspar Núñez de Arce, han oído mis razones; se han penetrado de su bondad; han reconocido que ellos también pueden ser más útiles á sus periódicos y á la Patria yendo á Madrid á desvanecer lamentables errores, que siguiendo al Ejército para hacer la crónica de estériles batallas; y han resuelto volverse conmigo á España, teniendo en más los intereses de la Nación que los suyos particulares, y arrostrando generosamente el desagrado de las empresas y de los partidos que aquí representan, á trueque de prestar un gran servicio á la justicia, á la verdad y á las mismas personas que acaso reprueben su conducta.

Firmes en nuestro propósito, nos hemos presentado hoy al General en Jefe á pedirle los pasaportes, á más de las *licencias* que necesitamos Navarro y yo, él por su posición administrativa en el Ejército (como Jefe de la Imprenta de campaña), y yo por mi carácter de

soldado.—Naturalmente, el Duque de Tetuán se ha sorprendido de nuestra marcha; pero cuando le hemos expuesto la idea que nos lleva á Madrid ha guardado silencio, como quien aprueba y no autoriza.

Yo no dudo de que en el fondo de su alma aplaude nuestra determinación; pero consideraciones fáciles de adivinar le obligaban á no intervenir en ella ni sancionarla.—Mandó, pues, como única respuesta, que se nos diesen las licencias y los pasaportes; que se nos escoltara hasta la mar, y que se nos admita á bordo del primer buque que salga para España.

Al despedirnos de él, sus últimas palabras han sido éstas:

—Digan ustedes allá que, si me pierdo, me busquen en el Desierto de Sahara.

¡Cuán solemne ironía! ¡Qué protesta! ¡Qué censura al Gobierno de Madrid!

. . . . . .

Por mi parte, aunque no renuncio á volver, si mi voz es desoída en España y la guerra continúa, presiento que este caso no llegará...—Despídome, pues, con el alma de estos lugares, que representarán eternamente los momentos más grandes y las emociones más sublimes de mi vida, y doy un adiós del corazón á nuestro bravo Ejército, en cuyo seno he aprendido á admirar á la Patria y á esperar en ella...—¡El frío de la muerte circula por mis venas cuando medito en que mañana á estas horas muchos de los que acaban de estrecharme la mano habrán dejado de existir!... ¡Adiós, adiós á todos!

¡Adiós á los que dejo ya sepultados en estos montes y llanuras! ¡Adiós á nuestra dorada bandera! ¡Adiós á mi vetusta espada de Toledo, á mi noble caballo, á mi hospitalaria tienda!—¡Y gracias mil á ese Dios que ha velado por mi vida y me permite volver en busca de España!—¡Nunca me atreví á esperarlo!

XX.

Actitud de nuestra Escuadra.—El General Bustillo.—*Tánger* á lo lejos.—Llego á España.—Relación de la Batalla de Gualdrás.—Bases de la paz.—Conclusión.

A bordo del *Tharsis*.—22 de marzo, á las diez de la noche.

Á las seis de la tarde (cerca ya del obscurecer) abandoné la tierra de África...

En aquel momento empezaban á verse las vespertinas hogueras del Campamento de Tetuán...

Mis ojos se llenaron de lágrimas... y deseé volver en busca del Ejército; pasar con él esta solemne noche; acompañarlo mañana, y morir en la próxima lucha bajo la bandera española...

—«¿Adónde voy?» (me dije lleno de remordimientos). Al mundo de la política ¡á hablar de Patria! ¡Á proponer á un pueblo poeta que trueque lo bello por lo conveniente!—¡Locura! ¡Locura!... ¡No bien abandono la patriótica atmósfera del Campamento, penetra en mi corazón la desconfianza!—¿Quién me oirá? ¿Quién me creerá en Madrid?

. . . . . .

Por fortuna, antes de venir á bordo de este vapor (que ha de conducirnos á Cádiz) hemos estado una hora en la fragata *Princesa de Asturias*, de la insignia del General Bustillo...

¡Allí se ha fortalecido nuestra fe!—Todos los Comandantes de los buques surtos en la rada se hallaban en la cámara del General... Hemos hablado largamente de la cuestión de la paz y de la guerra, y todos, sin excepción de uno solo, han opinado como el Ejército de tierra...—¡Oh!, la verdad cundirá y llegará á lucir á los ojos de toda España.

Sin embargo de pensar así, la Marina, como el Ejército, se prepara para el ataque de *Tánger*.—Sólo

que la Marina no dice como el Ejército:—«*¡Triunfaremos en la lucha!*»; sino esta otra frase mucho más sublime:—«*¡Pereceremos en la demanda!*»

Y es que nuestra Escuadra no basta á sostener el fuego de las magníficas fortificaciones de Tánger, cuajadas de baterías...—Conócenlo así nuestros Marinos, y por eso nos decían hace poco:

—Nosotros calculamos perder la mitad de la gente y dos terceras partes de los barcos dentro de aquella bahía..., pero será *muy adentro*... ¡Y uno solo de nosotros que quede con vida penetrará en Tánger con la bandera española en la mano!—El honor de la Marina consiste hoy en *perecer*... ¡Sólo así podrá *resucitar!*

Estas palabras del General Bustillo me han recordado aquellas otras de O'Donnell:—«Si me pierdo, digan ustedes que me busquen en el Desierto de Sahara.»

¡Oh! ¡España ha vuelto á ser España! ¡La raza de Hernán Cortés y de Gravina reaparece sobre la escena!

Quiere esto decir que siempre tendremos grandes capitanes...—¡Así nos diera Dios grandes políticos!

Día 23 de Marzo.

Está amaneciendo.

El *Tharsis* atraviesa en este momento el Estrecho de Gibraltar.

Á la dudosa luz del crepúsculo distinguimos allá, sobre la costa que se dilata á la izquierda, una blanca ciudad dormida, mal envuelta en leve sudario de bruma...

¡Es *Tánger!*

Ya habrá resonado el toque de diana desde Fuerte-Martín al Valle de Samsa, y todos nuestros Campamentos se hallarán por tierra, y la vanguardia del Ejército habrá empezado á moverse con dirección á esta ciudad maldita...

¡Cuánta sangre nos va á costar!... Pero ¡á cuánto precio han de pagarla los Marroquíes!...

. . . . . .

Salimos del Estrecho al océano Atlántico.

He aquí el sol..., ¡el sol de los combates!—Ya tronará el cañón en el Valle de Buceja... Ya habrá principiado la batalla...

Nada se oye... Nada veo...—El litoral de África se pierde entre la niebla.—¡Allá están solos, entregados á Dios y á su denuedo, luchando por la Patria, aquellos heroicos hermanos míos que tanto he llegado á querer!...—Ya correrá su sangre generosa... ¡Ya no existirán muchos de ellos!

. . . . . .

. . . . . .

¡ESPAÑA! ¡ESPAÑA!—¡Me parece un sueño el estar viendo sus bellas y azuladas costas!...

He allí *Cádiz*, anclada en medio de su bahía como un navío de plata...—He allí los campanarios, coronados por la sagrada Cruz...

Entro en Europa... Llego á mi Patria... Vuelvo al seno de la Cristiandad...—¡Gracias, Dios mío!

. . . . . .

ESPAÑA, Cádiz, á las nueve de la mañana.

¿Por qué no late alborozado mi corazón, si ya siento bajo mis plantas el suelo patrio? ¿Por qué no lloro de dicha y gratitud? ¿Por qué no sigo bendiciendo al cielo? ¿Por qué me parece muda y solitaria la tierra española?

¡Es que la Patria no está aquí! ¡Es que me la he dejado en Africa, comprometida en mortal contienda! ¡Es que mi alma y mi vida se han quedado allí, atentas al resultado de la batalla! ¡Es que no tengo imaginación, ni memoria, ni ternura, ni cariño sino para aquélla mi heroica y atribulada familia, á quien he abandonado en trance tan supremo! ¡Es que me parece oir los gritos de mis amigos que me llaman! ¡Es que se me representa el desfiladero del *Fondac!*... ¡Es que veo hundirse nuestra Escuadra en las aguas de *Tánger!*... ¡Es que miro el Océano alborotado y á

nuestras vencedoras huestes que llegan á la *Bahía de Jeremías* fatigadas y hambrientas!...—Sopla el Poniente... ¡Ni un solo barco nuestro los espera allí!... —¿Quién los socorrerá en su desamparo? ¿Qué harán de sus heridos y de sus enfermos? ¿Cómo se procurarán víveres y municiones?

Ya los separan de Tetuán ocho leguas sembradas de cadáveres... ¡Han forzado la línea enemiga; han triunfado una vez más; se ven enfrente de *Tánger*... —Pero están desarmados y desprovistos de todo... —¡Los elementos, que hace días acechaban la ocasión de aniquilarlos, les presentan furiosa batalla en aquella soledad salvaje!...—¡Oh, qué horror!—El heroísmo, la fortuna y la victoria, todo ha sido inútil... —¡Apartemos la vista de tan espantoso cuadro!

Al través de tal melancolía considera hoy mi imaginación todas las cosas.—¿Cómo alegrarme de haber llegado al imperio de la paz? ¿Cómo no sentir remordimientos y vergüenza de poder ya disfrutar tanta calma, tanto regalo, tan completa dicha material?...

¡Repitámoslo! ¡La Patria no está aquí! ¡La Patria está en Africa!

Sevilla, 24 de Marzo.

¡Y, sin embargo, cuán otra, cuán diferente de como la dejé; cuán sublime es la España que hallo á mi vuelta!—¡Qué actitud tan noble la de los inocentes pueblos! ¡Qué generosidad, qué interés, qué ternura demuestran hacia aquellos valientes de quienes nada saben hace dos días!

¡Oh! Esta no es la España de los partidos...— ¡Esta es la patria unificada por la gloria!—¡Tengamos esperanza! ¡El Ejército no será inmolado en aras de la política!—¡Sigamos corriendo hacia Madrid!

Córdoba, 24 por la tarde.

¡Oh suprema angustia en medio de los regocijos del triunfo!

En alas de la electricidad acaba de pasar por aquí la noticia...

El día 23 de Marzo, ayer..., á las pocas horas de abandonar nosotros el Ejército, principió la gran batalla que se esperaba...

¡Bendigamos á Dios!... ¡Hemos vencido!—Pero ¿á cuánta costa y para qué?

He aquí el texto del parte oficial:

«El General en Jefe del Ejército de Africa al Excelentísimo señor Ministro interino de la Guerra:

»Campamento del *Valle de Gualdrás*, 23 de Marzo de 1860, á las cinco de la tarde.

»Batalla y victoria completa.

»El enemigo, fuertemente situado en posiciones de difícil acceso, nos esperaba á una legua de Tetuán. Con gran empeño ha tratado de estorbar el movimiento del Ejército.

»Desalojado sucesivamente de todas las posiciones y arrojado en el valle, en donde se presentó también en fuerzas considerables, ha tenido que levantar su Campamento á toda prisa para que no cayese en poder nuestro.

»En este instante se encuentra fuera del alcance de vista de las tropas de S. M.

»Todos los Generales y tropas han rivalizado en denuedo y bizarría.»

Este parte se ha completado con otro recibido en *Córdoba* pocas horas después:

«El General en Jefe del Ejército de Africa al Excentísimo señor Ministro interino de la Guerra:

»Campamento de *Gualdrás*, 24 de Marzo de 1860.

»Me he detenido hoy en este punto para desembarazarme de los heridos y enfermos, y para reponer las municiones gastadas ayer. Aun no puedo fijar la cifra exacta de nuestras pérdidas; pero las calculo de cuarenta á cincuenta muertos y seiscientos heridos. Las del enemigo han sido considerables, porque ha defendido tenazmente, y á pecho descubierto, sus fuertes posiciones, y se han visto sobre el campo

multitud de sus muertos y heridos.—Mañana, al amanecer, continúo la marcha con dirección al *Fondac.*»

Durante la campaña he aprendido á conocer la relación que hay siempre entre los sucesos y los sencillos y modestos partes del General O'Donnell.—Una batalla descrita por él de ese modo, ha debido de ser la mayor de cuantas hemos reñido en Africa.

Nuestras pérdidas resultarán, cuando menos, dobles de las que se han averiguado en el primer momento; pues para que los Moros, en número de cincuenta mil, levanten su Campo en medio de la refriega, habrán sido necesarios de parte de nuestras tropas esfuerzos desesperados de valor...

En cambio, la lucha de anteayer era para los Marroquíes á muerte ó vida, y en ella jugaban el todo por el todo... Por consiguiente, á estas horas, ó la *paz* está hecha, ó *Tánger* ha caído en nuestro poder...

Dominados por tan viva ansiedad y atroz incertidumbre, salimos de Córdoba para Madrid.

. . . . . .

Madrid 28 de marzo.

Al pasar á media noche por la villa de Manzanares, el repique de las campanas y los gritos de júbilo de la población nos dieron la primera noticia de que la PAZ se había firmado..., y, una vez en Madrid, hemos leído los siguientes partes telegráficos:

«El General en Jefe del Ejército de Africa al Excelentísimo señor Ministro de Estado, Presidente interino del Consejo de Ministros:

»Campamento del *Valle de Gualdrás*, 25 de marzo de 1860, á la una de la tarde.

»Ayer se presentaron de nuevo en mi Campamento los Comisionados de Muley-el-Abbas, portadores de una carta en que con insistencia me hablaba de sus deseos de paz y pedía que celebrásemos una entrevista para ponernos de acuerdo; accedí á ella bajo la condición de que las proposiciones que le tenía remitidas habían de ser aceptadas, y que la hora de la

cita se me había de avisar antes de las seis y media de la mañana siguiente, pues á esta hora emprendería el movimiento.

»No se hicieron esperar los Comisionados, y ya estaban batidas tiendas y las tropas en disposición de marchar, cuando me avisaron que el Califa vendría á la entrevista entre ocho y nueve de la mañana. Así tuvo lugar, y le recibí en una tienda que mandé levantar á seiscientos pasos de nuestras avanzadas.»

«Campamento de Gualdrás, 25 de marzo de 1860, á las dos de la tarde.

»Habiéndose firmado hoy los *Preliminares de la paz* y la celebración de un *armisticio*, el Ejército marcha á colocarse dentro de la línea del Puente de Buceja, que es la divisoria, y en posición de ser con facilidad y presteza asistido y racionado.»

Madrid 29 de marzo.

No diré una palabra más en pro ni en contra de la paz ni de la guerra.—La paz está firmada.

La crítica, ó, por mejor decir, el odio y la ambición, se ensangrientan en el General D. Leopoldo O'Donnell, calificando esa paz de innecesaria y deshonrosa.—La Historia le hará justicia.

Los males que amenazaban á la Patria han sido ya remediados... ¡Esto nos basta á sus buenos hijos!—Acabaré, pues, el presente DIARIO insertando la relación que me ha hecho un buen amigo, en discretísima y muy autorizada carta, de la gran batalla de Gualdrás, ó Vad-Ras, del subsiguiente armisticio y de la terminación de la Guerra:

Campamento de Gualdrás 23 de marzo de 1860.

Sr. D. Pedro Antonio de Alarcón.

Nos dejó usted ayer dispuestos ya para la marcha, y se alejó usted con la seguridad de que hoy reñiríamos una gran batalla, más grande todavía y sangrienta que la que tuvo lugar al frente de Tetuán el día 4 del mes pasado.

No se ha equivocado usted, amigo mío, pues en el combate que terminó hace dos horas, los Moros han hecho el último y desesperado esfuerzo de un ejército que defiende su país y su independencia.

Fíjese usted en la duración de la batalla, en la extensión y dificultades del terreno que era su teatro, en el número de los combatientes, en la significación y en los resultados que debe suponer la victoria, y determinará su imaginación toda la horrible grandeza del último combate.

Por complacerle, voy á intentar el describírselo á usted con todos sus pormenores, á fin de que sirva de complemento á su DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE AFRICA.

Según de antemano se había prevenido, á las dos de la madrugada se disparó un cañonazo en la torre de la *Alcazaba*, que era la señal acordada para que el Ejército batiera tiendas, cargase los bagajes y se preparara á emprender el movimiento en dirección al *Fondac*.

A las cuatro y media, las tropas se hallaban ya formadas en columnas sobre el terreno de sus respectivos Campamentos; pero una densa niebla, que no permitía ver á corta distancia, obligó al General en Jefe á suspender la marcha.

A cosa de las ocho se despejó la atmósfera, y el sol reflejó su lumbre sobre el mar que íbamos á perder de vista por la primera vez después de cinco meses...

Entonces se dió la orden de partir, ejecutándose desde luego el movimiento en la forma siguiente:

El General Ríos, con cinco Batallones de la segunda División de RESERVA, tres de la Vascongada, mandados por el General Latorre, y dos Escuadrones de Lanceros, se dirigió por la derecha con el objeto de apoderarse de los Montes de Samsa y seguir avanzando de una en otra posición hasta colocarse sobre los montes que dominan la izquierda del valle de Gualdrás, que atraviesa el río Buceja.

El PRIMER CUERPO, al mando del General Echagüe, con dos Baterías de Montaña, toda la fuerza de Ingenieros y un Escuadrón de *Albuera*, formando la vanguardia del resto del Ejército, emprendió su marcha por el camino que conduce al Puente de Buceja, siguiendo por la derecha del río Jelú.

El SEGUNDO CUERPO, á las órdenes del General Prim

siguió detrás del PRIMERO con una Batería de Montaña, la de Cohetes y el Segundo Regimiento montado de Artillería.

Detrás iban la Brigada de Coraceros, dos Escuadrones de Lanceros y uno de Húsares, al mando del General Galiano.

En pos de éstos caminaban el Bagaje del Cuartel General y todo el perteneciente á los CUERPOS PRIMERO y SEGUNDO.

Seguía después el TERCER CUERPO, mandado por el General Ros de Olano, con una Batería de Montaña y un Escuadrón de *Albuera*, llevando detrás su correspondiente Bagaje.

Por último, cerraba la marcha, cubriendo la retaguardia, la primera División del CUERPO DE RESERVA, á las órdenes del General Mackenna, con una Batería de Montaña y un Escuadrón de Coraceros.

La disposición de esta marcha, hábilmente adaptada á los accidentes del terreno, prevenía cualquier caso de ataque serio por el flanco derecho ó por retaguardia, mientras que por la izquierda, un suelo más despejado, con dos ríos y diferentes arroyos que bañan el valle, hacían imposible para el enemigo la concentración y movimiento de masas capaces de interrumpir el paso de nuestras tropas.

Tampoco era de esperar que por el frente se intentase una Acción de empeño hasta la llegada del Ejército á las cercanías del *Fondac*, desde cuyas formidables posiciones se creía que las fuerzas enemigas opondrían una tenaz resistencia; pero, contra este cálculo natural, á la media legua de marcha se vió empeñada la vanguardia en un vigoroso ataque por su frente, mientras que muchos tiros sueltos de señal, resonando por toda la prolongación del flanco izquierdo del Ejército, aunque á larga distancia, nos indicaban que las kabilas y las fuerzas regulares moras, dispersas por entre los aduares y alturas próximas, trataban de reunirse para hacer más ruda y general la acometida.

Y á la verdad que era de ver cómo de todas partes, sin orden ni concierto, pero incesantemente, salían grupos numerosísimos de Arabes, ora de Infantería, ora de Caballería, atronando el aire con sus feroces aullidos, no tanto para amedrentarnos á nosotros, como para animarse ellos, corriéndose diligentes y presurosos, unos

hacia la vanguardia, y otros á la orilla opuesta del río Jelú.

Su fuego, cada vez más vigoroso, hacía ya algún daño á nuestras tropas, por cuyo motivo el General en Jefe dió orden de que los diferentes Cuerpos del Ejército desplegasen sus guerrillas y protegiesen el flanco izquierdo en toda su extensa prolongación.

Esta medida no contuvo, sin embargo, á los Moros, que hoy se presentaban fieros y osados como nunca, é intentaban pasar el río para redoblar sus ataques con los refuerzos que incesantemente recibían.—Entonces se destacaron dos Batallones del SEGUNDO CUERPO, al mando del Brigadier Quirós, dispuestos á rechazarlos, si no bastaba con el fuego, recurriendo á la bayoneta.

A la altura del TERCER CUERPO, el enemigo no se mostraba menos tenaz y temerario; pues habiendo logrado vadear el río por diferentes puntos, intentaba sin duda dar un golpe atrevido sobre nuestra *impedimenta*.—En vista de esto, el General Ros de Olano dispuso que todo el Bagaje se separara del camino y marchara por la derecha, protegido por algunas tropas, mientras que el General Cervino, con dos Compañías, y el Brigadier Mogrovejo, seguido de otras dos, cargaban á los Moros á la bayoneta con el mayor denuedo, obligándoles á repasar el río y causándoles muchas pérdidas.

Entretanto, el grueso de nuestro Ejército, á cuya cabeza iba el General en Jefe con su Estado Mayor y Cuartel General, llegaba á la confluencia del río Jelú con el Buceja, donde el fuego estaba empeñado por el frente y la izquierda, sostenido vigorosamente por las fuerzas enemigas, que se habían acumulado en número considerable.

El Duque de Tetuán dispuso en aquel momento que el Segundo Batallón del Regimiento de *Granada*, á las órdenes del ya Brigadier Trillo, y un Escuadrón de la *Albuera*, vadeasen el Jelú, que estaba á nuestra izquierda; operación que ejecutaron con la mayor bizarría, rechazando al enemigo á larga distancia después de una segunda carga del Escuadrón de la *Albuera*, en que alcanzó á los Moros, mezclándose entre ellos y acuchillándolos de una manera espantosa.

Al mismo tiempo, los restantes Batallones del PRIMER CUERPO formaban en línea de columna con una Batería de Montaña, y atacaban por el frente con el objeto de

tomar una altura que podía servir de situación dominante en la lucha.—Comprendiéronlo así también los Moros (que en este día se han batido con tanta bizarría como inteligencia), y destacaron numerosísimas fuerzas para tomar el flanco izquierdo de esta posición.

Ignorando su respectivo intento Cristianos y Marrobuíes, pero coincidiendo en igual propósito, el Batallón *Cazadores de Cataluña* subió á coronar la cumbre de dicha posición, al mismo tiempo que por la opuesta ladera subían fuerzas enemigas muy superiores; pero los bravos Cazadores no cejaron un paso, y un ataque de toda la línea á la bayoneta, que ordenaron con grande oportunidad los Generales García y Echagüe, y que fue secundado á la derecha por el Batallón *Cazadores de Madrid*, á las órdenes del ya General Lasaussaye y del Brigadier Berruezo, dejó en nuestro poder la posición, siendo horrorosos los estragos que el enemigo sufrió en su tenaz resistencia.

Puestos al fin en precipitada fuga, los Moros se dirigieron á un barranco cercano, desde el cual, apoyados en nuevos refuerzos, intentaron todavía cerrar el paso á nuestras tropas; pero avanzando entonces el SEGUNDO CUERPO, por mandato del General en Jefe, para secundar los esfuerzos del PRIMERO, se destacaron á la bayoneta los dos Batallones del Regimiento de *Castilla*, contribuyendo con su poderosa carga á que el enemigo abandonara sus nuevas posiciones y quedara despejado el terreno para la continuación de la marcha.

Los Moros, sin embargo, reforzándose con otras reservas, y aprovechándose de todos los accidentes del terreno que podían ofrecerles alguna ventaja, volvieron pronto á la pelea con desesperado ardimiento, siendo necesario que una Brigada del SEGUNDO CUERPO vadeara el río Jelú para sostener la guerrilla del PRIMER CUERPO, y que el General Prim hiciese avanzar los *Tercios Catalanes* en ayuda del ala izquierda para contener el ímpetu del enemigo.

Los Catalanes, que tan brillante muestra dieron de su valor el día 4, aumentaron todavía más su reputación en este memorable día; pues, como un solo hombre y á la carrera, rebasaron la línea de nuestros tiradores y penetraron por entre los Moros, sembrando en sus filas la confusión, el espanto y la muerte.

Allí hubo luchas individuales; allí se torcieron las ba

yonetas ó se quebraron las gumías en el choque violentísimo del furor y la desesperación, hasta que la pronta llegada de otra Brigada del SEGUNDO CUERPO, al mando del Brigadier Hediger, aseguró la victoria por aquel lado.

Al mismo tiempo, una nueva Brigada del propio CUERPO, capitaneada por el ya General Serrano, con una batería de Montaña y la Sección de Cohetes, avanzó á reforzar las tropas del frente por orden del Conde de Reus, quien, en virtud de las instrucciones que le había dado el General en Jefe, hizo adelantar toda esta línea á fin de proteger los Batallones de la izquierda, romper el centro enemigo y precipitar sus huestes sobre el Puente de Buceja.

Esta heroica operación fué coronada del éxito más brillante. El esfuerzo del Batallón de *Navarra*, mandado por el Brigadier Lacy, y los felicísimos disparos de la Artillería y Cohetes, contribuyeron á este nuevo y glorioso triunfo del bravo General Prim, al cual se reunieron también en aquel instante los Escuadrones de Coraceros y las Baterías que mandaba el General Galiano.

Pasó, pues, el puente el SEGUNDO CUERPO sobre montones de cadáveres, así nuestros como marroquíes.—Al otro lado de él existe otra llanura, en que los Moros trataron de reorganizarse; pero acosados rudamente en todas direcciones por nuestras tres armas, viéronse en la precisión de retirarse á las formidables alturas de Gualdrás.

Comprendiendo el General Prim, á la primera ojeada, que esta ventajosa posición permitiría al enemigo rehacer sus desordenadas huestes si se le daba tiempo para ello, prosiguió denodadamente el ataque y ocupó el primer estribo de la áspera montaña. — Los Moros, por su parte, conocieron también la importancia de aquel movimiento, y se opusieron á él con indecible furia, estableciéndose desde entonces una larga serie de encarnizados combates, en que nuestras fuerzas tuvieron que ceder algunas veces al mayor número, si bien para volver á cargar con renovado brío, ganando siempre terreno y vengando hasta la saciedad las numerosas pérdidas que sufrían.

Gracias á tan porfiada lucha, el Conde de Reus llegó á la proximidad de un fragoso bosque que el enemigo acababa de abandonar con el intento de rehacerse en un

aduar cercano, que se hallaba situado en el extremo opuesto; y apreciando debidamente la importancia de esta posición, resolvió apoderarse también de ella. Dejó, pues, al Brigadier Conde de la Cimera con dos Escuadrones al cuidado de la Artillería y en observación de la llanura, á fin de impedir todo ataque por retaguardia; y sólo con su escolta de Infantería, el Batallón de *Navarra* y la Compañía de Minadores, avanzó de frente, cargó repetidas veces al enemigo, lanzóle del aduar, apoderóse de éste y entrególe á las llamas.

Rechazados los Moros de tal manera, volvieron á organizarse en un segundo aduar, mucho más elevado y de difícil acceso, desde el cual cayeron sobre nuestras tropas, conteniendo á veces nuestro movimiento de avance con feroces cargas de frente y tratando de envolvernos por los flancos. Así es que el Conde de Reus, para tomar el segundo aduar, vióse obligado á abandonar algunas veces el terreno conquistado; pero, al fin, su soberano esfuerzo, su presencia en todas partes, sus arengas á la tropa y el auxilio que mutuamente se prestaban los Batallones de *Chiclana*, *Navarra*, *León* y *Toledo*, y los Escuadrones de Coraceros, mandados por el Brigadier Villate, lograron, no sólo sostener las posiciones adquiridas, sino apoderarse del aduar, exterminando á cuantos lo defendían, quienes por esta vez se anticiparon á pegarle fuego.

Eran las dos de la tarde y la batalla había principiado á las nueve. Las tropas del SEGUNDO CUERPO estaban fatigadas. Hasta entonces, ellas solas habían sostenido lo más recio de la pelea, atravesando ríos, cruzando bosques, salvando desfiladeros, coronando alturas casi inaccesibles, tomando á la bayoneta riscos y aduares, peleando muchas veces entre las llamas y el humo del incendio, soportando un fuego incesante durante horas enteras, y llevando siempre encima todo su equipaje y raciones de repuesto para seis días.—¡Era cuanto se podía exigir del esfuerzo humano! Aquellos Batallones, la Caballería que los acompañaba en tan ásperos terrenos y el bizarro General Prim, que marchaba siempre á la cabeza de todos, deben recordar siempre con orgullo esta mañana de gloria, de afanes y de agonía.

Y, sin embargo, el combate estaba todavía muy lejos de concluir. Sólo se hallaba á punto de regularizarse.—Allá, por la derecha, combatía el General Ríos con la Se-

gunda División de RESERVA, guardando nuestra retaguardia y pugnando por rebasar el flanco izquierdo del enemigo.—En el centro, el SEGUNDO CUERPO luchaba, como he dicho, con el grueso de las huestes moras, y entretanto, el TERCER CUERPO, á las órdenes del General Ros de Olano, que había rechazado completamente al enemigo por la izquierda en muchos y muy señalados encuentros, adelantábase hacia el Puente de Buceja en busca de nuevos adversarios.—En la vanguardia se hallaba el PRIMER CUERPO combatiendo todavía y esperando el momento del ataque general.

Por todas partes había fuego; tronaba el cañón; el incendio abrasaba los aduares de las alturas; las cargas á la bayoneta se repetían; embestían los jinetes moros en anchos remolinos; cargaban los nuestros en masas apretadas, y divisábase ya el Campamento enemigo en una retorcida garganta, donde estaba sin duda aquel temeroso paso erizado de dificultades, que debía ser hoy sepulcro, según los Moros, de todo nuestro Ejército: ¡el *Fondac!*...

Todos estaban impacientes de precipitarse por aquella horrible y misteriosa hendedura; pero este momento no había llegado. ¡El Ejército estaba desparramado á fin de concentrar al enemigo, siempre deseoso de envolvernos, y que ocupaba por su parte una extensión de cuatro leguas, pues se había corrido al otro lado de Tetuán y combatía también en la Aduana!!...

Dejo dicho que el TERCER CUERPO llegaba á la altura del Puente de Buceja en el momento en que las tropas del Conde de Reus estaban más reciamente empeñadas en el combate.—El General Ros de Olano atravesó el Puente con tres Batallones de la Primera División, una Brigada de la Segunda, una Batería de Montaña y otra rodada.—Entretanto, el resto de sus tropas, á las órdenes de los Generales Turón y Quesada, ocupaban las posiciones dominantes de la derecha por disposición del General en Jefe, que se hallaba situado en aquel punto con su Cuartel General y Escolta, observando los movimientos de la extensa línea del enemigo y dictando sus órdenes á todo nuestro Ejército.

En el instante que las tropas del General Ros de Olano llegaban á la llanura que se encuentra al pasar el Puente, una masa considerable de Caballería enemiga descendía de un cerro poco distante, con el intento, al parecer, de ata-

car por la espalda á las tropas del SEGUNDO CUERPO, empeñadas, como he dicho, en las alturas de *Gualdrás*.—Comprendiólo así el General Ros de Olano, y, á fin de prevenir aquel riesgo, cubrió todo el llano con sus Batallones en columna, y la Artillería á los costados, rompiendo desde luego un vivo y certero fuego de cañón, secundado por el de las guerrillas, que hizo avanzar á la altura conveniente.

En esta disposición se preparaba á atacar de frente á la Caballería enemiga con el objeto de coger por retaguardia á los Moros y decidir la lucha que sostenían con las fuerzas del General Prim en aquellas importantes posiciones, cuando recibió orden de enviar tres de sus Batallones en auxilio de las tropas del SEGUNDO CUERPO.

En cumplimiento de esta orden, destacóse el ya General Cervino con los Batallones de *Ciudad-Rodrigo*, *Baza* y *Albuera*, al paso ligero, y por el camino más recto, hacia las alturas de *Gualdrás*, sirviéndole de punto de dirección el fuego nutridísimo que se sostenía á las inmediaciones del segundo aduar.—Llegado al primer estribo, recibió las instrucciones de los Generales Prim y García para seguir adelante, y pocos momentos después, observando que grandes masas enemigas descendían á su encuentro, las acometió sin vacilar.

El trance era supremo, porque los Marroquíes habían logrado rebasar la línea del SEGUNDO CUERPO, extenuado de fatiga con tantas horas de desigual pelea. El General Cervino encargó al Brigadier Pino que, con el Batallón de *Ciudad-Rodrigo*, operase sobre el flanco izquierdo moro, y que el Brigadier Alaminos, con el de *Albuera*, dirigiese su movimiento por el lado opuesto, mientras que el mismo General atacaría el centro con el de *Baza*.

Inició en primer término esta operación el Batallón de *Ciudad-Rodrigo*. —Apenas el enemigo le vió adelantarse, se arrojó sobre él como un río que sale de madre. De todas partes brotaron Moros de á pie y á caballo. El fuego se hacía á quema ropa. Después no se empleó ya sino el arma blanca. Los Moros apelaban á las piedras. Nuestros soldados convertían en mazas sus carabinas.....—¡Heroica lucha!—El Batallón de *Ciudad-Rodrigo* se cubrió allí de tanta gloria, que ninguna otra podrá jamás eclipsar sus resplandores. Él ha sido el protagonista de la batalla de *Gualdrás*. Para él son esta noche los aplausos y

las alabanzas. Él ha acometido una empresa de gigantes, y la ha llevado á feliz término... ¡Ay! ¡Pero á cuánta costa!

¡Su Coronel, el bizarro Sr. Cos-Gayón; diez y seis Oficiales, y más de la tercera parte de los individuos de tropa, quedaron muertos ó heridos en el primer encuentro!... Su amigo de usted, el Capitán D. Francisco Agulló y Linares, ha sido una de las víctimas!... ¡Pero consuélele á usted que su valor rayaba en heroísmo en el momento que cerró los ojos á la vida!

Perris, Saboya, Velasco, Echaún, Puig Samper, Peña, Calderón, Correa, Pérez, Fernández, Corbalán, Romera y Apellanes, es decir, casi todos los Oficiales del Batallón, cayeron también allí...—Mas ¿qué importaba? ¡Hubiérase dicho que el aliento del que caía se comunicaba centuplicado al que quedaba de pie, encargado de vengarle!—¡Sólo así se concibe que aquel puñado de valientes, capitaneados en el último momento por un denodado Comandante de Estado Mayor (el Sr. D. Pedro Esteban), no cediesen nunca un palmo de terreno; cargaran siempre con redoblado furor, y lograran hacer huir precipitadamente á la feroz muchedumbre, que poco antes había rechazado á todo un Regimiento!

Rehecho, sin embargo, el enemigo algunos instantes después con las innumerables fuerzas que volaron en su socorro desde otras posiciones más elevadas, intentó un segundo ataque sobre el invicto Batallón.—Entonces el General Cervino acudió por su parte en auxilio de aquel montón de heridos y cadáveres que aún conservaba su bandera y se llamaba el *Batallón de Ciudad-Rodrigo*... Púsose, pues, al frente de los *Cazadores de Baza*, mandados por el Coronel Novella; desplególos en batalla, y enlazándolos con los de *Ciudad-Rodrigo*, formados ya una exigua columna, se lanzó con ambos Batallones al encuentro de los Moros; contuvo el ímpetu con que bajaban; batiólos primero á tiros; cargóles después á la bayoneta; hartó á sus soldados de sangre y de matanza, y vió, por último huir otra vez á los pertinaces Marroquíes en la más completa y atribulada dispersión.

Pero aún la terquedad del enemigo encontró manera de rehacerse más adelante y probar fortuna en la resistencia, ya que no en la acometida. Para ello se parapetó en ocultos aduares y en otras ventajosas posiciones que le ofrecía el terreno; pero los de *Baza* y *Ciudad-Rodrigo* los arroja-

ron también de allí, mientras que Alaminos, con los de *Albuera*, habiendo logrado coronar la altura más dominante del flanco izquierdo, estrechaba al enemigo por este lado, ligando y generalizando el ataque... de tal modo, que los Marroquíes abandonaron aquellas alturas, y, precipitándose por las laderas opuestas de los montes, tomaron el camino del *Fondac*.

Mientras esto ocurría en uno de los puntos más importantes de la batalla, el General en Jefe, situado con el General Ros á la inmediación del Puente de Buceja, esperaba la ocasión oportuna para adelantar por el valle las fuerzas del centro, ó sea el instante en que el General Ríos (ejecutando, como se le había prevenido, un cambio á la izquierda) acabase de envolver el flanco del enemigo y de rechazarlo hacia el centro.

Este General había marchado al principio sin encontrar resistencia, avanzando por la derecha del Ejército de una en otra posición, siempre dispuesto á contener los ataques que el enemigo pudiera intentar contra este flanco. Los Moros, en efecto, desarrollaron numeros s fuerzas en la misma dirección, siguiendo su idea constante de envolver al Ejército por ambas alas; pero las tropas del General Ríos se habían anticipado á su movimiento, apoderándose de los montes de *Samsa*, y entonces aquéllos se decidieron al combate.

Nuestras tropas, movidas por el mismo deseo, no se hicieron esperar: el Batallón *Cazadores de Tarifa*, con los *Tercios de Guipúzcoa y de Vizcaya*, al mando del General Latorre, cargaron resueltamente sobre el enemigo en el alto aduar de *Saddina*, hasta arrojarlo hacia el valle de *Gualdrás*.—Mas he aquí que los Moros volvieron poco después con nuevos refuerzos y atacaron por el frente y derecha, aprovechándose de las estribaciones de Sierra-Bermeja, con el intento de envolver todas las tropas del General Ríos y venir á colocarse á retaguardia del Ejército...—Entonces el General Ríos mandó al Brigadier Lesca que cargase á la derecha con el Batallón de *Bailén* y el *Sexto de Marina*, apoyado por el resto de su Brigada, consiguiendo bizarramente contener al enemigo por este lado, mientras que el General Latorre verificaba igual operación por la izquierda, rechazando al enemigo que quería interponerse entre aquellas tropas y las de la derecha del PRIMER CUERPO.

De nuevo se obstinaron los Moros en su temerario ob-

jeto, volviendo á probar fortuna con mayores fuerzas; pero un ataque general y arrojadísimo los desconcertó al fin y les obligó á huir á la desbandada, con lo que pudo ya el General Ríos cumplir las instrucciones del General en Jefe, y dirigir el movimiento de sus tropas hacia las alturas que dominan el Puente de Buceja, formando la *segunda línea* y cubriendo la comunicación del Ejército con Tetuán; línea que completaba el General Mackenna con la División de su mando, establecida entre el pueblo y la plaza, y que prestó servicios muy importantes, pues rechazó con bravura muchos ataques al retirar el crecido número de heridos que tuvimos en la Batalla...

Llegaba ya el momento solemne que había indicado en el principio de la batalla al General en Jefe.

Antes de empezar esta importante y decisiva operación, el Duque de Tetuán señaló á todos los Generales de los diferentes Cuerpos de Ejército el puesto que habían de ocupar; los movimientos que habían de hacer; las relaciones con que debían comunicarse, y la concentración final en que debían coincidir para caer como una inundación irresistible sobre el Campamento y Ejército enemigos...

Como el día 4 de febrero, los movimientos se verificaron con armonía, con precisión, con regularidad; pero el terreno no era llanura como el Valle de Tetuán; era, por el contrario, el más vario, el más revuelto, el más accidentado de cuantos había visto el Ejército en toda su peregrinación. Cortado por bruscos derrumbaderos, por el Jelú, por el Buceja y por otros arroyos no siempre vadeables; sembrado de bosques; erizado de agrias montañas; poblado, en fin, de aduares, á cada paso ofrecía un escollo, una dificultad, un obstáculo que no podía estar previsto.

Pero, á Dios gracias, todavía quedaba sol, y los cuatro Cuerpos de Ejército estaban ya concentrados.—Todo el mundo presentía que se llegaba al trance final, y nadie dudaba de la victoria...

En efecto: el General en Jefe, puesto á la cabeza de las tropas que respectivamente tenían más cerca los Generales Ros de Olano, O'Donnell y Quesada, penetró atrevidamente por el centro, dominando el valle y las orillas del río Jelú en dirección del *Fondac*...—¡Bello, solemne, arrebatador era el espectáculo! Las músicas de todos los

Cuerpos tocaban paso de ataque, y nuestras tropas avanzaban como á una fiesta.

El enemigo conoció que no podía resistir su empuje...—¡Lo había aprendido ya en cien derrotas!—Así fué que, mientras por el frente sostenía un vivísimo fuego, levantó á toda prisa su Campamento.—Recordaba el día de la Batalla de Tetuán, y no quería sufrir de nuevo la deshonra que sufrió entonces.—Dábase por vencido; pero trataba de salvar sus reales.

Sin temor ya de perder su Campamento, hicieron los Marroquíes un nuevo y supremo esfuerzo de resistencia...—¡En vano!—Aquella masa densa, compacta, irresistible, que formaban nuestros Batallones, seguía su movimiento sin inmutarse, como si el enemigo no existiese...

Y, á la verdad, ya no existía. ¡Los Marroquíes tornaron á huir, y los gritos de júbilo y de victoria fueron de valle en valle, de monte en monte, de posición en posición, anunciando el magnífico resultado á todo el Ejército!

¡Oh! ¡Qué grande, qué bella y qué imponente ha sido la victoria de hoy!—Nunca hemos visto tantos Moros juntos; nunca se han presentado masas tan numerosas y tan compactas; nunca han combatido con tanto valor; nunca con tanta inteligencia.—Eran, cuando menos, de cuarenta y cinco á cincuenta mil hombres, luchando como fieras, apareciendo en el valle, ocultándose en el bosque, reapareciendo en la altura, defendiéndose en el aduar, vadeando los ríos, desparramándose, concentrándose, resistiendo, atacando, haciendo toda clase de esfuerzos de valor, de rabia, de astucia, hasta de heroísmo (preciso es tributarles esta justicia) por obtener la victoria que les ha negado el cielo...—Y nosotros teníamos la mitad de sus fuerzas, y luchábamos en un terreno desconocido, y verificábamos una marcha penosa, y estábamos de pie desde las dos de la madrugada, y los soldados llevaban encima todo su equipo, manta, tienda, raciones; y, así y todo, salvaban ríos, subían montes, atravesaban selvas..., y el sol de Africa derramaba una lluvia de fuego sobre nuestra frente.—¡Todo, todo conspira á engrandecer nuestro triunfo!

Pero la sangre ha corrido á torrentes de uno y otro lado.—¡Sólo los Tercios Catalanes han tenido ciento once hombres de baja, de los trescientos de que consta-

ban!—La pérdida total del Ejército consiste en un Jefe, seis Oficiales y ciento treinta individuos de tropa muertos; once Jefes, noventa Oficiales y ochocientos cincuenta y cinco de tropa heridos; un Jefe, cuatro Oficiales y doscientos trece de tropa contusos.—Total, 1.311 hombres fuera de combate.

¡Descansen en paz los mártires de la Patria!—Su sangre ha sido el precio de la más grande y disputada de las victorias alcanzadas en esta guerra. ¡Ella nos asegura nuestra entrada triunfal en *Tánger* si el Sultán no acepta las condiciones de paz que se le han impuesto! ¡Y ella no ha corrido sin que las huestes moras derramen mucha más sobre el campo de batalla!...

. . . . . .

«Campamento de Gualdrás 24 de Marzo.

Post scriptum.

Abro esta carta cuando ya iba á depositarla en la estafeta, para consignar una fausta noticia que estará llegando á España por telégrafo...

El Príncipe Muley-Abbas vuelve á pedir la paz, sometiéndose á las Condiciones prescritas por el Gobierno español!—Terminó, pues, la Guerra...—¡Ningún mayor encomio puede hacerse de la importancia de la Batalla de Gualdrás!

¡Bendigamos á Dios y felicitemos á nuestra Patria!»

. . . . . .

Bases de la Paz.

«El Excmo. Sr. General en Jefe del Ejército de África, dice al Excmo. Sr. Presidente interino del Consejo de Ministros y Ministro de Estado, con fecha 25 del mes actual, desde el *Campamento de Gualdrás*, lo siguiente:

Excmo. Sr.: Los Comisionados de Muley-el-Abbas se presentaron ayer de nuevo en mi Campamento con una carta del Califa en que me encarecía vivamente sus deseos de paz, y al efecto solicitaba que celebrásemos una conferencia en que pudiéramos

ponernos de acuerdo y firmar los preliminares de la paz. Tenía yo dispuesto emprender un movimiento, cuyo resultado debía ser el forzar el paso del *Fondac;* y, deseoso de no retardarlo, le contesté que, si admitía el supuesto de que mis condiciones eran las mismas que ya conocía y me avisaba la hora de nuestra entrevista antes de las seis y media de la mañana siguiente, la tendría gustoso; pero que de no avisarme á dicha hora, emprendería mi operación.

»Ya había el Ejército batido tiendas y dispuéstose á emprender la marcha, cuando á toda brida llegaron los Comisionados á avisarme que Muley-el-Abbas asistiría á la entrevista entre ocho y nueve de la mañana. Hice disponer una tienda á seiscientos pasos de mis avanzadas para recibirlo; y, cuando se aproximó, salí á su encuentro, dejando mi Cuartel General y Escolta á trescientos pasos, y acompañado sólo de los Generales.

»En la conferencia fueron sucesivamente aceptadas todas las condiciones, con la sola modificación de ser 400.000.000 la indemnización en vez de ser de 500.

»La insistencia con que pedía la paz; su elevada condición de Califa y la dignidad con que soporta su desgraciada suerte, me movieron á rebajar á 400 millones la indemnización. No me pareció generoso para mi patria humillar más á un enemigo que, si se reconoce vencido, dista mucho de ser despreciable Convinimos en celebrar una suspensión de armas á. contar de este día, y nos separamos después de firmar ambos los Preliminares y el Armisticio, que remito á V. E., originales los primeros y en copia el segundo. Hoy emprenderé y llevaré á cabo el movimiento de entrar en mi línea divisoria.

»Lo que pongo en noticia de V. E. para que llegue á la de S. M.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Canpamento de Gualdrás, 25 de marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell.»

Preliminares para la celebración de un *Tratado de Paz* que ha de poner término á la Guerra hoy existente entre España y Marruecos.

«Don Leopoldo O'Donnell, Duque de Tetuán, Conde de Lucena, Capitán General en Jefe del Ejército español en Africa; y Muley-el Abbas, Califa del Imperio de Marruecos y Príncipe del Algarbe, autorizados debidamente por S. M. la Reina de las Españas y por S. M. el Rey de Marruecos, han convenido en las siguientes bases preliminares para la celebración del Tratado de paz que ha de poner término á la guerra existente entre España y Marruecos:

»Artículo 1.° S. M. el Rey de Marruecos cede á S. M. la Reina de las Españas, á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra-Bullones hasta el barranco de Anghera.

»Art. 2.° Del mismo modo, S. M. el Rey de Marruecos se obliga á conceder á perpetuidad en la costa del Océano en Santa Cruz la Pequeña el territorio suficiente para la formación de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente.

»Art. 3.° S. M. el Rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad posible el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñón y Alhucemas que los Plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuán en 24 de Agosto del año pasado de 1859.

»Art. 4.° Como justa indemnización por los gastos de la guerra, S. M. el Rey de Marruecos se obliga á pagar á S. M. la Reina de las Españas la suma de 20.000.000 de duros. La forma del pago de esta suma se estipulará en el Tratado de paz.

»Art. 5.° La ciudad de Tetuán, con todo el territorio que formaba el antiguo Bajalato del mismo nombre, quedará en poder de S. M. la Reina de las

Españas, como garantía del cumplimiento de la obligación consignada en el artículo anterior, hasta el completo pago de la indemnización de guerra. Verificado que sea éste en su totalidad, las tropas españolas evacuarán seguidamente dicha ciudad y su territorio (1).

»Art. 6.º Se celebrará un tratado de Comercio, en el cual se estipularán en favor de España todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nación más favorecida.

»Art. 7.º Para evitar en adelante sucesos como los que ocasionaron la guerra actual, el Representante de España en Marruecos podrá residir en Fez ó en el punto que más convenga para la protección de los intereses españoles y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos Estados.

»Art. 8.º S. M. el Rey de Marruecos autorizará el establecimiento en Fez de una casa de Misioneros españoles como la que existe en Tánger.

»Art. 9.º S. M. la Reina de las Españas nombrará desde luego los Plenipotenciarios para que, con otros dos que designe S. M. el Rey de Marruecos, extiendan las capitulaciones definitivas de paz. Dichos Plenipotenciarios se reunirán en la ciudad de Tetuán, y deberán dar por terminados sus trabajos en el plazo más breve posible, que en ningún caso

(1) Sabido es que, al año siguiente de firmarse este Tratado de paz, Muley-el-Abbas vino á España á pedir á S. M. la Reina que permutase la garantía de la ciudad de Tetuán por los rendimientos de las Aduanas marroquíes, á cuyo fin serían éstas intervenidas por empleados españoles, á lo cual accedió el Gobierno español, por cuyas resultas nuestro Ejército evacuó á Tetuán después de padecer muchas enfermedades y privaciones durante la ocupación y haber tenido el sentimiento de ver morir del cólera al bizarro Teniente General D. Diego de los Ríos, que se había quedado de Gobernador de aquella plaza.

Los Marroquíes han cumplido fielmente sus compromisos, y todos los años ingresan en el Tesoro español los rendimientos de aquellas Aduanas, quedando ya muy poco que cobrar de la enorme indemnización de Guerra que se obligó á pagarnos el Imperio.—(*Nota de la segunda edición.*)

excederá de treinta días, á contar desde el de la fecha.

»En 25 de marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell.—Firmado.—Muley-el-Abbas.»

Armisticio.

«Habiéndose convenido y firmado las bases preliminares para el Tratado de paz entre España y Marruecos por D. Leopoldo O'Donnell, Duque de Tetuán, Capitán General en Jefe del Ejército español en Africa, y Muley-el-Abbas, Califa del Imperio de Marruecos y Príncipe del Algarbe, desde este día cesará toda hostilidad entre los dos Ejércitos, siendo la línea divisoria de ambos el Puente de Buceja.

»Los infrascritos darán las órdenes más terminantes á sus respectivos Ejércitos, castigando severamente á los contraventores. Muley-el-Abbas se compromete á impedir las hostilidades de las kabilas; y si en algún caso las verificasen á pesar suyo, autoriza al Ejército español á castigarlas, sin que por esto se entienda que se altera la paz.

»En 25 de marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell.—Firmado.—Muley-el-Abbas.»

Conclusión.

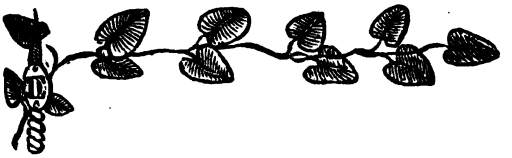
He dado cima á la ardua tarea que me impuse en Málaga hace cuatro meses, y que ha llenado desde entonces todos los momentos de mi vida. He terminado la historia de mi inolvidable peregrinación. He dado fin á este libro, empapado en mi sudor, en mis lágrimas y en mi sangre; trabajosamente compaginado en mil lugares distintos: en el mar, bajo la tienda, en medio de los campos, en la vivienda del Moro y del Judío, y alimentado, por decirlo así, con los más puros afectos de mi alma.—Natural es, por consi-

guiente, que, al separarme de él, al escribir sus últimas líneas, al soltar la pluma que ha trazado todas sus incorrectas páginas, experimente una solemne emoción, semejante á la que sentirá el padre que se despide por primera vez de un hijo querido.

¡Hijo mío es; hijo de mis afanes y vigilias, fruto de mi amor patrio y de mi afición á las Artes y á las Letras, éste mi adorado cuanto imperfecto libro, y él será siempre la obra que yo más ame de cuantas he escrito y haya de escribir!—Cada pasaje suyo me recuerda un lugar sagrado, una hora sublime, una escena grandiosa ó un amigo que me arrebató la muerte. Entre sus líneas impresas veré siempre otros renglones trazados con lápiz en lo más recio de las batallas ó de las tormentas, ó en lo más triste de mi soledad y desamparo... Su conjunto, en fin, será lo único que me quede de tanto como he pensado, amado y sufrido en Africa, y la imagen viva de la realización de mis más bellas ilusiones.

Con lo cual me despido de ti, oh bondadoso público, que tan lisonjeramente has acogido mi pobre DIARIO, y hago aquí punto final, confiando en que el buril de la Historia grabará sobre las columnas de oro del Templo de la Inmortalidad los memorables hechos que yo he apuntado en estas humildes páginas, destinadas por su imperfección á ser ligero pasto del olvido.

FIN.



APÉNDICE PRIMERO.

PRECEDENTES Y PRIMEROS COMBATES

DE LA

GUERRA DE ÁFRICA.

I.

SR. D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

Mi querido amigo: Para que sirva de complemento á su DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE AFRICA me pide usted la historia de los *precedentes diplomáticos* y de los *primeros hechos de armas* de tan gloriosa expedición, considerando que yo debo de estar enterado de todo, por haber tenido la fortuna de hallarme de guarnición en *Ceuta* antes de declararse la guerra oficialmente, y por haber asistido luego á los combates que se riñeron en el *Serrallo* hasta la llegada del TERCER CUERPO DE EJÉRCITO, de que usted formaba parte.

Doy á usted las gracias por la confianza que pone en mi memoria y en mi veracidad, y no la defraudaré ciertamente. Lo único que siento es no ser escritor de profesión; pero usted desea que yo *escriba*, y, bajo su responsabilidad y cuidado, allá van los *antecedentes* que me pide.

II.

En 1845 celebró España un Tratado con el Imperio de Marruecos, por la mediación de la Inglaterra, en el cual se fijaron los límites de la plaza fuerte de *Ceuta* en una línea que, corriendo por la pequeña elevación del *Otero*, principiaba en el Estrecho de Gibraltar y terminaba en el Mediterráneo.—El terreno que quedaba adjudicado á favor de la Corona de España comprendía unos dos kilómetros cuadrados.

El Gobernador de Ceuta creyó que, sin faltar á este Tratado, podía construir á su inmediación, fuera de las murallas y en el nuevo terreno, un Cuerpo de Guardia ligeramente fortificado. Empezáronse las obras y se opusieron los Moros con tal tesón, que todo lo que nuestros Ingenieros edificaban durante el día, ellos lo destruían durante la noche. Hubo algunos pequeños encuentros, y los Moros llegaron, por último, á derribar la piedra que marcaba los límites, y, como testimonio vil de la afrenta que intencionalmente quisieron inferirnos, deslustraron las Armas españolas que en dicha piedra estaban grabadas.

Tales excesos indignaron á España entera, principiando por la Guarnición de Ceuta y por su Gobernador militar. Este hizo adelantar rápidamente las obras del Cuerpo de Guardia, dejando en él gente bastante para que las custodiase de noche, y saliendo por su parte durante el día con la Guarnición de la plaza á los límites de nuestro territorio para hacerlos respetar.

Entretanto, toda España empezaba á preocuparse de la cuestión de Africa, y nuestro Gobierno seguía una viva correspondencia con el Ministro del Sultán, Sidi-Mohamed-el-Jetib, quien declinaba toda la responsabilidad de los sucesos sobre el Gobernador de Ceuta, Sr. Gómez Pulido, disculpando á la kabila de Anghera y solicitando aplazamiento para darnos la satisfacción debida.

Nuestro Cónsul General en Tánger, por el contrario, y como era justo, justificaba á aquella autoridad, ponía de manifiesto las afrentas que nos había hecho la kabila angherina y apremiaba por obtener las reparaciones convenientes.

Con este motivo dirigió la siguiente nota al Ministro del Sultán:

Tánger, 5 de septiembre d 1859.

Alabanzas á Dios único.

A mi ilustrado amigo Sidi-Mohamed-el-Jetib, Ministro de Negocios Extranjeros de S. M. el Rey de Marruecos.

La paz sea con vos.

Y después:

El ultraje inferido al pabellón español por las hordas salvajes que pueblan las provincias de Anghera, limítrofe á la plaza de Ceuta, objeto de sus inmotivadas y recientes agresiones, es de naturaleza tal, que ningún Gobierno que tenga conciencia de su honra puede tolerarlo.

El de la Reina, mi augusta Soberana, está resuelto á obtener la debida reparación, y tan cumplida como exigen la magnitud de la ofensa y el honor de la altiva nación á cuyo frente se halla.

Sobradas contemplaciones ha guardado, fiada en las protestas de amistad y en las seguridades que en nombre de vuestro Monarca me habéis tantas veces dado de que las plazas españolas enclavadas en vuestros territorios serían respetadas y castigados severamente los que las hostilizasen.

No os haré el agravio de poner en duda la sinceridad y lealtad de vuestras palabras é intenciones; pero si lo fueron, los hechos han venido á demostrar que el Rey vuestro amo carece de la fuerza y del poder necesarios para hacerse respetar y obedecer de sus vasallos.

Fijad por un momento vuestra atención en los ataques que tan repetidamente han dirigido los Moros del Riff á las fortalezas de Melilla, Alhucemas y Peñón; llevadla después á Ceuta, durante tantos días hostilizada por las kabilas á ella vecinas, y decid después si tamaños atentados no han de tener término y si han de continuar siempre cubiertos con el manto de la impunidad.

El Gobierno de la Reina está resuelto, sabedlo bien, á

que no se renueven; para lo cual exige en desagravio, y no como correctivo, el más riguroso castigo.

Si S. M. el Sultán se considera impotente para ello, decidlo prontamente, y los Ejércitos españoles, penetrando en vuestras tierras, harán sentir á esas tribus bárbaras, oprobio de los tiempos que alcanzamos, todo el peso de su indignación y de su arrojo. Pero si no lo es; si se cree aún con los medios necesarios para reprimirlas y castigarlas, es preciso, absolutamente preciso, que lo más antes posible se apresure á satisfacer las justas exigencias del Gabinete de Madrid.

Estas son:

Primera.—Que las armas españolas sean repuestas y saludadas por las tropas del Sultán en el mismo sitio donde fueron echadas por tierra.

Segunda.—Que los principales agresores sean conducidos al Campo de Ceuta para que, á presencia de su guarnición y vecindario, sean severamente castigados.

Tercera.—La declaración oficial del derecho perfecto que asiste al Gobierno de la Reina para levantar en el Campo de dicha plaza las fortificaciones que juzgue necesarias para la seguridad de ella.

Cuarta.—La adopción de las medidas que os indiqué en nuestra última conferencia, á fin de evitar la repetición de los desmanes que han venido á turbar la paz y buena armonía que entre ambas naciones reinaba.

Diez días os doy de término para resolveros.

Transcurridos que sean sin que esta mi demanda haya sido cumplidamente satisfecha, me retiraré de este país con los súbditos todos de la Reina mi señora.

Ya sabéis lo que significa.

Y la paz.—JUAN BLANCO DEL VALLE.

En esta nota se comprendían las condiciones que exigía España para reparar el insulto hecho á sus armas.—He aquí ahora la contestación del Ministro del Sultán:

Sidi-Mohamed-el-Jetib al Cónsul General de España.

Tánger, 7 de septiembre de 1859.

Alabanzas á Dios único.

No hay poder ni fuerza sino en Dios excelso y grande.

A nuestro amigo el ilustrado Caballero, el Representante

encargado de Negocios y Cónsul General de la Nación española, Excmo. Sr. D. Juan Blanco del Valle.

Preguntamos por Vos y rogamos á Dios que estéis bueno.

Y después:

Nos ha llegado vuestra nota del 5, en que nos renováis por escrito las reclamaciones que nos hicisteis, primero de palabra y después por medio de vuestro primer intérprete, cuando os ausentasteis de Tetuán. Por el mismo os hice decir que todas serían satisfechas, excepto la relativa á la declaración sobre las obras, por no estar para ello autorizado, y sobre la cual consultaríamos á nuestro amo, á quien Dios asista. Así lo hemos hecho, y cuando recibamos su respuesta os la dirigiremos.

Estoy, sin embargo, en el deber de deciros que las salidas que el Gobernador de Ceuta hace con las tropas de la plaza dentro de nuestra línea para batir á nuestras kabilas aumentan el fuego de la sedición entre los campesinos y entorpece nuestras gestiones en favor de la paz y tranquilidad de ambas naciones.

Si dicho Gobernador no se abstiene con lo que vos le digáis, escribidlo á vuestro Gobierno para que lo haga cesar en unos actos que no me permito calificar en honra de vuestra Nación. El Gobierno de vuestra Reina, que se distingue por su ilustración y la rectitud de sus principios, no se negará á lo que la justicia y la humanidad demandan, á lo que reclaman las buenas relaciones de amistad entre ambos países, y á lo que tenemos derecho á exigir por el art. 15 del Tratado de 1789, en 1845 ratificado.

Nos, por la presente, protestamos del injusto é impolítico proceder de un funcionario militar que parece complacerse en conmover los ánimos de los Moros, sus vecinos, y encender entre ellos la tea revolucionaria.

Si en vez de haber esperado á que el castigo de los primeros delincuentes se hubiese ejecutado no hubiera salido con sus tropas á clavar una bandera con bélico aparato y á los gritos de ¡viva la Reina!; si no hubiera amenazado á los Moros, que aquel acto inusitado presenciaban, con levantarla sobre sus cabezas si era derribada; si no los hubiera insultado y ultrajado injustamente; si hubiera tenido en cuenta que se dirigía á gentes ignorantes que no conocen regla alguna, no habríamos llegado á la situación lamentable en que nos encontramos en los momentos mismos en que el Rey nuestro amo se

halla en víspera de ser llamado á sí por Dios omnipotente.

El Gobernador de Ceuta debe ser á los ojos de vuestro ilustrado Gobierno y de la Europa el único responsable de la revolución en que se agitan estos pueblos y de todo cuanto ha ocurrido y ocurrir pueda.

Vuestro Gobierno no puede tener queja del nuestro. Llamadle la atención sobre lo que el art. 15 del Tratado prescribe. Recordadle, si no, el convenio que nos empeñamos en celebrar y celebramos, sólo por lograr el bienestar y sosiego de los siervos de Dios, cuando el mencionado Jefe militar descargaba el fuego de sus cañones sobre los vasallos de nuestro amo y les dirigía la amenaza de construir el Cuerpo de Guardia con sus propias cabezas.

Nos intimáis que en el término de diez días nos resolvamos á satisfacer vuestras demandas. Vos, que sois un caballero tan ilustrado, comprenderéis que en el estado de gravedad en que la salud de nuestro amo se encuentra, nada puede hacerse ahora. Si así no fuese, todo quedaría arreglado y concluído.

Cuanto nos habéis pedido lo hemos elevado al Rey nuestro amo, cuya respuesta aguardamos y os remitiremos cuando nos sea llegada.

Entretanto, os rogamos escribáis á vuestro Gobierno asegurándole que nuestro señor, á quien Dios proteja, castigará severamente á los culpables. Hacedle conocer la situación delicada en que se encuentra, y que su disgusto por la conducta de los de Anghera no será menor que el suyo. Recordadle también que, durante muchos años, las kabilas sus vecinas no ofendieron á la plaza de Ceuta, y que si ahora la han ofendido, la culpa toda debe recaer sobre el Gobernador de ella, que en tan poco tuvo el interés de su pueblo y la amistad que entre nuestros respectivos Gobiernos reinaba.

Os rogamos de nuevo que no dilatéis pedirle la prórroga que os demandamos. Ya sabréis las noticias que corren sobre nuestro amo y señor.

Es cuanto os participamos, confiando en Dios alabado que nos haga venir en acuerdo.

Y la paz. En Tetuán á 8 de Safar.—Igual á 7 de septiembre de 1859.

Por traducción literal.—El primer intérprete de la Misión, Fehía Sicsú.

Por traducción conforme.—El joven de Lenguas, Manuel María Quijada.—El segundo intérprete, Abraham Sinsú.

A ésta siguió una nueva carta, fechada en 9 de septiembre, del Ministro marroquí, en que participaba la muerte del Sultán y pedía al Gobierno español que aplazase sus reclamaciones hasta que fuese proclamado el nuevo Soberano.

Concediéronse veinte días de plazo: no los consideró bastantes el Ministro marroquí; y habiendo solicitado un nuevo aplazamiento, se le concedieron diez días más.

La nota en que se le negaba por última vez el plazo era terminante y enérgica. Decía así:

Tánger, 3 de octubre de 1859.

Alabanzas al Altísimo.

A mi ilustrado amigo Sidi-Mohamed-el-Jetib, Ministro de Negocios Extranjeros de S. M. el Rey de Marruecos.

La paz y la ayuda de Dios sea con vosotros.

Y después:

El Gobierno de la Reina, mi augusta Soberana, cediendo á vuestra demanda de 10 de Safar (15 de septiembre) se presta á ampliaros el segundo plazo que os otorgó por mi conducto en 12 del mismo.

Pero esa ampliación, que debéis considerar como improrrogable, es sólo por diez días, que expiran en 15 del corriente mes.

Si para entonces el Gabinete de Madrid no ha recibido la decisiva y satisfactoria respuesta que de vuestro ilustrado Monarca espera respecto de las justas reparaciones que se ha visto en el sensible caso de exigirle, las relaciones de amistad entre ambos países quedarán rotas definitivamente.

No abriguéis esperanza de lograr nuevas prórrogas, porque será una esperanza ilusoria. Mi Gobierno no podría decorosamente, sin faltar á altísimas consideraciones y sin que la Europa toda se lo afease, condescender con vuestros deseos. Su dignidad se lo veda; la enormidad del ultraje inferido al pabellón español por una tribu

salvaje, vasalla de vuestro Rey, se lo impide igualmente.

De vos, de vuestra actividad, de vuestras leales advertencias á vuestro Monarca, depende principalmente conjurar la tempestad que comienza á cernerse sobre estos territorios, y que los escandalosos atentados de la más desenfrenada de las turbas han ido condensando, hasta poner en inminente riesgo la paz y buena armonía entre las dos Naciones.

Las inculpaciones que con este motivo os permitísteis en vuestra precitada nota contra el digno y pundonoroso militar que se halla al frente de la altamente ofendida plaza de Ceuta, son infundadas y á todas luces injustas.

El Gobernador español, á quien tan inmerecidamente agraviáis, en vez de provocar, como decís, á los vándalos angherinos, soportó pacientemente, durante varios días, los incesantes insultos y atropellos de quienes, desconociendo la autoridad de su Soberano y el derecho perfecto que asiste á mi Gobierno para hacer lo que hizo en los terrenos de que es absoluta dueña y señora la Reina augusta de las Españas, destruyendo las obras comenzadas, echaron por tierra las garitas donde se albergaban nuestros centinelas, derribaron las armas de Castilla colocadas en la línea divisoria de los dos Campos, y llegaron, sin tener en cuenta su flaqueza é impotencia, hasta atacar repetidamente los espesos muros de la expresada fortaleza.

Disculpando tan criminal proceder, empeoráis vuestra causa y demostráis que la imparcialidad, tan necesaria en los que ocupan vuestro encumbrado puesto, os ha dejado de su mano.

El Gobernador de Ceuta obró bien y tuvo razón sobrada para proceder como procedió. Echad toda la responsabilidad de tamaños atentados sobre los inquietos y rebeldes vasallos de vuestro amo, que acudieron en grandes masas á los contornos de la fortaleza española para violar una vez más la ley de las Naciones.

Para que semejantes desmanes no se repitan y no surjan de nuevo los conflictos á que se prestan y dan fácilmente ocasión, como lo demuestran los recientes sucesos ocurridos en aquel campo, la ambigüedad del tratado existente y lo reducido del actual territorio jurisdiccional de Ceuta, es de todo punto indispensable que á la declaración que el Gobierno español exige siga inmediatamente un arreglo

de dicha plaza, hasta las alturas más convenientes para su seguridad.

Ese arreglo, que es indispensable celebrar para asegurar sobre sólidos y firmísimos fundamentos la amistad de ambas naciones, deberá ser semejante al convenio ajustado respecto á Melilla. Las mismas razones que movieron al difunto Muley-Abd-Errajman á celebrar éste, militan para llevar á cabo el que os propongo, porque los Moros de Anghera han demostrado con sus inmotivadas agresiones no ser menos rebeldes, turbulentos y salvajes que los del Riff.

La declaración que se desea, suficiente por el momento, será ineficaz en el porvenir para nuestros respectivos países si no recae sobre ella la sanción solemne de un tratado al cual debéis obligaros al hacerla, única manera de que aquélla pueda satisfacer al Gobierno de la Reina mi señora.

El día 15 se acerca. Si al ocaso de ese día, postrero del plazo de que el Gobierno español os ha hecho merced por un rasgo de generosidad, que forma notable contraste con la magnitud de la ofensa recibida, el Rey vuestro amo no hubiera respondido tan satisfactoria y cumplidamente como exijo, yo seré el primero en pedir, si necesario fuese, que no lo será, porque la resolución de mi Gobierno es irrevocable, que nuestras pretensiones sean inmediata y completamente satisfechas, porque éste es negocio que no podemos permitir continúe por más tiempo en el presente estado.

Paz.—FIRMADO, J. BLANCO DEL VALLE.

III.

Desde el principio de esta correspondencia dudaba el Gobierno español de la paz y se preparaba para la guerra, y por de pronto, había mandado formar un Cuerpo de Ejército de observación, que se situó en Algeciras, y cuyo mando se concedió al Excmo. Señor Mariscal de Campo D. Rafael Echagüe.

Este Cuerpo de Ejército se componían de una Brigada de Vanguardia, que se hallaba en Ceuta al mando del Brigadier D. Ricardo de Lasaussaye, y de una División, mandada por el Mariscal de Campo se-

ñor D. Manuel Gasset.—En la Brigada de Vanguardia figuraban el *Regimiento de Granada* y *Cazadores de Cataluña*, *Madrid* y *Alcántara*. Y en la División del General Gasset (compuesta de dos Brigadas, la primera al mando del señor Brigadier D. Faustino Elío, y la segunda al de igual graduación Sr. D. Ventura Barcáiztegui) figuraban, en la una, el Regimiento infantería del *Rey* y los Batallones de Cazadores de *Barbastro*, las *Navas*, y provisionalmente el de *Simancas*; y en la otra, el Regimiento infantería de *Borbón* y los Cazadores de *Talavera* y *Mérida*.—Correspondían además á esta División el Escuadrón de Caballería *Cazadores de Mallorca*, un Escuadrón del Regimiento de Caballería de la *Albuera*, cuatro Compañías de *Ingenieros* y tres *Baterías de montaña*.—En resumen: el PRIMER CUERPO DE EJÉRCITO, antes de entrar en campaña, contaba próximamente once mil quinientos hombres, ciento cincuenta caballos y diez y ocho piezas de artillería de montaña.

Todavía mediaban las notas diplomáticas con el Gobierno marroquí, y ya tenían lugar choques terribles en las inmediaciones del *Serrallo*.—Por ejemplo: el renombrado Batallón *Cazadores de Madrid* verificó una salida de la plaza de Ceuta el 22 de agosto de 1859 para castigar á las audaces kabilas de Anghera, que seguían estorbando la construcción del mencionado Cuerpo de Guardia.—Los Moros eran muchos en número y pertenecían á una de las tribus más guerreras del Imperio. Se resistieron, pues, con valentía; pero nuestros bravos Cazadores apelaron á la bayoneta y acorralaron é hicieron huir vergonzosamente á los enemigos.

En este primer ensayo, los *Cazadores de Madrid*, mandados por el bizarro Duque de Gor, llegaron hasta la *Mezquita*, lugar consagrado por la superstición musulmana y sepulcro de uno de sus más venerados Santones.

Sin embargo de todo esto, la Guerra no estaba todavía declarada; pero seguían en grande escala

nuestros preparativos. En los arsenales marítimos y en los Parques de Artillería se trabajaba sin descanso. Se almacenaban víveres. Se compraban tiendas. Se disponían camillas. Se expedían órdenes á muchos Batallones para que estuvieran prontos á ponerse en marcha; y entretanto, se mandaba reservadamente, aprovechando los últimos días de paz, reconocer y sacar planos de las costas é inmediatas plazas enemigas.

El denodado é ilustradísimo Oficial de Estado Mayor Sr. Latorre pasó á Tánger con este último objeto, y, merced á un disfraz de mercader moro de que se valió, pudo impunemente sacar un exactísimo y admirable plano del codiciado puerto marroquí, plano que hoy existe en los archivos del Ministerio de la Guerra.—Apenas este distinguido Oficial terminó su obra, y de regreso ya entre sus camaradas, el cólera lo escogió como una de sus primeras víctimas.

IV.

El Gobierno español declaró la guerra, y sólo el Gabinete inglés (que en esta ocasión, como en otras anteriores, quería mantener la integridad del territorio de Marruecos é impedir que pusiese en él su planta ninguna potencia de Europa) miró con malos ojos nuestra actitud. Pero las dificultades que nos ponía la Inglaterra se vencieron; la Guerra fué proclamada también oficialmente en el seno de la Representación Nacional; todo el país se encendió de santo patriotismo; desaparecieron los partidos, y una sola voz oyóse del uno al otro extremo de la Península: «*¡Al Africa! ¡Al Africa!*»

Dos nuevos CUERPOS DE EJÉRCITO se formaban casi simultáneamente en Cádiz y en Málaga: el uno al mando del Teniente General D. Juan de Zabala, Conde de Paredes, y el otro al del Teniente General D. Antonio Ros de Olano, Conde de la Almina, en tanto que se preparaba la formación de un CUARTO

Cuerpo de Ejército en Antequera, al mando del Teniente General D. Juan Prim, Conde de Reus.

El General en Jefe D. Leopoldo O'Donnell y Joris, Conde de Lucena, Capitán General de Ejército y Presidente del Consejo de Ministros, había llegado ya á Cádiz, donde se embarcó á bordo del *Vulcano*, para reconocer la costa de Marruecos, acompañado del Teniente General Jefe de Estado Mayor D. Luis García.—Tocó en *Ceuta;* recorrió todas las fortificaciones en la plaza; visitó los cuarteles y hospitales; salió al Campo del Moro, y allí se detuvo algunos minutos examinando el terreno y las alturas de Sierra-Bullones, aquellos bosques y aquellas montañas que debían ser bien pronto el teatro sangriento de las proezas de nuestros soldados.

El General en Jefe subió después á las murallas de Ceuta, y allí arengó á la oficialidad de los Batallones que guarnecían la plaza, anunciándoles las rudas fatigas y las grandes privaciones de la campaña que se iba á inaugurar.

El General Echagüe, que había llegado también á Ceuta, procedente de Algeciras, á conferenciar con el General en Jefe, regresó á su destino aquella misma tarde á bordo del *Alerta*, mientras que el General en Jefe volvía á embarcarse en el *Vulcano* y desaparecía por el Estrecho.

El General O'Donnell, de vuelta en Cádiz, se encerró en su impenetrable reserva, y todo el mundo siguió creyendo que se pensaba dar un golpe atrevido sobre *Tánger*, ó que el Cuerpo de Ejército del General Zabala iba á desembarcar en la *Bahía de Jeremías*, situada en el Océano y como á dos leguas del puerto marroquí.

V.

El General Echagüe, cuando fué á Ceuta á conferenciar con el General en Jefe, había recibido sin duda la orden de embarque para el día 18, á fin de inaugu-

rar la campaña el siguiente, esto es, el DÍA DE LA REINA.

Así, el día 18 estaban ya reunidas en Algeciras todas las tropas que constituían el PRIMER CUERPO, las cuales habían estado alojadas en los pueblos colindantes.

Algeciras y *Ceuta* parece como que se tocan con la mano. Una hora de navegación bastó, pues, al PRIMER CUERPO DE EJÉRCITO para llegar á la africana ciudad, donde desembarcó por la noche silenciosamente, acampando las tropas en la gran *Plaza de Armas*.

Todavía duraban las sombras nocturnas cuando se oyó el toque de diana. Poco después el CUERPO DE EJÉRCITO se ponía en marcha en el orden mismo que dejamos apuntado, componiendo la vanguardia (al mando del Brigadier D. Ricardo Lasaussaye) los dos Batallones del *Regimiento de Granada* y los de *Cazadores de Cataluña*, *Madrid* y *Alcántara*. Y no había salido el sol, cuando habíamos andado media legua por tierra de Moros y plantado la bandera española en la antigua torre del *Serrallo*, haciéndose en la plaza con las baterías de la DIVISIÓN los honores de ordenanza.—¡Era el DÍA DE LA REINA! ¡Día grande como ninguno en los fastos de su reinado!

Un sol brillante resplandecía en el cielo y alumbraba nuestro triunfo, triunfo que no nos costó sino seis heridos: cinco del Batallón *Cazadores de Cataluña* y uno del de *Madrid*.—Causáronnos estas bajas los poquísimos Moros que guarnecían el *Serrallo*, quienes abandonaron este derruído edificio así que notaron la aproximación de los soldados españoles, retirándose á intrincados matorrales que cubren las agrias y escabrosísimas laderas de *Sierra-Bullones*.

La razón de que hubiese tan pocos Moros enfrente de Ceuta consistía en que se figuraban que el General O'Donnell y el CUERPO DE EJÉRCITO formado en Cádiz iban á desembarcar en la *Bahía de Jeremías* ó á atacar directamente á *Tánger*. De otro modo, las difíciles posiciones que empiezan desde la salida de

Ceuta no se hubieran podido ocupar á tan poca costa.

Acampado el PRIMER CUERPO en los alrededores del *Serrallo*, y fortificado asimismo este edificio, aquella noche pasó sin novedad alguna, y al día siguiente, al toque de diana, después de verificada la correspondiente descubierta, se practicó un reconocimiento en los montes inmediatos, cubiertos de espeso bosque, desde donde algunos Moros ocultos nos hicieron á mansalva un muerto, seis heridos y seis contusos, todos del *Regimiento de Granada*.—El resultado del reconocimiento fué designar el sitio en que debía establecerse el primero y principal de los *Reductos* que habían de formar nuestra línea de fortificación frente á *Sierra-Bullones*.

Trazóse el día siguiente 21, y empezó á construirse, con el nombre de *Reducto Isabel II*, sin que se presentase á estorbarlo Moro alguno. Pero ¡ay! que en este día apareció un enemigo más terrible, más espantoso que toda la morisma entera.—¡Hablo del cólera!

Continuóse el 22 trabajando en los *Reductos*. Las cuatro Compañías de *Ingenieros* que tenía de dotación el PRIMER CUERPO DE EJÉRCITO no descansaban; y, en vista de ello, los Moros se resolvieron á atacarnos para impedir la terminación de aquellos trabajos. —Dos Batallones nuestros había de servicio protegiéndolos; y, en el momento en que el General Gasset subía aquella mañana á las once á examinar el estado de las obras, unos dos mil Moros atacaron con tanto ímpetu el *Reducto* por ambos lados, que llegaron hasta sus mismos fosos...—Nuestros dos Batallones recurrieron á la bayoneta, devolviendo el ataque con redoblada decisión y energía, y el enemigo se pronunció en completa retirada, después de haber sufrido gran número de bajas y causándonos á nosotros cuarenta y ocho heridos y seis individuos de tropa muertos.

No hubo novedad el día 23, es decir, no se presentó el enemigo; pero el cólera siguió creciendo.—En este día hubo doscientos cincuenta atacados.

El día 24 amaneció encapotado. Una densa y espesísima nube cubría todo el cielo, y además la niebla que se extendía por la tierra no dejaba descubrir una vara más allá de donde se pisaba. Por este motivo la descubierta se verificó con mucho detenimiento y tomándose las más exquisitas precauciones.

Bien pronto los hechos habían de acreditar la oportunidad y la conveniencia de estas medidas. Arrastrándose como culebras y esquivando encontrarse con nuestros gruesos puestos avanzados, salieron del bosque los Moros á las tres de la tarde y atacaron briosamente y en gran número á una Compañía de cazadores del *Regimiento del Rey* que estaba de avanzada.—Defendióse la Compañía con indomable esfuerzo, hasta que llegaron en su auxilio las demás del Batallón y el de *Cazadores de Barbastro*, que restablecieron el combate en condiciones bastante ventajosas para recobrar algunas posiciones perdidas y dar tiempo á que los demás Batallones llegaran al sitio en que había cargado toda la fuerza de los Moros.

En este momento, la tempestad, que había estado cerniéndose toda la mañana sobre el *Serrallo*, estalló con espantosa violencia; y, cuando el cielo se serenó, el enemigo había desaparecido de nuestro frente.—Contamos nuestras bajas, y resultaron ser ocho muertos de la Compañía amenazada y treinta y uno entre heridos y contusos del Primer Batallón del *Regimiento del Rey* y del Batallón *Cazadores de Barbastro*.

Un gran hecho de humanidad y de valor había tenido lugar durante la refriega.—Un soldado del *Rey* vió caer herido á su camarada, el cual iba ya á ser cogido por la morisma.—«*¡O morir todos, ó salvarnos todos!*»—exclamó aquél, precipitándose entre los enemigos, decidido á perecer en la demanda ó recuperar á su compañero. Semejantes acciones arrastran siempre á los que las contemplan: el valiente y nobilísimo soldado fué seguido de otros; pero él fué quien se introdujo el primero entre los Marroquíes, les arrancó á su camarada herido, se lo echó al hom-

bro, y tuvo la gloria de presentárselo al Batallón con todo su armamento.

El heroico soldado se llama Francisco Consejero, y, por resolución del General en Jefe, ha sido agraciado con una *Medalla de oro* que regaló el Liceo de Cádiz para el que diese en Africa mayores pruebas de valor y de humanidad.

VI.

El memorable día 25 de noviembre se presentó mayor número de Moros que en ninguno de los precedentes combates.—Ya desde por la mañana se les veía hormiguear encima de las sombrías crestas de *Sierra-Bullones*, apareciendo ú ocultándose por el *Boquete de Anghera*, frente á la *Casa del Renegado*, en las montañas vecinas y en las entradas del bosque.—A eso de las doce del día rompieron el fuego.

Los malditos estaban perfectamente situados. Habían rebasado nuestros *Reductos;* se habían interpuesto entre ellos y nuestras tiendas, situadas en torno del *Serrallo;* nos hacían un fuego horroroso, y nos amenazaban por los dos flancos á un mismo tiempo.

Nuestros bravos Batallones, después de recibir las órdenes convenientes, empezaron á avanzar.

El Batallón *Cazadores de Alcántara* pasó á ocupar una posición importante y difícil en el *Boquete de Anghera*, sobre el *Barranco del Infierno*, punto de ataque y paso único de los Moros; pero apenas llegó el Batallón al sitio que se le había señalado (serían las dos de la tarde), cuando vió instantáneamente envueltos sus flancos y su frente por el enemigo, que pudo hacerlo casi con impunidad por hallarse apostado en aquel cerradísimo bosque en que nada se ve á quince pasos.

El Batallón rompió el fuego, desplegando en guerilla la Escuadra de gastadores y la primera Compañía, cuyo bizarro Capitán cayó herido en la cabeza

á los primeros disparos, gritando á sus soldados: «*¡Viva la Reina!*»

Entonces se les echó encima el grueso de los Moros, en número cinco veces mayor al suyo; pero el Batallón, con una general é instantánea carga á la bayoneta, logró contenerlos y rechazarlos sucesivamente, aunque sufriendo dolorosas y grandes pérdidas.

Rehechos los Moros, no tan sólo contuvo *Alcántara* su tercera embestida, sino que avanzó á la bayoneta valerosamente, y logró salvar á unos cien hombres que, al retirarse del combate por estar heridos, habían sido atacados por más de doscientos Moros.

Conseguido aquel resultado y apoyado oportunamente *Alcántara* por el Batallón *Cazadores de Talavera*, avanzaron juntos hacia el enemigo, que no se atrevió á esperarlos y desapareció completamente por aquel lado.

En una de las cargas á la bayoneta murió el Teniente D. Juan Malavila, visto lo cual, su asistente, Ramón Torrillo, se arrojó sobre el matador de su amo, atravesándole de un bayonetazo é hiriendo á otros dos más.—También el Padre Capellán, D. Nemesio Francés, que seguía á unos heridos para prestarles los auxilios de la Religión, habiendo sido acometido y resultado contuso, recurrió á una carabina para defenderse y mató á su agresor.

Entretanto, á la izquierda del *Boquete de Anghera* se encontraba situado el Batallón *Cazadores de Madrid*, apoyándose en el *Reducto de la Mona*. Sus primeras guerrillas fueron atacadas por el enemigo, que subía hacia este punto, y todo el Batallón hizo prodigios de valor, cargando repetidamente á la bayoneta contra enemigos numerosísimos que, conocedores del terreno y guiados por la rabia de la desesperación, querían apoderarse de los *Reductos* á [illegible]

El nuevo Jefe de este Batallón, el malogrado y bizarrísimo Piñiers, que ha dado su nombre á uno de los *Reductos*, en cuya proximidad murió mortalmente, alentaba y dirigía á tus soldados; pero las balas que

migas no respetaron tanto denuedo y tanto valor.—Allí, á su lado, cayeron también, muertos ó heridos, otros distinguidos y bizarros Oficiales, y no muy lejos fué herido el mismo General Echagüe, que acompañado de sus Ayudantes, se dirigía hacia aquel punto para alentar á las tropas.

¡No se sabe cómo Echagüe no cayó en poder de los Moros! ¡No se sabe cómo no lo mataron! ¡La descarga de que resultaron herido él y muerto su caballo, se la hicieron á quema ropa. ¡Los Moros estaban encima; sus alaridos feroces atronaban los oídos!—La herida del General fué en el índice de la mano derecha, y se le cayó la espada; uno de los Ayudantes la cogió y se la entregó enfrente de los enemigos. A cuatro pasos de distancia se encontraban ya éstos, entretenidos en cortar la cincha del caballo para recoger la hermosa silla de que se había desmontado Echagüe, cuando llegaron refuerzos y se rechazó á aquellas fieras.

Otro de los Batallones que con más bizarría se condujeron fué *Cazadores de Cataluña*. En él se hallaban los hermanos Labastida, que nos han legado una historia de heroísmo y de lágrimas. Herido uno de ellos, se arrojó el otro tratando de salvarlo; mas ¡ay! que el último resultó también herido en aquel mismo instante, y de mayor gravedad, pues á los pocos días moría en uno de nuestros hospitales de sangre.

Los Regimientos de línea *Borbón*, *Rey* y *Granada* se cubrieron de gloria, con sus Coroneles Berrueco, Caballero de Rodas, García, Rodríguez y Trillo.

Las pérdidas de los Moros fueron mucho mayores que las nuestras, pues además de los muertos en la refriega, perecieron otros muchos, cortados después por la rapidez de la marcha de aquellas tropas y pasados á cuchillo sin compasión..., vengando así la suerte que había cabido á algunos soldados españoles, á quienes los bárbaros y crueles Marroquíes habían degollado y puesto en cruz, como escarnio hecho á Jesucristo.

Nuestras pérdidas consistieron en ochenta y nueve muertos en el campo y trescientos treinta y seis heridos.—Habían entrado en fuego siete Batallones tan sólo.

VII.

El General Echagüe se había trasladado á *Ceuta* para curarse su herida, quedando el General Gasset al frente del PRIMER CUERPO.—Este, con las pérdidas de los combates y con las del cólera, que seguía arreciando, estaba reducido á siete mil quinientos hombres útiles, es decir, á la mitad que sacó de España.

Así llegó el día 27, en que el nuevo sol nos hizo probar una inmensa alegría, que se comunicó á Jefes, Oficiales y soldados...

Una Escuadra española venía por el *Estrecho* con dirección á *Ceuta*, y uno de sus buques, el *Vulcano*, enarbolaba una insignia que indicaba la presencia á bordo del General en Jefe.

¡Era, sí, el General O'Donnell, y con él llegaban el SEGUNDO CUERPO DE EJÉRCITO, mandado por el General Zabala, y la DIVISIÓN DE RESERVA, mandada por el General Prim!

¡Qué inmensa conmoción, qué grato júbilo se extendió por el Campamento en cuanto desembarcó el General O'Donnell!—Los soldados cantaban, reían, se abrazaban, tiraban sus roses al aire, empujaban al caballo del ilustre guerrero y gritaban con entusiasmo: «*¡Viva el General en Jefe!*»

O'Donnell, casi con lágrimas en los ojos y sonriendo á la par, preguntaba á los soldados:—«*Hijos míos, hijos míos, ¿habéis sufrido mucho? ¿Qué tal los Moros? ¿No es cierto que los habéis escarmentado?*»

Y la verdad es que con su presencia cobraba el Ejército nuevo aliento.—No parecía sino que en la persona del General O'Donnell venía la Patria entera.

Los Moros quisieron conocer bien pronto á nues-

tro General en Jefe, y el 1.º de diciembre nos presentaron una grande y reñida Acción.

Serían las dos y media de la tarde, cuando el estampido del cañón anunció la proximidad del enemigo, que iba disparando algunos tiros sueltos, como señales para reunir sus huestes. En el momento en que el cañón se dejó oir, el General O'Donnell montó á caballo, y, acompañado de su Estado Mayor, se situó en el *Reducto de Isabel II*, desde donde dirigió todas las operaciones.

No quiero hacer mención especial de nadie, pues todos los que entraron en fuego, pertenecientes á la División de Vanguardia del PRIMER CUERPO, rivalizaron en valor y bizarría.

Los Batallones *Cazadores de Simancas*, *Barbastro*, *Arapiles*, *Navas* y otros Batallones de los Regimientos de línea *Rey* y *Borbón*, fueron los que principalmente sostuvieron la Acción.

Las tropas de los Generales Zabala y Prim tomaron posiciones durante la Acción, pero no entraron en fuego.

El General O'Donnell concedió algunas gracias sobre el mismo campo de batalla por hechos que había presenciado. La serenidad que manifestó el General en Jefe, la atención y la precisa y matemática exactitud con que dictaba las órdenes, coadyuvaron al mejor resultado del combate, entusiasmaron y animaron al Ejército de Africa.

VIII.

El SEGUNDO CUERPO, mandado por el General Zabala, reemplazó al PRIMERO en el penoso servicio de guarnecer el *Serrallo* y los *Reductos*, que constituían nuestra línea de defensa frente á *Sierra-Bullones*.

El día que se verificó el relevo de uno por otro Cuerpo de Ejército, los Moros se subieron á las cum-

bres de esta salvaje Sierra, y desde allí observaron nuestro movimiento.—Creían, sin duda, que íbamos á atacarles..

Por lo demás, el objeto de este cambio se explica naturalmente.—El PRIMER CUERPO necesitaba descanso; el SEGUNDO necesitaba foguearse.

Así llegó el 9 de diciembre, en que volvieron á atacarnos los Moros, y en verdad que se batieron en este día con una inteligencia, con una astucia y con un valor que nos dejó sorprendidos.

Colocados en acecho, apenas la aurora se anunció en el horizonte tras una noche fría y húmeda, se precipitaron los Moros sobre nuestros *Reductos*, cuyos defensores no tuvieron tiempo ni siquiera de dar la voz de alerta.

El *Reducto de Isabel II* se hallaba defendido por tres Compañías del Regimiento Infantería de *Castilla*, mandadas por el Segundo Camandante D. Rafael Bermúdez de Castro, y una de Artillería de montaña á las órdenes del Capitán D. Gaspar Goñi. El *Reducto Rey Francisco* estaba defendido por tres Compañías del *Regimiento de Córdoba*, á las del Comandante Fiscal D. José Fernández.

Como bola de nieve que á cada paso toma más cuerpo y amenaza con mayores estragos, así los enemigos aumentaban en número; su furor crecía; su deseo de arrojarnos de nuestras posiciones les daba cierta rabia salvaje, y extendiéndose velozmente, y avanzando siempre, á pesar del mortífero fuego de nuestros soldados, envolvieron los *Reductos*, rebasándolos por ambos lados.

Favorecíales en extremo para llevar á cabo su intento, ya lo quebrado y áspero del terreno, ya los espesos bosques que lo cubren. Pero pronto se conoció que trataban de colocarse en las posiciones mediantes entre los *Reductos de Isabel II* y *Rey Francisco* y el Campamento del *Serrallo*, que ocupaban entonces el SEGUNDO CUERPO de Ejército.

No había, pues, tiempo que perder. Los Moros

crecían en empuje y en número. Estaban encima de los *Reductos*. Atacaban ya hasta con piedras. Se hallaban tan cerca, que no podía dañarles el fuego de los cañones. Nuestros soldados no podían asomarse á la barbeta de la fortificación, porque sus cabezas servían de seguro blanco.—Nuestros fuertes estaban en grave peligro. La bandera roja enarbolada lo indicaba así.

Esta señal terrible puso en alarma al General Zabala, quien desde el *Serrallo*, y á consecuencia del violento Levante que reinaba, no había oído el fuego vivo que se cruzaba por las alturas de su Campamento.—Montó, pues, á caballo con su Cuartel General y envió un parte al General en Jefe.

¿Qué sucedía entretanto?

La guarnición de los fuertes resistía con heroísmo. Tres veces llegaron los Marroquíes hasta los fosos, y otras tantas fueron rechazados. Diez ó doce cadáveres moros tendidos allí daban vivo testimonio de su arrojo y de su temeridad y de la impavidez de nuestras tropas.

Y mientras esto sucedía en los *Reductos*, las fuerzas restantes de los Regimientos de *Castilla* y de *Córdoba* y el Batallón de *Cazadores de Figueras*, que salieron con el Brigadier D. José Angulo á verificar la descubierta, se encontraron con aquel número inmenso de Moros que brotaban de las peñas, de los árboles y de las malezas, y se trabó por allí también una sangrienta lucha.

El choque fué duro y terrible. La morisma crecía; los nuestros caían y no eran reemplazados; cada uno de aquellos héroes tenía que luchar casi cuerpo á cuerpo con dos ó más enemigos á la vez; pero acometieron con tanto brío y decisión, que los arrojaron á las cañadas y bosques que se hallaban al otro lado de nuestras posiciones avanzadas.

El General Zabala, al tiempo de salir para el sitio del peligro, había dispuesto que le siguiese el resto de su Primera División, á las órdenes del General

Orozco, y toda la Segunda, que manda el General D. Enrique O'Donnell.

Cazadores de Arapiles fué el primer Batallón que llegó al sitio del combate, y el General Zabala le hizo cargar por el bosque inmediato al *Reducto Isabel II*, desde donde hacía fuego un gran núcleo de fuerzas enemigas, causándonos gran número de bajas.

Aquel bizarro Batallón se coronó de gloria, pues dió una brillantísima carga á la bayoneta, que despejó de Moros el bosque. El Batallón estaba apoyado, al dar esta carga, por el Segundo de *Castilla* y el Primero de *Saboya*.

Los enemigos no tardaron en rehacerse, sin embargo: se precipitaron de nuevo en el bosque y volvieron á tratar de envolvernos.

El General en Jefe, que mandaba ya la Acción, dispuso que salieran el General García y el Brigadier Villar. Acompañaban al primero el Batallón *Cazadores Alba de Tormes* y unas Compañías de *Córdoba*, apoyadas por el Primer Batallón de *León* y el Regimiento de la *Princesa*. Seguían al segundo, el Batallón *Cazadores de Figueras* y una sección de la *Guardia Civil*.

Unas y otras fuerzas dieron brillantísimas cargas á la bayoneta, con tal ímpetu, que no sólo desalojaron el bosque, sino que arrojaron al enemigo á gran distancia, con lo que la Acción terminó en la parte de los *Reductos*.

Pero el enemigo quería forzar nuestra derecha, como lo adivinaba el General O'Donnell, que envió sus avisos al General Zabala para que no se descuidase por aquel lado.—Los Moros, en número de cuatro á seis mil hombres de Infantería y de ciento á ciento cincuenta caballos, se precipitaron por allí, en efecto; y, no pudiendo el Batallón de *Chiclana* sufrir este terrible choque, empezó á retroceder. Entonces los Batallones Primero de *Navarra* y Segundo de *Toledo*, mandados por el General Rubín y Brigadier

Conde de la Cimera, marcharon en su apoyo. Rehízose el Batallón de *Chiclana*, y, avanzando de nuevo, briosamente impulsado por el Brigadier Mackenna y el Coronel D. Francisco Ceballos, primer Ayudante del General en Jefe, la posición perdida volvió á nuestro poder.

La Acción había terminado en toda la línea, y el triunfo era nuestro; pero nos había costado sensibles pérdidas.

En el instante en que subía el General Zabala á los *Reductos*, tres de los Oficiales de su Cuartel General habían caído heridos ó muertos. Muerto cayó también, en brazos del Conde de Corres, el valiente Capitán de Ingenieros Sr. Mendizábal, tan entendido como valiente. El señor Marqués de Ahumada y el Sr. Jiménez, Ayudantes, fueron heridos. El Coronel de Ingenieros Sr. O'Rian, en el momento en que gritaba á un Batallón que salía á la bayoneta: «*¡Viva la Reina!*», era herido en un muslo, y el Sr. Goñi, que mandaba la Batería del *Reducto* más avanzado, fué herido en el rostro y en una oreja, á pesar de lo cual no quiso retirarse de su puesto.

Terminada la Acción, tuvo lugar una escena patética y solemne, cuando el General en Jefe concedió algunos premios sobre el campo de batalla y se presentó á los Batallones que defendieron los *Reductos*.

El primer premiado fué un corneta de órdenes de *Saboya*, llamado Domingo Montaña. Había salvado al Ayudante del Brigadier Angulo, Sr. D. Eduardo Alcayna, que había caído en poder de tres Moros. El corneta mató á uno de ellos con el tiro de su carabina, á otro le atravesó con su bayoneta y al otro le ahuyentó. El Ayudante, sin embargo, salió herido en una pierna.

—En nombre de la Reina (dijo al corneta el General en Jefe) concedo á usted la cruz de San Fernando con la pensión de treinta reales al mes.

—Mil gracias, mi General...—contestó el muchacho.

—¡A la Reina, señor cornetal—replicó O'Donnell.

Después fueron premiados otros soldados y Jefes.

Esta Acción fué reñida como ninguna. El General Zabala, que tantos y tan grandes peligros había corrido con verdadera temeridad durante la Guerra civil; el General Zabala, el digno émulo de León, confesaba, en el seno de la confianza, que nunca había oído tantas balas como al subir al *Reducto Isabel II.*

Calculo que las fuerzas del enemigo debieron haber sido de diez á doce mil hombres; su caballería, unos trescientos jinetes. Por nuestra parte, no entraron en fuego sino quince Batallones.

Nuestras bajas no debieron subir más allá de ochenta muertos y trescientos heridos. Las del enemigo debieron de ser horrorosas: nuestra artillería les causó un daño indecible.

IX.

Á los dos ó tres días no era ya para nadie un secreto que nos dirigíamos á *Tetuán.*

Pero, bien lo sabe usted, amigo mío: aquí no había ni tan siquiera sendas. Jarales inmensos y hondos barrancos impedían todo movimiento desembarazado al Ejército; y como no eran aves nuestros soldados, que volando pudieran salvar la distancia que los separaba de *Tetuán*, había que proceder lenta y trabajosamente á abrir un camino, sobre todo para la Artillería.

El General Prim, que, con su *División de Reserva*, había protegido la construcción de anchos y hermosos caminos para poner á los *Reductos* en comunicación unos con otros fuera de la vista del enemigo, era el que estaba encargado de proteger también la construcción de la vía de *Tetuán.*

Este camino adelantaha prodigiosamente, y el día

en que llegase el TERCER CUERPO DE EJÉRCITO (que estaba organizándose en Málaga y al que usted ha pertenecido), nuestros Campamentos podrían adelantarse más de una legua sobre las posiciones que ocupábamos.

¡Oh, ese día no podía retardarse sin grandes peligros para el éxito de la campaña! — El cólera y la paralización nos consumían y desalentaban en las inmediaciones del *Serrallo*. — «*¿Cuándo llegará el* TERCER CUERPO DE EJÉRCITO?», nos preguntábamos, al asomar el primer rayo de la aurora, fijando nuestra mirada en las vastas soledades del mar y en dirección de las costas de Málaga.—«*¿Has adelantado hoy mucho el* CAMINO?», preguntábamos por las tardes á los soldados que se retiraban de los trabajos de la vía de *Tetuán*. — Y una y otra idea nacían de la impaciencia que nos devoraba por abandonar aquellas posiciones, por seguir adelante, por salir de un terreno apestado, por agrandar el teatro de nuestras operaciones, por entusiasmar á la Patria con el anuncio de grandes y magníficas victorias.

Ahora bien: figúrese usted la santa y purísima emoción de júbilo que estremeció todos nuestros Campamentos cuando, al rayar el sol del 12 de diciembre, vimos, anclada ya en la bahía de Ceuta, á la Escuadra en que venía el TERCER CUEPO DE EJÉRCITO.

Solemne y gratísimo sería el momento en que ustedes, los que venían en los buques y ardían en impaciencia de participar de las fatigas y de las glorias de la campaña, pudieron saludar de lejos el suelo africano; pero grande é inmensa fué también nuestra alegría cuando contemplamos anclados en las aguas de *Ceuta* á los veinte magníficos vapores que componían tan brillante Escuadra.

«¡Bien venidos seáis (decíamos desde el fondo de nuestra alma), nobles hermanos, soldados del TERCER CUERPO DE EJÉRCITO, que nos traéis con vosotros la imagen de la Patria y sus santas bendiciones!

¡Bien venidos séais los que estáis impacientes por probar al enemigo el temple de nuestras armas, el arrojo de vuestro corazón! ¡Bien venidos seáis los que con la alegría en el rostro venís á nuestro campo, habitado por el cólera y empapado de sangre! ¡Bien venidos seáis los que pedís al cielo que os depare pronto ocasión de pelear en sustitución de éstos vuestros hermanos, los que os precedieron en la vía de la gloria y de la amargura!»

. . . . . .

He concluído: los demás hechos de la *Guerra de Africa* están consignados en su DIARIO de usted.—Réstame sólo pedir perdón á sus lectores por el desaliño de estas páginas, y queda de usted verdadero amigo,—X.

APÉNDICE II.

NOMBRES *de los Generales, Jefes y Oficiales de todas armas é institutos del Ejército, muertos en el campo de batalla, ó por resultas de heridas ó de enfermedad contraída en la campaña de Africa, desde el principio de la Guerra hasta el* 1.° *de abril de* 1860.

Ayudantes de Campo.

D. PEDRO MARIÑAS Y DÍAZ, Primer Comandante.
Murió del cólera el 5 de enero de 1860.

Cuerpo de Estado Mayor del Ejército.

D. JOSÉ DE LA PUENTE ALVAREZ CAMPANA, Coronel.
Murió del cólera el 5 de enero de 1860.

D. LUIS DE LA TORRE Y VILLAR, Teniente Coronel, Comandante.
Murió del cólera el 18 de octubre de 1859.

Artillería.

D. ANTONIO LARRAR Y RUIZ, Coronel.
Murió del cólera el 17 de marzo de 1860.

D. JUAN MOLÍNS Y CABANYES, Coronel.
Murió sobre el campo de batalla el 12 de diciembre de 1859.

D. IGNACIO BERROETA Y BILLAR, Coronel graduado, Teniente Coronel.
Murió del cólera el 15 de enero de 1860.

D. MANUEL DE ARMAS Y MATUTE, Comandante del tercer regimiento de á pie.
Murió del cólera el 14 de marzo de 1860.

D. FERNANDO GONZÁLEZ AGAR, Capitán, Teniente del quinto regimiento de á pie.
Murió sobre el campo de batalla el 1.° de enero de 1860.

D. JOSÉ CUADRADO Y GARAYCOCHEA, Teniente del tercer regimiento montado.
Murió del cólera el 17 de marzo de 1860.

D. FRANCISCO ANGLADA Y RUIZ, Capitán graduado, Teniente del tercer regimiento montado.
Murió del cólera el 23 de Marzo de 1860.

D. ANTONIO GUILLELMI Y ARAOS, Teniente del segundo regimiento montado.
Murió del cólera el 16 de enero de 1860.

D. TOMÁS MURRIETA Y HERRERA, Teniente del segundo regimiento montado.
Murió del cólera el 21 de Marzo de 1860.

D. ENRIQUE GÁLVEZ CAÑERO Y FRANCO, Teniente del quinto regimiento de á pie.
Murió en el campo de batalla el 1.° de enero de 1860.

D. JOAQUÍN ORTEGA Y SIMÓN, Capellán del quinto regimiento de á pie.
Murió del cólera el 26 de enero de 1860.

D. ANTONIO ALBERTI Y REY, Capellán del segundo regimiento montado.
Murió del cólera el 23 de marzo de 1860.

Ingenieros.

D. BERNARDO PATERNÓ, Comandante graduado, Capitán.
Murió del cólera el 23 de diciembre de 1859.

D. FERNANDO ARANGUREN GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Capitán.
Murió sobre el campo de batalla el 4 de febrero de 1860.

D. PLÁCIDO MENDIZÁBAL Y SARAVIARTE, Comandante graduado, Teniente.
Murió sobre el campo de batalla el 9 de diciembre de 1859.

Infantería.

D. AGUSTÍN LIZANA Y PRIGDA, Teniente del regimiento del Rey.
Murió el 1.° de diciembre de 1859, de resultas de heridas recibidas en la acción del 30 de noviembre del mismo año.

D. JOSÉ GONZÁLEZ BALMASEDA, Subteniente del regimiento del Rey.
Murió del cólera el 1.° de enero de 1860.

D. FÉLIX PIZARRO Y OVIEDO, Capitán del regimiento del Príncipe.
Murió el 1.º de enero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del mismo día.

D. JOSÉ CRUZ Y GUZMÁN, Teniente del regimiento del Príncipe.
Murió el 1.º de enero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del mismo día.

D. JUAN LIBRERO Y MAYORAL, Segundo Comandante del regimiento de la Princesa.
Murió del cólera el 15 de febrero de 1860.

D. LEOCADIO SAUSA Y LADRÓN DE GUEVARA, Teniente del regimiento de la Princesa.
Murió sobre el campo de batalla el 1.º de enero de 1860.

D. ANTONIO GIL Y JIMENO, Teniente del regimiento de la Princesa.
Murió sobre el campo de batalla el 4 de febrero de 1860.

D. PEDRO LANAO Y LARROY, Teniente del regimiento de la Princesa.
Murió del cólera el 30 de diciembre de 1859.

D. ANGEL GARCÍA MARTÍNEZ ARIZCUREN, Subteniente del regimiento de la Princesa.
Murió del cólera el 9 de enero de 1860.

D. RAMÓN DE PASCUAL Y OCHOA, Capitán del regimiento de Saboya.
Murió el 3 de enero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del 1.º del mismo mes y año.

D. MIGUEL CASTELÓ Y GARCÍA CONDE, Teniente del regimiento de Saboya.
Murió el 4 de febrero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del mismo día.

D. ENRIQUE SÁNCHEZ Y LABÍN, Subteniente del regimiento de Saboya.
Murió el 7 de febrero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del 4 del mismo mes.

D. LEÓN IRIBARREN ALLUSTANDE, Subteniente del regimiento de Africa.
Murió del cólera el 24 de marzo de 1860.

D. BLAS LUIS OSCINA, Capellán del regimiento infantería de Africa.
Murió del cólera el 2 de enero de 1860.

D. JOSÉ JUBANI Y FRANCAS, Capitán del regimiento de Zamora.
Murió el 30 de diciembre de 1859, de resultas de heridas recibidas en la acción del 25 del mismo mes y año.

D. ESTEBAN CUARTERO Y CALABRIA, Teniente del regimiento de Zamora.
Murió sobre el campo de batalla el 4 de febrero de 1860.

D. BERNARDO GELABERT Y PONS, Capitán del regimiento de Córdoba.
Murió del cólera el 16 de diciembre de 1859.

D. ANTONIO MATEU RODRÍGUEZ, Teniente del regimiento de Córdoba.
Murió el 2 de enero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del 1.º del mismo mes.

D. JOAQUÍN DE LAS PEÑAS Y RUIZ, Teniente del regimiento de Córdoba.
Murió el 21 de enero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del 1.º de dicho mes.

D. BERNARDINO MIR Y SANZ, Teniente del regimiento de Córdoba.
Murió del cólera el 16 de diciembre de 1859.

D. VÍCTOR PONTE Y LLEURADE, Subteniente del regimiento de Córdoba.
Murió el 21 de enero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del 1.º de dicho mes.

D. JOSÉ VERGUES Y HERRERA, Subteniente del regimiento de Córdoba.
Murió el 26 de enero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del 1.º de dicho mes.

D. FRANCISCO CASTELLO Y APARICIO, Subteniente del regimiento de Córdoba.
Murió el 11 de enero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del 1.º de dicho mes.

D. MIGUEL ALEPUS Y LEÓN, Subteniente del regimiento de Córdoba.
Murió el 4 de febrero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del mismo día.

D. ISIDORO DE LA PLAZA Y GARCÍA, Teniente del regimiento de San Fernando.
Murió del cólera el 13 de enero de 1860.

D. BERNABÉ BLESA Y ROCH, Teniente del regimiento de Zaragoza.
Murió el 31 de enero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del mismo día.

D. LUIS ODIEL Y RAMÓN, Teniente del regimiento de Zaragoza.
Murió el 31 de enero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del mismo día.

D. SEBASTIÁN MANTILLA Y GALLARDO, Teniente del regimiento de Zaragoza.
Murió del cólera el 16 de febrero de 1860.

D. JUAN RUIZ Y GUTIÉRREZ, Capitán del regimiento de Castilla.
Murió en el hospital, de resultas de heridas recibidas en la acción del 9 de diciembre de 1859.

D. CEFERINO VENTURA Y LAC, Capitán del regimiento de Castilla.
Murió en el hospital, de resultas de heridas recibidas en la acción del 9 de diciembre de 1859.

D. BENITO GARCÍA Y GUERRA, Capitán del regimiento de Castilla.
Murió en el hospital, de resultas de heridas recibidas en la acción del 11 de marzo de 1860.

D. DOMINGO GRIFOT Y ROVIRA, Teniente del regimiento de Castilla.
Murió en el hospital, de resultas de heridas recibidas en la acción del 9 de diciembre de 1859.

D. VICENTE PARGA Y SUÁREZ, Teniente del regimiento de Castilla.
Murió en el hospital, de resultas de heridas recibidas en la acción del 9 de diciembre de 1859.

D. MARTÍN PELEGRÍN Y BONANZA, Teniente del regimiento de Castilla.
Murió del cólera el 31 de diciembre de 1859.

D. RICARDO SANZ BRAUSA, Subteniente del regimiento de Castilla.
Murió sobre el campo de batalla el 9 de diciembre de 1859.

D. MARIANO ROMÁN BUSTELO, Capitán del regimiento de Borbón.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 25 de noviembre de 1859.

D. CLEMENTE LÓPEZ GUTIÉRREZ, Capitán del regimiento de Borbón.
Murió en el hospital, de resultas de heridas recibidas en la acción del 25 de diciembre de 1859.

D. BENIGNO GARCÍA LÓPEZ, Teniente del regimiento de Borbón.
Murió del cólera el 14 de diciembre de 1859.

D. EDUARDO MESÍAS CUADROS, Subteniente del regimiento de Borbón.
Murió sobre el campo de batalla el 30 de noviembre de 1859.

D. FRANCISCO RODRÍGUEZ ASPELIMETA, Capellán del regimiento de Borbón.
Murió del cólera el 2 de diciembre de 1859.

D. JOSÉ MARÍA GIL Y ALÉN, Segundo Comandante del regimiento de Almansa.
Murió del cólera el 10 de diciembre de 1859.

D. JOSÉ GOIRI Y ARRIZ Primer Comandante del regimiento de Navarra.
Murió sobre el campo de batalla el 23 de marzo de 1860.

D. GREGORIO GARCÍA Y GARCÍA, Segundo Comandante del regimiento de Navarra.
Murió del cólera el 6 de diciembre de 1859.

D. JUAN RUIZ Y RIVAS, Teniente del regimiento de Navarra.
Murió el 27 de marzo de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del 23 de dicho mes.

D. LUIS BLANCO Y HERNÁNDEZ, Teniente del regimiento de Navarra.
Murió del cólera el 4 de diciembre de 1859.

D. BERNARDO ALGÁRATE Y VILLANUEVA, Segundo Comandante del regimiento de Albuera.
Murió del cólera el 27 de diciembre de 1859.

D. RAFAEL MURO Y CEREZO, Subteniente del regimiento de la Albuera.
Murió del cólera el 24 de febrero de 1860.

D. EDUARDO SÁNCHEZ GIL, Capitán del regimiento de Cuenca.
Murió del cólera el 19 de enero de 1860.

D. OSCAR PLASENCIA Y CASSINA, Subteniente del regimiento de Cuenca.
Murió el 11 de enero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del 1.º de dicho mes.

D. FAUSTINO DE LA TORRE Y RUBIANO, Subteniente del regimiento de Cuenca.
Murió en el hospital, de resultas de heridas recibidas en la acción del 14 de enero de 1860.

D. JOSÉ TROYANO DE LA INFANTA, Capitán del regimiento de Luchana.
Murió sobre el campo de batalla el 11 de marzo de 1860.

D. MIGUEL LAPUENTE Y GARAU, Capitán del regimiento de Asturias.
Murió del cólera el 25 de enero de 1860.

D. NARCISO PEREA Y RODRÍGUEZ, Teniente del regimiento de Asturias.
Murió del cólera el 3 de enero de 1860.

D. RICARDO MARCH Y CERVERA, Subteniente del regimiento de Asturias.
Murió del cólera el 30 de diciembre de 1859.

D. SIMÓN LLANES Y CAJAL, Capitán del regimiento de Granada.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 11 de marzo de 1860.

D. VICENTE TALERO Y ESCOBAR, Segundo Comandante del regimiento de Toledo.
Murió el 25 de enero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del 14 de dicho mes.

D. ANTONIO DE AMIEBA Y BROTONS, Teniente del regimiento de León.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 23 de marzo de 1860.

D. MANUEL SPINEDA Y JIMÉNEZ, Teniente del regimiento de León.
Murió del cólera el 6 de diciembre de 1859.

D. FRANCISCO VALVERDE Y GARCÍA, Teniente del regimiento de León.
Murió del cólera el 9 de diciembre de 1859.

D. ANTONIO CARBONELL Y JIMÉNEZ, Capitán del regimiento de Cantabria.
Murió del cólera el 27 de enero de 1860.

D. AURELIO COTÓN Y PIMENTEL, Subteniente del regimiento de Cantabria.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 23 de enero de 1860.

D. JUAN ARANA Y ALTUNA, Capitán del regimiento Fijo de Ceuta.
Murió del cólera el 10 de diciembre de 1859.

D. JOSÉ MUINO Y ESCARRA, Capitán del regimiento Fijo de Ceuta.
Murió del cólera el 21 de enero de 1860.

D. BERNARDO SOTO Y LÓPEZ, Teniente del regimiento Fijo de Ceuta.
Murió del cólera el 21 de octubre de 1859.

D. ADOLFO GONZÁLEZ ORTIGUELA, Subteniente del regimiento Fijo de Ceuta.
Murió del cólera el 21 de enero de 1860.

D. MIGUEL DE CASTRO Y HOYOS, Capitán del batallón Cazadores de Cataluña.
Murió en el hospital, de resultas de heridas recibidas en la acción del 25 de noviembre de 1859.

D. BERNARDO GONZÁLEZ DÍAZ, Teniente del batallón Cazadores de Cataluña.
Murió sobre el campo de batalla el 23 de marzo de 1860.

D. CELESTINO RUIZ DE LA BASTIDA, Subteniente del batallón Cazadores de Cataluña.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 25 de noviembre de 1859.

D. ANTONIO PINIÉS DE LA SIERRA, Teniente Coronel Primer Jefe del batallón Cazadores de Madrid.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 25 de noviembre de 1859.

D. JUAN GALINDO Y GALINDO, Capitán del batallón Cazadores de Madrid.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 25 de noviembre de 1859.

D. ANTONIO HURTADO DE MENDOZA Y ESPINOSA, Capitán del batallón Cazadores de Madrid.
Murió en el hospital, de resultas de heridas recibidas en la acción de 11 de marzo de 1860.

D. MANUEL JIMÉNEZ CUADROS, Capitán del batallón Cazadores de Madrid.
Murió en el hospital, de resultas de heridas recibidas en la acción del 23 de marzo de 1860.

D. PABLO BOTE Y CERRADILLA, Capitán del batallón Cazadores de Madrid.
Murió en el hospital, de resultas de heridas recibidas en la acción del 23 de marzo de 1860.

D. JUAN PERAY Y MUESAS, Capitán del batallón Cazadores de Madrid.
Murió del cólera el 18 de enero de 1860.

D. MANUEL CARBÓ Y ALCOY, Teniente del batallón Cazadores de Madrid.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 25 de noviembre de 1859.

D. EMILIO LÓPEZ PONCE DE LEÓN Y LASIERRA, Teniente del batallón Cazadores de Madrid.
Murió sobre el campo de batalla en la que tuvo lugar el 23 de marzo de 1860.

D. EUGENIO MATEOS Y FRAILE, Teniente del batallón Cazadores de Madrid.
Murió del cólera el 9 de diciembre de 1859.

D. ANDRÉS ALAMINOS Y CHACÓN, Subteniente del batallón Cazadores de Madrid.
Murió del cólera el 4 de diciembre de 1859.

D. FAUSTINO ARDIZONA Y CARMONA, Teniente del batallón Cazadores de Tarifa.
Murió del cólera el 31 de diciembre de 1859.

D. EDUARDO ROLDÁN Y GALINDO, Teniente del batallón Cazadores de Tarifa.
Murió en el hospital, de resultas de heridas recibidas en la batalla del 23 de marzo de 1860.

D. PEDRO GOROSTIZA Y PAVÍA, Subteniente del batallón Cazadores de Tarifa.
Murió en el hospital, de resultas de heridas recibidas en la batalla del 23 de marzo de 1860.

D. RAMÓN ANTÓN Y MOYA, Capitán del batallón Cazadores de Chiclana.
Murió sobre el campo de batalla, en la que tuvo lugar el 4 de febrero de 1860.

D. MANUEL MONTAÑO Y DÍAZ, Teniente del batallón Cazadores de Ciudad-Rodrigo.
Murió sobre el campo de batalla, en la que tuvo lugar el 23 de marzo de 1860.

D. FRANCISCO AGULLÓ Y LINARES, Teniente del batallón Cazadores de Ciudad-Rodrigo.
Murió el 30 de marzo de 1860, de resultas de heridas recibidas en la batalla del 23 de dicho mes.

D. DOMINGO ALONSO SANTA OLALLA, Teniente del batallón Cazadores de Ciudad-Rodrigo.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 30 de diciembre de 1859.

D. CAYETANO ROMERO IZQUIERDO, Subteniente del batallón Cazadores de Ciudad-Rodrigo.
Murió el 24 de marzo de 1860, de resultas de heridas recibidas en la batalla del 23 de dicho mes.

D. MARIANO PORTALES Y FIGUEROLA, Capitán del batallón Cazadores de Alba de Tormes.
Murió el 13 de febrero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la batalla del 4 de dicho mes.

D. FEDERICO SANJURJO Y ESTRADA, Capitán del batallón Cazadores de Alba de Tormes.
Murió sobre el campo de batalla, en la que tuvo lugar el 4 de febrero de 1860.

D. MANUEL DE LA VEGA Y LÓPEZ, Capitán del batallón Cazadores de Alba de Tormes.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 15 de diciembre de 1859.

D. ANDRÉS SEGURA, Capitán del batallón Cazadores de Alba de Tormes.
Murió sobre el campo de batalla, en la que tuvo lugar el 4 de febrero de 1860.

D. DIONISIO CERDÁN Y RUISECO, Capitán del batallón Cazadores de Alba de Tormes.
Murió sobre el campo de batalla, en la que tuvo lugar el 4 de febrero de 1860.

D. BALTASAR ORTIZ Y AGUADO, Teniente del batallón Cazadores de Alba de Tormes.
Murió en el mes de diciembre de 1859, de resultas de las fatigas de la guerra.

D. ALEJANDRO FOUSANSOLO Y SERRALTA Y HORE, Teniente del batallón Cazadores Alba de Tormes.
Murió del cólera el 17 de marzo de 1860.

D. BENITO POMBO Y DÍAZ, Subteniente del batallón Cazadores de Alba de Tormes.
Murió el 21 de febrero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del 4 del mismo mes.

D. JUAN ARIAS Y FERNÁNDEZ, Subteniente del batallón Cazadores de Alba de Tormes.
Murió sobre el campo de batalla, en la que tuvo lugar el 4 de febrero de 1860.

D. MANUEL GARCÍA GANÉ, Capitán del batallón Cazadores de Arapiles.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 9 de diciembre de 1859.

D. CASTO CANCELADA Y RODRÍGUEZ, Capitán del batallón Cazadores de Arapiles.
Murió el 9 de diciembre de 1859, de resultas de heridas recibidas en la acción del mismo día.

D. JOSÉ CAMPOY Y ARGELOS, Teniente del batallón Cazadores de Arapiles.
Murió el 9 de diciembre de 1859, de resultas de heridas recibidas en la acción del mismo día.

D. IGNACIO ARIAS Y ESCOBAR, Subteniente del batallón Cazadores de Arapiles.
Murió el 9 de diciembre de 1859, de resultas de heridas recibidas en la acción del mismo día.

D. JOAQUÍN ALVARO Y AGUADO, Subteniente del batallón Cazadores de Arapiles.
Murió el 9 de diciembre de 1859, de resultas de heridas recibidas en la acción del mismo día.

D. MIGUEL PARDELL Y DOMÍNGUEZ, Subteniente del batallón Cazadores de Arapiles.
Murió el 14 de enero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del mismo día.

D. MIGUEL DE SALAS Y PALOMO, Capitán del batallón Cazadores de Baza.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 4 de febrero de 1860.

D. MANUEL FELIÚ Y LAFIGUERA, Capitán del batallón Cazadores de Simancas.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 30 de noviembre de 1859.

D. FRANCISCO CANELLAS Y PASTOR, Capitán del batallón Cazadores de Simancas.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 14 de enero de 1860.

D. FEDERICO PELLICER Y REUS, Capitán del batallón Cazadores de las Navas.
Murió el 30 de noviembre de 1859, de resultas de heridas recibidas en la acción del mismo día.

D. JOSÉ CARRERO Y PICHER, Teniente del batallón Cazadores de las Navas.
Murió el 30 de noviembre de 1859, de resultas de heridas recibidas en la acción del mismo día.

D. PEDRO MARTÍNEZ Y MARTÍNEZ, Segundo Comandante del batallón Cazadores de Vergara.
Murió en el hospital el 3 de enero de 1860, de resultas de heridas recibidas en la acción del 1.° de dicho mes.

D. BERNARDINO SALAS Y MARRAS, Capitán del batallón Cazadores de Vergara.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 1.° de enero de 1860.

D. JOSÉ VILLENA Y PÉREZ, Teniente del batallón Cazadores de Vergara.
Murió del cólera el 7 de diciembre de 1859.

D. JUAN MONROY É ISLAS, Teniente del batallón Cazadores de Vergara.
Murió del cólera el 16 de febrero de 1860.

D. DIEGO VALENZUELA Y JIMÉNEZ, Teniente del batallón Cazadores de Mérida.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 15 de diciembre de 1859.

D. JUAN MALAVILA Y GALLEGO, Teniente del batallón Cazadores de Alcántara.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 25 de noviembre de 1859.

D. JACINTO MENA Y ECHEVARRÍA, Teniente del batallón Cazadores de Alcántara.
Murió el 3 de diciembre de 1859, de resultas de heridas recibidas en la acción del 25 de noviembre.

D. FRANCISCO VALCÁRCEL Y GARCÍA, Teniente del batallón Cazadores de Alcántara.
Murió sobre el campo de batalla en la acción del 11 de marzo de 1860.

D. RAFAEL GALINDO Y CABALLERO, Capitán del batallón Provincial de Málaga.
Murió del cólera el 28 de febrero de 1860.

Caballería.

D. MARIANO CABRERA Y PAINO, Teniente del regimiento de Coraceros del Rey.
Murió sobre el campo de batalla el 31 de enero de 1860.

D. DOMINGO URDANGARÍN Y ECHANIZ, Alférez del regimiento Coraceros del Rey.
Murió del cólera el 3 de febrero de 1860.

D. MANUEL BEOTAS Y MANRÍQUEZ, Capitán del regimiento Coraceros de la Reina.
Murió del cólera el 2 de febrero de 1860.

D. JOSÉ PUJADAS Y RADA, Capitán del regimiento Coraceros del Príncipe.
Murió sobre el campo de batalla el 23 de Marzo de 1860.

D. MIGUEL TRÍAS BARBARÍN, Capitán graduado, Teniente del regimiento Coraceros de Borbón.
Murió sobre el campo de batalla el 23 de marzo de 1860.

D. ANDRÉS SUÁNEZ Y MESA, Teniente del regimiento Lanceros de Farnesio.
Murió sobre el campo de batalla el 23 de enero de 1860.

D. RAFAEL VILORIA Y MORA, Teniente graduado, Alférez del regimiento Lanceros de Farnesio.
Murió sobre el campo de batalla el 31 de enero de 1860.

D. LEOPOLDO LÓPEZ DE ARCE, Alférez del regimiento Lanceros de Farnesio.
Murió el 11 de Marzo de 1860, ahogado en el río Guad-el-Jelú.

D. MANUEL ESPÍ Y MOLINA, Tercer Profesor Veterinario del regimiento Lanceros de Farnesio.
Murió del cólera el 1.° de febrero de 1860.

D. MANUEL PEROMINGO Y CAMARERO, Teniente del regimiento Lanceros de Villaviciosa.
Murió sobre el campo de batalla el 14 de enero de 1860.

D. FAUSTINO NAVARRO Y SÁNCHEZ, Teniente graduado, Alférez del regimiento Lanceros de Villaviciosa.
Murió sobre el campo de batalla el 31 de enero de 1860.

D. ANTONIO LEGUEI Y PONCE, Coronel graduado, Comandante del regimiento Cazadores de Albuera.
Murió sobre el campo de batalla el 11 de marzo de 1860.

D. MANUEL AROCA Y PÉREZ, Teniente del regimiento Cazadores de Albuera.
Murió sobre el campo de batalla el 23 de marzo de 1860.

D. MANUEL RODRÍGUEZ SALVADORES, Teniente del regimiento Húsares de la Princesa.
Murió sobre el campo de batalla el 1.° de Enero de 1860.

D. JOSÉ HERRERA Y GUERRERO, Teniente del regimiento Húsares de la Princesa.
Murió sobre el campo de batalla el 1.° de enero de 1860.

Batallón Voluntarios de Cataluña.

D. VICTORIANO SUGRAÑEZ Y HERNÁNDEZ, Teniente Coronel graduado, segundo Comandante y Jefe del batallón.
Murió sobre el campo de batalla el 4 de febrero de 1860.

D. MARIANO MOXÓ, Teniente del mismo batallón.
Murió sobre el campo de batalla el 4 de febrero de 1860.

Tercios Vascongados.

D. ANSELMO REZOLA, Abanderado del Segundo Tercio.
Murió del cólera en el hospital de la Aduana.

D. MIGUEL JÁUREGUI, Subteniente del Segundo Tercio.
Murió del cólera en el hospital de San Fernando.

Cuerpo Administrativo del Ejército.

D. JOSÉ DE LOMAS Y LORENTE, Comisario de guerra de primera clase.
Murió del cólera el 25 de febrero de 1860.

D. JUAN VILLAVERDE Y FRAU, Oficial tercero.
Murió del cólera el 26 de marzo de 1860.

Cuerpo de Sanidad Militar.

D. PEDRO ROGER Y PEDROSO, Médico Mayor de la segunda División del tercer Cuerpo.
Murió del cólera el 22 de diciembre de 1859.

D. ISIDRO SASTRE Y ESTORCH, Segundo Ayudante médico del batallón Cazadores de Arapiles.
Murió del cólera el 22 de Diciembre de 1859.

Correos de Gabinete.

D. PANTALEÓN ULIBARRI.
Murió sobre el campo de batalla el 4 de febrero de 1860.

APÉNDICE III.

RESUMEN NUMÉRICO Y CLASIFICADO

DE TODOS LOS INDIVIDUOS MUERTOS Ó HERIDOS DURANTE LA CAMPAÑA.

Muertos en el campo de batalla.

Generales	»
Brigadieres	»
Jefes	5
Oficiales	48
Tropa	733
TOTAL	786

Muertos por resultas de heridas recibidas en campaña.

Generales	»
Brigadieres	»
Jefes	2
Oficiales	42
Tropa	322
TOTAL	336

Muertos del cólera en África.

Generales	»
Brigadieres	»

Jefes	11
Oficiales	50
Tropa	2.827
TOTAL	2.888

Total de muertos por todos conceptos..... 4.040

Heridos.

Generales	2
Brigadieres	3
Jefes	44
Oficiales	242
Tropa	4.703
TOTAL	4.994

Total general de bajas..... 9.034

ÍNDICE.

Páginas.

I.—Batalla de Tetuán..... 5
II.—Primeros Parlamentarios moros.—Intimación á la plaza.—*Tetuán* capitula.—Los *renegados*.... 28
III.—Entrada del Ejército español en *Tetuán*..... 45
IV.—Dentro de *Tetuán*..... 65
V.—Primer paseo por *Tetuán*.—Cristianos, Moros y Judíos.—El negro de mi sueño.—Hospitalidad hebrea..... 76
VI.—En que se ve por el revés la presente historia. —Planes de los Moros; sus ejércitos; sus proclamas y pregones; sus pérdidas.—Nuestros prisioneros.—Situación de Tetuán durante las últimas acciones.—Muley-el-Abbas.—Muley Ahmed.—Las kabilas.—Con lo demás que verá el curioso lector..... 99
VII.—Actitud del pueblo vencido y del Ejército vencedor.—El *Palacio de Erzini*.—La *Mezquita Grande*..... 125
VIII.—Mercaderes argelinos.—Moras tapadas.—El Job mahometano..... 141
IX.—Noticia del entusiasmo de España.—Parlamentarios de Muley-el-Abbas.—El *Sábado* de los Judíos.—*Tamo*..... 146
X.—Primera Misa en *Tetuán*.—*Nuestra Señora de las Victorias*.—La nueva Primavera.—Un domingo por la tarde.—Mi nueva casa..... 157
XI.—Banquete moro.—Vuelven los Parlamentarios. —*Soirée* musulmana..... 167
XII.—Expectativa.—Conferencia de O'Donnell y de Muley-el-Abbas.—Retrato de éste..... 188
XIII.—Relámpagos de nuevas hostilidades.—Asesinatos.—Llegada de los Tercios Vascongados.—Bombardeo de *Larache* y *Arzilla*..... 203

Páginas.

XIV.—La kabila de *Busemeler*.—El Eco de Tetuán..... 211
XV.—La campana y el Judío.—El poeta *Chorby*.—El amor de una Mora..... 218
XVI.—Llega la *División Echagüe*.—Camino que ha traído.—Temporal..... 230
XVII.—Combate de Samsa..... 235
XVIII.—Los Moros vuelven á pedirnos la paz.—Explicación del Combate de ayer.—Tetuán como garantía.—La cuestión de Tánger.—Nos disponemos á marchar sobre esta plaza..... 241
XIX.—De cómo cambié de idea y salí para España. 248
XX.—Actitud de nuestra Escuadra.—El General Bustillo.—*Tánger* á lo lejos.—Llego á España.—Relación de la Batalla de Gualdrás.—Bases de la Paz.—Conclusión..... 252
Apéndice primero..... 277
Apéndice segundo..... 305
Apéndice tercero..... 325

MAR 2 2 1916

OBRAS DE D. P. A. DE ALARCÓN

PUBLICADAS POR LA

COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS.

NOVELAS CORTAS.—1.ª serie (con retrato y biografía del Autor): CUENTOS AMATORIOS.—2.ª serie: HISTORIETAS NACIONALES.—3.ª serie: NARRACIONES INVEROSÍMILES.—Tres tomos, á 4 pesetas cada uno.

EL ESCÁNDALO.—Un tomo, 4 pesetas.

LA PRÓDIGA.—Un tomo, 4 pesetas.

EL FINAL DE NORMA.—Un tomo, 4 pesetas.

EL SOMBRERO DE TRES PICOS.—Un tomo, 3 pesetas.

COSAS QUE FUERON, cuadros de costumbres.—Un tomo, 4 pesetas.

LA ALPUJARRA.—Un tomo, 5 pesetas.

VIAJES POR ESPAÑA.—Un tomo, 4 pesetas.

EL NIÑO DE LA BOLA.—Un tomo, 4 pesetas.

JUICIOS LITERARIOS Y ARTÍSTICOS.—Un tomo, 4 pesetas.

EL CAPITÁN VENENO.—HISTORIA DE MIS LIBROS.—Un tomo, 3 pesetas.

POESÍAS SERIAS Y HUMORÍSTICAS, seguidas de EL HIJO PRÓDIGO.—Un tomo, 4 pesetas.

DE MADRID Á NÁPOLES.—Dos tomos, á 4 pesetas cada uno.

(De todas estas obras del Sr. Alarcón hay ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas tomo.)

PUBLICADAS EN OTRAS EDICIONES.

DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE AFRICA.—Tres tomos (del mismo tamaño que los de la Colección de Escritores Castellanos), á 3 pesetas cada uno.

DE MADRID Á NÁPOLES.—Un tomo en 4.°, de lujo, de cerca de 600 páginas, con 24 magníficas láminas, 7 pesetas.